

Lu Sal



Dajo

UNA

SONRISA

BAJO UNA SONRISA

Lu Sal

Libro 2 de la serie #Sonríe

Dedicatoria

Para ti, que dibujas una sonrisa para esconder un infierno.
No puedo prometer que todo estará bien, pero ojalá que esta historia haga tu vida más amena.
Al menos un momento.

Sinopsis

¿Puedes esconder un infierno bajo una pícara y encantadora sonrisa?

Thomas Miller

Es alucinante cuando tienes el poder de esconder tu mierda bajo una sonrisa que engaña a cualquiera aunque mire dos veces. Bueno, eso es lo que creí que estaba haciendo a la perfección hasta que conocí al hombre más apuesto que vi jamás. Es injusto, puramente descabellado lo que hace. Simplemente, no puede aparecer luciendo como un maldito Dios del Olimpo y leerme como si fuese un libro abierto.

Jac Hamilton

Thomas Miller no hace más que sacarme de las casillas. Es un niño insolente, maleducado y un coqueto de primera. No puede verse como si fuese un ángel inocente mientras que me contempla con lujuria. No me gustan los hombres, Jesús es testigo de que nunca volteo a ver a ninguno. Sin embargo, cuando ese chico me sonríe socarrón y pone a prueba mi buen juicio, una sensación extraña se instala en mis tripas y tal vez... un poco más abajo.

Esa presunta unión es descabellada por dos motivos: el primero es porque Thomas vive un infierno que no sé si estoy listo para lidiar. El segundo, pero no menos importante, puede que tenga que ver con que sea el mejor amigo de mi hijo.

Advertencia: este libro menciona temas como la violencia, ataques de pánico, soledad, pensamientos negativos, entre otros.

©Todos los derechos reservados.

Prohibida la copia y/o difusión parcial o total sin permiso de la autora.

Capítulo 1

Thomas

Me bajo del autobús frotando mis manos, tratando de darme un poco de calor, aunque es en vano, el frío cala cada fibra de mi delgado cuerpo.

Me abrazo a mí mismo como consuelo por la falta de abrigo, mi quijada cobra vida propia y comienza a tiritar. Maldición, hace un frío que te cagas. Suelto un suspiro agobiado mientras me adentro por las desoladas calles de mi barrio.

La zona donde vivo es malditamente peligrosa, me atrevo a decir que la más expuesta de la ciudad, desde robos por un simple abrigo, como el que me estaría haciendo falta, hasta quedarte sin una mano si te niegas a entregar tus pertenencias. Para mi suerte, si es que esa es la palabra correcta, he vivido toda mi vida aquí, así que mientras camino como si fuese una maldita avenida de Nueva York, siento el privilegio que nunca creí tener viviendo en este lugar. Puedo atribuir esa ventaja por haber nacido y crecido aquí o más bien, no se animan a tocarme por temor a mi padre.

Como si yo le importara.

Saco el móvil del bolsillo de mi maltratado abrigo para chequear la hora, suspiro calmado al darme cuenta de que estoy llegando temprano. Cuando diviso el parque que se encuentra cerca de mi casa, decido desviarme de mi ruta principal.

Quizás un poco de aire fresco me hará despejar un poco la cabeza, dejando en el olvido el frío si a cambio puedo tener una pizca de paz y tranquilidad.

—¡Thom! —grita a modo de saludo uno de los chicos que se encuentra junto a un grupo en el centro del parque. Son algunos de los muchachos del barrio, los conozco a todos ellos—. ¿Te quieres unir?

En otro momento hubiera dicho que sí, siempre es bueno juntarse a pasar el rato, pero no me siento de ánimos.

—En otro momento —grito como respuesta sin detener el paso, levantando el pulgar como agradecimiento por la invitación. Los chicos me dan un saludo al estilo militar, algo muy común entre ellos.

Más adelante, me deslizo en uno de los bancos de cemento mientras compruebo la hora nuevamente.

Los últimos meses han sido realmente difíciles de llevar, he sentido que la cuerda que me tiene totalmente amarrado, me asfixia cada día un poco más.

¿Hasta cuándo? No tengo ni puta idea, pero espero y deseo con todo mi ser, romperla antes de ser ahorcado.

Bufo molesto e irritado, pasándome las manos por mi frío rostro, las cosas están poniéndose pesadas y mi fuerza de voluntad va cayendo en picada, no recuerdo cuando fue la última vez que mi optimismo se vio afectado de tal manera, pero joder, ya no tengo ganas de poner una puta sonrisa falsa.

Separo mis piernas para poder colocar mis codos sobre las rodillas y luego tirar la cabeza hacia abajo. Al cabo de unos minutos, en mi campo de visión aparecen unos gastados borcegos con una plataforma importante.

—¿Cómo carajos haces para caminar sobre eso? —pregunto señalando sus pies, sabiendo perfectamente a quién pertenecen.

La observo confundido y ella se encoge de hombros.

—Hola a ti también.

Reel Bristol es tan hermosa como sarcástica. Es esa típica chica ruda que no anda con rodeos. La conozco desde que tengo memoria, desde que era una niña asustadiza que se escurría de lugar en lugar buscando un poco de comida y abrigo, luego creció y se convirtió en una mujer segura de sí misma y por donde ella pasa, créeme, irradia libertad pura. Libertad que le había costado mucho conseguir.

¿Qué se sentirá ser tan libre como Reel?

Antes de que pueda profundizar en ese pensamiento, Reel me saca de mi cabeza cuando coloca su gigante abrigo sobre mis hombros y se sienta a mi lado.

—No hace falta —intento quitarme la cálida prenda. La vergüenza llegando a mi rostro con un claro sonrojo en mis huecas mejillas.

—Conmigo no uses eso de la caballerosidad, ya lo sabes —dice ella, y por supuesto que lo sé, a Reel le gusta que la traten de igual a igual, no acepta por nada del mundo que ningún hombre sea caballeroso con ella, dice que la hace sentir distinta.

Giro mi rostro para darle un vistazo a mi amiga, su cabello negro como la noche está perfectamente alisado y sobre su cuello se pueden apreciar los tatuajes que se asoman por encima del suéter. Ella ama los tatuajes, los tiene por todos lados y no puedo evitar hacer una nota mental: cuando sea libre, me haré un tatuaje, hasta podría dejar que Nicholas, uno de mis amigos, lo elija. Es mucho poder para dar.

—¿Por qué estás aquí? —cuestiona curiosa.

—Llegué temprano y quise tomar un poco de aire.

—Claro, porque la noche está tan hermosa como para sentarse a tomar frío —ahí va de nuevo su sarcasmo—. ¿No estás llegando tarde?

No paso por alto el destello de impotencia en sus ojos negros, pero al parecer, mi amiga me está dando un poco de respiro porque no hace nada para comenzar a discutir mi situación.

Bueno, de momento.

—Terminé temprano en la cafetería, así que estoy a tiempo.

—Mmm.

—Reel —advierito.

—No dije nada —contraataca de manera automática—. Estoy siendo buena —entrecierro los ojos sabiendo que dirá algo más—. No voy a hablar sobre tu viejo y sobre la vida de mierda que llevas, voy a dejar de lado eso, por ahora —hace una pausa antes de continuar y lo tomo como un pase para lo que está por venir, que seguramente es peor, de lo contrario, ella no dejaría el tema de lado—. Pero mierda, Thom, estás en los huesos. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos? Hace apenas una semana y te juro por mi vida que no estabas así de delgado.

Tomo una respiración profunda, aguantando, porque no puedo hacer otra cosa con Reel y menos cuando ella tiene la puta razón.

—Una semana —repite levantado el dedo índice—. ¿Qué pasa contigo? ¿Cuándo fue la última vez que comiste? ¿Cuándo vas a acabar con todo esto? ¿O es que acaso sigues rezando por las noches para que tu Dios te aparte un lugar en el paraíso para cuando el hijo de puta de tu padre te meta un tiro entre los ojos?

Las duras, pero reales, palabras de mi amiga, instalan un nudo en mis entrañas, queriendo vomitar lo poco que había comido en la cafetería. Todo este tiempo traté de ser una persona relativamente normal frente a mis amigos, plantando una sonrisa socarrona que camuflaba mi verdadera apariencia, pero con Reel no. Ella y yo habíamos crecido juntos, forjando una amistad hermosa y angustiada.

—No puedo gastar dinero en alimento o ropa, lo necesito para salir de aquí —esa respuesta tiene mitad verdad y mitad mentira.

—¿Pretendes salir en los huesos? Porque si es así, entonces adelante, sigue por ese camino. —Luego de haber soltado ese puñado de palabras, nos quedamos en silencio. La conozco demasiado bien para saber que sus palabras no salen con maldad, es por mi bien. Reel se arrepiente un minuto después, agarra mi mano entre las suyas—. Perdóname.

Suelto una carcajada carente de humor.

—No dijiste nada que no sea cierto.

Puedo reconocer la lástima en su mirada y estoy a punto de decirle que no se preocupe cuando me abraza. Un cálido abrazo que no sabía que necesitaba.

—Estoy preocupada por ti, ¿sabes? —asiento sin saber qué decir—. Podemos irnos juntos, puedo pedir prestado el dinero, podemos irnos tan lejos que nadie nos encontrará, podem...

—No —la interrumpo, algo normal cada vez que menciona lo mismo, giro mi torso hasta quedar frente a ella, la tomo de las manos y mirando sus preocupados ojos, digo—: No lo haremos, nunca dejaría que hicieras algo así, nunca te pondría en peligro, eres libre y aun así permaneces en este barrio de mierda, ¿crees que no me he dado cuenta de que lo haces por mí? —Reel intenta replicar, pero la detengo—. Con eso ya es suficiente.

Se muerde el interior de su mejilla, incapaz de dejar el tema terminado.

—Entonces déjame conseguir ese dinero para ti.

Muevo la cabeza en un claro gesto de "que voy a hacer contigo". Reel suspira derrotada, entendiendo que no conseguirá nada hoy.

Minutos después, comenzamos a caminar hacia nuestras casas, ella vive a dos de la mía. El silencio se instala entre nosotros, no sé lo que hay en su cabeza, pero en la mía solo ronda la preocupación por tratar de buscar una solución para mi desastrosa vida.

—Creo que buscaré otro trabajo —comento cuando nos detenemos frente a su casa.

Reel se pone adelante para poder mirarme de frente, aprovecho para devolverle su abrigo y ponerlo sobre sus hombros.

—¿Vas a dejar la cafetería? —pregunta sorprendida, sabe cuánto me gusta trabajar ahí y el cariño que siento por Lily Brown.

Lily es la madre de Nicholas, he trabajado en su cafetería por más de un año y esa mujer no ha hecho más que ser amable conmigo.

—No, pero he pensado en buscar algo cuando termine mi turno allí, tal vez en algún pub, bar o quizás una estación de servicios nocturna.

Reel abre los ojos horrorizada. Aquí vamos una vez más.

—Espera... —se aprieta el puente de la nariz, tratando de calmarse—. Dos cosas, la primera: ¿cómo piensas hacer para tener dos trabajos, estudiar y tratar de no desmayarte en el proceso? —me encojo de hombros—. Y la segunda: ¿cómo harás para que tu viejo acepte que trabajes durante la noche? Tienes toque de queda —me recuerda.

Como si pudiera olvidarlo, no recuerdo cuándo fue la última vez que pude salir de casa sin tener que preocuparme por mi toque de queda, de allí provienen casi todas las excusas que les doy a mis amigos cuando el reloj empieza a suspirar en mi oído.

Y que Jesús se apiade de mí si por esas casualidades llego un par de minutos tarde.

—Se me ocurrirá algo, Reel, estoy seguro de que se me ocurrirá algo —digo cansado—. No tengo otra opción. ¿Cómo voy a salir de aquí si a mi billetera no entra suficiente dinero como para ahorrar?

—Aceptando el mío.

Ella me mira con obviedad.

—Ya hemos terminado con ese tema —le recuerdo antes de cruzar mis brazos—. Sabes que lo que cobro en Delicias lo uso para pagar mis estudios, apenas me queda para... sobrevivir.

Los puños de Reel se cierran al costado de su cuerpo en una clara señal de impotencia.

—Lo sé —miro a un punto fijo sobre mi hombro, buscando algún tipo de respuesta y cuando estoy por despedirme de ella, vuelve su rostro abruptamente y me mira ilusionada—. ¡Lo tengo!

—¿Qué tienes? —pregunto confuso.

—¿Recuerdas que te conté esto de que había comenzado a trabajar en un bar nuevo en el centro? —asiento recordando, Reel había dejado su antiguo trabajo por falta de pago y hace un par de semanas comenzó en otro lugar—. Aún hay algunas vacantes, puedo hablar con la encargada, estoy segura de que puedes entrar en el área de cocina.

Una oleada de ilusión me inunda. Joder, eso sería tan genial, conseguir algo rápido y mejor aún si es en el lugar donde Reel trabaja. No puedo evitar esbozar la primera sonrisa sincera en mucho tiempo.

—Oh, Dios, eso sería estupendo. ¿Harías eso por mí? —Pregunto esperanzado.

—Claro que sí, es más... —mira la hora en su móvil—: ahora mismo, en cuanto entre a casa voy a marcarle a Claudia, tal vez pueda entrevistarte mañana. A esta hora ya debe estar en el ba...

Me impulso hacia Reel para envolverla en mis brazos, interrumpiendo su palabra.

—Gracias —beso su frente.

—Todavía no me agradezcas —suelta una risita—. Hazlo cuando consigamos el puesto.

Me alejo de ella para tomarla de los hombros.

—Estoy seguro de que lo harás —depositando mi confianza en ella, agrego—: puedes usar ese encanto tuyo.

Reel me da un manotazo en el pecho mientras se ríe.

—Créeme, en cuanto entré al lugar y supe que la encargada era una mujer, tuve esa ilusión del típico cliché de la empleada y la jefa —bufa desilusionada—. Lástima que está casada.

—Auch —hago una mueca—. Apuesto que no te tomó mucho tiempo superarlo.

Reel es una rompecorazones, fiel a su papel de chica ruda, jamás se había enamorado, simplemente no está en sus planes, tampoco es que una cosa así se pudiera planear, pero Reel no está lista para discutir eso.

—Esa noche llegué a casa, me metí a la ducha para posteriormente imaginarnos en más de una situación candente y dos orgasmos después ya la había superado —mueve la mano restándole importancia.

—Eres de lo peor, ¿lo sabes? —le pellizco la nariz porque sé cuánto lo odia.

—Por supuesto. Deja de hacer eso.

Después de esperar a que mi amiga se metiera en su casa, camino hacia la mía. Una vez frente a la gastada puerta, saco las llaves del bolsillo delantero de mi mochila. El chirrido de las bisagras me hace rechinar los dientes, deseando no hacer ruido para no tener que enfrentar a mi padre.

El olor a humedad llena mis fosas nasales en cuanto pongo un pie adentro, luego me giro para cerrar la puerta lo más despacio posible, cuando comienzo a caminar, echo un vistazo por el pasillo, la luz que sale de la habitación de mi padre me da un claro anuncio de que el hombre está allí, probablemente durmiendo.

No puedo respirar con alivio, pero algo parecido entra a mis pulmones.

Mi casa es pequeña, la cocina comedor a primera vista y a la izquierda un corto pasillo que te lleva a la habitación de mi padre, la mía y el baño.

Dejo la mochila sobre la mesa mientras me giro para abrir el refrigerador, muchas latas de cervezas y sodas yacen en su lugar, nada que pueda alimentarme. Cierro la puerta cuando visualizo las manzanas sobre la mesada al lado de la bacha.

Mi padre es adicto a ellas, entre otras cosas a lo que es adicto, pero todo el tiempo las come.

Tomo una en mis manos para meterla bajo el chorro de agua fría y mientras apoyo mi cadera contra la mesada y llevo la fruta a mi boca, no puedo evitar pensar que se sentirá llegar a casa luego de un día agotador, preparar una rica cena en total libertad y compartir el momento con alguien especial, incluso no me importaría hacerlo solo, el punto para mí es esa cosa de la

libertad. Una palabra tan presente en el día de hoy.

Agarro mi mochila y me voy a mi habitación, cierro la puerta lentamente. En cuanto mi padre salga para sus trabajos nocturnos, saldré a darme un baño, mientras tanto, me aseguro de respirar lo más silenciosamente posible para no llamar su atención.

Mi habitación cuenta con una mesita de noche, una ventana, un armario de dos puertas y una cama tan diminuta que apenas si puedo caber gracias a mi altura. No me quejo, al menos tengo un techo sobre mi cabeza, sin contar lo acostumbrado que estoy a este lugar.

Y aquí está la palabra clave: acostumbrado.

¿Por qué tengo que acostumbrarme a esta mierda?

Me desplomo al pie de la cama y me aseguro de hacer otra nota mental.

No debes acostumbrarte a lo que te daña.

Capítulo 2

Thomas

Empujo la puerta que me da acceso a la cafetería Delicias. De cierto modo, este lugar se ha convertido en un punto seguro en mi vida, no solo porque me ha sacado de un trabajo mal pagado, sino también por el cariño que me han brindado. Además, hace que ame más mi profesión. Elegir qué estudiar nunca fue un problema para mí, lo supe desde pequeño, el verdadero problema fue al momento de decírselo a mi padre, ese dilema me llevó meses hasta que pude juntar coraje y enfrentarlo.

Recibí una paliza a cambio, la cicatriz en mi espalda es un claro recordatorio de lo jodido que es su cinturón. Después de soportar el dolor y suplicar, aceptó dejarme entrar a la universidad bajo sus reglas, por supuesto que se aseguró de aclarar que él no iba a poner una moneda, pero mentí diciéndole que tenía una beca, lo cual no era del todo mentira. La diferencia con la versión que le di a mi padre es que en realidad tengo media beca, el resto debo pagarlo por mi cuenta, pero no es algo que ese hombre deba saber.

Aún me pregunto cómo hice para sobrevivir hasta ahora sin que él sepa de los múltiples trabajos que he tenido. Una suerte.

Por lo menos la paliza había valido la pena, estoy en mi tercer año. No sé qué va a ser de mí después de mi graduación, tal vez pueda seguir trabajando a escondidas con el título de chef en el bolsillo, pero ese es un tema para otro momento.

—Hola, cielo. —Lily besa mi mejilla justo cuando va saliendo del sector de la cocina—. ¿Cómo te fue hoy?

Me quedo a un costado del mostrador, viendo como ella acomoda la tarta que acaba de sacar del horno.

—Bien... —nota mi inseguridad en la respuesta y espera a que yo agregue algo más. Siempre hace eso, darme mi espacio—. Sigo pensando que la profesora Turner me odia.

Lily levanta una ceja mientras se pone una mano en la cadera.

—¿Por qué? ¿Necesitas que vaya a hablar con ella? Porque puedo decirle unas cuantas verdades a esa mujer —se ofrece enojada. Su protección maternal calienta mi corazón.

—No creo que puedas hacer eso, ya no soy un niño —digo divertido cuando ella voltea los ojos—. Nunca me afectan las ridiculeces que me dice, sin embargo, hoy me hizo un comentario muy despectivo y claramente logró tocar un nervio —hago una mueca al recordar aquel momento—. ¿Crees que me odia por mi carácter socarrón o es por como me veo? —pregunto señalando mis ropas.

Soy consciente de que estas prendas han tenido días mejores, pero aun así...

—¿Por qué te afecta lo que te dijo hoy? —cuestiona confusa—. ¿Qué sucede contigo, cielo?

Buena pregunta, estos días no parecen ser propios de mi personalidad de "me importa una mierda lo que pienses de mí". Pero no pueden culparme, estoy teniendo una especie de crisis existencial.

—Nada, hoy me levanté sensible —planto un puchero en mis labios para desviar su escrutinio—. Tengo sentimientos, ¿sabes?

—Oh, acabo de descubrirlo —dice sonriendo—. Y volviendo al tema anterior, nada en ti está mal, cielo, no dejes que te afecte lo que un desconocido pueda pensar de ti. Eres inteligente y guapo.

Desde luego que lo sé, pero cuando estás en la cuerda floja, hasta el más escaso peso te afecta.

—Lo sé, estaba haciendo mi momento de drama para escucharte adularme —sonríó antes de depositar un beso en su mejilla—. Iré a trabajar.

—¿Thomas?

Vuelvo mi torso en su dirección para encontrarme con unos ojos preocupados.

—Dime.

Lily parece sopesar lo que está a punto de decir, pero luego cambia la mirada y en su lugar dice:

—En un momento voy a preparar tu merienda —y sin darme la posibilidad de responder, se gira para teclear en su computador.

Me visto con el uniforme de Delicias y agrego un delantal por encima para no ensuciarlo con los ingredientes del brownie que voy a preparar.

Por lo general, trabajo en la cocina, pero cuando todo está cubierto aquí, salgo para atender a la clientela, las propinas son buenas y me ayudan bastante.

Lily entra para llevar unas cookies recién horneadas y antes de irse, me regala una sonrisa cariñosa.

Una oleada de anhelo cae en mi pecho. Esa mujer es lo más cercano que tengo a una madre desde que tengo memoria. La manera en la que ella me mira, me cuida y me alimenta a pesar de que estoy a punto de cumplir veintidós años, es tan reconfortante como agonizante.

Uno puede anhelar cosas y esforzarse para tenerlas, sin embargo, ¿qué pasa cuando anhelas algo que sabes que no podrás tenerlo ni aunque te esfuerces jodidamente tanto? Porque nada será suficiente, es imposible y frustrante.

Un eufórico peso sobre mi espalda me saca de mis pesimistas pensamientos.

—Adivina quién soy —reta, cubriéndome los ojos con las manos.

Puedo sentir su brillante sonrisa aunque no esté viéndola. Nicholas siempre sonreía, aunque el mundo se acabara, él lo hacía, lo conozco desde el año pasado, cuando se puso de novio con uno de mis mejores amigos, Zac. Ese par son tan diferentes y tan ridículamente compatibles, todavía estoy tratando de entenderlo.

—Déjame adivinar... —digo en tono malicioso—. ¿Eres Chris? ¿El otro novio de Zac?

Un jadeo de incredulidad resuena en mis tímpanos mientras Nichi me suelta y me gira por los hombros de manera brusca.

—Dime que es una broma —espetea enfadado.

—Tal vez —curvo los labios con malicia.

—Thomi —medio advierte y medio suplica enfurruñado.

Molestar a Nicholas y al resto de mis amigos es algo que no puedo evitar ni estando en un charco de depresión.

—No sé por qué te afliges, no es como si mi amorcito tuviera ojos para alguien más.

Lo cual es cien por ciento real. Zac Hamilton está hasta las trancas por Nichi y viceversa. Tengo la manía de ponerle motes cariñosos a mis amigos, algo con lo que ellos fingen no estar de acuerdo.

—Por supuesto —dice el engreído mientras planta su típica sonrisa brillante—. Solo quería escucharlo.

Claro que sí. Justo cuando estoy por lanzar algo ingenioso para molestarlo, Nichi clava sus ojos en mí, recorriendo mi cuerpo de pies a cabeza hasta detenerse en mis ojos, una capa de preocupación lo atraviesa.

Siempre tuve esta cosa de la intuición y de poder leer con facilidad a las personas, Reel dice que se debe a mi signo zodiacal que es Cáncer, puede que sea por eso o puede que sea por algún otro tipo de don, pero puedo apostar un pulmón lo que Nichi está pensando sobre mí.

—¿Nichi? ¿Por qué me miras como si estuviera falleciendo? —sonrío con maldad.

—Deja de decir tonterías —me da un manotazo en el hombro, recuperándose—. Los chicos están adelante, ven a tomar algo con nosotros.

Me limpio las manos para posteriormente quitarme el delantal y seguir a Nichi hacia el sector de las mesas. Cuando estoy por salir del mostrador, Lily deja una bandeja llena de comida en mis manos.

—Lo comes todo —ordena sin margen a la réplica.

—¿Es en serio, mamá? —pregunta escandalizado Nichi mientras se lleva una mano al pecho, al estilo doncella disgustada—. A mí nunca me preparas nada, me siento estafado.

—Eso es porque me quiere más que a ti —me burlo mientras comienzo a caminar en dirección a la mesa de mis amigos.

Nichi se queja todo el tiempo, pero claro que eso solo dura hasta que Zac le pone una mano en la mejilla para consolarlo. Zac ha pasado por mucha mierda en los últimos años y verlo bien se siente increíble, sus ojos tristes siguen presentes y estoy seguro de que siempre será así, pero cada vez que mira a Nichi, esa melancolía se disipa.

Estuvimos un rato de charla en charla, planeando una que otra salida y hablando de todo un poco. Samuel es otro de mis mejores amigos, el típico chico rudo con corazón de pollo, con un novio excesivamente dulce, Jerry, quien está sentado a su lado. Jerry y Sam son como dos copos de azúcar, jodidamente dulces.

—Toma, Miller —Sam me tiende una bolsa de cartón sobre la mesa y un poco confuso, la agarro—. Sé que esta semana es tu cumpleaños y como te haces el exquisito para decimos la fecha exacta, te doy tu regalo hoy.

Mi cumpleaños no es algo que quisiera festejar o más bien nunca tuve la posibilidad de hacerlo, por eso es que la fecha exacta no es relevante para mí, pero el gesto de mi amigo me hace tragar el nudo en mi garganta.

—Eres tan dulce —le guiño un ojo coqueto. Amo coquetear inofensivamente con Zac y Sam porque se hacen los difíciles. Abro la bolsa entre mis manos, un hermoso y caliente abrigo de color azul yace perfectamente doblado—. Esto es... hermoso —miro a Sam que me sonríe complacido al saber que me gustó su regalo, pero solo para molestarlo un poco, digo—: ¿pero no había un Gucci o un Luis Vuitton?

Todos estallan en carcajadas, incluyéndome.

—¡Idiota! Devuélvelo —trata de arrebatarme la prenda, pero la escondo detrás de mí—. Para que lo sepas, es un Poarch, una de las marcas del momento.

Oh, Jesús, claro que conozco la marca y ni en mis mejores sueños pensé tener algo remotamente caro.

—Gracias, amorcito, es genial —le regalo una sonrisa sincera, demostrando mi total gratitud.

—¡Ah! No hagas esa mierda cursi ahora.

Los chicos no detienen su risa, bueno, excepto Zac que no sonríe ni por la orden de un juez.

—Sami —advierte con dulzura Jerry, sus rizos dorados son de otro planeta.

—¿Qué? —Sam me señala con el dedo acusador—. No sé cómo hace para ser un dolor en el trasero y luego todo amable.

—Puedo ser un dolor en tu trase...

Nichi me cubre la boca con su mano.

—Detente o te quitará el regalo —me recuerda el castaño y levanto mis manos en una señal de paz.

Y antes de ser asesinado por Sam, cambio la conversación.

—¿Dónde está Isa?

Isabella es la mejor amiga de Nicholas, pero cuando él se unió a nosotros el año pasado, ella vino en el combo y no podemos estar más que encantados con esa chica.

—Tenía una tarde familiar —responde Jerry.

Curvo mis labios con una sonrisa mientras miro a mis amigos. Son tan desiguales entre sí. Jerry regaña dulcemente a Sam, quien sigue protestando porque, según él, yo soy un tonto. Al otro lado de la mesa, Nichi está diciendo pavadas mientras Zac rueda los ojos con la más mínima de las sonrisas. Y no puedo evitar pensar en el sector femenino, Isa y Reel son tan distintas como el agua y el aceite. ¿Cómo se llevarían si se conocieran? Seguro que genial. Mis amigos no conocen a Reel.

—Juro que hoy estás más escuálido que ayer —suelta Zac sin previo aviso, sus ojos penetrantes me observan desde su lugar. Su pregunta me toma por sorpresa.

—Precioso... —Nichi lo toma de la mano sobre la mesa, queriendo detener sus palabras.

—¿Qué? —levanta una de sus perfectas cejas, sus ojos verdes grisáceos me inmovilizan—. Acabo de decir lo que todos pensamos.

Nadie responde, en cambio, todos giran en mi dirección, esperando mi respuesta y como no tengo nada para darles, al menos nada que pueda sin ponerlos en peligro, apoyo los antebrazos sobre la mesa y planto mi mejor sonrisa comemierda.

—¿Acaso te preocupas por mí, amorcito?

—Que te den —responde automáticamente.

—Oh, puedes, pero ¿crees que puedas soportarlo? —señalo el área de empleados—. ¿Vas tú primero?

—¡Thomi! —grita escandalizado Jerry.

La expresión de Zac no se inmuta, probablemente acostumbrado a mis burlas.

—¿Entienden por qué muchas veces quiero matarlo? —Sam señala su punto.

Y como por arte de magia, la conversación se desvía por otro rumbo opuesto al mío. Saliendo ileso una vez más. Total, de eso se trata, ¿no?

Ir paso a paso.

LiveTheMoment es un lugar demasiado sofisticado para mis maltratadas prendas, le doy un gracias mental a Sam por haberme obsequiado el abrigo, de lo contrario, definitivamente me echarían a patadas. Por suerte, todavía no es el horario de apertura, por lo que me permite admirar el lugar con libertad.

El sitio es enorme, cabinas por doquier, una larga barra con interminables taburetes, luces de todos los colores, escaleras que te llevan al segundo piso donde se ve un elegante balcón y una amplia pista de baile en el sector central de la planta baja.

¿Realmente existe la posibilidad de trabajar en este espectacular lugar? ¿Siquiera podré hacer bien mi trabajo? Muchas otras preguntas se forman en mi cabeza, poniéndome nervioso.

¿Qué puta mierda pasa con mis inseguridades? Yo no soy así en absoluto. Pero de nuevo, ¿cómo soy en realidad? Porque está esa parte desastrosa que no me permito mostrarle a mis amigos.

—Thom —me llama Reel desde el otro lado de la barra, no tardo en acercarme a ella antes de perderme en mi mierda—. ¿Estás nervioso?

—Claro que no, puedo llegar a ser tan convincente como encantador —miento mientras me acomodo en uno de los taburetes.

—Por supuesto que sí. Ven, te llevaré con Claudia.

Tengo tanta ilusión por conseguir el puesto como los nervios en mi sangre. El bar es increíble y apuesto a que podría sacar buenas propinas. Sigo a mi amiga por un pasillo igual de sofisticado que todo lo que existe en este lugar, nos detenemos detrás de una puerta.

—Lo conseguirás —me asegura antes de darme un apretón de manos para luego marcharse.

Respiro hondo y llamo dos veces a la puerta y tres segundos después escucho un "adelante". Elevo mis labios en una sonrisa ganadora mientras atravieso la puerta. La oficina es pequeña, pero bonita y minimalista. Una hermosa mujer me regala una sonrisa amistosa y ahora puedo entender los orgasmos de mi amiga.

—Tú debes ser Thomas, el amigo de Reel.

—Un placer, gracias por recibirme —me acerco al escritorio para tomar su mano en un saludo.

—Siéntate, por favor.

Luego de un poco de charla donde ella me explica lo básico del lugar y yo le comento sobre mis estudios y antiguos trabajos, comienza a platicar sobre el puesto vacante.

—Me duele decirte que los cupos para el área gastronómica ya han sido cubiertos —maldición, hago una mueca de desilusión—. Me hubiese encantado tenerte allí considerando lo bien que te va con tu carrera —dice verdaderamente apenada.

—No te preocupes, he llegado tarde —acepto tratando de no sentirme tan mal.

—Aún tengo un puesto libre como camarero, ¿te interesa?

—¿Que si me interesa? Joder, claro que sí —respondo eufórico para luego darme cuenta de que me he salido de mi papel formal—. Lo siento.

Ella suelta una carcajada, por lo que me da un pase libre para relajarme un poco.

—Oh, no hagas eso, no te disculpes, me agrada tu personalidad y estoy segura de que puedes conseguir muchos billetes ahí afuera.

Yo también espero eso.

—Puedo conseguir más que eso —conuerdo moviendo las cejas.

—Apuesto a que si —Claudia me guiña un ojo antes de ponerse seria—. Dime, Thomas, ¿qué crees que podrías aportar a mi bar si te contrato?

No había tenido muchas entrevistas formales en mis antiguos trabajos, por lo que Reel se encargó de prepararme por si Claudia preguntaba algo parecido a lo que está preguntando, lástima que no recuerdo lo que debo responder, por lo que improviso con total honestidad.

—No tengo idea, no me gusta hablar de lo que no sé, pero puedo decirte que me encanta trabajar y que no vas a tener quejas sobre lo que hago, tengo experiencia en el puesto y sé cómo manejar a los clientes —la mujer me mira estoica, dejando atrás su faceta amable para sustituirla por una profesional. Cuando no me da respuesta, recuerdo el último consejo de Reel y uso mi arma

mortal, clavo mis ojos de cachorro a medio morir en ella y susurro—: de verdad necesito el trabajo, por favor. No voy a defraudarte.

Claudia pestañea varias veces seguidas sin quitarme los ojos de encima, entonces su máscara se cae y la tengo.

—Me pregunto si es que algún día existirá alguien que pueda decirte que no —se pregunta a sí misma, pero me tomo el atrevimiento de sacarla de la duda.

—No en esta vida —sentencio con altanería.

—Lo tienes —afirma Reel cuando la encuentro en la barra.

—Lo tengo —confirmo orgulloso como un pavo real mostrando sus plumas.

Ella salta sobre mí y la envuelvo en un abrazo.

—¡Lo sabía! —se aleja—. Estoy feliz por ti.

—Gracias, Reel, no sé qué haría sin ti —me inclino para depositar un beso en su frente—. Ahora debo irme, ya estoy llegando tarde a casa.

Ella hace una mueca.

—¿Has hablado con tu viejo sobre el trabajo? —suelta la pregunta tan rápido que, si no la conociera, no le hubiese entendido ni la cuarta parte.

—Estoy en camino a eso —Reel se acerca y eleva su mentón, la diferencia de altura es importante.

—Por lo que más quieras, llámame cuando estés en casa, ¿de acuerdo? —suplica.

Asiento esbozando una sonrisa tranquilizadora. Luego comienzo a caminar hacia la salida del bar y antes de atravesar la puerta, giro sobre mi eje para encontrarla mirándome desde su lugar.

—Te quiero, Reel.

Y sin más, salgo del lugar, cagado en las patas por lo que me espera en casa.

Capítulo 3

Thomas

¿Alguna vez has sentido un miedo permanente?

Estoy seguro de que el miedo estuvo en algún momento en la vida de las personas, como algo pasajero, algo que luego de un tiempo lo superas y ya está. Sin embargo, ¿el miedo constante? ¿Ese que se niega a desaparecer aunque te esfuerces por esfumarlo? Ese es un tremendo hijo de puta.

No importa lo que hagas o cuánto tiempo pase, el condenado traicionero siempre estará ahí, en tu mente, en tus entrañas. No importa donde vayas o con quién estés, incluso no importa cuán seguro te sientas, el miedo estará como espectador.

Y el mío siempre estuvo firme, fiel, como si fuéramos inseparables, a donde yo iba, él estaba y que me condenaran si no había intentado apartarlo, pero siempre fue en vano, entonces un día dejé de luchar.

Cuando pongo un pie dentro de mi casa una hora después de mi toque de queda, comprendo que, fiel a mi compañía, el miedo tendrá un festín esta noche y aunque es como una montaña rusa, a veces sube y otras baja, para mi mala suerte, hoy se encuentra en la cúspide.

—Hasta que te dignas a aparecer.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral mientras permanezco con una mano en la manilla y la otra sin movimiento a mi costado.

—Cierra la maldita puerta —brama mi padre.

Me aferro tan fuerte a la manilla que siento el pinchazo en mi palma, negándome a soltarla, usándola como ancla para lo inevitable. Bien podría salir corriendo y tratar de mantenerme ileso, no es la primera vez que ese impulso me atraviesa, pero en cambio, resignado a aceptar una realidad que he vivido por años, cierro la estúpida puerta y espero.

—Lo siento mucho, estuve... —por supuesto que no termino mi explicación porque mi padre se abalanza sobre mí, clavando sus firmes dedos en mi brazo.

Un jadeo de dolor sale de mis labios cuando quita su mano de mi brazo para subirla a mi nuca donde sus uñas filosas son enterradas. Tira de mi cabeza hacia abajo mientras me lleva al centro de la cocina. Entonces comienzo a sentir las gotas de sangre en mi cuello y el único pensamiento que cruza por mi mente es: espero no manchar el abrigo de Sam.

—¿Qué parte del toque de queda no entiendes? —gruñe en mi oído—. Tenía que estar en la calle hace más de una hora y seguramente ahora voy a estar jodido por no llegar a tiempo —se aleja

para levantar mi mentón de manera brusca—. Ya que voy tarde, hagamos que valga la pena.

Y entonces estoy perdido.

Arremete contra mí tan fuerte que el aire abandona mis pulmones por varios segundos, soy empujado en el pecho con ambas manos, logrando perder el equilibrio y no soy lo suficientemente rápido con mis reflejos, mi espalda y mi costado se doblan hacia atrás chocando con el borde de la mesada, caigo al suelo agarrando mis costillas, temiendo haberme quebrado alguna, el dolor es insoportable y cuando lo miro, parece tan satisfecho con su acto que me revuelven las tripas.

Su mirada enfurecida y sonrisa diabólica me hacen encogerme. Mi padre es un hombre alto, de contextura física normal, no es obeso ni tampoco delgado. Incluso quizás hasta podría vencerlo en algún enfrentamiento físico. Pero a juzgar por mi delgado cuerpo, mejor lo dejo para otro momento, cuando pueda conseguir unos kilos de más.

—D-déjame explicarte, padre —suplico levantando una mano en el aire, un ridículo intento de protección.

—¡Deja de tartamudear! Odio que lo hagas —se pasa una mano por su desordenado cabello, probablemente perdiendo la poca paciencia que posee—. ¿Dónde coño estuviste?

Bien, es mi momento de hablar, dos cosas pueden pasar luego de abrir la boca: va a molerme a golpes hasta que probablemente acabe inconsciente en algún rincón de este lugar, no sería la primera vez, o existe una mínima posibilidad de que mi padre me deje tomar el puesto en el bar si consigo ser lo suficientemente rápido para negociar con él.

Y que Jesús se apiade de mí, pero la segunda opción suena mucho mejor que la primera.

—Fui a una entrevista de trabajo —escupo sin nada que perder y mucho por ganar.

Mi padre cuadra los hombros mientras da un paso desafiante, sus botas tocan la planta de mis zapatillas.

—¿Qué? —la furia en sus ojos claros me hace saber que él se inclinará por la primera opción.

Al carajo.

—Necesito dinero, padre. Por favor, déjame explicarte —mis ojos pican por las lágrimas acumuladas, prefiero no pestañear si eso significa que ninguna de ellas caerá por mi rostro.

George Miller detesta verme llorar y no por el instinto de padre protector que odia ver derramar una lágrima a su único hijo, es más bien porque, según él, me hacía ver débil, un bueno para nada.

"Tienes prohibido llorar", repitió durante toda mi vida y de alguna manera, le hice caso.

—Treinta segundos.

Y me doy cuenta de que tengo treinta segundos para salvar mi vida.

—Necesito el dinero para comprar ropa, padre —señalo lo que llevo puesto debajo del abrigo, sabiendo que mi padre detesta ser la comidilla del barrio y los rumores de lo que hacía conmigo eran evidentes, entonces él detestaba eso—. La que tengo ya está muy gastada y realmente necesito caminar por la calle sin que nadie sospeche de nada —hablo tan rápido que, por un momento, pienso que voy a ahogarme—. He conseguido un puesto de camarero, déjame tomarlo, te prometo que estaré aquí tan pronto como acabe mi turno.

Tomo una respiración profunda cuando termino de hablar, mi padre cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué te hace pensar que voy a dejarte trabajar? —su tono es bajo y mordaz.

No lo sé, ¿tal vez la puta esperanza que aún alberga en mi interior? No es como si pudiera decirle eso.

—El lugar es bueno, la paga es buena, puedo darte la mitad de mi salario si me dejas aceptarlo.

George suelta una risa irónica, un sonido áspero que me hace contener el aliento y rezar para que no me golpee de nuevo.

—Mírate nada más, estás aprendiendo a negociar, hijo.

La palabra "hijo" saliendo de su sucia boca, me da repelús porque si tuviera que elegir, sin dudas, hubiera escogido no nacer antes que ser su hijo.

—Bien —se pone de cuclillas hasta quedar a mi altura—. Ni un minuto más.

Luego se levanta para posteriormente sacar el arma que siempre escondía detrás de su cinturón, después de eso comienza a caminar hacia la salida, pero cuando creo que puedo volver a respirar, se da la vuelta y me apunta.

—Ten cuidado con lo que haces, ten cuidado con lo que hablas, queremos que tus amigos permanezcan sanos y salvos, ¿verdad?

Y sin esperar respuesta, sale del lugar dando un portazo al final.

No es la primera vez que recibo una amenaza de su parte, es uno de los motivos por lo cuales estoy aquí, pero que ya haya recibido amenazas antes, no significa que cada vez fueran menos... mortales que las anteriores.

Pongo mis manos sobre la mesada para tomar impulso y así poder levantarme, las molestias de

dolor están ahí para recordarme lo miserable que es mi vida.

Tan rápido como puedo, me dirijo a la puerta para poner el seguro y luego de eso me voy al baño, una vez dentro del diminuto lugar, comienzo a desnudarme con cuidado, doy un grito de dolor al levantar mis brazos para sacar mis prendas de arriba.

Echo un vistazo al pequeño espejo en la pared y mi nariz se arruga, en mi cuello están pegadas las gotas de sangre seca y mi costado luce tan enrojecido que me parece un milagro no haber perdido un poco de piel.

Bufo irritado, cansado y hastiado.

No quiero ser un superhéroe, ni salvar a nadie, solo deseo que mis amigos permanezcan con vida y, si es posible, yo también.

Media hora antes de mi horario de ingreso, ya estoy en la entrada de LiveTheMoment. Reel me regala una sonrisa desde su lugar detrás de la barra y una repetición viene a mi mente con la diferencia de que hoy los nervios no existen.

—Thom —agita su mano mientras sonrío alegre. Me acerco hasta rodear la barra y quedarme frente a ella.

—Hola, preciosa —deposito un beso en su frente—. Dime dónde está el área de vestuario, así me cambio y luego me das un tour por el lugar.

—Claro, ven conmigo.

Reel tira de mi mano por el pasillo hasta que entramos en el área de empleados, varios lockers se encuentran en los costados y mi uniforme yace colgado en una percha.

—El color es agradable.

—Me gusta —paso mi mano por el jeans negro y la camisa del mismo color perfectamente planchada—. Estaba rogando que no fuese una camisa blanca con una pajarita roja.

Mi amiga se ríe.

—Claudia odia las camisas blancas, dice que es muy común en el resto de los bares de la ciudad —Reel eleva los hombros—. Ese uniforme te va a quedar a medida, el negro resalta con tu cabello blanco.

—Bien, reza para que pueda conseguir algo —digo refiriéndome a las propinas.

Ella se va para que pueda cambiarme, dejo la mochila en la parte inferior del casillero para

quitarme la ropa. Pongo mi abrigo sobre ella y luego me quito la camiseta, dejando mi torso al desnudo.

—Oye, se me olvid...

Las palabras de Reel quedan suspendidas en el aire cuando clava sus ojos en mi cuerpo, la furia atraviesa su bonito rostro y su mirada se desvía a mi herida.

—Hijo de puta —masculla entre dientes al mismo tiempo que toma su móvil—. Voy a llamar a la policía.

Mi cuerpo se tensa.

—No lo hagas —un balbuceo en tono de súplica sale de mis labios.

La desilusión se instala en los ojos de mi amiga.

—¿Por qué lo defiendes? —el temperamento de Reel sale a flote—. ¿Por qué mierda lo defiendes? —repite.

—Estoy bien, solo le hablé del trabajo y las cosas se pusieron... difíciles, pero finalmente aceptó y eso es lo que importa.

Los ojos de Reel se ponen brillosos antes de que las lágrimas rueden por sus mejillas, una sorpresa total porque mi amiga casi nunca llora y ahora está aquí, llorando por mi causa.

¿Qué tan jodido estoy y no lo acepto?

—¿Pero qué dices, Thomas? Simplemente, no puedes decir que estás bien después de que te dieron una puta paliza. ¿Hasta cuando vas a seguir diciéndote eso? —eleva el tono de voz—. ¡Joder! Entérate, no estás bien. Estás tan acabado que no te has dado cuenta. ¿Cuál es tu maldito límite? ¿Por qué sigues ahí? ¿Por qué no huyes?

Infierno.

Las palabras de Reel duelen más que la paliza de anoche y mientras saco la camisa de la percha, trato de tragar el nudo en mi garganta. El silencio se instala en la habitación por varios segundos. Con manos temblorosas agarro la camisa y comienzo a vestirme evitando rozar la herida.

—Thom...

—No —intento abotonar las mangas, pero es imposible con mi visión nublada.

—Yo lo siento...

No la dejo terminar su disculpa, llámame egoísta, pero necesito descargarle con alguien y Reel

acaba de abrir una ventana.

—No puedes preguntarle a una persona violentada por qué sigue en ese maldito lugar, no puedes culparla por permanecer allí, no estás en sus zapatos, no estás en su piel. Esa pregunta es tan dolorosa como cada paliza que recibe, ¿sabes por qué? Porque estás jodidamente culpándola de algo que escapa de sus manos. Estás usando la pregunta incorrecta en la persona incorrecta, es al abusador a quien debes cuestionar, no a la víctima que trata de esconder su maldito dolor.

Y sin más para decir, le doy la espalda a mi amiga, rogando que se marche para poder desmoronarme tranquilo. Segundos después, oigo a Reel alejarse.

LiveTheMoment está hasta las narices esta noche, gracias a los dioses puedo desempeñarme bien en el trabajo teniendo en cuenta los puestos similares que he tenido anteriormente.

Claudia luce encantada conmigo y con lo rápido que he aprendido a manejarme detrás de la barra, sin contar mis movimientos ocultos como bartender, siempre se me ha dado bien eso de revolver las cosas y los clientes parecen amarlo por las buenas propinas que he tenido hasta el momento.

En total somos cinco camareros. Reel y yo estamos detrás de la barra y los demás chicos, los cuales no recuerdo sus nombres, se dispersan por las cabinas de la planta baja y alta.

Con un movimiento hábil de mis muñecas, sirvo la mezcla de bebidas que he preparado para la chica al otro lado de la barra.

—Aquí tienes —deposito un sorbete en su bebida con tal elegancia, ella suelta un gemido.

—Definitivamente, serás mi preferido —deja un billete alto sobre la barra antes de guiñarme el ojo y perderse en la pista.

Tomo el dinero y luego de echar un vistazo al lugar para comprobar que todos están atendidos, me acerco a Reel quien tiene la mirada perdida. La culpa se instala en mis entrañas.

—¿Reel? —ella me mira como si no esperara que yo le hablase—. Fui un idiota, lo siento.

—Dios, tú no tienes que pedir perdón, esa soy yo —trato de interrumpir, pero envuelve sus brazos a mi costado—. Perdóname, sé que tienes razón y no debí reaccionar contra ti, yo enloquecí cuando vi la herida y reaccioné de manera precipitada —beso su frente y muevo mi mano restándole importancia—. Lo lamento, sabes cuánto te quiero.

—Y yo a ti, preciosa.

Ella sonríe aliviada.

—Ah, mucha dulzura por hoy —dice dejándome ir.

Pongo mi mano en su cabello para despeinarla, algo que hago con Sam, la escucho quejarse y antes de seguir molestando, visualizo a dos hombres acercarse a la barra y cuando estoy a punto de avanzar para atenderlos, mis pies se clavan en el suelo al reconocer a uno de ellos.

Había pasado un año desde la última vez que lo vi. Me pecho se contrae y mis ojos se abren con sorpresa. Es alto, lleva un traje azul impecable, su rostro no demuestra emoción alguna y su cabello está perfectamente peinado. Es tan guapo que duele y había olvidado por completo esa atracción magnética que sentí la primera y única vez que lo crucé en mi vida.

—Joder.

—¿Qué sucede? —Reel se endereza, poniéndose en alerta—. ¿Thomi?

No puedo dejar de verlo, maldición.

—¿Ese es el señor Hamilton? —es lo único que sale de mi boca.

Sí, definitivamente es el padre de mi mejor amigo.

Capítulo 3

Jac

—Entonces, ¿aceptas, suegrito?

Suspiro hastiado, Nicholas Brown es todo lo que se necesita para sacarme de quicio y lo peor de todo es que lo logra con unas cuantas palabras. Ese chico es exasperante, no puedo entender cómo es que mi hijo lo tolera.

—¿Cuándo vas a dejar de ser un insolente? —mi voz sale dura y llena de advertencias, es una lástima que no funcione en él.

—Bueno, posiblemente nunca —escucho su risa a través de mi móvil.

—Voy a colgar —le anticipo, perdiendo por completo mi poca paciencia.

Ha pasado más de un año desde que lo conozco y eso ni siquiera importa porque su personalidad me sigue poniendo los pelos de punta, claro que si se tratase de otra persona, ya lo hubiese mandado por el paseo que lo lleva directo a la mierda, pero es el novio de mi hijo y, lastimosamente, le cogí cariño.

Pero pueden arrastrarme al infierno antes de admitirlo en voz alta. Ese chico insolente me daría mucha mierda amorosa luego de eso.

—Espera, vas a venir, ¿verdad? Mi chico precioso te extraña y quiere verte.

Nicholas le dice "mi chico precioso" a mi hijo. Zac finge protestar cada vez que su novio alborotador lo llama así, pero todos sabemos que solo es una fachada.

—Veo a mi hijo todos los días —digo remarcando la palabra "mi".

—Ya, pero yo también te extraño —sin verlo, sé que está haciendo un ridículo puchero que solo funciona en mi hijo.

Me levanto de la silla mientras me froto la mano libre por la cara, giro mi cuerpo en dirección al ventanal, buscando mi tolerancia en algún lugar de la ciudad bajo mis pies.

—También te veo todos los días —murmuro entre dientes, marcando el hecho de que lo tengo, dolorosamente, todo el tiempo a la vista.

—Y aquí tenemos un error —hace un sonido como si acabara de descubrir América—. *Hace una semana que no te veo y necesito mi dosis de molestar a mi suegrito. Si no te reúnes con nosotros mañana en la cafetería, voy a ir a tu oficina para armar un gran revuelo, ya sabes que en eso soy bueno. Oh, recuerdas lo de aquella vez cuand...*

—He acabado contigo.

Y antes de que empiece a divagar sobre historias pasadas, le cuelgo, perdiendo por completo mi paciencia para con ese chico. Bajo el móvil para dejarlo sobre el amplio escritorio, pero antes de hacerlo, lo tomo en mis manos y escribo un rápido mensaje:

Mañana en la cafetería.

Sé a la perfección que Nicholas es muy capaz de irrumpir en mi edificio y es mejor prevenir que lamentar. Fue así como nos conocimos, una historia demasiado triste y de la cual, todavía me avergüenzo. Zac y yo habíamos perdido a la mitad de nuestra familia en un accidente automovilístico, su madre y mi niña pequeña se fueron de este mundo, dejándonos a mi hijo y a mí con un profundo dolor. Simplemente, nos aislamos, cada uno luchando con sus demonios por caminos separados, gran error. Zac entró en una depresión de la cual me siento tan culpable que nunca podré superarlo, entonces llegó Nicholas y mi hijo volvió a respirar. Nicholas entró un día en mi oficina y me dijo unas cuantas verdades, desde entonces la culpa me acompaña, pero eso sirvió para retomar la relación con mi hijo.

Mi móvil me trae a la realidad, comienza a sonar como loco cuando llegan mensajes tras mensajes, echo un vistazo para darme cuenta de que son puros emojis.

¿Acaso tiene 10 años?

Pongo el aparato en silencio antes de dejarlo sobre mis papeles, es eso o lanzarlo directo al tacho de basura, luego me dirijo al lado izquierdo de mi oficina donde puedes encontrar un juego de sofá y una amplia mesa redonda donde descansan algunos planos.

Me inclino sobre la mesa para examinar algunos detalles cuando la puerta es abierta de golpe. Puedo sentir mi ceño fruncido mientras miro al hombre que avanza en mi dirección.

—Tengo planes para nosotros esta noche —informa al mismo tiempo que se sienta en el sofá individual y coloca su tobillo sobre la rodilla.

Hoy no está siendo mi día de suerte.

—¿Me pregunto cuándo será el día que entres a mi oficina luego de escuchar un "pase"?

Gianni pone su dedo índice con el pulgar sobre la barbilla, fingiendo pensar la respuesta

—*Certamente mai* (ciertamente nunca) —espeta radiante. Respondiendo exactamente lo mismo que Nicholas.

—Eso mismo acaba de decir el insolente —muevo la cabeza con desaprobación—. Son tal para cual.

Gianni suelta una risita, puedo dar fe de lo mucho que disfruta cuando ese chico irrespetuoso mueve mi mierda.

—Eso explica tu mal humor —descansa sus codos en los reposabrazos del sofá—. Solo nos toca descubrir el resto de tu, siempre, mal genio.

Le regalo la mejor mirada helada que tengo en este momento, pero al parecer, también he perdido efecto en él.

—Volviendo al tema, tu nuero es genial.

—Yerno.

Y sin poder hacer una maldita cosa para deshacer la última palabra que sale de mi boca, me preparo para aguantar los pinchazos de Gianni.

—Oh, dulce Jesús, acabas de aceptarlo en voz alta —aplaude varias veces como si de un niño se tratara.

—Termina con esto, Bezzechi, no estoy teniendo un buen día y estoy atrasado con estos planos —señalo el centro de la mesa.

Él se levanta hasta quedar frente a mí al otro lado de la mesa. Me examina y de repente se pone serio, hasta que abre la boca.

—¿Cuándo te vas a quitar el palo que tienes metido en el culo?

Si no lo conociera como lo conozco, a juzgar por su expresión seria y su pregunta ofensiva, bien podría pensar que está buscando algún tipo de problema que incluya la violencia física y verbal, pero conozco lo suficiente a Gianni para tomar su humor ácido.

—*Certamente mai* —uso sus palabras en su contra.

Mi amigo y socio, suelta un gemido lastimero.

—Odio que hables italiano —se lamenta.

Hace poco más de cuatro años, cuando Bezzechi aterrizó en esta ciudad, vino directamente a mí, queriendo cambiar de aire, según él, aburrido de la rutina, se mudó a la ciudad para comenzar a trabajar en la firma Hamilton & Asoc. Poco tiempo después, se convirtió en socio mayoritario, mi mano derecha y, dolorosamente, mi amigo.

Bezzechi es la versión adulta de Nicholas Brown, bueno, agregándole la arrogancia y la parte de cero ataduras.

Por mi jodida vida, nunca he conocido a un tipo tan liberal como él. Ciertamente, somos el frío y

el calor, donde Gianni usa su amabilidad y su encanto italiano, yo soy tan cortante como mi naturaleza me lo permite y donde él planta una sonrisa radiante, yo me inclino por la cara de póquer.

Cuando Gianni se da cuenta de que no estoy para charlas sobre idiomas, decide dejar eso de lado y comenzar a hablar.

—Claudia nos espera esta noche en LiveTheMoment —se pasa las manos por la parte delantera de su traje.

—¿Claudia? —pregunto intentando saber quién carajo es Claudia.

—*Oh mio Dio* —se pasa una mano por su cabello rubio—. ¿Recuerdas el bar que terminamos hace unos meses? —asiento con la cabeza, ese proyecto nos había llevado más tiempo del que me gustaría aceptar—. Bien, Claudia, una de las dueñas, lo inauguró hace un par de semanas y desde entonces nos llegó la invitación.

—¿Y? —pregunto un poco cansado con tantas vueltas.

—No puedo seguir dando excusas, iremos esta noche.

Se gira para marcharse, pretendiendo decir la última palabra, pero está equivocado si piensa que voy a dejarlo.

—No estoy yendo a ningún lado, tengo mucho trabajo, irás tú.

Gianni se gira antes de llegar a la puerta, con una mano en la cintura, un gesto muy elegante para un hombre que tiene más músculos que curvas.

—No puedo ir solo, Jac, no podemos quedar mal con ella.

—¿Desde cuándo necesitas mi compañía para entrar a un lugar? —me cruzo de brazos sobre mi pecho.

—*Mai* (nunca) pero esta es una situación profesional.

Lamentablemente, Bezzechi tiene razón. Un cliente es un cliente y aunque me importa una mierda quedar bien con alguien, mi lado profesional me pincha un poco y cuando estoy por acabar con el tema y decirle que iré de una jodida vez, Gianni decide abrir la boca.

—*Bene* (bien) no quería usar este método, pero me dejas sin opciones —sin saber de qué infierno está hablando, mis ojos se desvían al móvil en sus manos—. Estoy seguro de que tu nuero va a estar feliz de saber que finalmente lo aceptaste como tal.

Maldito manipulador, mi sangre hierve mientras su sonrisa se crispa aún más, si es que eso es posible. Odio cuando las cosas se salen de control y la otra persona termina ganando. No interesa

el lugar, las circunstancias o el premio, simplemente no acepto la derrota.

Con un gruñido y lanzando rayos láser de mis ojos, le digo:

—Sal de mi puta oficina o te sacaré a patadas.

Mientras suelta carcajadas como si le hubiese contado el chiste de su vida, se marcha por la puerta de mi oficina, sabiendo que me ha ganado en este pequeño duelo de autoridad.

Una vez calmado, tomo los papeles en mis manos y me dedico a trabajar lo que me queda del resto de la tarde.

¿Qué más podría salir mal?

Puede que influya el hecho de que a este lugar lo hemos construido nosotros, pero en cuanto atravieso las puertas dobles, confirmo lo que ya sabía.

El trabajo es excelente y seguro como el infierno de que nadie en esta ciudad es mejor que nosotros en lo que hacemos.

—*Oh, questo è incredibile* (oh, esto es increíble).

Grita Bezzechi a través de la música, demasiado ruidosa para mi gusto. Él avanza en dirección a la interminable barra en el sector derecho del lugar, giro mi cuerpo para darle un vistazo a las puertas, tal vez si me doy la vuelta y camino recto hacia la salida, no se dará cuenta.

La idea parece buena y cuando decido poner en marcha mi plan, una mujer alta, a la que reconozco como Claudia, se interpone en mi huida.

—Señor Hamilton —su voz es grave, seguramente acostumbrada a dialogar sobre la música—. Es bueno tenerlo por aquí.

Me tiende su mano y le devuelvo el gesto con un suave apretón.

—Gracias —suelto su mano mientras muevo la cabeza por el lugar, demostrando interés—. Me agrada el ambiente —miento.

Ella sonríe complacida, lo que me lleva a felicitarme mentalmente al darme cuenta de que mi fachada aún funciona para con las demás personas. Ya ha sido suficiente con el insolente y Bezzechi.

—Es bueno saberlo. Espero que disfrute la noche y no dude en llamar si necesita algo —asiento agradecido.

Cuando Claudia se marcha, suspiro derrotado, sintiendo la mirada de Gianni fija en mi nuca y sabiendo que no tengo escapatoria, voy a su encuentro.

—¿Puedes quitar tu cara de funeral? —me pregunta dos segundos después de haberme sentado a su lado.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí? —indago ignorando su queja.

—¿Cuántos años tienes? ¿Setenta? —apoya el codo sobre la barra y me mira fijamente—. Relájate un poco, *uomo* (hombre).

—Deja de responder con preguntas —ordeno tajante.

—Tú empezaste —rueda los ojos.

—Bezzechi... —advierdo—. Estoy perdiendo mi puto control.

El desgraciado se ríe, se atreve a burlarse en mi jodida cara, como lo hizo todo el maldito día, sabiendo que eso me cabrea del todo. Nada queda en mí, nada de autocontrol, nada de tolerancia, nada de transigencia, nada de profesionalismo y estoy a dos suspiros de estallar. Entonces visualizo una sombra por el rabillo del ojo y luego se escucha una voz aterciopelada que logra salvar a Gianni del desastre.

—Bueno, hoy es mi día de suerte.

Maldición.

Cuando pienso que mi noche no puede ir peor, oigo esa voz. Esa burlona y malditamente impertinente voz, la había escuchado una sola vez en mi vida y que me condenen al mismísimo infierno si no la reconozco.

—Buenas noches, señor Hamilton —saluda en tono engreído.

Juntando lo que queda de mí, vuelvo mi rostro hacia el frente. Entonces lo encuentro. Uno de los amigos de mi hijo. Este chico y yo nos habíamos conocido en las peores circunstancias. Zac y yo habíamos logrado volver a unirnos después de su depresión, pero sus amigos no tenían el mejor concepto de mí y con justa razón, entonces un día, sus amigos fueron a visitar a Zac luego de un episodio culmine y fue allí donde lo conocí. Fue la única vez que crucé a este chico y se comportó tan descarado como coqueto, poniendo mis nervios de punta.

Me observa satisfecho, como si supiera a la perfección el efecto inquietante que tiene en mí. Sus manos están puestas sobre la barra de mármol en una posición casual que irradia confianza, su camisa negra luce perfectamente planchada y un trapo azul cuelga de su hombro.

Sin otra salida, detengo mis ojos en su cara, sonrisa socarrona con aire de "estoy listo para joderte", piel demasiado blanca para su propio bien, ojos azules intensos como nunca antes había

visto y luego su cabello blanco que hace contraste con todo el resto.

¿Y por qué mierda lo estoy examinando?

—Esto tiene que ser una broma —mascullo entre dientes.

El niño impertinente suelta una risita arrogante que no hace más que irritarme.

—A juzgar por eso, debo asumir que se acuerda de mí —me mira directo a los ojos y esa mirada me resulta tan profunda y descarada que no sé qué hacer, pero sin querer demostrar algún tipo de efecto, cubro mi mierda con una fría expresión.

—En absoluto, no sé quién eres —digo tajante.

El chico ensancha su sonrisa, inyectando en mis venas ganas de borrarla.

—Si mal no recuerdo, la última vez que te vi fue hace poco más de un año —pone un dedo en la barbilla.

¿Por qué mierda me está tuteando sin permiso? ¿Y por qué parece como si me estuviera reprochando?

—*Bene* (bien) siento que estoy de más aquí —Gianni enfoca sus ojos en el mocoso desvergonzado al otro lado—. Y tú... —le dice—, deberías dejar de provocarlo o es probable que termines con un agujero en tu cabeza a causa de los rayos láser que te está lanzado.

El chico curva los labios, ahora su atención está puesta en Bezzechi.

—No me preocupa ni un poco —le guiña un ojo. Joder, no tiene educación—. Lo siento, mi nombre es Thomas.

¿Thomas? Un nombre demasiado inocente para alguien tan atrevido.

—Un placer —Gianni inclina la cabeza a modo de saludo, elevando la comisura de sus labios y que me den en las bolas si no entiendo eso como un coqueteo sutil—. ¿Ustedes se conocen?

—No —respondo de manera automática y hasta yo mismo me sorprendo de lo agria que sale mi voz.

El niño coqueto vuelve su mirada en mi dirección, está perdiendo si piensa que puede intimidarme con ese par de ojos.

—No tanto —y sin despegar sus ojos de los míos, agrega—: pero pretendo solucionarlo.

Sin ninguna respuesta mordaz que lanzar, me quedo callado, una clara señal de que, para mí, el tema ha terminado incluso antes de que empezara.

Gianni se encarga de ordenar las bebidas, mientras que el tal Thomas va por ellas. Gracias a Dios, no se acerca de nuevo, teniendo en cuenta que el lugar se ha llenado y casi una hora más tarde, había sido suficiente para mí y por increíble que pareciera, Gianni no trató de detenerme cuando le dije que me marchaba.

El poco tiempo que permanecí en ese lugar, no miré ni una maldita vez a Thomas.

¿Por qué? Ni puta idea. Conocí a todos los amigos de Zac, pero este en particular, tiene algo que me desequilibra, incluso desde un principio.

Y mientras conduzco por las calles de la ciudad en mi deportivo, no puedo evitar preguntarme...

¿Cómo hará ese niño para solucionarlo?

Capítulo 5

Jac

—¿Tú marchándote temprano? No pensé tener vida para ver esto.

Cuento mentalmente hasta diez antes de girarme para encarar a Gianni.

—¿Vas a empezar? —cuestiono cerrando mi mano libre en un puño apretado.

—¿Toda la vida vamos a hablar entre preguntas? —sonríe de medio lado.

—Vete a la mierda —Gianni suelta una carcajada mientras se cruza de brazos—. ¿Cómo es posible que aún no te haya borrado la sonrisa de un puñetazo?

Una pregunta que me hago siempre que tengo a Gianni de frente. Puede llegar a ser tan irritante como cansador. Una clara prueba de mi buena tolerancia.

—Bueno, eso es porque soy tremendamente eficiente en mi trabajo y porque soy un hombre *meravigliosa* (maravilloso).

De lo primero no tenía ni una gota de duda, pero lo segundo se aleja a la realidad.

Lo miro sin expresión alguna en mi exterior, pero como el infierno que mi interior quiere estrangularlo, algo que no pretendo hacerle saber, suficiente victorioso ha salido ayer.

—¿Querías decirme algo verdaderamente importante? —levanto una ceja de manera inquisidora—. Porque si no es así, deberías volver a tu trabajo.

Señalo su oficina en el lado opuesto a la mía.

—Eres un jefe de lo peor, ¿lo sabes? —voltea los ojos y hace un gesto con la nariz demostrando lo poco que le importa que yo le dé una orden—. En realidad, quería hablar contigo sobre lo que pasó anoche.

Como por arte de magia y en menos de dos malditos segundos, mi cuerpo se tensa y algo frío se instala en mi columna vertebral, recorriéndola de punta a punta.

Las imágenes vuelven a mi cabeza y una nube de molestia me inunda. Gianni me escudriña de cerca, seguramente buscando algún tipo de respuesta sobre mi aura negativa o tal vez tratando de agarrarse a algo para molestarme.

Está equivocado si piensa que va a tener algo de eso hoy, así que, imitando mi mejor cara desorientada, pregunto:

—¿Qué pasó anoche?

Bezzechi inclina la cabeza, tratando de sumergirse en mis ojos para ver si consigue algo y cuando sabe que no sacará nada, decide hablar.

—Lo de ese chico —mantente firme, me digo a medida que él habla—. Dijiste que no lo conocías, pero es un poco obvio que lo haces, ayer no fue tu mejor día con esa fachada de "van a creer lo que yo quiero que crean". Es decir, pude darme cuenta de que estabas mintiendo.

¿De verdad? Como si no lo supiera.

—¿Cuál es el punto, Bezzechi? —pregunto en tono estable, como si esta conversación no estuviera generando nada dentro de mí.

—El punto es que, no sé de dónde se conocen o si existe algún problema entre ustedes, pero he quedado con él esta noche, no te importa, ¿verdad? Pensé que debía decirlo.

Como si alguien hubiera arrojado un balde de agua fría y me hubieran congelado, me quedo estático, sin mover un puto músculo, con una expresión que no dice nada, pero que, a la vez, lo dice todo para mí.

Observo a Gianni como si no acabara de decir absolutamente nada y me siento asombrado de poder hacer eso, sorprendiendo de mi templanza cuando en realidad quiero reaccionar de verdad.

Bezzechi espera, sin quitarme los ojos de encima, a que yo diga algo y con toda la armonía que pude reunir en segundos, respondo:

—¿Estás jodidamente loco? —mi voz sale más gélida de lo que pretendo, él entrecierra los ojos, pidiendo algo más como respuesta—. No puedes salir con ese niño.

Digo las palabras de una manera demasiado áspera.

—¿Por qué no? —cuestiona levantando una ceja—. ¿Cuál es el problema?

¿Y es que acaso hay un problema? Por supuesto que no, me digo a mí mismo, no es de mi incumbencia lo que Gianni haga con su polla, mucho menos es mi maldito problema lo que ese niño haga con él. Pero sin tener una jodida idea del porqué de mi actuar, me encuentro dando una excusa ridícula.

—Es amigo de Zac —digo como si en lugar de decir eso, hubiese dicho que es un terrorista.

Gianni levanta el lado izquierdo de la comisura de sus labios, un gesto hostil.

—Bueno, hasta donde yo sé, Zac es tu hijo, no el mío —el hijo de puta me mira desafiante.

—Bezzechi... —advierto entre dientes.

Da un paso atrás mientras levanta las manos en señal de paz. Una paz que no poseo en este momento.

—Hoy estás ilegible, pero presiento que pude haber tocado algo... —estoy a punto de decirle que no, que no ha tocado una mierda, pero prosigue hablando—: y solo para dejarte... tranquilo, lamento decir que era una broma, luego de que te fuiste, me enrolle con una hermosa morena y el resto ya es historia.

Esa cosa que me estaba pinchando desde que Gianni dijo que había quedado con el niño impertinente, misteriosamente desaparece.

¿Qué tan extraño es eso?

—Lo que menos me interesa es tu vida sexual —sin embargo, sigo parado escuchando sus estupideces, con un alivio inexplicable en el pecho.

—De acuerdo —mueve la mano restándole importancia—. Parece que tú y ese chico Thomas no se llevan bien y el chisme me mantiene entretenido —mira a un punto fijo detrás de mí, reflexionando—. Además, es *carino* (lindo), tiene ese par de ojos que te hacen querer navegar, pero no es mi tipo. Demasiado para alguien tan liberal como yo, mucho sentimiento para una sola noche.

Observo a Gianni, procesando lo que acaba de decir, algo bastante decente para una persona humorista como él.

No tengo mucho para decir. De hecho, no tengo absolutamente nada. No quiero pensar en ese chico, no quiero pensar en lo que dijo Gianni, no quiero indagar sobre el motivo de mi rechazo instantáneo.

—Te veo mañana.

No espero respuesta, solo me meto al ascensor y mientras las puertas se cierran, puedo verlo mirando ese punto fijo, sin haberse dado cuenta de que me marché.

Es inimaginable que con solo dos encuentros ese niño haya generado cierto desconcierto en mí.

Sea cual sea la razón, no aspiro a encontrarla.

Capítulo 6

Thomas

La vida puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Después de mucho tiempo siendo un trapo de piso, hoy me siento extrañamente bien. Es como volver a ser yo, no quiero decir que en algún momento dejé de serlo, pero quizás me estaba perdiendo entre tanta bruma de negatividad que hay a mi alrededor.

Me asustaba pensar que mi vida iba a marchar por ese sendero, pero anoche algo en mí me hizo detenerme un poco.

¿Existe algo más satisfactorio que sacar, un poco, de quicio a cierto hombre impermeable?

La respuesta es clara y rotunda: no.

Porque si alguien viene a decirme que anoche no moví ninguna mierda en el señor Hamilton, le estaría diciendo: te reto a que me lo hagas creer. Me atrevo a apostar por mi vida, que anoche, su torrente sanguíneo bombeaba más de lo necesario, que su trinchera había sido sabotada y que su mirada gris verdosa fue afectada por mi presencia inesperada.

Y eso, eso se siente... excitante.

Mi lado malicioso y provocador había salido a flote en un dos por tres, queriendo punzar el inaccesible juicio de ese hombre, mi actuar fue automático y natural. Tal vez queriendo saber hasta dónde puedo llegar para romper su temperamento.

¿No es eso adrenalínico? Claro que lo es.

Mi mente retrocede en el tiempo, a la primera y, hasta anoche, única vez que me crucé con ese hombre. No pude tener mucho de él en ese momento, tampoco estoy seguro si voy a tener algo en este, pero no planeo darle tantas vueltas al asunto. El señor Hamilton se había mostrado horrorizado en nuestro primer encuentro gracias a mi coqueteo desvergonzado, recuerdo que nos dejó entrar a los chicos y a mí para visitar a Zac y luego huyó de su propia casa, dejándome con una sonrisa satisfecha y un trago amargo porque no lo volví a cruzar desde entonces.

Sin embargo, todavía no puedo entender el motivo por el cual ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo vi, quiero decir, he estado en casa de Zac muchas veces luego de que él se abriera con nosotros, hemos pasado cumpleaños, festejos, días de películas, incluso alguna que otra juntada para estudiar, entonces, ¿por qué no lo encontré hasta anoche?

Tal vez el señor Hamilton me estaba esquivando, ¿qué tan cierto podía ser eso?

Arrugo mi nariz, claro que no me estaba evitando, solo no habíamos coincidido y ya.

Bufo cansado. ¡Ah! Muchas preguntas sin respuestas.

—¿Por qué estás resoplando? —pregunta Lily mientras frunce el ceño—. Parece que estás teniendo un crucigrama en esa hermosa cabecita tuya.

—Algo así —apoyo el codo sobre el mostrador y me giro para mirarla—. ¿Eres buena resolviéndolos?

Los ojos de Lily se iluminan.

—¡Claro! Cuéntame —mueve una mano apurándome.

—Bueno, resulta que...

—¿Sí? —da un paso adelante, como si estuviera por contarle un secreto de estado.

—¡Dulce Jesús! Ahora entiendo de dónde sacó Nichi lo chismoso —suelto una risa estruendosa viendo su cara de horror—. Mírate, toda una cotilla.

Ella se quita los lentes que usa en su computador.

—Agradece que te quiero, de lo contrario, estarías despedido —mi sonrisa se ensancha.

—Claro, y en mi carta de destitución vas a poner: despedido por no contarme un chismesito —me burlo.

—Más o menos. Por ahora te dejo tranquilo, pero en algún momento me lo contarás, jovencito. Te quedas a cargo mientras estoy en la cocina.

—Como diga, jefa.

Lily me regala una sonrisa afectuosa antes de perderse por el pasillo que la lleva a la cocina.

Me gustaría tener algo que pudiera contar, pienso.

No es como si pudiera llegar con Lily y mis amigos para decirle: ¿saben qué? Vivo en una casa que, milagrosamente, no se cae a pedazos, no tengo para comer, no tengo una misera ropa decente, sufro violencia física y verbal desde siempre, vivo sometido bajo las amenazas de mi padre y...

Agito la cabeza para quitar esos pensamientos, no es el momento para escarbar esa mierda.

Echo un vistazo a la cafetería, está demasiado tranquilo, seguramente por el horario, una lenta melodía se escucha de fondo, tomo el libro que he dejado hace un rato para poder hacer mis tareas, ya que el lugar está controlado.

Dos páginas son leídas cuando la chillona campana suena a través de la música, aparto el libro abierto a un costado y levanto la vista listo para salir a atender a la clientela cuando mis ojos encuentran a un hombre alto, con un traje impoluto y puramente estirado, con un aire de superioridad, esos que te hacen creer que el solo hecho de respirar cerca de él es demasiado para ti. No lleva nada en sus manos y se dirige a la mesa al final del sitio.

¡Bendito seas mi Jesús!

Soy un suertudo, pienso mientras sonrío como un bobo. Todos los planetas y todas las dichas estrellas se alinearon a mi favor y malditamente voy a aprovecharlo.

Con una sonrisa socarrona y un andar seguro, me pongo en marcha para lo que será un buen reencuentro.

El señor Hamilton se desprende los botones de su sofisticado traje, mientras que con la otra mano toma su móvil. Camino lo más lento posible, tratando de absorber algo de él, queriendo memorizar algún movimiento.

Últimamente, mi cabeza está ocupada con demasiadas cosas negativas y qué mejor que este inalcanzable hombre para borrar un poco mis pensamientos desafortunados.

—¿A cuál entidad celestial debería rezarle para agradecer tanta buena suerte? —pregunto cuando estoy frente a su mesa.

El señor Hamilton cierra los ojos, un claro ejemplo de autocontrol, de cerca observo sus duras facciones, su mandíbula apretada y perfectamente delineada, una delgada capa de barba cubre su hermoso rostro y su cabello yace divinamente peinado hacia atrás.

Mis manos se cierran en un puño, aguantando el impulso de pasar mis dedos sobre él para despeinar un poco. Apuesto a que se vería sexy como él mismo.

—Prueba con San la muerte —dice con una voz cortante y aguanto el impulso de soltar un suspiro enamoradizo, como si me hubiera dicho el mejor poema del mundo.

El señor Hamilton levanta la vista, encandilándome con esos ojos de un color indescriptible. Su mirada no transmite absolutamente nada, siendo tan fría como un maldito iceberg. Sus ojos me mantienen quieto en mi lugar, agarro fuertemente el cinturón de mi riñonera sin desviar la vista, tampoco es que quiera mirar a otro lado.

Daría lo que sea para sumergirme en esos orbes inexpresivos, y así poder saber qué cruza por su cabeza, pero por mucho que me esfuerce, no logro sacar nada de él. Tal parece que la muestra de emociones que vi anoche fue un desliz.

—Debo decir que es una sorpresa encontrarte por aquí —pestañea lentamente, pareciendo aburrido de mi charla—. Pero me alegro de verte —sonrío sincero.

—Lástima que no puedo decir lo mismo.

—Auch, señor Hamilton —dejo una mano en mi pecho fingiendo dolor—. Lastimas mis sentimientos.

Él ladea la cabeza y gracias a Dios que no me cago en mis pantalones por el poder de su mirada.

—Pregúntame si me importa.

Su voz es tan grave y varonil, que no puedo hacer más que preguntarme cómo sonaría mi nombre en sus labios.

—Bueno, anoche parecía importarte —curvo los labios con mi característica sonrisa burlona.

—¿Qué quieres, niño?

¿Niño?

Eso suena tan jodidamente satisfactorio que trago un jadeo.

—Trabajo aquí —señalo mi uniforme—. Tú deberías ser quien diga lo que quiere —le guiño un ojo. De hecho, también es raro no haberlo cruzado en la cafetería anteriormente, dejo ese pensamiento para más tarde —. Solo pide y lo tendrás.

Por supuesto que toma mi sugerencia con doble sentido, lo sé cuando barre sus ojos sobre mi cuerpo de manera tan lenta como tortuosa y nunca jamás me he sentido tan expuesto, ni siquiera cuando recibía los golpes de mi padre.

El señor Hamilton fija sus ojos en los míos, y entonces puedo ver algo, algo que hubiera preferido no ver para poder seguir con mi coqueteo inofensivo, pero no, ahí está esa mirada llena de desaprobación y hasta podría decir que con cierto atisbo de desagrado.

Mis entrañas se retuercen y cuando quiero apartar la vista porque no puedo seguir sosteniéndola, él habla:

—Mira, niño, vamos a ahorrarnos este mal rato y voy a ser directo contigo para que dejes de hacer ese tipo de... —hace una pausa, posiblemente buscando alguna palabra que no suene tan mal—, comentarios. Primero, eres el amigo de mi hijo, por lo tanto, debes dejar de hacer ese tipo de mierda que haces. Segundo, no me gustan los hombres, soy heterosexual y tercero, si me gustaran los hombres, créeme, no estarías ni siquiera al final de la lista, ¿lo entiendes ahora?

El silencio se instala entre nosotros. Un peso cae en mi estómago y de repente, me siento enfermo e insultado, no sé qué hacer y me toma unos cuantos segundos y un poco de dignidad formular alguna respuesta.

—Fuerte y claro, señor.

Él no dice nada, ¿qué más podía decir? Cuando por fin junto algo de compostura para hacer mi maldito trabajo y tomar su orden, un grito me salva de la humillación.

—¡Thomi! —grita Nichi, entrando al lugar con Zac pisándole los talones.

Esa es mi luz verde para salir de aquí, porque Jesús sabe cuánto deseo mover mis pies.

Luego de saludar a los chicos y tomar sus pedidos, mi poco decoro y yo, nos marchamos a preparar la orden.

Ridículo, me digo cuando estoy lejos de todos. Miro mi cuerpo en el reflejo del vidrio del mostrador. ¿Cómo es que siquiera se me cruzó por la cabeza que ese hombre pudiera voltear a verme? Era obvio que es cien por ciento heterosexual, pero aun así fui a usar mi maldito coqueteo.

Arrugo la nariz.

—Él se lo pierde —me digo como consuelo.

Y aunque es cierto, no puedo negar que sus palabras calaron hondo. Siempre fui seguro de mí mismo, sin importar la mierda que pasaba en casa, nada podía hacerme sentir mal en cuanto a mi confianza, pero si alguien viene y te dice que ni siquiera estás en su estúpida lista, eso es algo que no se puede ignorar.

De igual manera, el señor Hamilton no va a tocar mi maldito autoestima.

Capítulo 7

Thomas

Bajo la vista a mis converse blancas que han tenido mejores días, mi jean negro que si bien está bastante usado, puede pasar desapercibido.

Me digo mentalmente que debo ignorar esta cosa superficial, no es algo que siempre me haya importado, sin embargo, una primera impresión siempre cuenta y me reprendo mentalmente porque vamos, tampoco soy un pordiosero.

Sujeto las correas de mi mochila y atravieso las puertas de vidrio. El lugar es cálido y un poco sofisticado, vengo aquí una vez al año, es mi manera de festejar mi cumpleaños. Me gustan los lugares limpios, elegantes y silenciosos dónde puedo disfrutar de una deliciosa comida.

Me gusta festejar mi cumpleaños a mi manera. Nunca he tenido una fiesta y mucho menos un almuerzo familiar. Ni siquiera mis amigos saben la fecha exacta, bueno, excepto Reel, pero ella siempre ha respetado mi manera de celebrar. No sé por qué, tal vez sea la falta del calor familiar o el hecho de que, simplemente, he crecido pasando por alto un día tan especial para muchos.

Las propinas de LiveTheMoment me permitieron estar aquí, puedo darme este mimo, luego voy a lidiar con el mundo exterior.

—Bienvenido, ¿una mesa para cuantas personas? —me pregunta la camarera que se encuentra en la entrada del restaurante.

—Solo soy yo —digo amable—. Tomaré una mesa apartada, por favor.

—Claro, acompáñame.

La sigo entre las mesas perfectamente acomodadas, la decoración es en un tono claro, las mesas están bastante separadas entre sí y del techo cuelgan varias lámparas.

La camarera me da lugar para que pueda pasar por delante y así sentarme en el sector que me trajo, luego me entrega la carta.

—Cuando hayas decidido, llámame.

—Gracias —le regalo una sonrisa suave.

Ella se marcha y dejo la cartilla sobre la mesa. Mi apetito se esfuma, pero mis ganas de estar en un lugar tan tranquilo como este, permanecen intactas.

No lo sé, se siente bien. Es como si supiera que nadie podrá encontrarme aquí, como si desde las puertas del restaurante para afuera, existiera un mundo y aquí adentro otro totalmente distinto

donde no encajo e incluso eso lo hace todavía mejor.

Porque uno puede encajar o no, ¿pero quién decide cuál de las dos opciones es la correcta?

Sentado aquí, más solo que nunca, me digo que, tranquilamente, puedo escabullirme en cualquier sitio. ¿Qué tan triste es ese pensamiento? El saber que estés dónde estés, no va a hacer ninguna diferencia.

Una solitaria lágrima rueda por mi mejilla y antes de que me convierta en un charco, la aparto bruscamente.

En resumidas cuentas, aquí estoy, sentado en un lujoso lugar, pasando desapercibido, mirando a un punto fijo a través del ventanal, viendo pasar a las personas y en este momento me siento como si el mundo se hubiera detenido, es como en las películas cuando pasa algún tipo de accidente y el o la protagonista presencia la escena en cámara lenta.

Así me siento, viendo mi vida pasar, mientras que alrededor solo hay silencio, un silencio sepulcral y doloroso.

Quiero escuchar un ruido, necesito escuchar un sonido para sentirme vivo.

Capítulo 8

Jac

Levanto la mano para mirar la hora en el reloj de muñeca.

Joder, estoy atrasado con un trabajo que debo revisar junto a Gianni, pero tampoco voy a saltarme el almuerzo. Eso me pone de mal humor. Con mi maletín en mano, abro las puertas del restaurante, una buena y rápida comida no me tomará mucho tiempo.

—Bienvenido, señor Hamilton —la camarera inclina su cabeza en un saludo formal—. ¿La mesa de siempre?

Recorro con la mirada para saber si la mesa dónde siempre suelo almorzar está lo suficientemente despejada para poder trabajar en paz. Es entonces cuando diviso una inconfundible cabellera blanca en una mesa apartada.

Tengo que pestañear varias veces pensando que puede ser una mala jugada de mi imaginación y cuando estoy cien por ciento seguro de que mi vista y mi cordura se encuentran en perfectas condiciones, me pregunto:

¿Qué carajos está haciendo ese niño aquí?

—¿Señor Hamilton?

Vuelvo mi atención a la camarera que espera mi respuesta.

—Tomaré una por mi cuenta. Gracias.

No espero respuesta, mis pies y todo mi cuerpo toman vida propia porque maldita sea si mi cabeza y mi racionalismo me piden a gritos que ignore al chico, pero mi puto cuerpo y temperamento me tienen yendo en su dirección.

Thomas tiene la vista puesta en algún punto más allá del ventanal, parece totalmente perdido en sus pensamientos.

Todavía estás a tiempo, me digo, pero cuando esa voz en mi cabeza lo sugiere, ya es demasiado tarde.

—¿Estás siguiéndome? —demando al mismo tiempo que me detengo al lado de su mesa.

El niño se sobresalta, confirmando mi teoría de que está sumergido en su mente.

Levanta la cabeza para encontrarse con mis ojos. Luce muy sorprendido y por un momento me pregunto si de verdad no sabe que vengo seguido a este sitio. Arruga la nariz, un gesto que hace

que sus ojos se hagan pequeños y de nuevo, me inquieta que sean tan intensos.

—Te creí más educado y menos egocéntrico, señor Hamilton —dice de manera altiva.

Mi sangre se calienta y mi enojo sale a flote en una milésima de segundos.

—La palabra educación y tú, no vienen de la mano.

El niño impertinente levanta los hombros, demostrando que le importa un culo lo que yo piense sobre su educación.

—No es algo que pueda discutir, acepto mi mala educación, pero tú... —apoya los codos sobre la mesa para impulsarse un poco hacia arriba y me escudriña de cerca—, deberías aceptar tu egocentrismo. Eres tú el que se detuvo en mi mesa como si fueras el rey del mundo.

Frunzo el ceño, tratando de procesar el hecho de que este chico, demasiado arrogante para mi propio bien, me esté hablando de este modo.

—No me conoces para decir algo semejante.

—Bueno, viniste a llamarme acosador cuando solo estoy aquí sentado pensando en mis cosas, ni siquiera sabía que estabas aquí —sus ojos azules me miran desafiante—. Eso te hace una persona egocéntrica.

¡Al diablo con este niño! Quién se piensa que es para hablarme de esa manera. La vena de mi cuello quiere explotar y mis ganas de matarlo se elevan a mil.

—Puedes sentarte, nos están viendo —hace una disimulada señal alrededor, pero no me importa y no voy a gastar mi tiempo en barrer el sitio.

En su lugar, me encuentro corriendo la silla y deslizándome en ella mientras dejo el maletín a un costado. El chico me da una mirada altiva y sonrío triunfal, entonces me doy cuenta de lo que hice.

¿Qué demonios hago sentado junto a este niño? Pero no existe forma de que yo me levante y me marche para darle más satisfacción. No pienso huir, ni en un millón de años.

—Entonces... ¿pensaste que te estaba siguiendo? —pregunta, la sonrisa traviesa persiste en sus labios.

—Te encuentro por todos lados, no creo en las coincidencias —le sostengo la mirada.

—Yo lo llamaría casualidad —eleva un lado de la comisura de sus labios, un gesto que, seguramente, usa para conquistar—. Una agradable y sexy casualidad.

El muy desvergonzado se atreve a guiñarme un ojo.

—Deja de hacer eso —ordenó.

—¿Hacer qué? —curva los labios disfrazando una inocencia inexistente.

—Coquetear —un brillo travieso traspasa esa mirada intensa.

Thomas abre los labios y no puedo contener el impulso de mirarlos, son gruesos, rojos, demasiados marcados y se ven suaves.

¿Qué mierda?

Me doy una reprimenda mental por estar yendo por donde no corresponde.

—¿Lo hago? —pregunta al mismo tiempo que inclina su cabeza sin apartar los ojos de mí.

No sé qué responder a esa pregunta, uno: porque ni siquiera yo mismo entiendo cómo es que llegué a la conclusión de su insistente coqueteo y dos: jodidamente no voy a entrar en su juego absurdo de seducción.

—Ya lo dije, soy...

—Heterosexual y el padre de Zac —interrumpe y como si los dos puntos anteriores no fueran suficiente para callar su boca, tiene que agregar—: lo sé, ¿no es eso una fantasía caliente?

Mi aliento se atora y seguro como la existencia del mismísimo Lucifer, mi traicionero cuerpo reacciona ante las descaradas palabras que salen de su boca.

Me remuevo en el asiento un poco, muy, incómodo por aquel intercambio y planto mi mejor cara ilegible.

—Eres un desvergonzado, tal parece que tus padres no te enseñaron lo que es la palabra educación —digo con exasperación.

—Y tú eres un lilipendo —contraataca de manera automática, volviéndose tan serio como nunca antes lo he visto.

Atrás ha quedado el coqueteo en sus palabras y la seducción en sus gestos.

—¿Qué dijiste? —cuestiono entre dientes, tensando la mandíbula.

Thomas baja la vista a su plato de comida, que cabe resaltar que hasta este momento lo noto, se frota las manos por la cara antes de levantar la cabeza y un poco más calmado que antes, dice:

—Voy a darte una tregua por hoy, verás... Es mi cumpleaños y no quiero pelearme contigo, señor Hamilton.

¿Su cumpleaños? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cuántos años cumples? —me escucho preguntar y cuando pienso que va a responder con algo ingenioso, contesta como una persona centrada.

—Veintidós. Soy un año más grande que el resto de los chicos. ¿Puedo preguntarte cuántos años tienes? Zac dijo que fuiste papá muy joven —si hubiera sido en otro momento, dónde estuviese siendo un coqueto dolor en el trasero, no habría respondido absolutamente nada, pero verlo tan cabizbajo es desconcertante, así que le doy lo que pide.

Ah, maldita culpa que me carcome.

—Treinta y nueve.

El niño asiente sin agregar nada más. Me tomo un momento para evaluar la situación, el niño está de festejo, pero aun así se encuentra solo. Muchas preguntas llegan a mi mente: ¿por qué está solo? ¿Dónde están sus padres? ¿Por qué Zac y el resto de sus amigos le permitieron aislarse en lugar de festejar? ¿Por qué diablos me importa?

Extiendo la mirada por su rostro, tratando de agudizar y forzar uno de mis sentidos. Nunca fui bueno para leer a las personas, tampoco es que me interese hacerlo, pero dentro de este extraño contexto, me permito, por primera vez en mi vida, intentar leer a una persona.

Y por ridículo que sea, esa persona se llama Thomas y es un clavo en mi zapato.

—Come —le digo en tono autoritario, viéndolo jugar con su comida.

—¿Tú no vas a pedir nada?

—Ya comí —miento.

Él asiente con la cabeza para luego hincar el tenedor en el plato de pasta. A continuación, saco la laptop del maletín y me pongo a trabajar.

Unos minutos después, y siendo tan honesto como puedo, no estoy haciendo una mierda en el computador porque lo único que puedo hacer es lanzarle miradas furtivas a Thomas quien está tan ido en sus pensamientos que no se da cuenta de mi escrutinio.

No quiero hacerlo, infiernos, no quiero leerlo.

No obstante, en vista de que mi sentido común salió de vacaciones y mi lado culpable por las palabras que le dije hace unos días, hace acto de presencia, me encuentro examinando a fondo.

Su pelo blanco no está correctamente peinado hacia atrás como lo había estado la noche en la que lo encontré en el bar. Ahora lo tiene todo revoltoso, mechones por aquí y por allá. Su nariz es

delicada y respingona y su mandíbula marcada, pero con las mejillas ahuecadas y casi estoy seguro de que se debe a su delgadez.

—Estás mirándome fijo —dice sin levantar la vista de su plato.

—No lo hago.

—Lo haces —revolea los ojos antes de mirarme—. ¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Básicamente, un negador serial —arrugo el ceño—. Quiero decir, dices que no me estás mirando, pero lo haces y sin contar el hecho de que hace unos días remarcaste tu lado heterosexual, dejándome con la mierda de dignidad por el piso, pero... —me señala con el tenedor—, curiosamente, ahora vienes y te sientas al frente solo para examinarme. En conclusión, un negador —arrastra sus pestañas hacia arriba—. Pero me gusta.

—Dijiste que ibas a dejar el coqueteo.

—Bueno, contigo no puedo evitarlo.

Si alguien viene a preguntarme si conozco a alguna persona que sea remotamente discreta, jamás de los jamases les daría el nombre de Thomas porque aunque a simple vista parezca una blanca paloma, cuando abre la boca, es un puto libro sin advertencias.

Y la culpa por como lo traté la última vez, se instala en mis malditas entrañas.

Puedo ser un tremendo hijo de puta, serio, hostil, egocéntrico, mandón y toda la mierda mala que se te ocurra, pero cuando la palabra "culpa" entra en mis sentimientos, es una historia aparte. Simplemente, no puedo con ella, nunca me da tregua, ni un respiro y cada vez que hago algo, evidentemente malo, ella me visita.

Y es esa culpa del demonio la que me tiene levantando la mano para llamar a la camarera. Menos de un minuto después, ella llega a mi lado.

—¿Desea ordenar algo, señor Hamilton?

Definitivamente, su "señor Hamilton" no suena de la misma manera que cuando lo dice el niño a mi lado.

—¿Puedes traernos una porción de pastel de...? —miro al chico al otro lado de la mesa, esperando que él elija su sabor preferido y lo único que obtengo es una mirada de total asombro—. ¿Niño?

—Um, lo siento —trata de sonar casual, pero fracasa—. De chocolate con fresas por favor.

—Bien, en un minuto regreso.

Cuando la camarera se marcha, centro mi atención en él que todavía me mira estupefacto. Entonces, ¿qué tan raro es que le compre un trozo de pastel?

—¿Sientes cargo de conciencia por tu "no istirias in mi listi"? —finge una voz chillona.

—Estoy tratando de ser amable, niño.

—Está bien —toma un poco de agua—. Me tomaste por sorpresa, no pensé que había amabilidad en ti, señor Hamilton —me molesta.

—Gracias, supongo.

Él suelta una risa cantarina, la camarera deposita un enorme trozo de pastel frente a Thomas y luego de agradecerle, se marcha.

—Esto se ve delicioso —agarra su cuchara para probarlo.

—Pide un deseo —le digo.

El chico arruga la nariz, como si no supiera que pedir, y después de unos segundos, su rostro se ilumina con lo que parece ser añoranza y desasosiego, una mezcla que comprime mi pecho en una milésima de segundos, logrando que no pueda hacer una jodida mierda para quitarlo de sus atormentados ojos.

—Quiero ver las estrellas en la madrugada —luego de eso, se lleva la cuchara a la boca.

No comprendo su deseo, todo el mundo puede salir a mirar las estrellas en la madrugada, ¿no es cierto? Sus ojos se cristalizan y una lágrima rebelde se desliza por su mejilla mientras continúa masticando, se la quita antes de que caiga por su barbilla, solo hasta este preciso instante, puedo entender las palabras de Gianni.

Dejo que termine su pastel en silencio, un silencio que parece no molestarle y cuando me levanto para marcharme, susurro:

—Feliz cumpleaños, Thomas.

Él me sonríe agradecido y después de eso me obligo a marcharme. Pago la cuenta y dejo a mi cargo todo lo que él consuma de ahora en adelante.

¿El motivo? Ni puta idea.

Thomas está repleto de sentimientos, pero ¿de qué índole?

¿Qué infierno esconde bajo esos maliciosos y descarados ojos?

Capítulo 9

Thomas

—Oficialmente, ya eres parte de LiveTheMoment —dice Claudia cuando termino de firmar mi contrato.

Mis ojos se abren de par en par cuando veo la cifra de mi salario.

Joder, incluso dándole la mitad a mi padre, ya es demasiado para mí. Una cantidad de dinero que nunca antes había visto. Pero cuando no tienes ni un billete partido al medio y luego cae uno entero en tus manos, te sientes el hombre más rico del mundo.

Y yo me siento millonario.

—Gracias —mi sonrisa de felicidad se refleja en sus ojos.

—No hay nada que agradecer, al contrario... —ella agarra la carpeta y la guarda en uno de los cajones del escritorio—, la que está agradecida soy yo y quería disculparme por tardar en sellar el contrato, ya sabes que estos días fueron agitados con tantos viajes que he tenido, lo siento.

—Oh, no te preocupes, no fue un problema para mí —la tranquilizo.

Ella toma mis manos a través de la mesa.

—Estoy contenta de tenerte trabajando aquí —su cara se ilumina—. Bueno, no solo yo, todos lo están, el resto de los empleados, los de seguridad y ni hablar de la clientela. Con decirte que esperan su turno para ser atendidos por ti.

Mi pecho se infla de orgullo.

—Qué puedo decir, es parte de mi encanto —digo con una mirada juguetona.

Ella suelta una carcajada asistiendo con la cabeza.

—Claro que lo es —empieza a mover los brazos en el aire—. Por otra parte, haces esos malabares con los vasos, botellas o lo que sea y simplemente, todos se quedan viéndote.

Ese comentario me hace volver en el tiempo. Viajo al pasado, justo cuando era un adolescente, y me escabullía de mi padre para perderme en algún parque lejano para trabajar como artista callejero. Recuerdo vívidamente las pelotitas entre mis manos, volando de un lado a otro, transformándome en un experto en poco tiempo.

Mi gorra con monedas se llenaba con rapidez cuando sonreía y guiñaba un ojo.

—Tengo mis habilidades, espero que sigas sonriendo de esa manera cuando, posiblemente, rompa alguna de tus finas copas —adviento mientras me pongo de pie.

Claudia realiza una mueca de disgusto, pero rápidamente la cambia cuando rodea el escritorio.

—Cariño, puedes romper todo lo que quieras si vas a tener a los clientes tan satisfechos.

Planto una expresión taimada y me dirijo a la puerta.

—Anotado —digo malicioso al salir del despacho.

—¡Thom, es una broma! —la oigo gritar desde adentro.

Suelto una risa malvada mientras camino por el pasillo que me conduce a la barra.

—Bueno, mira quién está feliz hoy —dice Reel, poniéndose a mi lado—. ¿Por algo en particular?

Levanto mis hombros, mi sonrisa intacta.

—Solo me siento bien.

—¿Y por casualidad eso se debe al hombre que ahora mismo se está sentando al final de la barra?

—¿Qué?

Miro a Reel arrugando el ceño sin entender sus palabras, pero cuando ella levanta el mentón y las cejas señalando el lugar dicho anteriormente, mi boca cae al suelo sin poder creer lo que estoy viendo.

—Joder —balbuceo.

—Yo lo atiendo si es un problema para ti —Reel avanza un paso, entonces reacciono y le agarro la muñeca para detenerla—. ¿Qué sucede?

—Yo lo haré —digo sacudiendo la cabeza, como si eso funcionara para hacerme volver en sí.

—¿Seguro? —asiento rápidamente—. Pareces un poco contrariado.

Ella conoce mi historia inexistente con el señor Hamilton, así como también es consciente de mi atracción hacia el hombre, no es que él vaya a verme algún día, por eso es que no me siento culpable con respecto a Zac. Vamos, ese tipo nunca me miraría.

—No es eso, estoy... sorprendido —murmuro inclinando mi cuerpo a la altura de ella.

—¿Por qué estás susurrando? —pregunta confundida—. Habla fuerte, no te escucho una mierda.

—Shh —muevo la mano—. Baja la voz.

Reel pone los ojos en blanco mientras agarra un trapo en sus manos.

—Claro, seguramente nos va a escuchar a través de la música.

Me doy una patada mental por lo patético que estoy actuando, pero es que, diablos, no pensé verlo después de lo que pasó hace unos días.

Estoy casi seguro de que el señor Hamilton piensa que yo, además de un acosador, también soy raro.

—¿Me veo bien? —pregunto pasando los dedos por mi cabello peinado hacia atrás.

—Te ves perfecto, ahora ve y demuéstrole de qué están hechos tus seductores huesos.

—Oh, quiero eso.

Sin otra cosa en mente, tomo un trapo y me abro camino hasta el final de la barra.

El señor Hamilton clava sus ojos en mí a medida que voy avanzando. Mierda, su mirada es tan penetrante y firme que, por un momento, me siento totalmente expuesto en cuerpo y alma.

Es un pecado mortal que siempre se vea tan condenadamente bien, con esos trajes que no hacen más que verse ardiente como él mismo.

—Bueno, qué agradable sorpresa —confieso, luego planto las manos sobre el mármol y cuando lo miro fijo, me pierdo un poco.

—No empieces, niño.

Puede decirme "niño" en todos los tonos y sentimientos posibles que mis rodillas van a flaquear cada vez que lo haga.

—¿Empezar? ¿Qué estoy empezando, señor Hamilton? —acerco mi cuerpo, queriendo observar un poco más de cerca.

—A coquetear —su voz suena atormentada.

—¿Lo hago? —cuestiono.

—Sí.

Me sostiene la mirada y solo hasta este momento me doy cuenta de que está conteniendo la

respiración y cuando por fin puede exhalar, su exquisita colonia me anega, dejándome un poco mareado a causa de la excitación.

—De hecho, no lo estaba haciendo —me muerdo el labio inferior y sus ojos caen a mi boca. Maldición—. Pero es bueno saber que aunque no lo intente, me veas coqueto.

—No dije eso —dice de manera precipita.

Sus ojos, Dios, sus ojos son como una maldita flecha y jodidamente están penetrando a través de mí.

—Lo que digas, de todos modos, sé que no es así —sonríó burlón.

—De cualquier manera, siempre piensas lo que quieres —apoya las manos sobre la barra para luego entrelazarlas, sus dedos son largos, gruesos y sus venas están perfectamente marcadas.

¡La madre que me parió por tener una mente tan sucia!

—Hasta que empezamos a entendernos, señor Hamilton —mi voz sale con un jadeo involuntario.

Gracias al cielo, no lo nota. Lo que menos quiero es parecer un necesitado, aunque lo esté.

Ante todo la dignidad, me digo.

—¿Vas a tomar mi pedido o me largo? —espeta.

Y no paso por alto el hecho de que él quería que yo lo atendiera o de lo contrario, se iría. ¿O solo son alucinaciones mías?

—Tan amable —le guiño un ojo. Él mueve la cabeza en desacuerdo—. ¿Qué te traigo?

—Un Gin Tonic.

—Bien, marchando un Gin Tonic para el simpático caballero.

Lo escucho gruñir cuando me estoy marchando para preparar su bebida. Mientras saco las botellas y una copa, puedo sentir su mirada en mi nuca, sin girarme, sé que está siguiendo mis movimientos.

Trato de mantenerme descontracturado, no pretendo demostrar cuánto me afecta su presencia.

—Aquí tienes, lo prepararé con mucho esmero —digo poniendo la copa al frente.

—Lo haces para ganar una buena propina —levanta una de sus cejas.

Suelto una carcajada revoltosa y luego le doy una mirada cómplice.

—Eso es cierto, pero contigo es algo más espontáneo —su ceño se frunce demostrando que no cree para nada en mis palabras—. Aunque, de todos modos, no me vas a escuchar quejándome si dejas una buena propina.

Agarra la copa en su mano y se la lleva a los labios, mis ojos siguen los lentos movimientos, pareciera que el señor Hamilton lo estuviera haciendo a propósito. Su nuez de Adán sube y baja cuando la bebida pasa por su garganta.

Contengo el aliento y me digo que debo apartar la vista, pero es imposible, este hombre es tan cautivador con cada uno de sus gestos, movimientos y palabras.

—Deberías volver a trabajar —hace un gesto en dirección a las demás personas.

Tiene una mueca de superioridad en su perfecta cara, el maldito sabe lo que está provocando en mí y usa ese poder en mi contra. Bien, dos pueden jugar el mismo juego. El señor Hamilton acaba de prender el fuego y yo jodidamente voy a incendiarlo.

—Si me necesitas, llámame.

Luego de eso me marchó y todavía estando lejos, el maravilloso sexapil de ese hombre sigue flotando a mi alrededor.

Capítulo 10

Jac

Si alguien hubiese venido una semana atrás a decirme que hoy estaría en un bar comprobando que, cierto niño impertinente estuviera bien, le habría dicho que estaba jodidamente loco por pensar algo tan descabellado.

Pero aquí estoy yo, bebiendo mi Gin Tonic y contemplando su andar.

Luego de nuestro encuentro en el restaurante hace unos días, no pude continuar evadiendo este sentimiento de querer comprobar que él se encuentra bien y fue esa cosa la que me trajo al bar esta noche.

¿Qué carajos me tiene que importar lo que le pase a este chico? No es mi puto asunto, no necesito lidiar con la mierda ajena y tampoco es que quiero hacerlo, pero vamos, cuando quise huir, ya fue demasiado tarde, ya estaba atrapado en sus atormentados ojos azul intenso.

Sumando el peso de todo lo que había pasado con Zac en su momento y el sentimiento de culpa que aún cargo por haberlo dejado solo en su dolor. Ahora no puedo voltear la cabeza y hacer de cuenta que nada pasa aquí, ya lo había hecho con mi hijo y que me condenen al infierno si hago lo mismo con Thomas.

El mismo error no se comete dos veces, si lo haces, no eres lo suficientemente inteligente para aprender una lección.

Así que aquí estoy, tratando de no cometer un segundo error del que, seguramente, me arrepentiré por el resto de mi vida. Me digo a mí mismo que a eso se debe mi impulso de venir a verlo y que no tiene nada que ver con su espectacular rostro y sus labios rojos.

Mantengo la mirada en Thomas, quien está haciendo un espectáculo con la coctelera. Las personas se quedan boquiabiertas cuando él lanza el mezclador por el aire sobre su cabeza para luego hacer un giro ágil y agarrarlo por detrás.

¿Cómo diablos pudo hacer eso?

Mi boca está abierta como la del resto, el niño abre la tapa y descarga la bebida en la copa de la mujer que le sonríe entusiasmada, Thomas le guiña un ojo y se desplaza para atender al siguiente.

Si lo observas de pasada, el chico parece bastante bien, sin preocupación alguna, pero resulta que, gracias a mi reciente y maravillosa capacidad para leerlo, me percaté de que es una fachada, que detrás de esa sonrisa esconde algo.

—¿Otro? —pregunta cuando se detiene al frente.

Asiento con la cabeza y cuando intenta ir en busca del segundo trago, me escucho preguntando:

—¿Cómo aprendiste a hacer eso? —haciendo referencia a sus trucos.

—En la calle, cuando hacía malabares en los parques para juntar un poco de dinero.

Su respuesta fue tan espontánea, que cuando miro su rostro me doy cuenta de que se le ha escapado. Su cara se transforma con lo que parece ser vulnerabilidad y joder si eso no aprieta un botón de mi lado como ser humano.

Tal parece que en poco tiempo, lo puedo leer con facilidad porque podría haber tomado esa respuesta como una de sus bromas, pero ni en un millón de vidas lo dijo como tal. Es tan real que me tiene sintiendo un temor infundado corriendo por mi sangre.

¿Malabares? El niño solía ganarse el dinero en las calles y un cuestionario me tiene apretando los labios para no soltarlo, solo porque no deseo incomodarlo.

Thomas esquivo mi mirada bajando la cabeza, un gesto que realiza por primera vez desde que lo conozco. No me gusta verlo así, tan expuesto, tan indefenso, no coincide con su personalidad extrovertida.

—Tienes habilidad para hacerlo —es lo único que se me ocurre decir para sacarlo de allí.

Y cuando el niño levanta la cabeza y esboza una sonrisa pernicioso, entiendo que ha vuelto y nada me alivia más.

—¿Sí? —afirmo—. Entonces, ¿vas a dejar una buena propina?

Condenado niño.

—Estaba dándote un cumplido, no necesitas arruinarlo —elevo la comisura de mis labios.

—No lo hago, pero no puedes culparme por tratar de aprovecharme de la situación. No todos los días te encuentro siendo amable. De hecho, es la primera vez que lo eres conmigo.

Eso no es cierto. ¿Lo es? Hace una señal de "ya regreso" antes de irse para atender a un hombre.

Minutos después, deposita otra copa en frente.

—Admite que es el mejor Gin Tonic que has tomado en tu vida —deja caer una mano en la cadera.

—Todos son iguales —agarro la copa.

—Bueno, algunos podemos ser mejores —apoya los antebrazos sobre la barra y se acerca tanto

que tengo que retroceder unos centímetros—. Puedo demostrar mi punto si me lo permites.

—Apuesto a que sí.

—En pocas palabras, ¿se me permite? —eleva la ceja de forma inquisidora.

—No —mi negativa sale automática.

—¿Por qué no? Quiero un buen motivo y dejaré el asunto por la paz.

En este punto de la conversación, yo me encuentro un poco perdido. ¿Qué pasa si él está haciendo referencia a un tema y yo a otro?

Examino sus expresiones y a juzgar por su mirada maliciosa, me doy cuenta de que estamos en el mismo carril. Ahora bien, me niego rotundamente a entrar en este círculo dónde él hace preguntas capciosas y yo piso la trampa.

—Ya dije mis motivos y no los voy a repetir —pone los ojos en blanco.

—Mandón —susurra, pero logro escucharlo—. ¿Por qué estás aquí, señor Hamilton?

Le doy una mirada superficial mientras levanto mi copa y la señalo.

—Pasé a tomar algo, ¿no puedo?

Thomas se endereza sin apartar la mirada.

—Claro, es solo que pensé que después de la otra vez... —se succiona el labio inferior—, olvídale.

Después se aleja para continuar trabajando.

¿Qué iba a decir?

Cierro los ojos por unos cuantos segundos y cuando los vuelvo a abrir, busco al chico para encontrarlo observándome mientras descorcha un vino.

Me levanto del taburete, no pudiendo soportar un segundo más y habiendo llegado a mi límite por hoy, saco mi billetera y me encargo de dejarle una buena propina. Después de eso me marcho sin mirar atrás porque mierda, si lo hago, posiblemente, no me iré nunca. Todo esto es tan confuso.

Es ese pensamiento el que me tiene boqueando como pez fuera del agua.

—¡Me cago en mi puta mierda! —vocifero una vez fuera del lugar.

El guardia de seguridad se gira para verme, y antes de que decida decirme algo, camino hacia mi coche.

Una vez dentro, apoyo la frente en el volante y resoplo furioso.

—¿Qué mierda se supone que estoy haciendo? —cuestiono a la nada.

Según mi perspectiva, todo este tiempo, ese niño se las ha arreglado solo. Ahora también puede seguir haciéndolo. ¿Cierto? No necesita un maldito guardaespaldas para supervisar su vida.

¿Cierto?

Capítulo 11

Thomas

—¡Cielito! —exclamo cuando Sam abre la puerta de la residencia Hamilton, me abalanzo sobre él entrelazando mis brazos detrás de su nuca y mis piernas alrededor de su cintura—. Te eché de menos.

—Demonios, Miller, aunque estés todo flacucho sigues siendo pesado —se queja mientras me rodea la cintura con un brazo para sostenerme—. Después de todo, ¿dónde carajos te has metido estos días?

—Ah, te preocupas por mí. Cualquiera que te escuche dirá que me extrañaste —lo molesto besando su mejilla.

Sam cierra la puerta con la otra mano y nos lleva a la sala, todavía conmigo sobre él.

—No seas baboso —me río cuando me aparta la cara con la mano—. No te extrañé, pero es raro no verte molestando por aquí y por allá —es gracioso ver a mi amigo caminar con tanta facilidad, aunque yo esté enroscado a su alrededor—. Ya bájate, pareces una garrapata.

Me pincha el costado en mis costillas, lo que ocasiona que me suelte de golpe riendo por las cosquillas.

Visualizo a Zac al final de la sala, inclinado sobre la enorme mesa del comedor donde tiene papeles esparcidos sobre ella. Logro ver los planos, Zac y Sam estudian arquitectura.

—Hola, amorcito —me acerco a él.

Zac me mira para luego fruncir el ceño, un gesto que me recuerda tanto a su padre. Si bien, físicamente tienen su parecido, en cuanto a carácter y gestualidad son completamente iguales.

—¿Por qué estás desaparecido? —esa es su manera de saludarme.

Lo cierto es que no había tenido mucho tiempo para compartir con los chicos y es normal que les parezca raro, ya que siempre estoy revoloteando cerca de ellos, pero con el nuevo empleo y mis tareas, escaso me dejaban tiempo para respirar. No les había contado sobre el trabajo en el bar, ellos harían un millón de preguntas y yo no podría responder ninguna, así que decidí obviar esa parte. Una más.

—Eso mismo le acabo de preguntar, pero se hace el misterioso —acota Sam acercándose a la mesa—. ¿Algo para decir, Miller?

Mis amigos me escudriñan esperando mi respuesta, parpadeo unas cuantas veces, tratando de borrar mi nerviosismo, detesto mentirle en la cara, pero aunque deseo con todas mis fuerzas abrir

mi boca y contarles mis miserias, no puedo. Todo esto va más allá de las intenciones que puedan llegar a tener o la confianza ciega que siento hacia ellos. Estoy atado de manos y pies, la elección no es propia.

Por su bienestar y por el mío.

—He estado estudiando mucho, ya saben —muevo mis manos—. Exámenes por doquier y también está el trabajo en la cafetería, con decirles que no tengo tiempo ni para echar un polvo.

—Demasiada información —espetea Zac con una mueca de desagrado.

—Vamos, como si tú y Nichi no hicieran cosas sucias todo el tiempo —sonríe malicioso cuando Zac me fulmina con la mirada—. Lo mismo para ti y el principito —apunto a Sam, haciendo referencia a su novio. Lo llamamos principito gracias a su cabello dorado.

—Miller —me advierte.

Levanto las manos en señal de paz.

—Ya, no estoy diciendo nada que no sea cierto. Ahora si me permiten... —señalo la cocina—, iré a preparar algo para comer mientras ustedes estudian. Aprovechen que tengo el día libre en la cafetería.

—Claro, porque tenerte jodiéndonos es algo muy divertido —dice Sam con sarcasmo.

—Oye, ¿acaso esa es una propuesta indecente? —me pavoneo seductoramente en su dirección—. Un trío tampoco suena como un mal plan.

Sam suelta un jadeo con una mueca de disgusto.

—Ni en tus mejores sueños —escupe Zac de manera implacable.

—Bueno, en mis mejores sueños podemos hacer otras cosas —con tu padre, pienso, más no lo digo.

—Suficiente, no quiero escuchar las cochinadas que haces en tus sueños —Sam me da un toque en el brazo—. Mejor haz algo productivo en la cocina.

Con mi mejor sonrisa comemierda, me acerco hasta quedar frente a él.

—Como digas, cielito, pero antes...

Doy un paso adelante y sin darle tiempo a reaccionar para cubrirse, levanto mis manos para deslizarlas por su suave cabello impecablemente peinado hacia arriba, cuando puede reaccionar, ya es demasiado tarde, su pelo está todo menos peinado. Mi amigo odia cuando hago eso, su rostro con aretes se llena de furia.

—¡Hijo de puta! —da pisotones en el suelo como si de un niño se tratara.

Zac esboza una sonrisa mientras mueve la cabeza, mis carcajadas se vuelven escandalosas cuando Sam trata de peinarse con los dedos, fallando en el intento.

Lenta y disimuladamente, me marchó hacia la cocina. Lo que menos quiero es ganarme un puñetazo, no es que Sam sea capaz de hacerlo, pero seamos sinceros, sé muy bien lo cansador que puedo llegar a ser.

Dios, como había extrañado a estos chicos, pero en vista de que mi tiempo se volvió aún más escaso, pienso aprovechar cada minuto que pueda pasar con ellos.

Me quito la sudadera para poder cocinar más cómodo, quedando en una camiseta de mangas cortas blanca y un pantalón deportivo gris oscuro.

Me dirijo al refrigerador, unas galletas de chocolate y canela parecen una opción rápida y rica. A pesar de que la cocina es enorme, conozco de memoria donde se encuentra cada cosa, no es raro teniendo en cuenta que estuve aquí varias veces.

Agarro un bol para romper los huevos, mi mente se va un poco mientras coloco el resto de los ingredientes, sigo con la mirada los movimientos de mis manos y si no fuese porque estoy completamente seguro de que soy yo quien los hace, podría hasta jurar que mi cuerpo y mi mente están siendo manejados por alguien más.

Me paso el dorso de la mano por la frente para apartar el pelo que cae sobre mis ojos y mientras hundo los dedos en la masa quebradiza, trato muy duro de encontrar el motivo de mi existencia.

Porque todos lo tenemos, ¿verdad? No podemos estar aquí solo porque sí. Joder, ni siquiera sé desde cuando me volví tan... rebuscado.

—Niño.

—¡Ah! Mierda —grito sobresaltado, dando un paso hacia atrás.

El señor Hamilton está de pie al lado del refrigerador, cruzando los brazos sobre su pecho, logrando que sus bíceps se marquen debajo de la camisa blanca que lleva puesta.

Sin pudor, arrastro mis ojos por su escultural cuerpo. Está envuelto en un apretado pantalón de vestir de color azul y un poco más arriba se le marca el bulto entre sus piernas. Maldita sea, tiene la camisa arremangada y los dos primeros botones abiertos. Lo más casual que lo vi vestir. Por supuesto que su cara está dibujada con su típico ceño fruncido.

La esquina de su labio se eleva. Él sabe que es apuesto, no necesita que alguien se lo haga saber.

—Deja de mirarme así —decreta con voz gruñona.

—¿Así cómo? —mi voz sale más extasiada de lo que pretendo demostrar.

—Sabes a lo que me refiero.

—Algo puedo adivinar, pero me gustaría oírte decirlo.

—Si, eso no va a pasar —demanda mientras abre el refrigerador y saca una botella de agua.

—¿Por qué no? —cuestiono y antes de que pueda responder, levanto un dedo y digo—: porque eres heterosexual y ni siquiera estoy al final de tu "oh maravillosa lista" —el sarcasmo me atraviesa junto con el reproche.

El señor Hamilton me da una mirada extraña, no logro identificar qué sentimiento esconde detrás de ella.

—Veo que esas palabras te afectaron —su tono sale un tanto arrogante, algo que me hace cabrear demasiado.

—De hecho, sí. Sin embargo, ¿ves ahí afuera...? —señalo la calle a través del ventanal—: hay muchos hombres que puedo conseguir con un chasquido de dedos, así que no te creas tan importante, señor Hamilton.

Y con eso, termino mi mierda con él. Continúo haciendo las benditas galletas e ignorando su presencia, él no menciona nada y segundos después lo escucho marcharse.

Unos minutos más tarde, cuando ya me calmo un poco, me pongo a pensar si mi comentario ha sido muy a la defensiva. Simplemente, estoy molesto conmigo mismo por exponerme frente a él la noche anterior para luego huir olímpicamente porque no pude sostener mi fachada.

Ese tipo parece leerme con facilidad y no estoy seguro si me agrada o desagrada.

Capítulo 12

Jac

Cuando llegué a casa, lo que menos esperé fue encontrar al niño cocinando en mi cocina. Últimamente, el universo parece conspirar en mi contra, ¿o a mi favor?

Sacudo la cabeza tratando de eliminar esa última pregunta.

Abro la botella de agua para tomar trago, luego de eso la coloco a un costado de la mesa y me acerco a mi hijo para rodearlo en un medio abrazo. Un gesto que, por un tiempo, dejó de existir, pero que ahora se siente tan espontáneo y cálido.

—¿Empezamos? —señalo los planos sobre la mesa, Zac hace una mueca cansada, pero asiente.

Siempre los ayudo con sus tareas y que Zac haya elegido la misma profesión que yo, es algo que me deja tranquilo porque estoy seguro de que, en un futuro, manejará nuestra firma a la perfección.

Pasa el tiempo y hago lo posible para ayudar a los chicos en su trabajo, pero con la mente puesta en cierto niño de cabello blanco que se encuentra en mi cocina.

Su respuesta mordaz y altiva de hace un rato me dejó completamente mudo. Si bien, es cierto que yo lo he provocado con mi comentario sarcástico, pero en mi defensa, no esperaba que él respondiera de la manera en la que lo hizo. Y eso me hace saber que Thomas siempre tendrá una respuesta para mí, de la índole que fuera.

Casi una hora más tarde, el trabajo está prácticamente terminado. Un orgullo me atraviesa al darme cuenta de lo jodidamente inteligente que es Zac y sin contar lo apasionado que es con su carrera, algo que compartimos a fondo.

—Joder, estoy cansado y mi cintura está a punto de quebrarse —se queja Samuel cuando se endereza con una mano en la cadera.

—Tranquilo, cielito, tu salvación está llegando —anuncia el niño cuando entra a la sala con una bandeja en sus manos y nuestras miradas se cruzan por un fugaz momento.

¿Cielito? ¿Por qué lo llama de esa manera? ¿Y por qué mierda se me retuerce el estómago al escucharlo? Frunzo el ceño tratando de recordar algo que he comido como para que me cayera mal, pero nada llega a mi mente.

—Jesús, al fin sirves para algo —dice Samuel, arrebatando la bandeja de sus manos.

—Sirvo para muchas cosas —dice seductor.

—Cosas que no quiero saber, y ni pienses que se me olvidó esto —señala su cabello despeinado.

El niño lanza una risa burlona.

—Mejor voy a buscar las de canela.

Lo que sucede después de esas palabras, lo presencio como si estuviera en una puta cámara lenta.

Thomas gira bruscamente tratando de huir del agarre de Samuel, pero cuando veo que su cuerpo se tambalea a un lado, sé que es todo menos una mala pisada. Thomas se desvanece y Samuel da un paso hacia adelante, actúa tan rápido como sus instintos se lo permiten y enrosca un brazo alrededor de la cintura de Thomas para tratar de evitar su caída, pero es en vano porque ambos terminan en el suelo.

Lo siguiente que veo es a Zac corriendo en su dirección mientras dice cosas que no logro entender.

Mi pecho se hunde al verlo allí, desplomado en el suelo, parpadeando de manera pesada hasta que sus ojos se cierran por completo, lo que ocasiona que el ruido regrese a mis oídos como una avalancha.

—¡Miller! ¡Thomas! —grita Samuel, tomando su cabeza y dándole palmadas en sus mejillas.

—¡Thom! —Zac lo sacude por los brazos.

Recuperándome y volviendo de mi incredulidad, ignoro los desenfrenados latidos de mi corazón y me acerco tan rápido como puedo, me pongo en cuclillas para arrebatar a Thomas de los brazos de su amigo y sostenerlo en los míos, lo levanto logrando que los chicos se aparten, él permanece inconsciente.

—Lo subiré a la cama, traigan alcohol —les ordeno.

Y sin esperar respuesta, subo las escaleras con el niño en mis brazos y justo cuando voy a mitad de camino, me percató de que su camiseta se ha subido por su torso, dejando al descubierto un enorme hematoma un poco verdoso en su costado. Mi vista se nubla a causa de la ira y la confusión.

¿Qué mierda?

Tratando de calmarme, continúo subiendo y una vez en el segundo piso, lo llevo a mi habitación y deposito su cuerpo inerte sobre mi cama. Soy tan cuidadoso como mis manos temblorosas me lo permiten y suavemente bajo su camiseta para cubrir la herida. Mi respiración sale entrecortada y mientras me dejo caer a su lado, me digo que debo calmarme un poco, no puedo perder los estribos.

Zac entra corriendo con un poco de algodón y alcohol en sus manos y cuando me lo tiende, tiro

un poco sobre el algodón y me acerco para ponerlo bajo la nariz de Thomas.

El chico mueve un poco la cabeza mientras sus párpados se agitan. Segundos después, abre esos intensos ojos azules y justo entonces deseo con todo mi ser que pudiéramos estar solos, para que me diga quién carajos lo lastima y para que nadie más pueda ver la vulnerabilidad que transmiten sus orbes.

—Thom —susurra Zac con alivio—. ¿Estás bien?

El niño recorre con la mirada a cada integrante presente en la habitación y sin decirlo, sé que desea estar en cualquier otro sitio que no fuese este.

—S-sí, no se preocupen —su voz suena átona—. Yo solo... no he desayunado ni almorzado, es por eso que... me mareé.

—¡¿Qué diablos pasa contigo, Miller?! —brama Samuel—. ¿Cómo es posible que no hayas comido nada? ¿Estás loco?

Thomas se encoge en la cama y eso es todo lo que puedo soportar.

—Samuel —advierto entre dientes, mi voz sale mucho más áspera de lo que pretendo—. Ve a traerle algo de comer —ordeno tajante, desviando su atención.

Samuel me da una mirada seria, pero se marcha sin decir una palabra.

—Zac —lo llamo—. Llama a la doctora.

—¡No! —el niño se endereza de golpe, luciendo asustado—. No por favor, estoy bien, solo necesito un poco de comida.

—No estás bien —demanda Zac.

Examino a Thomas y la súplica en sus ojos me dice que no necesita más exposición por hoy y como el infierno que yo no voy a dársela.

—Bien —miro a Zac—. Que coma y descanse un rato.

Zac intenta protestar, pero le da una mirada a Thomas, quien pone los ojos de cachorro y finalmente acepta. Samuel regresa con una bandeja de comida y esa es mi señal para levantarme de la cama y dirigirme a un rincón de la habitación.

—Lamento haberte gritado —dice apenado el chico de los aretes mientras deja la bandeja sobre las piernas de Thomas.

—Descuida, es bueno saber que tu lado rudo sigue intacto —joder, no pensé que diría esto, pero que bien se siente verlo ser bromista nuevamente.

—Vete a la mierda.

—Acompáñame —contraataca.

Y luego se desata una pelea entre ellos, algo que parece muy normal. Mis pensamientos viajan un poco, pero sin quitar la vista del chico tendido en mi cama.

¿Por qué tiene ese hematoma? ¿Por qué se desmayó? ¿Por qué se ve tan delgado? Incluso más que la primera vez que lo vi. Muchas preguntas sin respuestas.

Tiempo después, no sé cuánto exactamente, Thomas baja los pies de la cama y mira la hora en su móvil.

—Ya es tarde, tengo que irme a... casa.

¿A casa? Está mintiendo.

—Vamos, te llevo —se ofrece Samuel poniéndose de pie.

—No vamos a empezar con esa discusión otra vez, ya les dije que mi barrio es peligroso y no quiero que se arriesguen metiendo sus coches allí —ellos intentan protestar, pero el niño levanta una mano—. Estoy bien, voy a tomar el autobús a unas cuadras.

—No vas a irte solo —sentencia Zac.

—Yo lo llevaré —mi boca cobra vida propia, los tres se giran a verme con la misma expresión, asombro—. Olvidé algo en la oficina, lo dejaré de pasada en la parada del autobús.

—¿En serio? —pregunta Zac, todavía sorprendido.

—Sí —alcanzo la puerta y antes de salir, me giro hacia Thomas y le digo—: vámonos.

Luego de eso, bajo las escaleras tan rápido como puedo para evitar cualquier tipo de pregunta, tomo un abrigo y una bufanda y salgo al aire libre para esperarlo. En cuanto él sale por la puerta principal, abro la puerta del copiloto y espero a que entre y cuando lo hace, me regala una sonrisa agradecida, una de esas que te dejan mareado.

—¿LiveTheMoment? —pregunto cuando me deslizo en el asiento del conductor.

—Sí —es lo único que responde mirando a un punto fijo en el parabrisas.

El viaje transcurre silencioso, pero para nada incómodo. Muchas cosas han pasado esta tarde, como por ejemplo el hecho de que Thomas no le dijo a sus amigos sobre el trabajo que tiene en el bar y lo más importante, la enorme lastimadura en su cuerpo. Eso me hace preguntarme si es que existe la posibilidad de que tuviera más de esas.

El simple hecho de imaginarlo, me hace apretar el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. No soy tonto, sé que es un tema que no puedo tocar y presionar si la otra persona tiene las puertas completamente cerradas para compartirlo, aunque deseo profundamente saber lo que sucede con él.

Estaciono el auto al frente del bar, el chico gira a verme, su mirada fanfarrona totalmente extraviada.

—¿Por qué no les dijiste a los chicos que trabajas aquí? —indago sin poder evitarlo. Olvido por completo que no debo presionar a Thomas, luce sorprendido por mi pregunta, pero simplemente sonríe.

—Gracias por el aventón —es todo lo que dice.

Asiento con la cabeza, sin querer empujarlo más, y justo cuando abre la puerta para salir, lo tomo de la muñeca, enviando una descarga extraña a mi cuerpo. Él voltea a verme sin entender, agarro la bufanda que está enroscada en mi cuello y la paso por su nuca. Él me mira conmovido. Luego de eso se marcha.

Me quedo inmóvil por unos minutos, pensando, repasando.

Aún estás a tiempo, me digo.

Pero que me arrastren al puto infierno si lo dejo solo.

Capítulo 13

Thomas

El bar está realmente repleto esta noche, sobre todo la barra que no nos ha dado respiro durante un buen tiempo. Reel y yo nos movemos a la velocidad de la luz mientras servimos bebidas sin parar.

Llega un momento, a mitad de la noche, cuando las cosas se ponen un poco complicadas.

—¿Cuál es tu veneno esta noche? —pregunto de manera amable a un hombre que se ha sentado en la parte central.

El tipo es alto, hombros anchos, barba recortada, un peinado sofisticado junto con un traje que parece tan costoso al límite de innecesario. A eso, agrégale sus penetrantes ojos.

—Un Jack Daniel's —su voz es fuerte y rasposa.

—Bien, marchando un Jack Daniel's para... —muevo la mano tratando de obtener su nombre, pero solo me da una sonrisa demasiado superficial—. El señor Jack Daniel's será.

Me giro para tomar un vaso y abrir la botella. Puedo sentir la mirada del tipo sobre mi cuerpo, no me incomoda porque estando del otro lado de la barra es un poco común lanzar miradas furtivas de un extremo a otro.

—Aquí tienes —deposito el vaso.

—Gracias —dice mientras lo agarra, y hasta en ese gesto es elegante—. Las cosas se calmaron, cuando llegué, era un infierno —comenta haciendo referencia a lo concurrido que se estaba el lugar.

Apoyo las palmas sobre el mármol y enfoco la mirada en él.

—Así es, realmente estoy tomando un respiro en este momento.

—Bien, entonces... —mira mi placa de identificación que cuelga de mi camisa negra—, Thomas, ¿a qué hora termina tu turno?

Abro mis ojos tan grandes como ceden y luego dejo escapar una carcajada escandalosa.

—Vaya, eso fue muy directo.

—Debes estar acostumbrado a ese tipo de preguntas —levanta los hombros.

—¿De qué tipo? ¿De las indecentes? —cruzo los brazos sobre el pecho y lo examino, en este tipo

no hay una gota de reserva, por lo menos en cuanto a ligar, porque aún no me ha dado su nombre.

—Yo diría... placenteras —se lleva la bebida a los labios—. ¿Y bien? —cuestiona esperando una respuesta.

Es parte de mi trabajo el coquetear y ser amable, pero justamente, no es con él con quien yo deseo irme, así que trato de buscar las palabras correctas para no parecer grosero.

Pero vamos, tampoco es como si mi rechazo fuera a lastimarlo, seguro como el dulce Jesús que ese hombre puede conseguir otra persona con solo respirar y justo cuando estoy por responder, veo por el rabillo del ojo a un hombre que se apoya en la barra.

—Oye, tú —me apunta con el dedo—. Atiéndeme.

Entrecierro los ojos y bufo irritado, así como hay clientes amables, también llegan los patanes.

—¿Qué te sirvo? —pregunto cuando estoy frente a él.

—Podrías servirme para muchas cosas —me recorre con la mirada llena de lujuria—. Pero de momento, una cerveza.

Asiento y camino hacia la parte lateral donde están las botellas de cerveza. Me giro para verlo mientras tomo una en mis manos. El hombre tiene los ojos rojos, su cabello está despeinado y sus ropas todas arrugadas, de su cuello cuelgan varios collares y en sus dedos se pueden ver exagerados anillos.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —espeta Reel cuando llega a mi lado—. Parece muy desagradable y te está viendo de una manera que me da escalofríos. Deja que yo lo atiende —trata de arrebatarme la botella.

Tomo su colorido brazo y la detengo.

—Yo me encargo, solo es un tipo cualquiera —agito la mano restándole importancia.

—No me vengas con eso de la...

—Caballerosidad, lo sé —pellizco su arrugada nariz—. Estoy siendo cuidadoso.

Ella achica los ojos de manera sospechosa y antes de que diga algo, me dirijo al hombre detestable y cuando deslizo su botella al frente, agarra mi mano bajo la suya, estoy por decirle que me suelte, pero el tipo Jack Daniel's se adelanta.

—Déjalo —ordena sin quitar los ojos del hombre.

El intercambio de miradas es fulminante, pero luego de unos segundos, el hombre deja mi mano,

agarra la botella y se escabulle entre la multitud.

—Gracias —digo.

—Nada que agradecer —me regala una sonrisa tan sensual como amable—. Debe ser cansador lidiar con tipos así.

—Lo es, pero trato de ignorarlos, siempre y cuando no crucen la línea —abro una botella de agua y la llevo a mis labios.

El hombre se me queda mirando más de la cuenta.

—Pareces un ángel —suelta espontáneamente, bajo la botella y elevo una ceja de manera inquisidora—. Sí, con el cabello blanco, esa piel que parece de porcelana y esos ojos azules de infarto.

Bien, mi autoestima se eleva de cero a cien en menos de un segundo, porque créeme, que un hombre como este te haga esos cumplidos, hace que tu ego se infle.

—Vaya, supongo que gracias, pero te puedo asegurar que de ángel no tengo más que el cabello.

—Creo que un poco lo intuía.

Su móvil comienza a parpadear sobre la barra y hace una señal de disculpas mientras lo acerca a su oído. Le doy un vistazo a Reel, quien hace un gesto gracioso con sus cejas. Agito la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Debo marcharme, el deber llama —anuncia el tipo Jack Daniel's mientras se pone de pie y deposita unos cuantos billetes sobre la mesa—. Te veo pronto, tal vez en uno de estos días puedas darme tu horario de salida, ángel.

—Adiós, señor Jack Daniel's —agito los dedos para saludarlo, él suelta una risa baja y luego se marcha.

Tomo los billetes entre mis dedos y joder, la propina es realmente buena, incluso podría conseguir un buen par de zapatillas de las costosas.

Luego de eso, las cosas detrás de la barra se pusieron relativamente aburridas, así que decidí ayudar a mis compañeros en el área de las cabinas, no es parte de mi trabajo, pero no me molesta hacerlo. Reel tiene todo bajo control en la barra.

—Que lo disfruten —digo luego de depositar una buena cantidad de comida en una de las cabinas dónde ríen divertidas un grupo de chicas.

Ellas me agradecen, tomo la bandeja bajo mi brazo y me meto por el centro de la pista.

Justo cuando estoy llegando al sector de la cocina, alguien toma mi brazo de una manera demasiado brusca, generando que deje caer la bandeja. Giro sobre mi eje para decirle a quien quiera que sea, que me quite las manos y justo cuando estoy por abrir mi boca, una sonrisa torcida aparece en mi campo de visión.

El tipo detestable de hace un rato.

—Hola —susurra acercándose, parece totalmente alcoholizado—. Baila conmigo.

Se tambalea hacia adelante, por lo que doy un paso atrás.

—Debo volver a trabajar, suéltame —protesto luego de reunir toda la paciencia posible para remar con este tipo.

—Vamos —escupe tirando de mí para sacarnos por las puertas traseras.

—Suéltame —repito, retorciéndome para buscar la liberación.

Pero es en vano, trato de visualizar a alguien para que pueda ayudarme, pero todos están perdidos en la música alta. Dejo salir un grito ahogado cuando los anillos en sus dedos se clavan en mis nudillos a causa de la fuerte presión que ejerce sobre ellos.

Intento encontrar un poco de fuerza física para soltarme, pero tal parece que no hay nada de ella en mí. Cuando estoy listo para gritar, un fuerte brazo me agarra por la cintura hasta que me inmoviliza en el lugar.

El señor Hamilton.

El tipo detestable frena en seco cuando siente que me detengo y luego se da la vuelta con la frente arrugada.

—Retira tus asquerosas manos de él —brama el señor Hamilton con una templanza que me hace estremecer.

El tipo le da una sonrisa diabólica y luego aprieta un poco más mi mano, logrando un jadeo de dolor.

—Hijo de puta —gruñe Jac, luego avanza un paso y toma la misma mano con la que el tipo me está agarrando. Cuando me libero, Jac le clava los dedos que hasta yo puedo sentir el dolor, el tipo forcejea para que lo suelte y cuando por fin lo logra, el movimiento brusco hace que su mano vuele en el aire y roce el rostro del señor Hamilton, ocasionando que uno de sus anillos le corte el pómulo.

Lo siguiente que sé es que Jac está soltándole un puñetazo al tipo. Después de eso, nos volvimos el centro de atención, los guardias de seguridad no tardan en llegar junto a Claudia.

Tomo el brazo del señor Hamilton, un ingenuo gesto para que se calme. Él voltea a verme, sus ojos transmiten furia absoluta y para mi total sorpresa, me toma el rostro entre sus manos y en tono de preocupación, susurra:

—¿Estás bien?

Mi mente vuela un poco y mi loco corazón comienza a bailar en mi pecho. Asiento con la cabeza cuando ninguna palabra llega a mis labios.

—Señor Hamilton —llama Claudia llegando a nosotros, al parecer, se conocen—. ¿Se encuentra bien? Tiene sangre en la mejilla.

—Estoy bien —dice mientras suelta mi rostro, la falta de contacto ahora se siente extraña.

Jac se pasa la mano por el pómulos, tratando de limpiar las gotas de sangre.

—Venga a mi oficina, tengo un botiquín.

—No hace falta.

—Por supuesto que hace falta —digo dando un paso adelante, luego miro a Claudia y le pregunto—: ¿puedo ocuparme?

Ella me observa preocupada, pero está de acuerdo.

—Claro, pueden pasar a mi oficina —le agradezco con la mirada y cuando pasamos por su lado, ella toma mi brazo—. Ya lo hemos sacado, siento mucho eso, lo hablaremos, ¿sí?

Asiento mientras le regalo una sonrisa tranquilizadora.

A medida que avanzamos hacia la oficina de Claudia, veo a Reel que me mira asustada, pero le guiño un ojo dándole a entender que todo está en orden.

Cuando entramos en la oficina, el señor Hamilton se deja caer en una de las sillas y yo busco el botiquín, cuando lo tengo en mis manos, apoyo mi culo sobre el escritorio y me acomodo entre sus piernas.

Trato de controlarme mientras pongo un poco de desinfectante en el algodón, pero es que, mierda. Nunca lo he tenido tan cerca y sus preciosas y duras facciones no ayudan en nada a mi autocontrol.

—Esto te va a arder un poco —levanto su barbilla con mi dedo índice, enviando una corriente eléctrica por mi cuerpo—. Pero eres valiente, así que estoy seguro de que aguantarás.

—¿Por qué me hablas como a un niño pequeño? —arruga el ceño cuando apoyo el algodón en su pómulos.

—Teniendo en cuenta que acabas de agarrarte a puñetazos, podríamos decir que actúas como tal.

—Te estaba defendiendo —añade.

Mis ojos caen en los suyos.

—¿Lo estabas?

—No me gustan tus preguntas capciosas.

—En cambio, a mí me gusta demasiado que me defiendas —puedo ver como contiene la respiración.

—¿Para que luego me trates como a un niño? —cuestiona

—En parte, pero tal parece que es la única manera que dejas que me meta entre tus piernas —suelto malicioso, el señor Hamilton jadea sorprendido y cuando pienso que me apartará, se queda inmóvil.

—Eres un niño impertinente.

—Sí, he oído hablar sobre eso —le guiño un ojo.

—Me pregunto, ¿siempre fuiste así?

—¿Así de descarado? —pregunto abriendo una crema.

—Mmm.

—Supongo que sí, es parte de mi personalidad. No me importa soltar lo que pienso, al menos no contigo —con mi padre es otro caso, pienso.

Mi cabeza me juega una mala pasada con ese último pensamiento que no viene al caso, pero ya es demasiado tarde cuando me congelo en mi lugar.

—¿Niño? —me llama y lo escucho, pero entre punta y punta, me pongo a pensar en cómo se sentirá decirle unas cuantas verdades a mi progenitor—. Niño —llama nuevamente, pero esta vez tomando mi muñeca.

—Lo siento —vuelvo a la realidad.

—Tienes lastimada la mano —señala bajando mi muñeca y volteando mi palma para que quede hacia arriba.

—No es nada, solo un...

Pero no me deja terminar de hablar, me quita la crema de las manos y toma un algodón con el desinfectante. Luego de eso, mi corazón se llena y una presión se instala en mi pecho porque nadie, absolutamente nadie, me ha curado una herida como este hombre lo hace. Con tanta suavidad y delicadeza que logra que se me forme un nudo en la garganta, sus grandes manos rodean la mía mientras trabaja con cuidado sobre mi herida y sí, puede que una lágrima traicionera rueda por mi mejilla y cuando él levanta su mano para quitarla, me encargo de sonreírle con toda la gratitud que siento.

—Tienes un agujero allí —dice señalando cerca de la comisura de mis labios cuando termina de colocarme la crema.

Suelto una risita ahogada.

—Se llama hoyuelo.

—Nunca había visto uno.

—Eso es porque soy bastante genial —el señor Hamilton rueda los ojos, un gesto gracioso en un rostro serio.

—Ya te estabas tardando en alabarte.

—Oh, apenas empiezo —guardo las cosas en el botiquín—. Asumo que viniste a visitarme esta noche.

—No importa si lo niego, lo vas a dar por hecho, de todos modos —se afloja el nudo de la corbata—. Vine por un trago y justo cuando me dirigía a la barra, te vi luchar para liberarte de ese tipo —su mandíbula se tensa.

—Mmm, no pasa nada, es normal encontrar a tipos desagradables en este trabajo y, bueno, en todos lados —agito la mano minimizando el tema—. Estoy seguro de que Claudia ya lo arregló.

—Bien —murmura, no muy convencido.

—Por cierto, ella te llamó por tu nombre, ¿se conocen?

—Sí, yo construí este lugar —admite con una sonrisa altiva.

—Oh, vaya, eso sonó tan arrogante y caliente —muevo las cejas. Él intenta protestar—. Entonces, ¿qué te parece si te sirvo ese Gin Tonic, me cuentas cómo construiste esto y luego me dejas una buena propina, señor Hamilton?

—Como si fuera a funcionar mi negativa —escupe resignado, echando la silla para atrás y saliendo de la oficina.

Por supuesto que me tardo un poco para apreciar su sexi figura.

Capítulo 14

Thomas

—¡Miller! —me doy la vuelta para ver a Zac trotando en mí dirección a la salida del campus.

—Hola, amorcito —choco el puño con él—. ¿Qué haces por aquí? Pensé que ya te habías ido.

—Estoy esperando a mi padre para ir a almorzar —eso llama mi atención—. Pero el chiquillo me llamó para que vaya a sacar su culo de un problema que se metió, al parecer, por defender a una chica.

Nicholas es propenso a meterse en problemas, no puede dominar su alma justiciera. Zac mueve la cabeza con resignación, acostumbrado a ese tipo de situaciones con Nichi.

—¿Este sería el segundo en una semana? —pregunto divertido.

—Ni que lo digas —sus ojos brillan entre enojados, cansados y enamorados. Zac está tan tomado por Nichi, que su mirada me dice que no importa cuántos problemas protagonice el chico, él estará ahí para sacarlo—. Oye, ¿estás yendo a algún lado?

—No —niego con la cabeza—. Va, estaba de camino a la biblioteca —me agarro de las correas de mi mochila—. ¿Necesitas que vaya contigo?

Mi amigo mira la pantalla de su móvil mientras hace una mueca en su precioso rostro.

—En realidad, necesito un favor.

—Claro —planto una sonrisa inocente—. Luego me lo devuelves.

—Thomas —avisa.

—Bien, voy a tener piedad de ti. Dime en qué puedo ayudarte.

—¿Puedes esperar a mi padre y explicarle la situación? —levanta el móvil y me muestra la pantalla—. Lo hubiera llamado, pero me quedé sin batería. En unos minutos tiene que estar aquí —mira hacia el campus—. De verdad necesito irme.

La súplica en sus ojos y el querer ver a cierto hombre, me tiene aceptando sin pensarlo.

—No te preocupes, yo me encargo —señalo el pasillo que conduce al campus—. Ve a salvar el culo de tu problemático novio —pongo una mano en su hombro—. Después te encargas de sobarlo.

Zac me pellizca el costado para molestarme, esbozo una sonrisa genuina.

—Gracias —da un medio giro y luego vuelve a mirarme—. ¿Tú estás bien? —pregunta.

—Mejor que nunca —le cierro un ojo.

Zac me examina unos segundos, seguramente buscando algo que le haga ver mi estado anímico, pero cuando parece convencido, se gira por completo y comienza a trotar.

Lo observo marchar, un anhelo se instala en mi pecho. Nicholas y Zac se aman tanto, que una envidia sana me atraviesa, solo por un momento me permito imaginar que, con suerte y algún truco, lograré tener algo de eso algún día.

A continuación, me apoyo en uno de los árboles de la parte delantera del jardín. Después de clases tengo un par de horas libres hasta que llega mi turno en la cafetería. Mayormente, ocupo esas horas en la biblioteca para ponerme al día con mis tareas.

Pero tal parece que en esta ocasión, mis horas libres se convertirán en algo más divertido de lo habitual.

Capítulo 15

Jac

—*¡Merda! ¿Cosa ti è successo?* (¡Mierda! ¿Qué te sucedió?) —exclama escandalizado Gianni cuando mira mi pómulo.

Presiono los ojos rogando un poco de control.

—Tocar la puerta, Bezzechi, no es tan difícil —me abotono la chaqueta del traje mientras camino hacia la salida de mi oficina.

—No me digas que te metiste en una pelea callejera —apoya su culo en mi escritorio—. Ya estás un poco grandecito para eso —se mofa.

—¿Necesitabas algo? —cuestiono lanzando una mirada fulminante.

—No, quería pasar a molestarte —esboza una sonrisa que me irrita demasiado

—Estoy yendo a almorzar con Zac, por lo que lamento no poder quedarme a escuchar tus ridiculeces —espeto saliendo de la oficina.

A lo lejos puedo oír unos insultos en italiano.

Tal vez sería una buena idea cerrar mi oficina con seguridad, así no tendrá más opción que tocar antes de entrar.

Bajo al vestíbulo y mientras recorro el camino hacia la salida, observo como todos fingen trabajar más de la cuenta solo porque me ven. Una vez en mi coche, me desabrocho la chaqueta y me doy un vistazo en el espejo retrovisor.

Un rasguño me saluda desde mi mejilla, no es grande y no me molesta, pero es extraño de cierto modo. No recuerdo cuándo fue la última vez que golpeé a alguien, posiblemente nunca, la violencia y yo no vamos de la mano. Sin embargo, la necesidad de proteger a ese chico fue algo descomunal y aunque deseo fingir que lo hice puramente porque era lo correcto, una parte de mí sabe que no es cierto y que es innegable el aprecio que siento por él.

¿Aprecio? Mierda. ¿Acabo de admitir que le tengo aprecio a ese niño impertinente? Ese descubrimiento llega tan repentinamente, que me tiene hiperventilando. Me quito la corbata de un tirón y la arrojo al asiento trasero. No queriendo darle más vueltas al asunto, pongo el vehículo en marcha.

Varios minutos más tarde, estaciono frente a la universidad y tomo el móvil en mis manos para marcarle a Zac, me sobresalto cuando alguien abre la puerta del copiloto. Estoy a punto de insultar al intruso, pero mi garganta se atora cuando me encuentro de lleno con una sonrisa

radiante que conozco demasiado para mi salud mental.

—Hola —saluda y luego se gira de costado para mirarme.

—Niño —mi voz suena sorprendentemente aliviada al comprobar que él está bien, al menos mejor que el infierno que tuvo que pasar anoche—. ¿Qué haces aquí?

—Oh, Zac me pidió que te dijera que no puede venir porque se fue a follar con Nichi—dice casual.

Mi rostro se transforma con una mueca perpleja y quedo jodidamente mudo. El chico empieza a aplaudir mientras se ríe a carcajadas como si yo le hubiese contado algo cómico.

—Deberías ver tu cara en este momento —tartamudea entre risas.

—No es gracioso —murmuro—. Y lo que acabas de decir es información que nunca hubiera querido saber.

—Lo siento —se seca las lágrimas que le brotaron por la risa. Claro que no lo siente en absoluto—. Pero no están follando. Bueno, eso creo.

Trata de ponerse serio, fallando en el intento.

—Deja de mencionar las palabras follando y Zac en una misma oración —demando.

—Bien, ¿qué tal follar, tú y yo, en una misma oración? —menea las cejas de una manera risible.

—¿Qué tal si me dices dónde está Zac?

—Mmm —parece ceder cuando enfoca la vista en mi pómulos—. Tenía que sacar a Nichi de un problema y me pidió que te esperara para avisarte que no podía venir. Oye, ¿cómo está eso?

Se inclina hacia adelante para mirar de cerca mi cara. Me mantengo tan quieto como es posible.

—Bien, ¿tu mano? —señalo su regazo.

Levanta los dedos en el aire y tengo que apretar el agarre al volante para aguantar el impulso de examinar de cerca.

—Como nueva —se pone el cinturón de seguridad y se acomoda en el asiento con toda la confianza del mundo—. ¿Por qué no nos llevas a comer? Muero por una pizza.

Detengo mi negativa cuando está en la punta de la lengua porque joder, yo quiero llevarlo a comer, necesito verlo alimentarse.

—Si te digo que no, ¿vas a bajarte del coche? —cuestiono solo para hacerme el difícil.

—Me temo que no —sonríe de medio lado.

Muevo la cabeza mientras pongo el coche en marcha. El niño a mi lado hace un sonido de satisfacción, una melodía que se puede tomar en otro sentido, uno obsceno.

Mierda. Me acomodo en el asiento tratando de no enfocar mi cabeza en ciertos asuntos íntimos.

—Este coche es increíble —la admiración en su voz me hace mirarlo por el rabillo del ojo. Parece encantado—. Deberías dejarme conducir esta belleza —sugiere.

—Nunca.

—¿Por qué no? —voltea a verme—. Sé hacerlo, Sam me enseñó.

—Eso no me asegura que vayas a devolverlo en una pieza.

—¿Debería sentirme ofendido por tu falta de confianza a mi persona, señor Hamilton? —la burla en su voz me deja en claro que no le importa un carajo mi respuesta.

Él hará y pensará lo que se le dé la gana en cuanto a mí respecta. No obstante, no pienso que esté mal.

—No vas a conducir mi coche —aclaro por si no fui lo suficientemente claro.

—Puedo conducir otra cosa —murmura, pero lo oigo fuerte y claro.

—¿Qué?

—No dije nada —dice ingenuo.

El camino transcurrió tranquilo, dentro de lo que cabe teniendo en cuenta que el niño habló hasta por los codos. No me molesta escucharlo, al contrario, me agrada. Es cuando aparcamos frente al restaurante que él me mira antes de bajar y comprendo que, quizás, estoy cediendo un poco y ese descubrimiento no me disgusta como creí que lo haría.

—¿Vamos? —pregunta. Su piel se ve más blanca con la luz del día.

Asiento antes de darle un último vistazo para deslizarme fuera del vehículo. Nos lleva al restaurante donde nos habíamos encontrado el día de su cumpleaños. La camarera nos guía a una mesa en una de las esquinas y luego pedimos esa pizza que tanto quería.

La comida transcurre tranquila entre charlas triviales, incluso en el momento del postre. Bueno, eso hasta que lo veo lamerse el labio superior para quitar restos de chocolate y ese hoyuelo, recientemente descubierto, se hunde un poco con el gesto.

Maldigo por lo bajo y le doy un trago a mi vino. Thomas estira las piernas, lo que ocasiona que roce con mis rodillas bajo la mesa. Doy un salto ante el contacto repentino.

El niño detiene la cuchara a mitad de su boca y me mira a través de ella, sus ojos maliciosos se tornan brillosos y una mirada lujuriosa lo atraviesa.

—¿Por qué luces como si me tuvieras miedo? —pregunta levantando una ceja—. ¿Lo haces, señor Hamilton?

Infierno.

—No —respondo de manera maquinal.

—¿No? —repite. Niego con la cabeza sin quitarle los ojos de encima. El desgraciado se lleva la cuchara a los labios y comienza a lamer de manera sexual. Mi respiración se atora y toda mi sangre viaja a la zona sur de mi cuerpo—. Pruébalo —me reta.

—¿Qué quieres decir? —me escucho preguntando con voz sofocada.

Un brillo ardiente lo invade junto a esa sonrisa socarrona que tanto lo caracteriza.

—Espérame en el baño.

¿Qué?

Joder. Sé que debo decir que no, incluso sé que tengo que darme la vuelta y marcharme tan lejos como sea posible porque, diablos, es el amigo de mi hijo y por si eso no fuera mucho, a mí no me gustan los hombres. Y aun así, con todas esas barreras, me encuentro empujando la silla y yendo en dirección al baño sin pensarlo dos veces.

No puedo mirar su rostro cuando lo hago, simplemente porque en el fondo, existe una pizca de ese miedo que acaba de mencionar.

Empujo la puerta del baño y camino lo más lento posible, apoyo las palmas en el mármol del largo tocador y echo un vistazo a través del espejo. El reflejo que me devuelve es extraño hasta el punto de decir excitante. Mis ojos están vidriosos, mi cabello impecablemente peinado, dos botones de mi camisa han sido desprendidos y la ansiedad traspasa mi reflejo.

Lo que está por suceder aquí cambiará las cosas por completo. Y yo estoy ansioso porque suceda.

El ruido de la puerta siendo abierta me saca de mi ensimismamiento. Giro mi cuerpo para mirar a Thomas de pie agarrando la manilla. El clic del seguro me indica que la puerta ha sido trabada. Apoyo mi culo en el mármol y me sostengo con las palmas, aguanto la respiración y espero.

—Si alguien quiere entrar, va a tener que mearse encima —señala la puerta—. Porque no pienso

abrirla hasta que estés convencido de que esto... —apunta entre nosotros—, no es tan descabellado como parece.

Una sonrisa burlona y llena de lujuria se dibuja en su hermoso rostro y cuando camina pausadamente hacia mí, como si yo fuese una presa y él el cazador, comprendo que no existe poder humano que me haga salir de este lugar sin obtener un beso, una caricia, un algo de este chico.

Thomas se coloca entre mis piernas, haciendo que las abra un poco más para él. Apoya las palmas de sus manos sobre el tocador, cerca de las mías y se inclina sobre mí. Somos casi de la misma altura, por lo que la posición encaja a la perfección para lo que sea que él decida hacer a continuación.

—Hueles delicioso, señor Hamilton —susurra cerca de mi oreja cuando inhala profundamente.

Aprieto mi agarre para mantenerme firme, no sé cuánto tiempo voy a poder mantener mis manos quietas. El miedo a lo desconocido me detiene de agarrar su cintura y acomodarlo más cerca, pero como si estuviéramos conectados, da un paso al frente, quedando casi pegados.

—Puedes tocarme —sugiere. Y maldita sea, necesito hacerlo más que a mi próximo aliento.

Me suelto del tocador y levanto las manos hasta depositarlas en su estrecha cintura. Thomas tararea un sonido de aprobación. Luego de eso, mi puto autocontrol se va a la mierda.

El niño baja la cabeza a mi cuello, su respiración haciendo cosquillas en la piel sensible y lame un camino sobre él. Le agarro la cintura y lo acerco de tal manera que no queda nada de distancia entre nosotros. Su húmeda boca chupa, muerde y juega con mi mandíbula. De un momento a otro, levanta mi cabeza con el dedo índice y pasa la lengua por mi nuez de Adán.

—Jesús —digo entre jadeos.

Mi polla está tan dura que tengo miedo de perforar mis putos pantalones.

Arrastro mis manos hasta su cadera y le clavo los dedos, buscando un poco de fricción para mi dolorida polla, me encuentro con su dureza en ese movimiento y el gemido que sale de su boca, casi me hace correrme en mi calzoncillo como un adolescente en su primer orgasmo.

Libero su cadera para levantar las manos y tomar su rostro. Thomas continúa el vaivén de caderas, un exquisito movimiento que le sale perfectamente bien.

—Esto es lo que querías, ¿no? —murmuro sobre su boca. Él se lame los labios y la mirada excitada que me da, me hace saber que está tan perdido como yo—. Tenerme aquí, frotando mi polla junto a la tuya.

Thomas abre la boca ahogando un gemido.

—No puedes culparme —su voz se escucha repleta de erotismo—. Esto se siente demasiado bien.

Agarra la parte delantera de mi camisa y forma unos puños con sus manos. Sus caderas danzan sobre mi polla.

—¿Bien? Es un eufemismo.

Inclino mi cabeza para hacer lo que tanto quería desde que lo descubrí la noche anterior. Beso su hoyuelo, ese hoyuelo que se ha vuelto mi debilidad en menos de veinticuatro horas.

Thomas cierra los ojos. Su piel es tan suave como parecía, como la ceda, como la porcelana, incluso más. Deslizo mi pulgar por su labio inferior, abriendo esa pecaminosa boca que muero por besar. Él abre los ojos y cuando sonrío descarado y provocativo, sé que he terminado de esperar. Saca su lengua y lame la yema de mi pulgar. Entonces la cordura me abandona.

Tiro de él hasta que nuestros labios se juntan y puedo jurar sentir un ataque de placer en este mismo instante.

Thomas clava sus dedos en mi pecho y separa sus labios para dejarme entrar. Nuestros labios son la combinación perfecta junto a la mezcla de sentimientos. Introduzco mi lengua buscando la suya y no me defrauda cuando me la da.

Succiono su labio inferior ganándome un jadeo de su parte, luego vuelvo a tomar su boca por completo. Sus gruesos labios se mueven al compás de nuestra excitación, el beso se convierte de húmedo a duro en un tiempo récord. Porque yo deseo tomar todo de él y él de mí. Las ganas acumuladas nos tienen al límite.

Estuvimos así por mucho tiempo, no sé cuánto, pero cuando el niño abandona mi boca en busca de aire, hago una fotografía mental de esa preciosa visión. Sus ojos están vidriosos, su respiración agitada y sus labios, joder, sus labios se ven tan hinchados y rojos que solo quiero volver a besarlos.

El golpeteo al otro lado de la puerta me hace saber que el momento ha acabado. Por ahora. Thomas se arregla la ropa y luego se acerca para acomodar la mía, baja la vista a mi regazo y levanta una ceja al ver mejor mi obvia erección.

—Será mejor que te prendas esa chaqueta —aconseja burlón—. Vamos.

Me levanto del tocador y abotono el traje tratando de ocultar mi aspecto. Cuando Thomas se dirige a la puerta, lo tomo de la mano para girarlo y darle un rápido beso.

—Vuelves a besarme y te prometo que no saldrás de aquí —balbucea con los ojos cerrados.

—Eso no parece ser un problema para ti —beso su hoyuelo.

Ahora que lo he besado, no puedo tener suficiente.

—Mmm, no —abre los ojos y gira para quitar el seguro—. Pero puede serlo para ti.

Me guiña el ojo y sale del baño.

No presto atención a mi alrededor, no puedo saber si alguien nos mira sospechosamente. Pero cuando estamos dentro del coche, nada importa más que la bruma de sentimientos que me aplasta.

—Apunta tu número, señor Hamilton —me tiende su móvil—. Tal vez podamos quedar para trabar algunas otras puertas.

Sonríe juguetón. Inclino la cabeza considerando la propuesta y tomo su móvil para apuntar mi número.

—Bien, ahora vamos a llevarte a la cafetería. Ponte el cinturón, alborotador —le ordeno.

—Oh, me encanta alborotarte.

Y a mí que lo hagas, pienso.

Capítulo 16

Thomas

—Estás sonriendo como en los anuncios de pasta dental —Reel se eleva de puntitas y me pellizca la nariz—. Se te van a entumecer las mejillas.

—Estoy demasiado feliz —paso el brazo sobre su hombro para acercarla a mi costado—. Ha pasado un tiempo desde que me sentí así. Se siente bien saber que no soy tan despreciable como menciona mi padre.

Reel me toma de la mano y levanta la cabeza para mirarme.

—Eres increíble, Thom, y no lo digo porque soy tu amiga. Todos aquí lo piensan —señala a nuestro alrededor—. Tus amigos lo piensan e incluso tu señor Hamilton —hace bailar burlonamente las cejas, mi sonrisa se ensancha un poco más si es que eso es posible—. ¡Oh, mírate! Te gusta demasiado ese hombre, ¿verdad?

—Pues sí —admito antes de perder la vista en un punto fijo entre la multitud que baila en el centro de la pista—. Me gusta, es un hombre jodidamente guapo, no es tan frío como parece o como quiere aparentar y, diablos, se fijó en mí.

—¿Qué quieres decir? Tú eres hermoso, no hables como si él fuera inalcanzable.

—Oh, no lo es —planto una sonrisa de suficiencia cuando la miro—. Estoy seguro de que no fue una alucinación cuando nos besamos hace un par de días.

—¿Entonces? —cuestiona arrugando la frente.

—Quiero decir, sé que soy un tipo guapo, mírame —señalo mi cuerpo con arrogancia—. Pero él es un hombre heterosexual, bueno, lo piensa. El punto es que ni en mis más remotos sueños pensé que se iba a pasar de bando por mí.

Reel se aleja un poco y me observa como si me hubiera salido un tercer ojo.

—No me vengas con esas cosas de las etiquetas y los prejuicios. Tú no eres así —me apuñala con el dedo en el pecho—. Además, cuando se trata de sentimientos, el género no importa.

—¿Sentimientos? —frunzo el ceño—. Dudo mucho que esto se trate de sentimientos, Jac no parece ese tipo de hombre al que le gusta involucrar sus emociones, sólo está... curioso, eso es todo.

—Mmm...

Entrecierro los ojos y cruzo los brazos.

—¿Qué se supone que significa ese sonido?

—¿Y qué me dices de tus sentimientos? —cuestiona e intento protestar, pero levanta una mano para detenerme—. Te conozco desde que mi memoria lo recuerda, sé que tus sentimientos están siendo involucrados. Nunca has tenido algo serio y juro por mis preciados tatuajes que esto, como tú lo llamas, es más que un polvo caliente para ti.

Los ojos oscuros de mi amiga me avisan que no puedo decir nada que ella no supiera ya.

¿Mis sentimientos? Están de metiches cuando se trata del señor Hamilton. No lo voy a negar, uno: porque no quiero y dos: porque no hay nada malo con ellos. Que sí, que Zac es mi amigo y puede verse raro que me esté besuqueando con su padre, pero tampoco es un pecado, por lo menos no uno mortal y no sé qué piensan los demás, pero para mí, es una luz verde para continuar.

—Eso no importa —levanto un dedo y lo presiono en su ceño para suavizarlo—. No soy tonto, Reel, yo no puedo esperar mucho de lo que pueda salir entre nosotros. Dios, juro que anhelo hacerlo, pero es, hasta cierto punto, imposible. Me basta con recordar quién es mi padre para romper cualquier tipo de ilusión que pueda tener.

Ella me sostiene las manos y con una mirada llena de esperanza, me dice:

—Deberías hablar con él, parece un hombre poderoso. Estoy segura de que te puede ayudar, solo dile lo que...

—No —presiono un dedo sobre sus labios—. No lo voy a meter en mi mierda, ni a él ni a mis amigos. Con suerte estoy manteniendo a mi padre lejos de ti —mis ojos desbordan súplica y luego le imploro—. Déjame disfrutar el momento, por favor.

Reel mueve la cabeza una y otra vez dándome a entender que no está de acuerdo en lo último. Soy consciente de que, seguramente, estoy haciendo las cosas mal. Pero de momento, es todo lo que puedo manejar.

—Bien —acepta para nada convencida.

Me inclino para depositar un beso en su frente. Luego mis ojos se fijan en el señor Jack Daniel's que acaba de llegar, es un poco extraño verlo a esta hora teniendo en cuenta que falta poco tiempo para cerrar el lugar. Ha estado viniendo todas las noches desde aquella primera vez. Dejo ir a Reel de mis brazos y avanzo hacia la barra.

—¿Lo de siempre? —pregunto mientras limpio el área con mi trapo.

—Sí, ángel —responde amable.

Le sirvo la bebida y cuando la deposito frente a él, puedo sentir que el hombre amable y

caballeroso se ha ido un poco, en cambio, parece bastante nervioso.

Vaya, eso es nuevo.

—¿Estás bien? Es raro verte tan tarde.

—Más o menos —murmura con una mueca de preocupación.

—¿Problemas en el trabajo? —intento.

Clava sus ojos en mí. Esa mirada es nueva, pero no estoy seguro si transmite cosas buenas o malas.

—No —se lleva la bebida a los labios y vacía el contenido en un fondo blanco. Silbo por lo bajo ante el gesto, parece que necesita tomar coraje o algo así—. ¿Puedo ser honesto contigo?

Bien, la manera en la que lo pregunta, me hace cuestionar mi respuesta, pero termino aceptando.

—Suéltalo —demando con impaciencia.

Se pasa una mano por los rizos, lo que ocasiona que se despeine. Aun así se ve apuesto.

—Pasa esta noche conmigo —pide, totalmente firme esta vez—. Voy a darte dinero, solo pon una cifra.

Doy un paso atrás, como si me hubiesen dado un puñetazo en la cara, mi boca se abre y suelto un jadeo de sorpresa.

¿Qué?

El hombre me mira sin vacilación, la templanza llega a su rostro. Y yo, simplemente no puedo creer lo que acabo de escuchar. Quiero decir, no lo esperaba, nunca lo hubiese imaginado. Tampoco me siento ofendido ni tengo el impulso de abofetear su rostro. Solo es... joder. Me siento estafado por la apariencia amable que emanaba. Todo había sido una mentira.

—Tú... —formo un círculo con mi dedo índice, buscando mis palabras—. ¿Toda tu amabilidad era una farsa para llegar a esta pregunta?

Él parece ofendido con mi pregunta. Bueno, bienvenido al club.

—No, ángel —su mirada se vuelve suave y llena de aprecio, en este instante me doy cuenta de que nada había sido una farsa, pero ¿entonces?—. Quiero ser sincero contigo, esta propuesta se instaló hoy en mi cabeza —me toma de la mano—. Eres un chico increíble y ser afectuoso contigo es algo que salió espontáneo, nada de eso fue una mentira ni para ti ni para mí. Yo sé que necesitas dinero...

—¿Qué? —balbuceo sacando mi mano de la suya—. ¿Cómo puedes saber eso?

—Únicamente, soy un observador. Un claro ejemplo es la manera en la que tratas a los clientes para conseguir una buena propina. Eres amable por naturaleza, pero incluso con los clientes nefastos tienes paciencia y eso es porque necesitas el trabajo.

—Todos lo que estamos aquí lo necesitamos.

—No, contigo es distinto, algo que tiene que ver con la desesperación.

Mierda, yo simplemente me quedo estoico, de pie y mudo, observando a este hombre que no ha hecho más que sorprenderme en unos pocos minutos.

—Me gustas, me agradas —continúa—. Y es por eso que quiero una noche contigo. Necesitas el dinero y yo no soy un hombre de ataduras, mereces que alguien se ocupe de conquistarte y enamorarte y ese no soy yo. Sí, podría haber hecho el trabajo largo, llevarte a cenar, al cine y conquistarte. Pero eso terminaría haciéndote daño y a mí también. ¿Sabes, ángel? No se necesita mucho para enamorarse de ti, pero simplemente no es lo mío eso de meterse en un corazón, conseguir lo que quiero y luego soltarlo. Prefiero ahorrarnos esa parte.

El silencio sepulcral se instala entre nosotros mientras nos miramos fijamente. Las luces de la pista iluminan su rostro y hace que su traje negro brille ante el reflejo. Mi hilo de pensamiento se queda en sus palabras que tienen un gran porcentaje de verdad.

Cierro los ojos y, sin poder evitarlo, me encuentro sopesando la respuesta que en un principio había sido un no rotundo. Pero, ¿ahora? Él sacó a relucir cosas que dieron en el clavo. He follado antes, la diferencia sería que ahora, cuando me marchara, podría escapar de esa tortura que llamé hogar por años.

La esperanza de emancipación me nubla, el querer ser libre me ciega por completo y ya es demasiado tarde cuando quiero pensarlo una vez más.

—Iré por mis cosas —murmuro. Él me mira detenidamente y luego asiente.

Camino hacia el área de empleados, mi cuerpo se mueve metódicamente, como si fuera un robot sin voluntad propia. Me quito el uniforme y me cambio lo más rápido posible, el miedo al arrepentimiento se instala en mi pecho y antes de que me alcance, tomo mis cosas y me cuelgo la mochila al hombro.

—¿No vas a esperarme para ir juntos? —Reel se interpone en el marco de la puerta—. Me cambiaré rápido.

Hace el intento de avanzar, pero la sostengo del brazo.

—Yo... debo irme rápido, mi padre me está esperando —la mentira sale tan normal, que siento vergüenza de mí.

—¿Estás bien?

—Sí. Te veo mañana —beso su frente y abandono la habitación.

Cuando llego a la barra, él ya me está esperando de pie y cuando me ve, esboza una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos. Paso por su lado para salir y cuando estoy subiendo los escalones que me llevan a la salida del bar, alguien me sujeta del brazo.

—Niño.

Y entonces, entre la música ensordecedora y las luces coloridas, mi mundo se viene abajo.

Levanto el rostro para mirar a Jac, se ve tan hermoso como siempre y en lo único que puedo pensar es en el abrazo que necesito darle.

—Pensé que no llegaría a tiempo antes de que te fueras, ya sabes que he estado en este proyecto que me tiene atrapado —habla rápido—. Pero me alegro haber llegado para darte un aventón a tu casa.

Mi corazón se hunde por completo y el nudo en mi garganta me juega una mala pasada.

—Yo...

—¿Pasa algo? —da un paso adelante—. ¿Thomas?

Mi nombre dicho en un tono de preocupación se escucha tan mal, tan incorrecto porque no es así como deseo escucharlo.

—¿Nos vamos, ángel? —pregunta el hombre detrás de mí.

La realidad me golpea de lleno cuando Jac mira sobre mi hombro para encontrarse con el señor Jack Daniel's, su ceño se frunce y la confusión llega a su rostro.

—¿Niño? —vuelve a mirarme, buscando una explicación o algo que le hiciera entender.

Pero no puedo decirle: me estoy yendo a follar por dinero. En cambio, con todo el dolor que me invade, quito su mano de mi brazo para liberarme.

—Debo irme —murmuro, pero él lo escucha.

La mirada desilusionada que me brinda, es algo que no voy a olvidar nunca, no en esta vida y seguramente tampoco en la próxima.

Abandono el lugar.

Me alejo.

Me pierdo.

Dejando unas lágrimas en el camino. Porque tal parece que mi vida se trata de hacer lo que no quiero, de ceder, de sacrificarme.

Yo quiero abrazarlo, quiero besarlo y quitar esa tristeza que radica en su mirada, quiero presionar mis labios sobre los suyos y luego apoyar mi frente en su pecho para susurrarle: ayúdame.

Quiero desnudar mi alma frente a ese hombre, contarle mis miedos, mis miserias, mis deseos, mis anhelos, mis sueños. Y en lugar de eso, estoy dentro del coche de otro hombre que no deseo, pero que parece ser un atajo que me conduce a la salida de mi tormentosa realidad.

Giro mi cabeza para mirar por la ventanilla y en este momento deseo no haberlo hecho. Jac está parado en la salida, viéndome, su mirada suplica "no te vayas" y cuando el coche se mueve, me doy cuenta de que ya es demasiado tarde.

El viaje fue tenso, pesado, tortuoso y doloroso. No pude mirar ni una vez al hombre que estaba sentado a mi lado. Supongo que cada uno estaba perdido en nuestros propios pensamientos.

Mente fría, corazón frío. Me repetía todo el tiempo.

No sé cómo llegué a este lugar porque la mente me abandonó un poco. Solo sé que estoy parado en una habitación, no sé cómo es la decoración, tampoco sé lo que me dice el señor Jack Daniel's cuando se detiene frente a mí, se ha quitado la chaqueta y la corbata. ¿En qué momento pasó eso? Mis pensamientos están apagados. Mi corazón se siente frío.

De hecho, no siento absolutamente nada. Cierro los ojos.

Esto es lo correcto, susurra esa voz interna. ¡Sí! Voy a poder huir, pienso mientras me quito la sudadera, voy a ser libre, voy a conseguir un buen dinero para marcharme tan pero tan lejos, que mi padre no podrá encontrarme nunca y no tendré que ver a mis amigos odiándome por haberles mentido por tanto tiempo.

Voy a conocer el mar. Voy a salir a bailar. Voy a ver las estrellas a la madrugada. Voy a hacerme un tatuaje. Voy a festejar mis cumpleaños. Voy a ir al cine de noche. Voy a comprarme ropa. Voy a dormir en paz. Voy a comer.

Voy a vivir.

Voy a vivir como jamás lo he podido hacer.

Él me toma de la mejilla, un contacto extraño que me hace abrir los ojos abruptamente. El rostro

que veo no es el que espero, mucho menos el que quiero. La realidad llega como un balde de agua fría haciendo que dé un paso atrás.

—Tranquilo —sus ojos se ven apagados.

¿Por qué lucen así? ¿No es esto lo que quería?

Empiezo a hiperventilar. ¿Qué hago aquí? Busco la puerta en un intento de salir corriendo, pero no puedo moverme, mis piernas no ceden.

—Y-yo... no puedo —doy otro paso atrás.

Mi vista se nubla y el aire no ingresa a mis pulmones. Mi respiración se agita en un intento de tomar aire. El señor Jack Daniel's me toma de la cintura cuando mis rodillas se doblan. Me lleva a la cama, lo veo mover los labios, pero no puedo escucharlo porque estoy concentrado en hacer llegar oxígeno a mis pulmones.

—¡Ángel! Estás teniendo un ataque de ansiedad —toma mis manos cuando se arrodilla a mis pies—. Necesito que te calmes, por favor.

Me ayuda a buscar el ritmo de mi respiración. Inhalando y exhalando en coordinación. Luego de un tiempo, el sonido vuelve a mis oídos y veo la cara de culpa y angustia del hombre frente a mí.

—Dios, lo siento tanto, ángel —sus ojos se tornan brillosos—. Esto es mi culpa. Pensé que podría ayudarte, soy un idiota.

Niego con la cabeza sin entender su mortificación. De repente, mi garganta se siente seca y mi voz sale apagada.

—N-no. Fue mi decisión, pero no puedo hacerlo —mis manos tiemblan y él las atrapa.

—Ssh. No tienes que explicarme nada. No te iba a dejar hacerlo al darme cuenta de que no es lo que querías desde un principio. Te daré el dinero, eres mi amigo y me comporté de manera egoísta...

—Somos adultos —lo interrumpo—. No tienes la culpa, cada uno tomó una decisión esta noche y somos responsables de eso. No puedo acostarme contigo. Sin embargo, siento aquí, en mi pecho —señalo—, que mi infierno va a terminar en algún momento, pero no será hoy y tampoco de esta manera.

Él asiente antes de besarme los nudillos. Por ahora, el tema ha acabado. Él lo sabe y yo también. Las palabras nos abandonan esta noche. Luego de un silencio pesado, se levanta y apunta la cama.

—Duerme un poco, yo estaré en la sala por si me necesitas. Mañana te llevaré a dónde me pidas.

No me resisto, no tengo más fuerzas para pelear, no de momento. Me tiro en la cama y me hago un ovillo.

No logro pegar un ojo en toda la noche, me mantengo tan despierto como es posible. Jac me odia, pienso.

Lo arruiné, estropeé lo poco que habíamos construido, pero este sentimiento de culpa no se trata solo de Jac. También se trata de mí, ¿qué estaba dispuesto a hacer para librarme de mi padre? Quizá muchas cosas, pero pasar sobre mi corazón no será una de ellas.

Horas más tarde, estamos en el auto del señor Jack Daniel's. Le doy un vistazo y la mirada que me devuelve está cubierta de cargo de conciencia. Él es una buena persona, en ningún momento he pensado lo contrario, pero no tengo fuerzas para decírselo. Simplemente quiero irme.

—¿Dónde te llevo, ángel? —pregunta en un susurro agobiado.

Tengo clases, mi día es normal, la diferencia estará en la noche cuando llegue a casa después de no haber vuelto ayer, pero no queriendo pensar en eso, le respondo:

—Hamilton & Asoc.

Capítulo 17

Jac

La lluvia torrencial ha decidido instalarse en la ciudad temprano por la mañana. Odio conducir cuando el clima es inestable, en realidad, detesto la lluvia. Me traen malos recuerdos y cada vez que escucho el chisporroteo de las gotas, un sentimiento de desagrado se instala en mi pecho.

A decir verdad, es un constante martilleo, una campana que me recuerda al padre imbécil que fui tiempo atrás, tampoco es que necesito de la lluvia para tenerlo en cuenta y traerlo al presente, es un vívido sentimiento que me acompaña día tras día, a pesar de las innumerables veces en las que Zac me dijo lo contrario.

La lluvia es como un tipo de alarma y yo solo quiero que se apague. Quiero decir, puedo recordar por mi cuenta.

El tráfico está tranquilo teniendo en cuenta que a esta hora empieza el movimiento matutino. El semáforo en rojo me da la advertencia para detenerme, echo la cabeza hacia atrás para apoyarme en el asiento, golpeo los dedos sobre el volante y comienzo a hacer un repaso mental de todas las reuniones que tendré el día de hoy.

Un día largo y exasperante me espera por delante, la clienta del proyecto en el que estamos trabajando es un verdadero dolor en el culo. Cuando pensábamos que la teníamos total y finalmente convencida de algunos ajustes, ella llegó con otra idea y está bien, pero parece nunca acabar con sus exigencias. Es un ida y vuelta constante.

Los bocinazos me hacen volver la vista al frente para encontrarme con la luz verde, pongo en marcha el vehículo y unos minutos después, ya estoy frente a mi edificio.

—Maldita sea —maldigo cuando me doy cuenta de que estacioné frente al edificio y no en su respectivo estacionamiento.

Elevo una plegaria para que mi sentido común decida funcionar hoy porque, desde ayer, se perdió por completo.

Tomo el maletín y me deslizo fuera del coche, corro hasta el toldo que está en la entrada y me quito unas gotas de los hombros. Atravieso la puerta de entrada y me encuentro con el guardia de seguridad.

—Buenos días, señor —inclina la cabeza de manera cordial.

—Buenos días, Walter —señalo mi coche con el dedo—. ¿Puedes llevarlo al estacionamiento?

—Claro que sí, señor, yo me encargo —le tiendo el llavero.

—Gracias.

Paso por el vestíbulo, la mayoría ya se encuentran en su puesto de trabajo a pesar de ser tan temprano. La firma es bastante considerable en cuanto a estructura y nombre, por ende, muchos empleados trabajan aquí.

Me voy directo a la fila de ascensores al final de la planta baja y cuando intento presionar el botón que me lleva a mi piso, una de las recepcionistas me llama a lo lejos. Giro sobre mi eje y la veo avanzar en mi dirección a pasos apresurados, su ceño está fruncido y luce tensa.

—Buenos días, señor, lamento interrumpir —se retuerce las manos sobre su abdomen.

—Buenos días, ¿qué sucede? —cambio de mano el maletín y espero a que ella hable, algo que parece estarle costando un poco.

—Lo que pasa es que hay un chico esperándolo —dice mortificada.

El primero que llega a mi mente es Nicholas, sabiendo lo mucho que le gusta pasar a molestarme, pero al instante lo descarto porque uno: es muy temprano y dos: él es tan irrespetuoso que pasa directamente a mi oficina sin tener la decencia de anunciarse.

—¿Dijo quién es? —pregunto confundido.

Ella niega con la cabeza.

—No, ha llegado hace como media hora y pidió verlo —una mueca de culpa se posa en su arrugado rostro—. He tratado de explicarle que necesita solicitar una cita previa, pero simplemente dijo que lo esperaría afuera y... —la mujer me mira como si estuviera pidiéndome perdón por algún pecado cometido—, no tuve corazón para dejarlo salir con esta tormenta.

Bien, eso explica sus ojos culposos.

—¿Dónde está?

Puede que sea alguno de los chicos pasantes de la universidad, pueden ser persistentes cuando se proponen hacer sus pasantías aquí, no sería la primera vez que sucede, si ese es el caso, estoy listo para escoltarlo hasta recursos humanos. No tengo tiempo para charlas.

—No se ha movido de ahí —la mujer apunta con el dedo a un rincón en la otra punta de la planta baja.

Yo podría hasta tener noventa años y estar a metros y metros de distancia, pero reconocería a Thomas aunque estuviese fuera de mi alcance.

Mi corazón comienza a latir más de lo normal y mi pecho se aprieta. Decir que estoy sorprendido sería un eufemismo.

—¿Hice mal? —pregunta ella cuando el silencio nos acompaña.

Niego con la cabeza sin mirarla y obligando a mis piernas a caminar, emprendo rumbo al otro lado de la habitación.

Thomas está desplomado en uno de los sillones individuales de la sala de espera, con la capucha puesta, su cabeza está recostada en el respaldo y con la vista fija en las paredes de vidrio, perdido, viendo la lluvia caer. Su mochila yace en el suelo apoyada en una de las patas del sillón.

Tengo sentimientos encontrados y cada uno de ellos de diferentes ramas, pero cuando veo su rostro más pálido de lo normal, me trago un par de ellos y, en cambio, dejo florecer la preocupación.

—Hola —susurro cuando estoy frente a él.

El niño da un salto en el lugar y se incorpora rápidamente. Levanta la cabeza y el alma se me viene abajo cuando visualizo lo mal que se ve.

—Hola —murmura con abatimiento.

Sus ojos están rojos, sus labios secos y las ojeras lo delatan por completo, no ha dormido y no puedo evitar preguntarme: ¿qué estaba haciendo para no hacerlo? Me doy una patada mental, ya que no es el momento de comportarme como un imbécil egoísta.

—¿Qué haces aquí?

Mi pregunta no es un reproche o una advertencia de "no te quiero ver", pero parece que él sí lo toma de esa manera porque su rostro se transforma en una expresión dolorosa y humillada.

Thomas se levanta lento, como si tuviera miedo de estropear algo.

—Yo... no lo sé —sus labios tiemblan por el frío, en realidad, todo su cuerpo lo hace—. No quería ir a clases y, no lo sé —se agacha para tomar su mochila—. Tal vez fue una mala idea, es mejor que me vaya, siento haberte molestado.

Cuando intenta pasar por mi lado, le arrebato la mochila de las manos. Él me mira sorprendido.

—Vamos —ordeno girando en dirección al ascensor.

Por muy irreal que parezca, el chico no protesta, me sigue dentro del elevador y mientras subimos a mi oficina, nos mantenemos en silencio.

Por uno de los espejos del costado le echo un vistazo. Tiene la cabeza baja y con la capucha no se puede apreciar su hermoso rostro. El sonido nos indica que hemos llegado, eso lo hace levantar la cabeza, levanto el brazo indicando que pase primero y cuando lo hace, tengo el

impulso de tomar su rostro y pedirle que deje de estar triste, pero en lugar de eso, lo dejo ir.

—Buenos días, señor Jac —saluda Mónica, mi asistente personal, una mujer que ha sido mi acompañante desde que este lugar era nada más que cuatro paredes.

—Mónica, cancela lo que tengo para hoy y dile a Bezzechi que se haga cargo de las reuniones —pido.

Ella abre grandes los ojos y la entiendo, no es propio de mí hacer esas cosas. Por otro lado, el chico a mi lado no me quita los ojos de encima.

—Recibido —acepta luego de recomponerse de la impresión—. ¿Necesita algo más?

—Un par de cafés.

Ella asiente y antes de volver a su trabajo, le da una mirada curiosa a Thomas.

Lo guío por el pasillo hasta mi oficina y una vez dentro, él me llama.

—No tienes que cancelar nada por mi culpa, yo me iré en un momento.

Dejo el maletín sobre mi escritorio, pongo su mochila en una de las sillas y luego me quito el tapado.

—Dijiste hace un momento que no sabes por qué estás aquí —esconde las manos en la sudadera y aparta la mirada—. Pero estoy seguro de que estás aquí por un motivo y tú más que nadie sabes cuál es.

Camino hasta que mis zapatos tocan la punta de sus converse, presiono un dedo en su barbilla para que me mire a los ojos.

—Es cierto, vine a hablar contigo y sé lo que tengo para decir —una sonrisa cansina le curva los labios—. Es solo que no sé por dónde empezar.

Le suelto la barbilla para luego pasarle el tapado por los hombros. Thomas me mira entre asombrado y confundido.

—Puedes empezar tumbándote en ese sillón. Duerme un rato —señalo el living—. Luego hablaremos.

Él niega repetidamente.

—No tienes que hacer esto —trata de quitarse el abrigo, pero le tomo las manos en el intento—. No lo merezco.

—No vas a decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer, niño impertinente, así que mueve

tu culo y duerme un rato —ordeno.

Una pequeña sonrisa aparece en su rostro y eso hace que el alivio vuelva a mí.

—Como diga, señor mandón.

—Thomas —adviento sin una gota de firmeza.

Sus ojos brillan cuando digo su nombre y luego de un largo y mágico contacto visual, se dirige al sofá para acomodarse de costado. Se acurruca bajo mi abrigo y lo único que pienso es en lo hermoso, pero vulnerable que se ve.

Lanzo un suspiro y rodeo el escritorio para sentarme a trabajar. Menos de veinte minutos pasan cuando el recuerdo de lo que ha pasado anoche me atrapa. No es suficiente con que me haya pasado toda la puta noche pensando en ello, aquí sigo torturándome de nuevo, la diferencia es que ahora tengo al protagonista en mi oficina, sobre mi sillón y envuelto con mi abrigo.

Esos dos días que no lo vi después del inolvidable beso, estuve esperando el momento para enloquecer por el hecho de haberme besado con un hombre y por si fuera poco, el amigo de mi hijo.

Pero cuando el pánico no llegó luego del segundo día, me di cuenta de que no me importaba una mierda esto del género, quiero decir, nunca antes me sentí atraído por un hombre, pero tal parece que no está en mis planes el salir corriendo. Y está bien.

Bueno, lo estaba hasta la noche anterior.

Sé perfectamente que no somos nada, nos hemos dado un beso y, posiblemente, para este chico yo sea uno más, pero cuando lo vi marcharse con ese otro tipo, sentí algo espantoso en mi estómago, como si quisiera vomitar mis tripas, algo que no sentí jamás. ¿Qué se supone que significa eso? No lo sé y no pretendo indagar en el asunto, así como tampoco puedo negar el hecho de lo mal que la pasé la noche anterior.

Lo único que sé a ciencia cierta es que Thomas me gusta, y eso lo descubrí anoche, lástima que el impulso para que me diera cuenta no fue agradable de presenciar.

Giro mi rostro a la izquierda para ver al chico profundamente dormido.

¿Habrà pasado la noche con ese tipo? La pregunta se acomoda en mis entrañas sin anticipo y cierro los puños cuando una de las posibles respuestas no es de mi agrado.

¡Mierda! No es de mi incumbencia, porque de nuevo, no somos nada, pero maldita sea si esa pregunta no está pinchando mi pecho.

—¿Cómo es eso de que tengo que hacerme cargo de todas las reuniones de hoy? —un horrorizado Gianni ingresa abriendo la puerta de par en par—. *Non c'è alcun modo* (no hay

manera) —empieza a caminar de un lado a otro y cuento hasta cinco para no sacarlo a rastras—. ¡Encima con esa mujer insoportable!

Le hago una señal con mi dedo para que cierre la boca, pero cuando frunce el ceño sin entender, le señalo el sillón donde Thomas duerme.

Los ojos de Gianni casi se le salen de sus órbitas. Dios, es un exagerado de lo peor.

—Ah, *merda* (mierda) —casi grita.

—Maldita seas, Bezzechi.

Y eso es todo, he terminado de contar hasta cinco, por lo tanto, rodeo mi escritorio y nos saco fuera de la oficina. Cierro la puerta con cuidado y luego volteo a ver a mi amigo que tiene una expresión horrorizada.

—¿De dónde lo has secuestrado? —lo fulmino con la mirada.

—Deja de decir estupideces por una vez, ¿quieres? —demando.

El rostro sorprendido/horrorizado de Gianni se transforma y comprendo que va a darme mierda por esto.

—Bien, este sexi italiano que dice estupideces va a salvar tu culo de las reuniones de hoy, así que comienza a hablar —espeta con altanería.

Aprieto la mandíbula y entrecierro los ojos, pero cuanto más rápido me deshaga de Bezzechi, más rápido podré volver con el niño.

—Es un amigo de Zac —confieso a regañadientes.

Un círculo se forma en sus labios, haciéndolo ver ridículo.

—¿El chico del bar? —asiento—. ¿El de los ojos lindos?

—Sí, Gianni, ese —respondo exasperado.

—¿Estás admitiendo que tiene los ojos lindos? —pregunta burlonamente.

—Vete a la mierda —lo insulto—. Es mejor que atiendas bien a esa mujer o vas a estar despedido al final del día.

Él deja escapar una carcajada, está disfrutando todo esto.

—Claro, jefe, yo me encargo —luego apunta la puerta de mi oficina—. Tú ve a cambiar unos cuantos pañales.

—Hijo de puta.

El desgraciado da un paso atrás mientras llora de la risa y Mónica lo acompaña. Muevo la cabeza y sin perder más tiempo y paciencia, me meto a la oficina y me aseguro de poner el seguro.

—Escuché un ruido —comenta Thomas sentándose en el sofá.

Maldito Bezzechi por despertarlo.

Agarro un café que había dejado Mónica y avanzo hacia donde él está sentado, se lo doy y luego me siento al frente en la mesa ratona.

—Gracias —susurra llevándose la taza a los labios.

El aire se llena de un silencio pesado. Y yo necesito hacer esa pregunta que he querido soltar desde que lo vi hace rato.

—¿Ese hombre de anoche te hizo daño? —la inquietud se puede notar en mi voz.

Contengo el aliento temiendo la respuesta. Si ese hombre le ha hecho algo para lastimarlo, yo mismo me encargaré de matarlo.

Thomas baja la taza y un poco más recuperado que antes, comienza a hablar.

—No.

Eso está bien, ¿verdad? Entonces, ¿por qué sigo sintiendo esa punzada en el pecho?

—Bien.

El niño deposita la taza a un lado y luego mira a un punto fijo en el ventanal, como si no pudiera mirarme a la cara.

—Yo iba a acostarme con él por dinero.

¿Qué?

Si un alfiler se hubiese caído en este mismo instante, yo lo habría escuchado, porque el silencio que se instala es demasiado intenso.

Jamás en mi vida me hubiera imaginado que Thomas diría algo como eso. Mi shock se debió ver reflejado en mi rostro porque él suelta una risa carente de humor.

—Lamentable, ¿no? —quiero responder, pero nada sale de mi boca, solo estoy tratando de procesar lo que dijo hace un momento—. Necesito dinero y él me lo ofreció a cambio de pasar

una noche conmigo. La necesidad cegó mi juicio y lo vi como una salida rápida. Pero no pude hacerlo.

Me avergüenza admitir que un poco de alivio se apodera de mi pecho.

—¿Por qué no?

Thomas eleva los hombros.

—Por mí, porque no es como quiero salir adelante. Sé que lo haré y que mi vida será normal en algún momento, pero no de esa manera.

¿Qué infierno vive Thomas? ¿Tiene algo que ver con la herida que tenía? ¿Por qué necesita el dinero?

—Habla conmigo, niño —tomo sus manos, intentando que me diga eso que lo atormenta.

Desde que conozco a Thomas supe que algo pasaba con su vida, también me di cuenta de que aunque yo se lo pregunte, él no lo dirá mientras no esté listo y hoy no es ese día.

—Voy a decir esto y no me importa quedar como un loco. Cuando iba de camino en el coche de ese hombre, solo pude pensar en una sola persona —él ha cambiado de tema, Thomas no va a pedir mi ayuda y joder, eso me hace sentir el hombre más impotente del mundo—. En ti, no quería hacer eso por mí, pero también por ti, porque aunque te hagas el duro, sé que en el fondo te gusto y tú me gustas a mí —mi corazón hace una triple mortal—. Se sentía incorrecto porque es contigo con quien quiero estar, me resulta hasta imposible siquiera pensar en besar a otra persona.

—Niño... —murmuro con embelesamiento.

Él juega con su dedo pulgar sobre mi palma.

—¿Te doy asco por lo que estuve a punto de hacer anoche?

Jalo sus dedos para llamar su atención y cuando me mira, le digo:

—Nada en ti me da asco.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Respondo con toda la sinceridad que poseo.

—Entonces sé honesto conmigo y dime lo que piensas sobre lo que estuve a punto de hacer —pide como una súplica.

Él necesita saber lo que pienso y no voy a mentirle.

—Verte marchar con otro tipo fue tan horrible como suena —él me mira devastado—, pero me tomo el atrevimiento de decir que te conozco lo suficiente para saber que cada decisión que tomas, es a base de lo que es mejor para tu vida. Anoche tomaste una decisión y yo jamás pensaría lo peor de ti, porque aunque eres un niño insolente, no hay una gota de maldad en ti. No has hecho nada malo —sus ojos brillan y lo veo soltar un suspiro de alivio.

—De acuerdo.

—Y para dejar en claro este punto, puedes hablar conmigo si lo necesitas —puntualizo, él permanece callado—. También puedo darte ese dinero si...

—Eso no va a pasar —se pone de pie.

—¿Por qué no? —me incorporo a su altura—. Puedes tomarlo como un préstamo —intento.

—He dicho que no —la exasperación lo atrapa—. Pues sí, anoche tuve un momento, pero no volverá a suceder, no voy a aceptar el dinero de nadie, lo tomaré de mi trabajo.

Su mirada determinante me hace saber que el tema ha terminado para él y por ende, para mí. Resoplo resignado, voy a dejar el tema por ahora, el chico la pasó mal y necesita un respiro.

No pudiendo resistir un minuto más y para apaciguar el momento, me inclino sobre él y presiono un beso en su hoyuelo, un tarareo de satisfacción sale de su garganta al mismo tiempo que se aferra a mis brazos.

—Vámonos —musito en la comisura de sus labios.

Él asiente una y otra vez sin preguntar. Eso me deja en claro que él iría hasta donde yo se lo pidiera.

¿Y yo? Deseo que lo haga.

Capítulo 18

Thomas

Observo al gallardo hombre al lado de la isla, sus dedos se mueven con agilidad mientras se arremanga los puños de su pulcra camisa.

Sin duda alguna, Jac Hamilton puede ser el hombre más apuesto y sofisticado que conocí en mi vida.

Agacho la cabeza y echo una ojeada a mi arrugada sudadera. Dios, no existe nada en común entre nosotros, al menos no algo que yo haya encontrado hasta el momento.

Jac es el tipo de hombre que si te lo cruzas por la calle, te lo quedas viendo como un bobo. Su porte masculino y sus impolutos trajes no pasan desapercibidos y ni hablar del impresionante rostro que lo acompaña. Así que, de cierto modo, me considero un tipo con suerte.

—Estás mirándome —acusa sin levantar la vista.

Sintiéndome mucho más recuperado que ayer, mi estado de ánimo cambia de "soy un desastre" a "vamos a tentar a cierto hombre". Y sí, es alarmante el hecho de que él tenga el poder para hacer eso en un par de segundos. Por suerte, para mi salud mental, él no es consciente.

—Estoy admirándote —sus ojos me recorren el rostro mientras arruga la frente.

—No empieces.

—No he comenzado nada aquí —rodeo la isla de manera lenta mientras paso una mano sobre ella sin quitarle los ojos de encima.

Él observa cada uno de mis movimientos, como si estuviera teniendo una batalla mental sobre ceder o continuar con lo que está haciendo. Finalmente, el último gana.

—Entonces siéntate ahí —señala la banqueta al otro lado de la isla.

Suelto una risa divertida.

—Tienes miedo de tenerme cerca —me burlo de él.

—Ya hemos probado ese punto —dice, haciendo referencia a lo que pasó en el baño del restaurante. Y al diablo, yo deseo que pase de nuevo.

—No me escucharás quejarme si lo probamos un par de veces más.

Jac se da la vuelta para quedar frente a mí, su cara de póquer no me dice absolutamente nada,

pero sus ojos claros lanzan llamas, y muy calientes.

—Eso no va a pasar —se aleja de mí para comenzar a buscar unos cuantos ingredientes.

Resoplo resignado y decido dejarlo tranquilo unos cuantos minutos. Él comienza a cortar unos panes para luego ponerlo en la tostadora. Para estar un poco más cerca, me subo a la mesada de mármol, a un lado de donde él está cocinando.

—Nunca imaginé que supieras cocinar, señor Hamilton —comento entrelazando los dedos sobre mi regazo.

—No lo hago —una mueca le dibuja el rostro—. No tiene que ser tan difícil preparar unas tostadas y unos huevos revueltos —comenta, tratando de convencerse a sí mismo.

—Entonces estás haciendo una excepción por mí.

Él deja de hacer lo que está haciendo y me escudriña de cerca.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —cuestiona, luego se pasa la lengua por los labios, mis ojos caen a su boca antes de poder controlarme.

—La segunda —respondo en un susurro acalorado.

Él no dice nada después de eso, vuelve a lo que estaba haciendo. Mis ojos viajan a sus fuertes manos y puedo notar que no es algo que haga a menudo. Cuando intenta romper el primer huevo, este sale disparado, cayendo al otro lado de la mesada.

Suelta una maldición y yo me río por lo bajo.

—Déjame hacerlo por ti —me inclino y extiendo mi mano para que me dé los huevos, pero niega con la cabeza.

—Yo lo haré —responde seguro de sus habilidades culinarias.

Intenta una vez más y como era de esperarse, el huevo sale volando nuevamente. No pudiendo contenerme, dejo escapar una carcajada escandalosa. Él se gira para fulminarme con la mirada.

—¿Te estás burlando de mí? —Jesús, su tono de voz sale tan amenazante como excitante.

—Solo un poco —digo levantando mis dedos para remarcar lo dicho—. Pero es tierno que quieras hacer la comida para mí. Dime, señor Hamilton, ¿cuándo te volviste tan dulce?

Él se limpia las manos en un trapo y me da su completa atención.

—Estoy siendo amable, ya que ayer no has tenido un buen día —puntualiza—. Pero si sigues riéndote, voy a mandar esto a la mierda.

Él no admitirá nunca su lado dulce, pero yo lo sé.

—Sigo pensando lo mismo —elevo los hombros—. Pero ahora que sé que lo haces porque estoy triste, debería estarlo más seguido.

Mi comentario es genuino, pero a Jac no parece agradarle.

—No tienes que hacer eso —da un paso hacia mí.

—¿Eso quiere decir qué serás dulce sin necesidad de estar triste? —intento.

—No dije eso —responde tajante.

—Es bueno saberlo —digo honestamente, él eleva una ceja—. Solo quiero que seas tú y si eso incluye la parte dulce, está bien, pero no quiero que seas lo que crees que necesito. No deseo que me mires raro a partir de ahora.

El señor Hamilton permanece en silencio un buen momento y luego, sin decir una palabra, avanza en mi dirección y cuando veo lo que pretende, separo mis piernas para dejarlo entrar entre ellas.

Pone las manos sobre mis muslos y un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—¿Te estoy mirando raro? —musita cerca de mi rostro.

Su colonia penetrante me hace inhalar largo y tendido, tampoco me molesto en disimularlo.

—Me estás mirando como si quisieras...

—¿Besarte? —termina por mí. Las palabras me abandonan y no me queda más que asentir—. Bien, porque es lo que quiero hacer.

Y sin más, corta la distancia que nos separa para presionar un beso debajo de mi oreja. Mi respiración se detiene y me aferro a sus bíceps. Cierro los ojos con fuerza cuando él comienza a hacer un camino de besos desde mi oreja hasta mi mandíbula, lanzo un gemido necesitado.

Sus dedos se aferran a mis muslos y cuando deja un beso en mi hoyuelo, mi estómago tropieza, enviando un sentimiento nuevo a mi corazón.

Jac corre el rostro y captura mis labios en un beso abrasador, duro y demandante. Nuestras lenguas se entrelazan y el único sonido que se escucha en la cocina, es la respiración agitada que sale de ambos.

—Joder —balbuceo sobre sus labios.

Luego de eso, tira de mis muslos hacia adelante de tal manera que quedo al borde de la mesada, se coloca de nuevo entre mis piernas y siento morir cuando nuestros cuerpos se conectan.

Su dura polla da justo con la mía y sin poder contenerme, lo rodeo con mis piernas por detrás de su culo. Jac presiona sus manos sobre mis caderas y me ordena comenzar un vaivén rápido y duro. Subo mis manos por sus hombros y tiro de su nuca para unir nuestros labios.

Después de eso, prácticamente, estamos follando con ropa y yo estoy feliz y predispuesto a dejarme ir en mis pantalones.

Deslizo una mano por su duro pecho hasta llegar al cinturón de sus pantalones de vestir. No soy estúpido, Jac nunca ha estado con otro hombre, así que debo ir con cuidado, lo que menos quiero es que salga corriendo.

Sigo mi camino un poco más abajo hasta tomar su fuerte falo.

—Oh, mierda —jadeo antes de chuparme el labio inferior.

Muevo mi mano a lo largo de su erección en un ritmo lento y entonces él me toma por la cintura para apartarme. Mi cuerpo se tensa al pensar que, quizá, lo he empujado un poco lejos, pero cuando levanta la mirada para verme y sus ojos emanan deseo, sé que todo está bien.

—No me quites —pido en un susurro haciendo un puchero con mis labios.

Sus ojos caen a mi boca y se inclina para chuparme el labio sobresaliente. Mi loco corazón hace una voltereta en sincronía con las mariposas en el estómago.

—Tienes que comer algo, darte una ducha y descansar antes de ir a trabajar —murmura sobre mi boca.

Cruzo los brazos detrás de su cuello y picoteo sus hinchados y brillosos labios.

—Eso puede esperar —le beso la mejilla y luego la oreja.

Sus manos me estrujan la cintura.

—Niño... —su voz sale gutural, pero luego de darme otro duro beso, se aparta.

Casi me pongo a lloriquear como un niño pequeño cuando la ausencia de su sólido cuerpo me molesta. Arrastro los ojos por su cuerpo y me detengo en el bulto que le sobresale de la cremallera, me muerdo un lado del labio inferior y me paso la palma por mi erección para acomodarla en mis pantalones.

—Thomas... —advierte.

Automáticamente, levanto las manos en señal de "me portaré bien" y luego lo dejo seguir con lo

suyo. Me bajo de la mesada para sentarme en uno de los taburetes, poner distancia es la mejor decisión en este momento, no pretendo que se sienta obligado y hasta incómodo.

Una taza humeante de café, junto a unas tostadas peligrosamente quemadas, son depositadas en un elegante plato frente a mí. Agarro la taza y enredo los dedos en ella, presiono mis labios hacia adentro tratando de reprimir la risa.

—No te atrevas —amenaza, sentándose frente a mí con una taza en la mano.

El desayuno transcurre tranquilo y divertido, bueno, al menos para mí, porque un minuto después de mirar las tostadas negras como un carbón, no pude parar de reír y él no paró de quejarse.

Mientras molesto al hombre que ha sido mi ancla el día de hoy, no puedo evitar retroceder un poco. Esta mañana, cuando me presenté en su empresa, no pensé ni por un segundo que las cosas terminarían así.

Aquí.

Quiero decir, en algún rincón de mi cabeza albergaba la esperanza de no ser echado a rastras, pero esa pequeña esperanza se esfumaba cuando el miedo salía a flote. Que sí, que yo pensé que este hombre me odiaría después de confesarle lo que estuve a punto de hacer, pero ¿esto? Es más de lo que merezco. En algún lugar, arriba en el cielo, yo debo tener algún tipo de ángel de la guarda o algo así.

Cuando terminamos el desayuno, nos lleva por las escaleras hasta la segunda planta y mientras subimos, no puedo evitar admirar, una vez más, este lugar.

Gracias a Dios, seguimos de largo cuando pasamos por la puerta de mi amigo, eso hubiese sido muy raro. Jac abre la última puerta del pasillo e ingresamos a lo que supongo es su habitación.

Camino hasta el ventanal, la vista a las flores y la piscina en el patio trasero, es espectacular. Me tomo el atrevimiento de abrir una de las puertas corredizas y salir al balcón.

—Esto es hermoso —susurro admirando el paisaje mientras apoyo mis manos en el barandal.

—Lo es —está de acuerdo y cuando giro mi rostro al sentirlo a mi lado, me doy cuenta de que cuando dice esas palabras me mira justo a mí.

Mi estómago hace esas cosas de las mariposas y el susto me llega de golpe. Diablos, no es el momento para que mi corazón se comprometa. Para salir un poco de este momento, digo lo primero que se me ocurre.

—Zac dijo que sus padres construyeron este lugar —un atisbo de melancolía lo atrapa y quiero tirarme de cabeza por ser tan estúpido—. Soy un tonto, lo siento.

La pérdida de las mujeres Hamilton había sido dura. Mi amigo cayó en un cuadro depresivo y

por mucho tiempo he juzgado a Jac por alejarse de su hijo. Es un tema que está hablado y gracias al amor incondicional que se tienen el uno al otro, están saliendo adelante. Por supuesto que con la ayuda de terapia.

Jac niega con la cabeza y luego fija la vista en la piscina mientras mete las manos en los bolsillos.

—No te preocupes, y sí, Martina y yo la diseñamos.

—Ella debió ser bastante genial —murmuro con una media sonrisa.

—Lo era —está de acuerdo. Jac clava sus ojos en mí y la melancolía de hace un momento se disipa, algo en su mirada me hace sentir sofocado, pero que a su vez, logra que mi corazón se sienta condenadamente cálido.

—Ve a darte una ducha, dejaré algo de ropa en la cama —ordena dando un paso al frente y enganchando los dedos en los bolsillos de mi sudadera.

—Mmm... —pongo las manos sobre su pecho—. Tal vez deberíamos tomar una ducha ecológica —intento, moviendo las cejas de manera sugerente.

Él me da una sonrisa de medio lado, de esas que te hacen subir hasta las estrellas.

—No —besa suavemente mis labios y demonios, me siento en la luna—. Luego vas a dormir un rato —quiero protestar, pero vuelve a presionar otro beso y descubro que estoy dispuesto a callar siempre si me besa de este modo—. Prometo despertarte a tiempo para que vayas a trabajar.

—De acuerdo. ¿Puedes quedarte conmigo mientras duermo?

La pregunta no es lanzada en el sentido sexual, es más bien en el sentido de no quiero estar solo, y él lo entiende porque asiente sin dudar.

—Me quedaré en el escritorio trabajando.

Estoy de acuerdo y cuando estamos por atravesar las puertas corredizas, me doy la vuelta y lo llamo.

—Dime —dice.

—Gracias.

Ese gracias significa mucho para mí y espero que él lo haya entendido, porque una sola palabra puede hacer maravillas y cuando él me da otra de sus sonrisas de medio lado, sé que aunque no estoy preparado, Jac Hamilton se ha ganado mi maltratado corazón.

—Oh, hasta que me honras con tu patética presencia —escupe con sarcasmo mi padre una vez que cruzo la puerta.

Si hay alguien ahí arriba, no dejes que esto se ponga feo, rezo.

Tomo una respiración profunda tratando de evitar mirar el arma sobre la mesa de la cocina.

—Lo siento por no llegar anoche.

—¿Lo sientes? —se acerca lentamente como si me estuviera cazando y me obligo a permanecer en mi lugar porque mi padre odia que yo retroceda—. Eso está por verse.

Bien, mi única carta será jugada en este momento y espero que salga relativamente bien.

—He estado vendiendo —suelto la única idea que pensé en las últimas horas. Mi padre ladea el rostro, mostrando su interés por mi confesión—. Anoche estuve con los chicos del barrio, me dieron para vender algunas pastillas, ya que necesito el dinero para mis libros, por eso no pude llegar. Me distraje y se me fue la hora, ya sabes cómo es esto —miento apresurado, queriendo parecer en sintonía con él.

Él permanece en silencio y yo sostengo la respiración cuando se acerca y toma mi rostro entre su mano apretando mis mejillas.

—Estás mintiendo —escupe.

Niego una vez y luego meto la mano en mi bolsillo para sacar un fajo de billetes, mis propinas.

—Este es el dinero que he ganado.

Retrocede y al soltarme me empuja hacia atrás, mira mi mano.

—Dame eso —exclama.

No. No. No.

—Yo... lo necesito para mis libros —suplico.

—Y yo me paso tus libros por el culo —brama—. Dámelo —extiende la mano.

Con todo el dolor del mundo, le doy mis ahorros, entregando un puñado de esperanza.

—Por fin haces algo inteligente —comenta metiendo mi dinero en su bolsillo y tomando su vieja chaqueta de cuero—. Es un buen negocio —su sonrisa desquiciada hace que se me ponga la piel de gallina—. Si vuelves a desaparecer, no contarás con la misma suerte —sentencia tomando el arma y saliendo por la puerta.

Un suspiro de alivio me invade.

Siempre supe que mi padre estaba metido en cosas ilegales, drogas, asesinatos, robos y quién sabe cuántas cosas más, pero con suerte, podré encontrar algo en su contra y largarme de aquí.

Me he quedado sin dinero, pero al menos estoy en una pieza.

Capítulo 19

Jac

—*Torno tra un attimo* (regreso en un momento) —anuncia la camarera.

—*Grazie* —agradece Gianni con una sonrisa en su rostro.

Cuando irrumpió en mi oficina pidiendo salir a almorzar, de inmediato supe que estaríamos aquí, él tiene una severa fijación por este restaurante italiano, y con justa razón, dice que lo hace sentir en casa.

Si lo miras de pasada, Gianni desprende alegría y amabilidad, pero si te detienes a mirar un poco más de cerca, puedes encontrar un hombre estructurado, reglamentario y aunque no le gusta lo doméstico, como él suele mencionar, se puede ver lo mucho que extraña sus raíces.

—Detente —dice, sospechosamente serio.

—¿Qué? —cuestiono sin entender.

—Estás mirándome mucho —su sonrisa se transforma en una diabólica—. Y he visto que, repentinamente, te gustan los que tenemos tres piernas, ya sabes, y lamento romper tu corazón, pero soy un alma libre.

Quiero bajarle el aire de suficiencia, pero la camarera llega para salvar su altivo culo. Deposita nuestras pastas y luego de desearnos un buen provecho, se marcha.

—Entonces... —el hijo de puta es tan persistente por no decir chismoso.

—¿Vas a dejarme comer o vas a mover mi mierda? —espeto apuntando con mi tenedor.

—¿Qué tal ambas? —hace una mueca de inocencia.

—¿Qué tal si cierras la boca?

—*Mio Dio* (Dios mío) ya estamos entrando en el círculo de respuestas con preguntas —se mete un puñado de pasta en la boca y aun con la boca llena, continúa hablando—. Deberíamos hacer terapia o algo así, para salvar nuestra relación, parece que va en picada.

—Dudo mucho que quede algo de lo nuestro si sigues actuando como si no tuvieses modales —bramo.

Por supuesto que a él le importa una mierda lo que yo diga o piense sobre su educación, puedes pasar por su lado y decirle lo peor de lo peor y él solo te mirará como si fueras absolutamente nada.

—Está bien, señor buenos modales —se limpia la boca—. Cuéntame, ¿estás saliendo con ese chico?

Sabía que la invitación para comer no formaba parte de su obra del día.

—Me invitaste para sonsacar información —afirmo entrecerrando los ojos—. A tu pesar, no hay noticias por aquí.

Bufa y luego se pone serio y un Gianni serio es espeluznante.

—En parte —bebe un sorbo de vino y continúa—. Quiero decir, más allá de todo tipo de broma que pueda hacer para molestarte, debo admitir que ayer no esperaba ver a ese chico en tu oficina. No en ese estado.

—Bienvenido al club —murmuro.

Gianni suelta una risa sincera.

—Puedo suponer que él tuvo algún tipo de inconveniente y por eso estaba allí, pero eso sería raro, ¿no? —se pone un dedo en la barbilla—. Es decir, tiene a Zac que es su amigo y, tranquilamente, pudo recurrir a él. Sin embargo, te buscó a ti. Si mi perfecto análisis no me falla, eso quiere decir que algo más se está cocinando por ahí —termina.

Tengo dos opciones por aquí, la primera y la más tentadora: ignorar el insistente cuestionario de Gianni y buscar algún tipo de salida sin mencionar una palabra al respecto, después de todo, yo soy muy bueno en eso. La segunda y para nada agradable: contarle lo que está pasando, pero aquí tenemos la pregunta del millón, ¿qué demonios está pasando realmente?

Llevo la copa de vino a mi boca y el dulce, pero seco líquido baja por mi garganta de manera lenta mientras debato qué hacer a continuación. La mirada expectante de Bezzechi me dice que si elijo la primera opción, solo servirá para escapar del momento porque, conociéndolo como lo hago, no existe forma en la que pueda escapar ileso.

El tipo no conoce el espacio personal o la privacidad.

—¿Me creerías si te digo que ni siquiera yo sé la respuesta? —admito.

—Teniendo presente como eres, sí, lo hago —guardo silencio para que pueda continuar—. Es decir, debe ser algo nuevo para ti, nunca has estado con un hombre, ¿no es así?

Asiento y me acerco unos centímetros, estando ahora un poco más interesado en lo que él pueda deducir, una opinión de afuera me vendría bien.

—¿Eso es un problema para ti? —pregunta.

Sorprendente no. No lo es.

—He estado esperando que llegue el caos, la negación, el momento en el que, supuestamente, tengo que ponerme histérico y preguntarme cómo es posible que haya sucedido esta repentina atracción por un chico —frunzo el ceño, mirando a un punto fijo en la mesa—. Pero nada de eso pasó y lo único que sé a ciencia cierta es que me gusta y que no se siente incorrecto.

Miro a Gianni y tomo una bocanada de aire en un intento de preparación para tomar sus burlas de manera pasiva, pero cuando lo único que me da es una mirada comprensiva, me asusto aún más.

—Porque no lo es. No tienes que buscar algún tipo de respuesta, hay cosas que pasan sin previo aviso y esto no tiene nada de malo.

—¿Te escuchas, Gianni? —refuto, poniéndome un tanto histérico—. Hablas como si estuviera bien y no lo está.

—¿Cuál es el motivo? —su expresión despreocupada hace que sienta envidia.

Finalmente, la renuencia y la histeria me atrapan.

—Tiene un año más que Zac y agrégale el hecho de que es su amigo, ya sabes, nada relevante —respondo con sarcasmo.

Gianni arruga el entrecejo, algo que no hace nunca, y luego de escudriñarme por un tiempo, dice:

—*Bene* (bien) supongo que no te costará mucho dejarlo de lado si se está transformando en un factor destacado.

Abro la boca para decirle que por primera vez en su vida dice algo coherente y que es exactamente eso lo que debo hacer, pero cuando mi boca se cierra antes de mencionar algo y su sonrisa de suficiencia vuelve, comprendo que me hizo pisar el palito.

—Imbécil —gruño de manera infantil.

—Pongámoslo de esta manera —planta los codos sobre la mesa y entrelaza los dedos bajo su barbilla, un movimiento que imita para verse profesional—. Tú y Zac han pasado por mucho y conozco lo suficiente a tu hijo como para saber que él no hará un escándalo de esto. Él quiere verte bien, Jac, ya sea con el chico de ojos lindos o con otra persona.

Escupo una risa escasa de humor.

—Hablas como si esto fuera en serio, solo me gusta y ya.

—Tienes razón, solo estoy probando un punto.

—Entonces, sabelotodo, ¿qué me dices sobre el hecho de que sea un hombre? Nunca se me cruzó

por la cabeza que pudiera gustarme uno —confieso un poco incrédulo.

—Dime, ¿con cuántas personas has estado aparte de Martina? —la mención de mi ex esposa hace que mi pecho se encoja—. El punto es que te has casado muy joven y no tuviste tiempo para experimentar.

—Yo la amaba —digo de manera automática.

—Lo sé —Gianni me mira con impotencia, como si quisiera hacerme entender a la fuerza—. No me refiero a eso. Cuando ella murió, has follado con alguna que otra mujer, pero solo hasta que apareció este chico, pudiste mirar algo más allá de lo que estabas acostumbrado.

Sí. Me había acostado con un par de mujeres en mis noches de borrachera, pero nunca había mirado dos veces a una misma persona.

—¿Qué quieres decir? —pregunto más confundido que al principio.

Gianni rueda los ojos, perdiendo la paciencia.

—*¡Fottuta madre, Jac!* (puta madre, Jac) —se pasa una mano por el cabello—. Te estoy diciendo que te permitas desviarte del camino, mirar a ese chico.

¿Es eso? ¿Debo mirarlo?

Es algo que hice desde el primer momento, pero tal vez debería mirar más de cerca.

Capítulo 20

Thomas

—¿Tengo algo en la cara? —cuestiona Zac pasándose una mano por el rostro.

Estamos sentados en las escaleras de cemento de un parque cerca de la universidad, mi amigo tiene las piernas flexionadas sobre un escalón y sus brazos apoyados en las rodillas. Yo permanezco sentado a su lado.

—Estoy cautivado por tu belleza —lo molesto.

Zac pone los ojos en blanco y Nichi se ríe divertido mientras se deja caer a mi lado.

Jerry y Sam están de pie al final de las escaleras hablando animadamente y nosotros estamos esperando a Isa y Reel. Sí, mis amigos por fin conocerán a Reel, habíamos acordado una salida grupal para presentarles a mi amiga de toda la vida.

Pero mientras esperamos a las chicas, observo a mi amigo con un sentimiento de culpa, quiero decir, me estuve manoseando con su padre y solo hasta que lo vi hoy, me invadió el remordimiento.

El lado sensato de mi ser coherente me susurra dentro de mi cabeza: deja de besuquearte con el padre de tu amigo.

—Ja, ni lo sueñes —le respondo en voz alta.

Mis amigos voltean a verme como si me hubiera vuelto loco y Nichi se aleja de mí como si tuviese algún tipo de peste mortal.

—Sigo insistiendo en que deberíamos internarlo —opina Sam.

—Sami —lo reprende Jerry dándole un suave empujón en el hombro, pero Sam atrapa su mano en el aire y le besa los nudillos.

Dios, son tan ridículamente cursis. Giro la cabeza para mirar la graciosa cara de horror de Nichi y asomo una sonrisa, cuando estoy listo para molestarlo, escucho una fuerte discusión. Todos volteamos la vista al frente y en el sendero que comienzan las escaleras, mis amigas discuten entre ellas.

Los tres bajamos rápidamente y cuando llegamos hasta Sam y Jerry, avanzamos en dirección a las chicas.

Un destrozado móvil yace en el cemento, ambas están enfrentadas, Isa con las manos en la cintura y Reel haciendo equilibrio sobre sus rollers.

—¡Vas a pagar por ese aparato! —grita Isa, señalando lo que, ahora, reconozco como su móvil.

—¡Y una mierda! —exclama Reel—. Te dije que te hicieras a un lado.

—No lo hiciste —chilla la del cabello rosado.

—No es mi culpa que estuvieras concentrada tratando de caminar como si esto fuera una pasarela de Victoria's Secret —escupe Reel y cuando un brillo de maldad la transforma, sé que esto se va a poner feo—. Que por cierto, te queda fatal, pantera rosa.

Isa abre la boca con indignación, llevándose una mano a su cabello rosado, la furia en sus ojos la consume.

—Dame el dinero en este mismo instante, friki —brama.

—¿Cómo acabas de llamarme? —Reel se desliza hacia adelante y es nuestro momento de actuar, me acerco a ella para tomarla de la cintura mientras Nichi hace lo mismo con Isa.

—Fri-ki —deletrea Isa—. ¿Necesitas que te lo explique con un dibujo?

—¿Por qué no me lo explicas de cerca? —reta Reel.

—Ya basta —digo totalmente sorprendido por el espectáculo.

—¿Qué está pasando aquí? —inquire Sam imponiéndose entre ellas.

—Esta chica... torpe —dice Isa con rencor, apretando los dientes—. Me chocó y mi móvil quedó hecho trizas, quiero que me dé el dinero para comprarme otro.

—Ja —se mofa Reel y luego me mira incrédula—. ¿Has visto su móvil? Seguramente cuesta más de lo que gano en dos meses.

—¿Ustedes se conocen? —nos pregunta Jerry.

Asiento mientras los miro.

—Reel es mi amiga. La que les mencioné que nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—No puede ser —jadea Isa tomándose el puente de la nariz.

Retiro lo que llegué a pensar en algún momento, ¿qué Isa y Reel se llevarían increíble? Yo no sabía lo que decía, pero en mi defensa, nunca pensé que sucedería algo como esto.

—Haremos esto —propongo para terminar el enfrentamiento—. Reel te dará la mitad de lo que cuesta el móvil, solo dale tiempo para juntar el dinero.

Reel se gira para fulminarme con la mirada y cuando intenta contradecir, Isa habla.

—No quiero nada —refunfuña tomando el aparato del suelo.

—Hasta que dices algo coherente —indica Reel cruzando los brazos.

Isa tiembla de ira y cuando creo que el otro round está por empezar, Nichi nos salva.

—Será mejor que vayamos por un helado —anima y todos asentimos.

Les presento rápidamente a Reel, bueno, ya no tenía mucho sentido, pero casi todos, excepto Isa, la recibieron de maravillas, mientras nos alejamos del parque, me posiciono al lado de mi amiga que se cambió los rollers por unas zapatillas altas y mi mirada de preocupación hace que ella me tome del brazo y apoye su cabeza en mi hombro.

—¿Te sientes incómoda? —pregunto intranquilo.

—¿Incómoda yo? Por Dios, ese intento de pantera rosa me da igual. Que sea tu amiga no significa que deba ser mía también.

—Reel —amonesto.

—Ya, lo siento por el escándalo. No lo hice a propósito. Sé lo importante que son tus amigos para ti —levanta la cabeza para mirarme.

Presiono un beso en su flequillo, como de costumbre.

—Tú también lo eres y con todo lo que has hecho y haces por mí, podría perdonarte cualquier cosa —digo con honestidad—. Pero dale una oportunidad, ¿de acuerdo? Isa es increíble. Simplemente, se conocieron en una circunstancia poco prometedora.

Reel no responde, en cambio, me da una mirada de "no me interesa" y cuando intento insistir, veo que Zac y Nichi se han detenido para esperarnos.

—Lo siento por lo de recién —dice apenado Nichi—. Isa tiene un temperamento fuerte, pero es muy buena, no quiero que te sientas incómoda, estamos contentos de conocerte finalmente.

Por eso es que quiero tanto a Nicholas Brown, por su gran corazón.

—Que dices, yo soy la que debería disculparse con ustedes —responde ella, luciendo avergonzada.

—Todos se disculparon —corta Zac mientras continuamos caminando y él toma la mano de Nichi. Zac mira a mi amiga con entendimiento—. Yo a ti te conozco de antes —menciona.

¿Cómo es eso?

—Pensé que no me habías reconocido —comenta ella con una sonrisa—. Yo lo hice apenas te vi hace un rato.

—¿Cómo se conocen?

Nichi me quita la pregunta de la boca.

—La chica que me ayudó en el bar —responde Zac con un atisbo de tristeza.

La comprensión cruza en los ojos de Nichi junto con una mueca de angustia y cuando Zac se inclina para depositar un beso en su sien, nos separamos de ellos, sabiendo que necesitan un momento.

Iba a preguntarle a Reel cómo es que se conocían cuando ella me dice:

—¿Te acuerdas de que hace un tiempo te conté sobre este chico que encontré en mi antiguo trabajo?

Lo recuerdo, claro que lo hago, Reel no es de esas personas que te memoriza después de cruzar un par de palabras contigo, pero esa noche, hace más de un año atrás, vino a mí para preguntarme qué se le decía a una persona cuando estaba triste y entonces me contó la historia. Un chico enteramente devastado había entrado en el bar donde ella solía trabajar.

—Dijiste que nunca habías visto unos ojos tan tristes, ni siquiera los míos —Reel asiente—. Joder, era Zac —musito atónito.

El silencio nos encuentra, tratando de entender esas coincidencias que, aunque escurbas, no tienen ningún tipo de explicación.

—Me alegro de que ahora esté mejor que esa noche —susurra mi amiga con una sonrisa genuina, echando un vistazo hacia atrás.

Sigo su movimiento para observar a Zac tomando el rostro de Nichi entre sus manos y dándole un suave beso, uno que seguramente, está lleno de sentimientos, sonrío y no puedo evitar preguntarme cómo se sentirá ser besado de esa manera.

Capítulo 21

Thomas

—Así que, finalmente, pudieron terminar de mudarse —comento dando un vistazo a la nueva habitación de Jerry.

Él y su madre habían dado un salto importante en sus vidas y terminaron mudándose a la mansión de los Clarson. Sí, el padre de Sam y la madre de Jerry, formalizaron su relación. Sabía por mi amigo que la decisión no fue fácil de tomar teniendo en cuenta varios factores, uno de ellos era la relación que Sam y Jerry compartían y a eso agrégale la relación amorosa que sus padres compartían. Sin embargo, la familia entrelazada y repleta de amor que están formando, es una que inconscientemente anhelas.

—Sí, era cuestión de tiempo supongo —Jerry se detiene a mi lado con una gigantesca sonrisa—. Sami y yo siempre supimos que nuestros padres anhelaban formalizar y que no daban el paso por temor a nuestras opiniones, no fue fácil para nosotros sentarnos y hacerles saber que lo entendíamos.

Bueno, las cosas están un poco más claras ahora, se podía comprender la preocupación de Renata y el señor Clarson, después de todo, cuando ellos se conocieron, Sam y Jerry ya estaban incursionando en eso del amor.

—Yo creo que debe ser genial —avanzo para mirar a través del ventanal—. Quiero decir, tú y Sam viven juntos ahora.

—Esto ha sido increíble para nosotros —la emoción y la alegría que Jerry desprende, hace que me gire a verlo y contagiarme de ellas.

—Me sorprende que Sam no haya sugerido una habitación compartida para ustedes —muevo las cejas juguetonamente.

Jerry se ríe, cubriéndose el rostro.

—Oh, lo hizo, pero la respuesta fue un no rotundo por parte de mi madre.

—Apuesto a que encontrarán la manera de escabullirse por las noches —las mejillas de Jerry se tornan rojas como un tomate y es una clara respuesta de que ya han hecho esa travesura—. Supongo que están usando protección, no quiero ser tío todavía.

—¡Thomi! —grita escandalizado.

—Eres tan dulce, principito —digo enternecido por su reacción.

—Ya, no me molestes —se baja las manos y lo dejo en paz solo porque es demasiado puro para

mis bromas indecentes—. Entonces, ¿cómo has estado?

Ladeo el rostro y lo escaneo de cerca.

—No me digas que te mandaron a interrogarme —reprocho cruzando los brazos sobre el pecho—. Esto de mostrarme tu habitación era una excusa.

—Por supuesto que no, quería que la conocieras, todos han venido y faltabas tú, pero como estos días has estado un poco apartado de nosotros, quiero saber cómo te encuentras. No hemos hablado mucho últimamente.

Una palabra capta mi atención y un sabor amargo me inquieta.

—¿Apartado?

Jerry debió haber visto algo en mi expresión porque su rostro cambia a uno comprensivo.

—Sí, pero sabemos que estás atascado con los exámenes y el trabajo —agita la mano—. No te preocupes, de hecho, Isa está igual.

Cuando intenta restarle importancia al hecho de que me estuviera apartando de ellos, me doy cuenta de que solo lo hace para dejarme tranquilo.

—Lo siento, tal vez debería tener más tiempo para ustedes —murmuro bajando la cabeza para meditar.

—Thomi —llama Jerry y cuando no digo nada, se acerca hasta quedar frente a mí—. Me la he pasado estudiando la semana pasada, no tiene nada de malo, solo quiero saber si todo está bien o si necesitas ayuda con tus exámenes.

Lo miro por un momento y cuando veo sinceridad en sus ojos, me quedo más tranquilo al saber que no me estoy comportando como una mierda de amigo.

—Estoy bien. Es muy lindo que se preocupen por mí —admito.

—Siempre —me sonrío comprensivo—. ¿Te quedas a cenar?

Hago una mueca porque aunque me gustaría, debo estar en el bar para mi turno.

—Me temo que no, tengo que estar antes de las seis en... casa, para estudiar —Jerry arruga los ojos como si intentara leerme.

—Bien, te dejaré ir —dice resignado.

Le doy un fuerte abrazo.

—Saluda a Renata y al señor Clarson de mi parte, estoy feliz por ustedes —camino en dirección a la puerta.

—Gracias y, ¿Thomi?

—Dime.

La mirada llena de inquietud que me regala, es sin duda desconcertante.

—Te quiero.

Y no sabía que necesitaba esas palabras hasta que salen de su boca.

—Y yo a ti, principito —respondo tragando el nudo en mi garganta.

Bajo las escaleras como si tuviera un petardo en el trasero, pero no quiero que Jerry empiece a psicoanalizarme. Atravieso la puerta principal y cuando el aire fresco llega a mis pulmones, me siento mucho mejor.

Camino rumbo a la parada del autobús, aún falta una hora para que mi turno inicie, pero no me importa esperar o entrar un poco antes.

Cuando llego a la parada, me dejo caer en el banco de hierro y cuando veo que no hay nadie alrededor, saco el móvil y navego por mis contactos buscando uno en particular.

Señor Hamilton.

Han pasado tres días desde la última vez que lo vi, pero eso no quiere decir que nos hayamos mantenido alejados, hablábamos todos los días, incluso hoy cuando recibí su mensaje de buenos días. Por lo tanto, me encuentro listo para tener mi dosis matutina de aquel hermoso hombre.

Presiono "llamar" y luego del primer tono, responde.

—Niño.

¡Sí! Música para mis oídos.

—Hola a ti, señor Hamilton —puedo sentir la sonrisa tonta en mi rostro—. ¿Me extrañaste?

—Mmm —Dios, su voz áspera es mi perdición—. *Si te digo que no, vas a insistir hasta que te diga que sí. No sé qué respuesta darte.*

—¿Qué tal la real? —intento y cuando responde no puedo escucharlo porque un coche pasa dando bocinazos—. Lo siento, no pude oírte.

—¿Estás yendo al bar?

—No, estoy en la parada cerca de la casa de Samuel.

Recibo un silencio como respuesta y estoy por preguntar si sucede algo.

—*Estaré ahí en cinco minutos* —y luego cuelga.

¿Cinco minutos? La residencia de los Clarson queda un poco apartada del centro de la ciudad, pero sin entender muy bien, espero los minutos dados y fiel a su palabra, un Audi deportivo que reconozco rápidamente, se detiene frente a mí en el tiempo estipulado.

Jac baja la ventanilla y me hace una señal para que suba, una sonrisa me curva los labios y en menos de un minuto, estoy en el asiento del copiloto. Jac tiene el móvil al oído y me pide que lo espere un momento.

—Solo hazlo, Gianni —arruga los labios—. Estoy seguro de que puedes manejarlo —gira el rostro para darme una mirada apreciativa que me hace calentar el pecho—. Sí, con él —murmura sin quitarme los ojos de encima—. Bien, adiós.

El señor Hamilton deja el móvil y pone el vehículo en marcha.

—Hola —saluda con la vista fija al frente.

—Hola —me abrocho el cinturón de seguridad—. ¿Cómo es que llegaste tan rápido?

—Estaba yendo a la casa de los Clarson, teníamos una invitación para cenar.

Giro tan fuerte que casi me rompo el cuello. Jac y el padre de Samuel se conocen hace años, ya que Sam y Zac son amigos desde pequeños. Además, por lo que había mencionado mi amigo gruñón, la firma de Jac estaba trabajando en un proyecto de un hospital. El señor Clarson es doctor.

—¿Qué? Entonces déjame por aquí —señalo afuera—. Tomaré el autobús.

—No.

—Tienes una cena y yo estoy quitándote el tiempo, de verdad, Jac, no quiero ser una molestia ni detener tus planes —digo apenado.

Gira a verme y el destello cálido en sus orbes claros me hace contener la respiración.

—Ya te dije que no eres una molestia —joder—. Gianni se hará cargo y luego llamaré para disculparme.

—¿Gianni?

—Mi socio y mano derecha, estuvo en el bar la primera vez que nos encontramos —su mandíbula se aprieta.

—Oh, lo recuerdo —planto una sonrisa sensual y aunque él no está viéndome, no lo evito—. Pero lo que más recuerdo es a un imponente hombre que lanzaba dagas en mi dirección.

Jac entra en el estacionamiento del bar y luego de quitarse el cinturón, voltea a verme. Su peinado luce impecable y un traje gris oscuro de punta en blanco lo acompaña. Él se ve despampanante y estoy casi seguro de que siempre lucirá de esa manera aunque se ponga un trapo alrededor.

—¿Lo estoy haciendo ahora? —pregunta en un susurro ronco.

—Lo haces. Sin embargo, ¿sabes cuál es la diferencia?

—¿Mmm?

—Que tus dagas están un poco calientes en este momento.

A juzgar por la mirada ardiente que me da, sus dagas no están calientes, están totalmente prendidas y en llamas.

—Acércate, Thomas —sisea con sorna.

Me quito el cinturón automáticamente, porque cuando dice mi nombre con voz varonil, mi cuerpo cobra vida propia y mi cerebro me abandona. Estoy a escasos centímetros de su rostro y veo cómo sus pupilas se dilatan y sus ojos claros se oscurecen. Trago en seco cuando me pasa la mano detrás del cuello, acariciando mi nuca, cierro los ojos y me ahogo con su exquisito aroma.

—Siempre hueles delicioso —balbuceo, pasándome la lengua por los labios.

Jac acorta la distancia que nos separa y presiona un beso en mi hoyuelo, me pasa la lengua por los labios, jugueteando conmigo, tentándome y lo único que puedo hacer es agarrarlo de las solapas del traje y capturar su boca en un beso gustoso y necesitado.

Escucho un ruido seco y lo siguiente que veo es que él ha echado el asiento para atrás y yo estoy sentado a horcajadas sobre su regazo en su dura erección.

Ni siquiera sé cómo hice para acomodarme, ya que mi altura no me favorece, pero milagrosamente, me siento tan cómodo como si hubiera estado en una cama king size.

Sus manos vuelan a mi culo mientras me devora en un beso hambriento, deslizo mis manos por sus mejillas y luego inclino la cabeza para tener un mejor acceso. Los labios de Jac son demandantes, como si quisiera consumir cada parte de mi cavidad bucal. Suelto un quejido placentero cuando libera mi boca. Aun con los ojos cerrados, apoya su frente contra la mía.

—¿Qué tipo de hechizo estás tejiendo en mí? —musita derrotado.

Pongo el dedo índice bajo su barbilla para levantarle el rostro.

—Ningún hechizo, señor Hamilton.

—Entonces, ¿cómo explicas el hecho de que te metiste en mi cabeza y solo puedo pensar en besarte? —pregunta confundido, descansando la cabeza en el asiento.

—Supongo que es culpa de mi encanto —respondo socarrón, pasando la lengua por su garganta.

Se le escapa una risa amarga.

—Eres un desvergonzado.

—Algo de eso he oído —me inclino para depositar un suave beso en sus labios—. Sé que esto es una locura y que parece poco probable y favorable, pero no tiene nada de erróneo, ¿lo sabes? —asiente mirándome meticulosamente.

—Con todas esas definiciones que acabas de dar, sigues pensando que es bueno seguir con esto —afirma en mi nombre.

—Bueno, soy de esos chicos a los que le dices que no y aun así lo hacen —sonríó inocentemente—. Ahora me pregunto: ¿qué es lo que te hace dudar? El hecho de que soy un amigo de tu hijo o que sea hombre.

Lo observo de cerca, con la esperanza de que elija la primera opción, con esa estoy listo para lidiar, pero no estoy seguro si con la segunda podría hacerlo.

—Bueno, estar viéndose a escondidas con el amigo de tu hijo, no es algo por lo que tengas pase libre al cielo —responde finalmente, la sonrisa que se asoma en mis labios es todo menos disimulada—. ¿Por qué sonríes?

—Porque acabo de descubrir que el hecho de que soy un chico no es un problema para ti —paso los dedos por su grueso cabello.

—Pensé que eso había quedado en claro —señala, mordiendo mi labio inferior.

—Mmm, pero no me molesta escucharlo —mueve la cabeza con desaprobación mientras me mira con su cara de póquer—. De todos modos, no tienes que preocuparte por Zac, puedo hablar con él.

—No —contesta tajante.

Deslizo las manos por su pecho y lo observo detenidamente por su espontánea reacción.

—De acuerdo —intento aplacar la molestia que me inunda—. Tal vez más adelante.

Hace una pausa, como si estuviera buscando las palabras correctas para decir a continuación.

—No creo que sea necesario —sentencia fríamente, esquivando mi mirada—. No estoy seguro de que esto vaya a durar lo suficiente como para decírselo.

Definitivamente, las palabras precisas no fueron encontradas.

El nudo ciego que me anuda las tripas, es algo que no lo vi venir. El silencio nos consume y yo, duramente, trato de leer sus expresiones para poder agarrarme de algo y no sentirme en un pozo profundo, pero tal parece que estamos en lados diferentes de la acera.

Su rostro es inexpresivo, distante y frío como un jodido hielo. No logro entrar, no puedo obtener nada y lo que más coraje me da es sentir mis emociones a flor de piel y estoy casi seguro de que él puede verlas. Es esa inseguridad la que me tiene deslizándome de su regazo, agarrando mi mochila y huyendo lejos de este hombre.

Avanzo unos pasos tratando de controlar mi ridículo reaccionar, esto no tiene ni una pizca de sentido común, pero ese no es motivo suficiente para que el enojo me abandone. Soy un idiota, esto que acaba de suceder debí verlo venir. ¿Qué esperaba? ¿Qué Jac Hamilton mágicamente se transformara en un jodido caballero con brillante armadura? Por Dios.

—¡Niño! —me llama cuando estoy a mitad de camino.

Me detengo en seco y cuento de cinco en descenso y cuando el número cero llega a mi mente, me giro lentamente para encontrarlo a unos pocos pasos de mí. Tiene las manos en los bolsillos y su cara inexpresiva es sustituida por un sentimiento que no logro distinguir a causa de los míos.

—Dime —demando, queriendo que él diga algo para no sentirme tan estúpido, pero cuando abre los labios para posteriormente cerrarlos, una risa amarga sale de mi garganta—. Parece que tu hechizo se ha roto, señor Hamilton.

Y sin más, me voy dando pisotones frustrados.

¡El señor Hamilton y su apuesto rostro pueden irse a la mierda!

Capítulo 22

Thomas

—Entonces, ¿nunca vas a decirme tu nombre? —inquiero un poco esperanzado—. No quiero llamarte Jack Daniel's todo el tiempo.

—Nunca lo preguntaste —objeta, levantando las cejas.

—¿Qué? —abro la boca para refutar—. Lo hice, la primera noche que estuviste aquí.

—De hecho no, ángel, dejaste la pregunta sin formular —dice con obviedad—. Eso no se considera una pregunta como tal, no soy un adivino, ¿sabes?

Se ríe divertido y me desplomo sobre la barra sopesando lo que acaba de decir y, maldita sea, tiene un poco de sentido común.

—Bien, tú ganas —me incorporo consternado—. Vamos a empezar de nuevo, ¿te parece?

—Me parece perfecto —la vibración de su risa hace que sus rizos reboten.

Dibujo mi inexistente faceta de actor y con una ridícula voz, pregunto:

—Bienvenido a LiveTheMoment —carraspeo y él trata de controlar la sonrisa—. ¿Me puedes conceder el honor de saber tu nombre? —pregunto, tocándome el pecho como si fuera una declaración de amor.

Él rompe a reír y no pudiendo contenerme, lo acompaño.

—No entiendo por qué la formalidad y el cambio de voz —dice entre risas—. Pero valoro el esfuerzo, me llamo Cameron.

¿Cameron?

—No pareces un Cameron —cuestiono confundido, sintiéndome un poco estafado.

—¿Y cómo se supone que lucen los Cameron?—pregunta divertido.

—Definitivamente, no como tú —le apunto de manera obvia—. Son más del tipo chico malo, como en las películas.

—Bueno, que no sea un chico malo contigo, no significa que no lo sea en absoluto —declara con sinceridad.

Curvo los labios con una sonrisa afectuosa, Jack Daniel's, quien ahora puedo nombrar como

Cameron, no ha vuelto a mencionar ni una sola palabra sobre lo que pasó aquella noche y yo tampoco pude sacar a colación el tema. No es algo que quisiera hacer, por lo menos no de momento, aunque es una charla pendiente, ambos parecemos estar bien con eso. Cameron no volvió a coquetear conmigo y su amistad tomó el rumbo verdadero.

—Thom —Reel me habla a mi lado. Arrugo la frente al ver su dura expresión. Mi amiga apunta con la barbilla al final de la barra—. Ese hombre quiere hablar contigo, le dije que estabas ocupado, pero es un poco difícil negarle algo —espeta con frustración.

Inclino el rostro para encontrar a Jac mirando en nuestra dirección.

Bien, vino.

En el fondo sabía que lo haría y es por eso que le pedí a Reel que lo atendiera si es que lo hacía, pero tal parece que a este hombre no puedes darle un no como respuesta.

Anoche lo pensé demasiado y de cierta manera, él tenía razón, esto no iba a durar mucho, ya sea por mis motivos o por los suyos, pero eso no quiere decir que la punzada molesta haya desaparecido. Nunca fue propio de mí el comportarme como un niño caprichoso, así que no comenzaré ahora.

Me giro para disculparme con Cameron cuando él habla:

—Ve tranquilo, yo debo volver al trabajo —dice con entendimiento, dándole un vistazo a Jac.

Mientras me despido de Cameron, me doy cuenta de que nunca le pregunté sobre su trabajo.

Reel me mira sin saber qué hacer, no le conté lo que pasó exactamente y ella tampoco me presionó para que lo hiciera.

—No pasa nada, voy a ver qué quiere —presiono un beso en su frente y comienzo a caminar en dirección a Jac.

Veamos que tienes para decir.

Capítulo 23

Jac

Camino de punta a punta al lado de mi coche, estoy casi seguro de que si continúo haciendo esto por diez minutos más, se formará un hueco en el suelo.

Me miro en el reflejo de la ventanilla del piloto.

Joder, parezco demasiado impoluto, pienso. Recuerdo a Gianni decir que eso me da un aspecto inaccesible y esta noche no quiero lucir como si tuviera un palo metido en el culo, así que me quito la chaqueta del traje, la corbata y luego desprendo los dos primeros botones de mi camisa, el chaleco queda en su lugar, tengo el vago recuerdo de Thomas mencionando lo mucho que le gusta, no es que esté tratando de seducirlo para que me perdone por decir estupideces.

Luego de meter la ropa en el interior del coche, avanzo hacia la entrada del bar. Mis pasos son tan lentos que me toma más tiempo de lo necesario llegar al lugar.

—Putra mierda, parezco un jodido adolescente —murmuro frustrado.

No recuerdo la última vez que sentí una pizca de nervios, es totalmente patético sentirlo ahora mientras estoy yendo a hablar con un chico que logró meterse bajo mi piel.

El sitio está bastante sereno, pero es entendible, ya que estamos a mitad de semana. Camino rumbo a la barra para buscar a cierto chico de atrapantes ojos y cuando lo veo, se me revuelve el puto estómago.

Thomas se encuentra a mitad de la barra, apoyando su cadera en el mármol y riendo a carcajadas con un tipo sentado del otro lado. Su risa es tan genuina y espontánea, que me hace sentir una cosa amarga por no ser yo quien la provoca.

¿Y qué esperaba? Si cada vez que abro la boca es para decir una sarta de idioteces.

Doy un paso atrás, a punto de largarme a la mierda, pero trato de recapacitar recordando el hecho de que soy un hombre que reconoce y acepta sus malditos errores, un hombre seguro de sí mismo que sabe lo que quiere y que irá por ello.

Recorro el camino que falta y me siento en unos de los taburetes esperando que él se acerque, pero cuando una chica, a la que reconozco como la amiga de Thomas, ya que él la ha mencionado muchas veces, se acerca, me cae la ficha de que esta vez había ido un poco lejos con mis palabras.

—Buenas noches, señor Hamilton, ¿qué le sirvo? —pregunta cortés, pero terminante.

No puedo juzgarla, Thomas dijo que son muy amigos y seguramente él la mandó para que me

diera una patada en el culo.

—¿Puedes decirle a Thomas que necesito hablar con él? —pregunto firme, porque yo puedo ser una mierda de nervios por dentro, pero ¿por fuera? Nadie tiene que saberlo.

—Él está ocupado —anuncia, frunzo el ceño.

—No lo parece —ella eleva una ceja inquisidora, me aclaro la garganta para quitar los celos amargos—. Solo hazlo, por favor —pido tajante.

Ella me estudia sin inmutarse, luego abre la boca para decir algo, pero la cierra de inmediato y cuando pienso que se negará, se aparta y va a buscarlo.

Después de lo que parecieron los minutos más largos de mi vida, Thomas avanza despreocupado a mi encuentro y cuando se detiene al frente, me doy cuenta de que ha puesto una barrera entre nosotros.

Mierda.

—Hola —saludo cuando veo que él no dirá nada, ni siquiera sus comentarios coquetos.

—Hola —sus párpados bajan lentamente, como si estuviera aburrido de mí, y eso es un pequeño golpe para mi intacta seguridad.

Él planta los dedos sobre la barra y comienza a darle unos golpecitos al mármol, entonces caigo en cuenta de que no soy tan irrelevante como pretende hacerme creer.

La lenta melodía que se escucha de fondo me da el coraje para decir algo que ni yo mismo lo esperaba, nadie se sorprende más que yo cuando me escucho preguntando:

—¿Bailas conmigo? —pregunto, poniéndome de pie.

Thomas abre los ojos con asombro, dejando de lado su postura de aburrimiento.

—Tú... ¿Bailas? —pregunta estupefacto.

No.

—Averígualo por ti mismo —lo desafío contundente.

—Yo... —está claro que no se esperaba mi inesperada propuesta y no lo culpo, yo tampoco lo hacía. Thomas carraspea para recuperar la compostura—. Estoy trabajando.

Bien, una negativa de su parte es algo que puedo manejar, estoy listo para insistir cuando la chica de los tatuajes se desliza a su lado.

—Lo tengo —anuncia mirando a Thomas.

El niño parece tener un debate mental sobre qué debería hacer porque observa de un lado a otro como si estuviera buscando alguna respuesta en el aire.

—Por favor —suplico, sorprendiéndome.

La mirada de él cambia un poco y luego asiente antes de comenzar a caminar hacia donde están las puertas de salida de la barra. Cuando se detiene frente a mí, lo tomo de la mano y lo llevo al centro de la pista.

Lo acerco por la cintura mientras él se aferra a mis brazos. Thomas luce completamente estupefacto y una pizca de satisfacción se instala en mi pecho. Nos muevo al compás de la música en un movimiento lento y sensual. Su cabello blanco resalta a causa de las luces plateadas y sus ojos... maldición, sus ojos son como las aguas de una isla tropical.

—Eres hermoso —susurro, queriéndome sumergir en esos orbes azules.

—Tú tampoco estás mal —comenta con una media sonrisa asomando en sus labios.

Me quedo unos segundos embelesado por su belleza.

—¿Estás molesto conmigo? —pregunto para recuperarme.

—No es molestia lo que siento —confiesa sin rodeos, apretando mis bíceps, levanto una ceja de manera interrogativa—. Es una bruma de sentimientos, no sabría escoger una.

Su espontaneidad es una de las muchas cosas que me gustan de él, pero no es algo que vaya a decirle directamente, puedo intentar algo parecido.

—¿Niño? —lo miro directo a los ojos.

—No digas algo si después vas a cambiar de opinión —responde cortante, es la primera vez que lo veo tan serio—. Si quieres reafirmar que esto no durará más que unos cuantos días, no te preocupes, lo has dejado claro.

La mirada desilusionada que me da, hace que me sienta como un cretino y eso es realmente nuevo para mí.

—Escucha lo que tengo para decir porque no lo repetiré —dictamino concluyente, lo acerco hasta que estamos alineados—. Dije que no estaba seguro de que esto duraría, pero no dije que no quisiera que lo haga —su rostro se torna curioso—, he dicho unas cuantas cosas sin sentido y es probable que lo siga haciendo porque no soy muy bueno con las palabras, intento decir algo y termino por arruinarlo, lo que trato de decir es que quiero ver que sale de esto —me inclino en su oído para murmurar—. Esto es inesperado, tú lo eres, pero me gustaría seguir caminando en esta dirección, en la tuya.

Me despego de su rostro para depositar un beso en su hoyuelo, tratando de persuadirlo para que no me eche a patadas.

Thomas no dice nada, en lugar de eso, se gira para que su espalda quede contra mi pecho, pongo las manos en su angosta cintura y él apoya las suyas sobre las mías. Comienza un sensual movimiento y todo el sentido común, junto con la sangre en mi cerebro, me abandonan.

—Está bien —acepta girando el rostro para poder verme y la sonrisa socarrona que me regala, me hace estremecer—. Pero tengo una condición —lo miro dubitativo—, mañana vas a tener una cita conmigo.

Detengo mis movimientos en seco y lo miro tenso.

—¿No te parece que estoy grande para una cita? —cuestiono contrariado.

—Me parece que estás perfecto para muchas cosas —suspira—. No puedes negarte, dijiste que querías ir por mi camino.

—Eso no aplica a hacer todo lo que me pidas, niño.

—¿No? —pregunta burlón—. Entonces un paso a la vez, por ahora acepta una cita conmigo —me besa la barbilla y cuando comienza a mover sus caderas, me doy cuenta de que yo podría aceptar cualquier locura que me pida.

—Bien —bajo mis manos hasta sus caderas para detenerlas—. Ahora deja de moverte así.

—¿Cómo? —pregunta con falsa inocencia—. ¿Así? —y el maldito insolente lo hace de nuevo.

—Niño... —adviento apretando mi agarre.

Él suelta una risita haciendo caso omiso a mi petición. Se pega a mí apoyando la cabeza en mi hombro y empieza un movimiento lento y sexual sobre mi dura polla.

—Parece que estás teniendo un firme problema en la parte baja de tu cuerpo —se burla juguetonamente.

Subo una mano para agarrar su barbilla y capturo sus labios sin importar en absoluto que los demás estén viendo, pero maldita sea, Thomas es el pecado hecho en persona y yo anhelo pecar una y otra vez.

—Al final del pasillo, en la última puerta de la derecha, hay una despensa, ve y espérame —ordeno entrecortadamente, pasando la lengua por sus labios abiertos.

—¿Cómo sabes de esa puert... —antes de continuar, el entendimiento cruza por su rostro—, por supuesto, tú lo construiste —dice orgulloso.

Me da un último beso y se dirige al lugar. Un par de minutos después, estoy haciendo lo mismo. Abro la puerta de la despensa y luego de cerrarla con seguro, observo al chico apoyado en los estantes detrás de él. Se ve tan despreocupado y con una sonrisa llena de lujuria que me tiene, prácticamente, corriendo en su dirección.

Lo tomo por la cintura hasta acercarlo y luego comienzo a desprender los botones de su camisa negra, él me mira expectante y entre todo el momento de lujuria, me tomo el tiempo para examinar que no tenga algún otro hematoma y cuando no encuentro nada, el alivio me permite continuar.

—Tu piel es peligrosamente blanca, me pregunto cómo lucirá después de darle una pequeña succión —murmuro pasando mis dedos por sus costillas.

Thomas suspira pesadamente.

—Prueba, prueba mi piel, señor Hamilton —pide y, joder, mis pantalones están a punto de explotar con tan solo oír su voz.

Le abro la camisa por completo y agarro sus labios en un beso apasionado y húmedo, luego bajo haciendo un camino de besos por su cuello hasta llegar a su pecho, jugueteo con su pezón antes de llevarlo a mi boca, un gemido se escucha mientras él se sostiene de mis hombros.

Thomas sabe a gloria con una pizca de algo prohibido. Su cuerpo es largo y delgado, su piel huele a un puto jabón de chocolate y en lo único que pienso es en lo mucho que me gustaría pasar mi lengua por cada centímetro de él, sin dejar un lugar para probar.

Estoy un tiempo burlándome de su necesitado cuerpo hasta que subo hasta su pecho y succiono un poco de piel.

—Oh, mierda —exclama entre jadeos.

Doy un paso atrás para apreciar la vista y, santo infierno, Thomas transmite puro deseo con su camisa abierta, el bulto en su pantalón y los labios rojos e hinchados, sin mencionar la marca que dejé en su pecho y yo estoy listo para correrme con tan solo mirarlo.

—Date la vuelta —pido, desconociendo mi voz.

El niño no dice nada, voltea al instantáneamente. Me acomodo hasta quedar detrás de él y paso mis manos para acariciar su vientre plano. Sigo mi camino hasta la hebilla de su pantalón y cuando intento desprenderlo, él me sujeta las manos.

—No tienes que hacerlo, no te sientas presionado —balbucea entre jadeos.

—¿Parezco presionado? —le paso la punta de la lengua por el costado del cuello, inundado con su aroma—. Quiero esto más que a mi próximo aliento.

Una maldición sale de sus labios antes de soltar mis manos, dándome vía libre para avanzar. Sin esperar un segundo más, bajo la cremallera de sus ajustados pantalones y deslizo mi mano dentro.

Tomo su erección sobre sus calzoncillos y la envuelvo en mi puño, Thomas se recuesta en mi pecho mientras cierra los ojos y se muerde el labio inferior. Maldita sea, es tan hipnótico, podría pasarme horas viéndolo perder la cabeza, nunca había visto a una persona tan magnética como lo es este chico.

A este punto, mi sentido común y mi firme autocontrol, salen volando por algún agujero de estas cuatro paredes. Engancho los dedos en el borde de sus pantalones y los tiro hacia abajo, llevando su ropa interior en el camino.

Thomas abre los ojos y gira el rostro para mirarme y sin poder resistirlo más, lo beso. Lo beso como si nunca volveré a hacerlo, lo beso con una necesidad que no sabía que sentía. Me fundo en sus gruesos y suaves labios mientras me trago sus gemidos necesitados.

—Te gusta provocarme, ¿no es así? —presumo mordaz, tomando sus caderas—. Lo hiciste mientras bailamos.

—Tal vez un poco —contesta desafiante—. Pero no te estoy escuchando quejarte.

La burla y la lujuria que transmite su voz, me hace volar el puto cerebro. Es tan osado. Tiro de él hacia atrás de tal manera que su culo desnudo queda sobre mi polla cubierta.

—Si tanto te gusta, mueve tu culo caliente como lo hacías en la pista de baile —exijo y lo siento tensarse. Le paso la lengua por la concha del oído—. Ahora, niño.

Thomas se sujeta de los estantes que tiene al frente y comienza a mover sus caderas de arriba hacia abajo a lo largo de mi erección. Su cabeza cae hacia abajo mientras respira entrecortadamente.

Bajo la cabeza y la vista que obtengo es de esas que te vuelan la maldita cabeza, él con los pantalones a mitad de los muslos, con los nudillos blancos por la presión ejercida sobre el hierro y moviendo sus caderas como si la vida se le fuera en ello.

—Joder —exclamo, tirando de él hacia atrás para apoyar su espalda en mi pecho, deslizo una mano por el frente de sus hombros y bajo la otra para tomar su pegajosa erección.

—Jac... —murmura extasiado.

Descanso su cabeza en mi hombro y comienzo a masturbarlo como si no hubiera un mañana, mientras empujo mi polla por su trasero como si estuviera incrustada dentro de él. Thomas se aferra a mi brazo atravesado sobre su pecho y separa los labios de manera obscena. Me lo imagino tragándose mi polla.

—Quiero escucharte, niño —digo cuando veo que aprieta los labios para controlar los sonidos.

Paso el pulgar por la hendidura de su erección y eso provoca que suelte un quejido tan erótico, que lo guardo en mi mente para más tarde. Luego las cosas se tornan un poco caóticas con los jadeos y ruidos sensuales que salen de su boca.

—Córrete para mí, Thomas —exijo al sentirlo tensarse—. Conviértete en un desastre en mi mano.

Y sin más, él lo hace.

Descarga su carga tan duro que lo agarro por la cintura cuando sus piernas flaquean y agradezco enormemente poder mantenerme de pie porque ver y escuchar a Thomas decir mi nombre con voz extasiada es más de lo que estoy preparado para tomar.

—Eso fue... caliente —balbucea tomando un puñado de papel de los estantes, me pasa un poco y luego se limpia.

Cuando todo está en su lugar, Thomas se acerca con una sonrisa satisfecha y coloca sus brazos a mi alrededor.

—Tú eres jodidamente caliente —confieso besando sus labios.

—Un hombre malhumorado me inspira —se burla, luego da un vistazo hacia abajo—. ¿Necesitas ayuda con eso?

—Por mucho que quiera aceptar la oferta, deberías volver a trabajar, yo me encargaré de esto en casa.

—Apuesto a que sí —me da un beso y antes de alejarse y abrir la puerta, me observa detenidamente, prometiendo cosas cargadas de lujuria—. ¿Seguro? Puedo ser rap...

—Niño... —suspiro.

—Está bien —me guiña un ojo—. No olvides nuestra cita.

—Como si pudiera hacerlo.

Una sonrisa radiante se asoma en sus labios y luego se marcha.

Me dirijo al baño para acomodarme la ropa y cuando veo el reflejo en uno de los espejos, nadie se sorprende más que yo al encontrar una leve sonrisa.

Muevo la cabeza divertido porque si alguien puede lograr sacarme de quicio y hacerme sonreír, es ese niño insolente.

Capítulo 24

Thomas

—Estás loco si piensas que voy a entrar a ese lugar —demanda Jac cuando nos detenemos frente al parque de diversiones.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto, fingiendo que todo está bien, pero vamos, ¿el señor Hamilton en un parque de diversiones? Es algo por lo que podría reír todo el día—. Ha pasado un tiempo desde que vine.

—No lo haré, Thomas —decreta horrorizado mientras se aferra al volante—. Está lleno de niños por todos lados, incluso tú lo eres —me mira exasperado.

—Bueno, ayer no lo mencionaste cuando metiste tus manos en mis pantalones —levanto las palmas, dejando un punto a la vista.

Él me fulmina con la mirada.

—Tampoco parecía molestarte —declara con regocijo.

—Oh, no, ni un poco —me muerdo el labio inferior al mismo tiempo que lo miro con deseo, sus ojos caen a mi boca de manera instantánea—. Por favor, ven conmigo. Aceptaste tener una cita, no me parece justo un rechazo a estas alturas —suplico.

Jac mira con recelo a través de la ventanilla y luego voltea a verme como si estuviera debatiendo qué hacer a continuación.

—Vas a pagar por esto —amenaza rotundamente antes de salir del vehículo.

Sonrío lentamente hasta que mi sonrisa se convierte en una enorme. Salgo y camino hasta su lado. No puedo evitar admirarlo por milésima vez desde que nos hemos encontrado minutos atrás, es la primera vez que lo veo sin un traje.

Con unos jeans negros que se amoldan a sus piernas tonificadas, un jersey azul y un tapado negro, Jac Hamilton luce tan guapo que roza la línea de la exageración.

—Te vestes para impactar, señor Hamilton —elogio, encandilado con tanta belleza.

Y es que al parecer es una cosa propia de los Hamilton.

Se gira hasta quedar frente a mí y luego se acerca a mi oído. Su colonia entra por mis fosas nasales.

—Y me desvisto para matar.

Maldita mierda.

Un Jac coqueto es más de lo que mi cuerpo puede soportar.

—Creo que he cambiado de opinión, vámonos a un lugar más privado —anuncio dando un paso atrás, pero él me toma de la mano.

—No vas a ir a ningún lado, ya nos metiste en esto, así que andando —tira de mi mano y comienza a caminar.

—Pero...

—Nada, niño, camina.

Maldita sea, ahora voy a pasarme toda la tarde imaginando su cuerpo desnudo. Jac entrelaza nuestros dedos y el gesto ocasiona que mi pecho se sienta cálido. Cuando ayer dijo lo que dijo, una pizca de mí, me decía que no debía creerle, pero esa pizca se esfumó cuando me miró con un atisbo de súplica.

—Vamos directo adentro, ya tengo nuestras tarjetas de pase —digo cuando se dirige a la boletería.

—No tienes que pagar —refuta, deteniendo el paso.

—Y tú no puedes decirme qué hacer —contraataco, moviendo nuestras manos para que camine de nuevo.

Jac mueve la cabeza, pero me sigue el paso. Y sí, puede que parte del dinero de la universidad se vaya este día, pero no es algo que me moleste en absoluto.

—Oh, por Dios, vamos —digo entusiasmado al entrar y visualizar la interminable montaña rusa.

El lugar se ve impresionante.

—Ni lo pienses —sentencia frenando en seco, me pongo delante de él—. No me mires así, no voy a subir a esa cosa.

—¿Tienes miedo? —pregunto retador, pasando mis manos sobre sus anchos hombros.

—No.

—¿Entonces? —cuestiono—. No voy a subir sin ti, te traje para divertirnos un poco, no seas aguafiestas, por favor —suplico haciendo un puchero.

Jac mira la enorme atracción con recelo y luego me contempla, escupe un suspiro derrotado y se

acerca para darme un suave beso. Me aferro a sus brazos no queriendo separarme en un largo tiempo.

—Camina antes de que me largue de aquí —refunfuña mortificado.

Y así, estuvimos prácticamente toda la tarde, él negándose y yo persuadiendo para convencerlo porque Jac puede ser duro y, muchas veces, un bocazas que no mide lo que sale de su apetecible boca, pero en este poco tiempo que tuve la oportunidad de conocerlo, me di cuenta de que es un buen hombre.

—¿Sabes lo que pensé de ti cuando pasó lo de Zac? —pregunto cuando estuvimos sentados en una de las cabinas de la vuelta al mundo.

—No sé si quiero saberlo —dice poniéndose tenso.

Lo tomo de la mano y la pongo en mi regazo, él me mira vulnerable. Había sido fácil para los chicos y para mí juzgar a Jac por el alejamiento que había tenido con su hijo, nos creíamos con el derecho de hablar sobre los infiernos de los demás.

—Le dije a Sam que eras un hombre petulante. Estaba tan enfadado contigo —confieso, recordando el momento.

—Eso suena como algo que dirías —dice con desaprobación, pero sus ojos se tornan melancólicos. Mira al frente, como si estuviera recordando algo—. Supongo que tenías razón.

—Seguramente, pero en estos días descubrí que hay algo más debajo de ese hombre que conocí en aquel momento —voltea a verme curioso—. En su momento, me enojé contigo porque no soportaba ver sufrir a mi mejor amigo y no podía entender cómo es que su padre no estaba allí para él —le aprieto la mano—, pero luego entendí que cada uno transita su propia mierda, hoy me doy cuenta de que eres un buen hombre, Jac, y tu hijo te ama.

Su mirada se torna vidriosa.

—Gracias —susurra abatido—. Eres demasiado directo.

—¿Es eso un problema?

—En lo absoluto.

Le sonrío conforme con su respuesta, el juego avanza, siempre me ha gustado venir aquí, cuando era pequeño nunca lo hacía y son contadas las veces que pude hacerlo una vez de grande, me gustaba la adrenalina y sobre todo, subir en esta atracción que es mi favorita porque desde arriba, puedes ver el mundo a tus pies.

—¿Por qué se detuvo? —pregunta horrorizado cuando estamos en la cúspide.

—No es nada, seguro se rompió algo —digo casual.

—¿Qué? —abre los ojos tan grandes, que no puedo contener las carcajadas que brotan de mi pecho.

—Cálmate, señor Hamilton, del suelo no vamos a pasar —le aseguro burlón.

Su rostro me dice que prefiere estar en cualquier otro sitio que no sea este.

Mi risa continúa y no me percató de que se inclina sobre mí, me toma el rostro con una mano y mi risa disminuye cuando me encuentro con sus penetrantes ojos. Jac me pasa la lengua por los labios y lo único que logro hacer es apretar mis rodillas con las manos.

Estoy listo para fundirme en esa gloriosa boca cuando se retira para volver a su lugar.

—¡Oye! —me quejo frustrado.

—Eso es para que dejes de mortificarme un momento —dice con sorna.

Frunzo el ceño listo para refutar, pero el atardecer me distrae, el sol se está ocultando y los reflejos de los rayos hacen maravillas alrededor de Jac, como una fotografía tomada en el instante más imposible de captar, pero que eso mismo lo hace tan perfecto.

Yo podría pasarme horas viéndolo. Las famosas mariposas en el estómago están haciendo un desastre en mí, el anhelo y la ilusión se encuentran firmes e inquebrantables, eso me hace cuestionar si realmente es una buena idea seguir con esto.

Capítulo 25

Jac

—Dime algo real —pide Thomas, volteo el rostro para encontrarlo mirando la ciudad bajo nosotros.

—¿Cómo? —pregunto sin entender a qué se refiere.

—Algo real —repite—. Una verdad que deseas decir y nunca dijiste, no importa si es crudo, si es dulce o amargo, solo dilo.

Sopeso su petición, es algo demasiado profundo y hasta íntimo, pero unos segundos después, sé lo que quiero confesar y es tan real como mágico.

—¿Algo real? —asiente esperando—. Creo que me estoy volviendo un poco loco —me mira confuso—. Lo único que hago últimamente es pensar en cierto niño insolente que no hace más que poner a prueba mi temperamento.

La sonrisa que se asoma en sus labios es contagiosa, parece que le he bajado la puta luna. Mi interior hace una cosa desconocida, pero agradable.

—No sé cómo haces para ser dulce y rudo a la vez —se burla.

Yo tampoco lo entiendo, pero tal parece que este chico saca cosas de mí que no sabía que tenía dentro.

—Creo que es tu turno —pido.

Su radiante sonrisa se desdibuja mientras vuelve la vista al frente. Se hace un silencio lleno de pesadumbre.

—Los ciclos son una mierda —comenta con desazón—. Los buenos y los malos, quiero decir, son como un maldito círculo vicioso, las personas te dicen: solo sal de ahí. Pero no lo entienden, no comprenden que es más fácil decirlo que aplicarlo. No hay salida, tú tienes que inventarla si quieres acabar con ello.

La pena y melancolía con la que lo dice, hace que se me forme un puto nudo en la garganta.

—¿Estás en uno? —me animo a preguntar—. ¿Un ciclo?

—Sí —afirma sin mirarme.

—¿Hay algo que pueda hacer para sacarte de allí?

—No lo creo —dice después de un largo tiempo.

Se muerde el interior de la mejilla, algo que siempre hace cuando está angustiado. Quiero exigirle que inmediatamente me diga qué es lo que sucede para que pueda ayudarlo porque no soporto la tristeza en sus ojos, pero en lugar de eso, me trago el impulso, levanto una mano y acaricio su mejilla hasta que él me mira.

—Te voy a esperar —pestañea varias veces, queriendo apartar las lágrimas acumuladas en sus ojos—. Voy a caminar alrededor de ese círculo y cuando logres salir, porque sé que lo harás, voy a estar para atraparte.

Las lágrimas que luchó por contener, finalmente ruedan por sus mejillas y lo único que puedo hacer es quitarlas una y otra vez mientras beso sus fríos labios.

Thomas vive un infierno, lo sé. Lo que no sé es de qué tipo. Si del que puedes soportar hasta el último aliento o del que tiene un tiempo límite. Él es de esas personas a las que no puedes presionar, Thomas puede ser demasiado directo, pero no puedes devolverle de la misma manera. Solo me resta esperar a que él decida dar el siguiente paso porque estoy seguro de que si lo empujo a darlo, voy a apartarlo y no volverá a confiar en mí.

Con impotencia e incertidumbre, me quedo en silencio, con la inquietud a flor de piel y suplicando para que pueda salir pronto de ese círculo que lo tiene atrapado.

—No me digas, no comes comida chatarra —comenta mientras se lleva una papa a la boca.

Miro mi enorme hamburguesa con recelo, y debí suponer que nuestra cita terminaría en un McDonald's.

—Presiento que esta cita fue ideada para torturarme un poco —lo miro de soslayo.

—¿Tan mal lo pasaste? —pregunta deteniendo un bocado.

¿Mal? Como si eso pudiera pasar estando a su lado.

—No, pero tu lado malicioso está siempre presente para mortificarme un poco.

Él suelta una risita mientras se limpia las manos.

—Oh, vamos, no estuvo tan mal —anima—. Trato de conocer otras facetas tuyas que no sean las de un hombre serio —hace una pausa—, y sexi.

Pongo los ojos en blanco cuando mueve las cejas de manera juguetona.

—Estoy seguro de que no me veía serio tratando de conseguir un juguete para ti —apunto al oso

que está sobre la mesa.

—Te veías... concentrado —se acerca sobre la mesa para susurrar—: tranquilo, no le diré a nadie que te estabas divirtiendo.

Le tiro una papa en la cara mientras se burla de mí, pero lo cierto es que no la pasé nada mal y no recuerdo cuándo fue la última vez que fui a una cita, pero se suponía que se trataba de conocer a la otra persona, ¿verdad? Y yo he conocido un poco de Thomas este día.

—¿Tienes hermanos? —indago.

—No, solo soy yo —comenta despreocupado.

—¿Vives con tus padres? —continúo.

El niño se tensa de pies a cabeza mientras mira su comida, lo observo confuso ante su reacción.

—¿Niño?

—¿Mmm? —vuelve en sí cuando me mira—. Con mi padre, mi madre murió cuando yo era pequeño —contesta tajante.

Se lleva un puñado de papas a la boca, un gesto que entiendo dando por finalizado el tema. Esa reacción es nueva, seguramente él ha sufrido la pérdida de su madre. Existen muchas cosas por conocer de Thomas y me pregunto si algún día podré hacerlo.

El resto de la comida transcurre pacífica con una charla mucho más superficial. Tiempo después, estoy apoyado en la puerta del asiento del copiloto esperando que se acerque.

—Te llevo al trabajo —digo abriendo la puerta para que entre.

—No hace falta, puedo tomar el autobús —dice fingiendo modestia.

Arrugo la frente de manera sospechosa y lo tomo de la sudadera para acercarlo.

—Deja de hacerte el modesto, ambos sabemos que quieres un aventón —lo pongo en evidencia.

—Bueno, quiero muchas cosas —me mira sugerente—. Pero de momento, me conformo con un aventón.

Se pega a mi cuerpo para darme un acaramelado beso, de esos que te dejan mareado.

—Gracias por la cita, la pasé bien —confieso sobre sus labios.

—De nada, cuando quieras —me muerde el labio inferior y solo puedo aferrarme a su cintura.

Thomas se desliza por mi costado para meterse al coche con toda la confianza del mundo. Me gusta verlo así, siendo coqueto, malicioso y despreocupado. No es agradable ver su lado vulnerable y melancólico, pero lamentablemente, es parte de él y yo me encargaré de quitar esos sentimientos que lo tienen al borde del colapso.

¿Cómo lo haré? Ni puta idea.

—¡Mueve tu culo caliente, señor Hamilton! Voy a llegar tarde —grita.

Le doy una media sonrisa cuando me guiña un ojo y no puedo evitar preguntarme si alguna vez volveré a decirle que no a este chico.

Capítulo 26

Thomas

—Hola —saludo asomando la cabeza por la puerta de la oficina de Jac, hace una señal para que entre.

El señor Hamilton se ve impresionante, como siempre, pero hay un aire de hombre de negocios que lo hace ver ardiente como las llamas del infierno, con la camisa perfectamente planchada que se amolda a sus tonificados bíceps y, ¿el chaleco? Dulce Jesús, ese chaleco es mi bendita perdición.

—Deja de mirarme así —espeta, mientras se recuesta en la silla y pone una mano sobre su entrepierna.

—Como si pudiera evitarlo —digo, dejo la mochila a un lado y avanzo hacia el ventanal detrás de él.

Y es totalmente cierto porque puede que al principio mis miradas también hayan sido para incordiarlo, pero ¿ahora? Salen de forma natural y no puedo evitarlo aunque me esfuerce.

Cuando estoy cerca de él, le tiendo la mano para que se ponga de pie y luego nos llevo hasta las paredes de vidrio. Es la segunda vez que estoy en su oficina y solo hasta entonces, puedo apreciar la vista.

—Hola —susurra poniéndose detrás de mí y pasando los brazos alrededor de mi cintura.

—¿Me extrañaste? —indago apoyando la cabeza en su pecho.

—Te vi ayer —me recuerda, deja un beso en mi cien.

Han pasado unos cuantos días, los cuales nos vimos casi todos. Si no me buscaba para almorzar, me buscaba a la salida de la cafetería para llevarme al bar y hoy quise darle una sorpresa al visitarlo en su oficina.

—Espero que no te moleste que haya venido sin avisar.

—Claro que no, niño, me gusta que estés aquí.

Inclino la cabeza para darle un beso en la comisura de sus labios.

—De hecho, estaba listo para llamarte y avisarte que estaba abajo, pero me dejaron subir sin preguntar —comento sorprendido—. Pensé que necesitaría una cita previa para hablar contigo.

—Le dije a Mónica, mi asistente, que pusiera tu nombre en la lista para darte un pase libre.

Mi sonrisa se forma lentamente mientras me giro en sus brazos.

—¿Y cómo supiste que vendría?

—No lo sabía, se lo pedí el día después de que estuviste aquí por primera vez.

Miro de cerca su rostro inexpresivo hasta que estoy a escasos centímetros de su boca.

—Tú me estás volviendo loco, ¿sabías? —pregunto, pasando la punta de la lengua por sus labios.

—Estoy seguro de que esa es mi línea —me acerca hasta quedar pegados.

—Entonces, ¿por qué no te beso y así descubrimos que tan loco te estás volviendo? —propongo.

Los ojos de Jac se oscurecen y sus pupilas se dilatan, baja las manos hasta sostener mis caderas y nos alinea de tal manera que su erección queda en sincronía con la mía.

Levanto las manos hasta posicionarlas en sus mejillas y paso el pulgar sobre sus tentadores labios. No pudiendo resistir, me abalanzo sobre él hasta fundirme en un beso urgente, como si no nos besáramos en años. Me recibe con fervor, hundiéndose en mi boca, explorando cada parte de mí y cuando su lengua hace acto de presencia, no puedo hacer nada más que recibirla gustoso y es que los besos de Jac Hamilton son capaces de llevarte hasta la maldita luna.

El sonido del móvil nos separa.

—Maldición —bufa molesto apoyando su frente sobre la mía.

—Responde tranquilo —digo, dándole un suave beso antes de dejarlo ir.

Jac se gira para desplomarse en la silla y atender el móvil, me quedo un momento mirando la ciudad a través del ventanal, ni en mis más locos sueños me hubiera imaginado estar aquí, pero Dios sabe las vueltas que da la vida.

Volteo a verlo cuando se ha tardado demasiado, dibuja su faceta profesional mientras habla. Le echo un vistazo cuando se ajusta la erección con el talón de la mano, tratando de acomodarla bajo sus ajustados pantalones de vestir.

Camino hasta el escritorio y apoyo mi trasero en el borde mientras le doy un repaso visual, como de costumbre, su ceño está fruncido, pero sus labios hinchados por el reciente beso.

Demonios.

Sin pensarlo dos veces, estiro la mano y acaricio su apretado abdomen, Jac levanta la vista expectante, luego bajo un poco más hasta tocar la hebilla de su pantalón.

—En un momento te marco —dice antes de colgar—. ¿Qué haces?

Elevo los hombros de manera despreocupada.

—Nada, tú sigue trabajando —digo casual.

—Como si pudiera hacerlo cuando estás llamando mi atención —declara, mirando mi entrepierna.

He sido paciente con él para que no se sienta presionado y mucho menos disgustado por el hecho de que soy un hombre, se supone que debemos ir despacio en un terreno tan desconocido para él, pero me he convencido de que a Jac eso parece no importarle, entonces, ¿por qué debería preocuparme?

Con ese pensamiento en mente, me arrodillo entre sus piernas. Los ojos de Jac se tornan fogosos y curiosos.

—Solo me estoy ocupando de la parte baja de tu cuerpo —anuncio con una sonrisa que promete muchas cosas indecentes.

—Qué comedido —halaga con una media sonrisa, esa misma sonrisa que logra que mi corazón vomite arcoíris.

—Todo por ti, señor Hamilton, todo por ti.

Él suelta una risita mientras se recuesta en la silla y observa mis movimientos. Le paso las manos por los muslos de manera lenta hasta llegar al bulto que sobresale de su cremallera, paso los dedos sobre su polla y levanto la vista para saber si puedo continuar y, maldición, Jac parece querer esto más de lo que imaginé.

—Te ves tan caliente sobre tus rodillas —susurra con una voz gruesa y rasposa.

Bajo la cremallera, la tela negra de la ropa interior que cubre su erección está a punto de reventar. Me elevo sobre las rodillas y le paso la lengua de punta a punta. Lo escucho soltar una maldición.

—Quería hacer esto desde que entré por esa puerta —confieso. Arrastro la nariz por la V marcada en su ingle y sigo el camino del tesoro, absorbiendo su aroma hipnotizante. Le quito la única tela que tiene como impedimento y libero su pesado falo—. Joder, tenías que tener una polla grande.

—¿Eso es un problema para ti? —pregunta con altanería.

El desgraciado no posee una pizca de humildad y maldita sea si eso no me encanta.

—Déjame mostrarte lo problemático que puedo ser con tu polla en mi boca —sonríó burlón

antes de agarrarla en un puño firme.

Jac cierra los ojos y contiene la respiración. Deslizo mi mano de arriba hacia abajo, jugando con su excitación, él se ve hipnótico sentado sobre su poderosa silla, con la camisa arrugada, el chaleco levantado y la polla erguida apuntando a mi boca, pidiendo ser usada.

Saco la lengua y comienzo un recorrido desde la base hasta la punta, cuando succiono la regordeta cabeza, Jac se pone recto y hunde los dedos en mi cabello. Separa más las piernas para darme un mejor acceso. Lamo y chupo sin piedad, su sabor y olor podrían convertirse en mi cosa favorita en el mundo.

—Estás chupándome la polla como si fuera tu paleta favorita —gruñe, pasándome el pulgar por la mejilla. Se puede notar la ansiedad en su voz.

—¿No aguantas los preliminares, señor Hamilton? —pregunto juguetón, resoplando su polla venosa y puedo ver como el control se le escapa de las manos.

—Métela en tu maldita boca, niño —ordena extasiado, perdiendo la paciencia y no necesita pedirlo dos veces, abro la boca y me dejo caer sobre su gruesa longitud—. ¡Mierda!

Hundo las mejillas y me esmero para darle la mejor mamada que le hayan dado alguna vez. No soy un experto, puedo contar con los dedos de una mano las veces que hice una mamada, incluso sobraría alguno, pero Jac parece disfrutarlo. No me suelta el cabello, pero tampoco ejerce presión ni trata de tomar el control, bajo una de mis manos para apretar mi entrepierna, temiendo correrme encima.

Lo trago con tanta desesperación, que siento como su cuerpo se estremece cuando llego hasta la base de su tesoro, haciendo que sus jadeos llenen la habitación. Las lágrimas brotan de mis ojos.

Lo saco de mi boca y le paso el pulgar por la hendidura brillante al mismo tiempo que lo masturbo, sus ojos transmiten demasiados sentimientos para mi propio bien, trato de tomar y memorizar cada uno de ellos porque, al diablo, esta muestra de emociones no es algo que puedo tener a menudo.

Las cosas se vuelven intensas, calientes y todo parece sacado de una maldita fantasía, una que no tengo problema en repetirla una y otra vez.

—Voy a correrme —anuncia tratando de apartar mi rostro, pero en lugar de quitarme, succiono la punta de su polla, listo para tomar todo lo que pueda darme—. Ah, maldita sea.

Y sin más, Jac comienza a impulsar sus caderas hacia arriba, anunciando la llegada de su orgasmo. Unos segundos después, el señor Hamilton se convierte en un hermoso y escandaloso desastre en mi boca mientras murmura mi nombre como si fuese una plegaria y yo solo lo puedo observar porque ver a Jac correrse, es la imagen más erótica y magnífica que he visto jamás. Me siento en la gloria bajo sus pies.

Capítulo 27

Jac

Me acomodo la ropa en un tiempo récord, lo único que quiero hacer es poner las manos sobre este chico que me mira como si yo fuera un puto Dios griego.

Lo jalo de los brazos hasta sentarlo en mi regazo, luego lo tomo del rostro y lo beso como si mi vida se me fuera en ello. Sus labios están húmedos con lo que queda de mi semen y son tan suaves como la seda. Introduzco la lengua hasta probar mi propia evidencia, Thomas me agarra por el cuello mientras inclina la cabeza para tener un mejor acceso.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuro soltando sus labios.

—¿Tener paciencia y no salir corriendo? —intenta.

—¿Qué te hace pensar que voy a salir corriendo? —indago, poniendo distancia para mirarlo a los ojos.

Thomas dibuja una mueca pensativa.

—Todo puede pasar en un abrir y cerrar de ojos, y soy del tipo de chico del que quieres huir —dice seriamente con aprensión.

Frunzo la frente y me detengo a mirarlo de cerca, ¿por qué está diciendo una cosa como esa? No es algo que pudiera decir el Thomas de siempre.

—No voy a huir, niño, no vas a verme ir a ningún lado que sea lejos de tu insolente culo —le aseguro, lo tomo de la barbilla para que me mire.

Sus ojos lucen dubitativos, pero luego de besar su hoyuelo, me sonrío, dejando de lado el pequeño momento de inseguridad. Estoy listo para tomarlo en un beso robado cuando la puerta es abierta de manera abrupta.

—Oye, necesito los plan... —Gianni se detiene en seco cuando nos observa, una sonrisa maligna le curva los labios—, ¿interrumpo algo?

—De hecho, sí —lo fulmino con la mirada.

—Ya veo —dice burlón, luego se dirige a Thomas—. Es bueno volver a verte.

—Gracias, supongo que ahora en mejores condiciones —comenta con una sonrisa.

—Depende del punto de vista, y te aseguro que Jac te mira en muy buenas condiciones —dice remarcando las últimas palabras.

Thomas sonríe confiado mientras me mira.

Estoy a punto de mandar a Gianni por el camino que lo lleva directo a la mierda cuando caigo en cuenta de algo.

— No le pusiste seguro a la puerta? —le susurro al oído.

El niño arruga el ceño como si le estuviera hablando en otro idioma, y cuando el entendimiento llega a sus ojos, se pone lentamente de pie.

—Son alucinaciones tuyas —dice casual, restándole importancia.

—Thomas...

Pongo cara de horror mientras miro a Gianni, quien me observa curioso. Demonios, el solo hecho de pensar que pudo atraparnos en pleno acto sexual me hace estremecer.

—Me estoy yendo —anuncia el niño, se acerca para darme un furtivo beso y antes de alejarse, me susurra—: menos mal que te guardaste la polla a tiempo.

—Joder —me tomo el puente de la nariz.

Thomas rompe a reír y luego se cuelga la mochila al hombro dirigiéndose a la salida.

— Me lo cuidas? —le pregunta a Gianni, como si yo fuera un niño.

—Yo me encargo —el rubio me mira malicioso. Claro, se encarg r  de tirarme mucha mierda por esto.

Thomas me guiña un ojo antes de salir a lo que le respondo con una media sonrisa. Incluso debería estar molesto con él por convertirnos en casi unos exhibicionistas, pero no, aquí estoy yo sonriendo como un hijo de puta al que acaban de darle la mejor mamada de su vida.

Dejo escapar un suspiro mientras me acomodo en la silla, un carraspeo me hace levantar la cabeza para recordar que Bezzechi sigue de pie en mi oficina. Una sonrisa comemierda se asoma en su boca.

—Ni se te ocurra decir una maldita palabra —amenazo, apuntando con el dedo índice.

 l rompe a reír escandalosamente mientras se desploma en una de las sillas frente al escritorio.

—Maldito infierno —palmea la mesa y se retuerce de la risa, a este punto, deseo lanzarlo por el ventanal detrás de mí—. Est s tan jodido, Hamilton, tan jodido.

Ruedo los ojos antes de ignorarlo olímpicamente, aunque en el fondo, siempre supe que estaba

jodido si se trataba de este chico que me arrastra a sus pies.

Capítulo 28

Reel

Se me pone la piel de gallina con el viento otoñal, maldigo mentalmente por haber optado por una chamarra delgada.

Me aferro a las tiras de mi mochila al llegar a la curva del parque. Amo subirme a las ruedas, me hacen sentir libre, como si pudiera volar. Lo hago todo el tiempo, voy de un parque a otro recorriendo diferentes caminos, aunque ya he estado en este en particular, cuando conocí a los amigos de Thom y a la culpable de mi malestar.

Se supone que salí de casa con la idea de montar las ruedas y pensar qué demonios debo hacer con respecto a la situación de mi amigo, pero no está funcionando en absoluto.

Resoplo cansada mientras me acomodo el gorro sobre mi cabeza, avanzo por uno de los caminos del centro para tener algo de libertad sin temer chocar a alguien. Bajo la vista para tirar de mi falda que se ha subido por el roce de mis piernas con el viento y de un momento a otro, un enorme cuerpo se estrella contra mí y al siguiente segundo yo estoy volando por el aire.

Caigo en picada sobre el firme suelo de cemento, un dolor intenso se instala en mi antebrazo, ya que traté de cubrirme de la caída con él. Echo un vistazo y me encuentro con mi abrigo rasgado, me sostengo el brazo, duele como la mierda. Elevo la vista buscando al culpable de mi caída y lo observo a lo lejos como el maldito huye sin intentar ayudarme.

—¡Imbécil! —le grito, pero ni siquiera voltea a verme—. Mierda.

Duele demasiado y no quiero ni mirar por la impresión que me causa todo lo que está relacionado con la sangre y lastimaduras.

—¿Te encuentras bien? —pregunta una mujer arrodillándose a mi lado.

—No, me duele como un demonio y ese idiota se fue sin pedir disculpas —respondo furiosa.

—Tranquila, te voy a ayudar —me tranquiliza mirando de cerca la herida. Arruga la frente.

—¿Tengo sangre? ¿Se ve mal? Me da impresión la sangre —espeto asustada.

—Estás sangrando, te llevaré a un hospital —dice tomando mi mochila.

La miro con horror.

—No, no. No me gustan los hospitales, voy a estar bien, solo ayúdame a colocarme mis botas, por favor.

—Estás sangrando, cariño, no puedo dejarte ir así —comenta genuinamente preocupada.

Me ayuda a colocarme los borcegos y luego guarda mis rollers, me toma de la cintura para ayudarme a ponerme de pie mientras que yo sigo sosteniendo mi brazo herido, sé que no es una herida grave, pero no deja de arder.

—Gracias, tomaré un autobús en la próxima parada —anuncio haciendo señas para que me devuelva la mochila.

—Si no quieres ir a un hospital, entonces déjame llevarte hasta mi casa para poder curarte allí. Está aquí cerca.

Mi rostro se eleva para mirarla a los ojos, ya que es bastante más alta que yo, la desconfianza se debió ver reflejada en mi cara porque ella sonrío dulcemente.

—Haces bien en dudar —dice con aprobación, imitando a una madre que pasó toda su vida diciéndole a su hija que no debe hablar con desconocidos y viendo sus frutos—. Pero solo intento ayudarte, mi nombre es Sofía, pero puedes decirme Sof, soy enfermera —se presenta.

La examino de cerca, intentando saber si es del prototipo que te roban los órganos o algo valioso, pero cuando todo lo que veo es a una mujer repleta de rizos y una sonrisa amable, la primera opción queda descartada.

—Bien, vámonos, pero no intentes robar algo porque te aseguro que no tengo nada más que deudas —advierdo.

Ella suelta una carcajada.

—Lo prometo.

Diez minutos después, ya estamos sentadas en la sala de estar de una casa muy moderna y acogedora, todo parece demasiado bueno, por lo que no puedo evitar seguir alerta.

Sof vuelve con un botiquín y se sienta en la mesa ratona al frente de mí, luego me ayuda a quitarme lo que queda de mi chaqueta favorita. Hago una mueca cuando me doy cuenta de que tendré que tirarla a la basura por culpa de ese idiota.

—¿Cuántos tatuajes tienes? —pregunta asombrada al mirar mis brazos desnudos.

—Muchos, tantos que perdí la cuenta.

—Se ven increíbles —elogia amorosamente—. ¿Cómo es tu nombre, cariño?

Ella me trajo a su casa para ayudarme y ni siquiera me he presentado, me doy una reprimenda mental por ser tan maleducada.

—Lo siento, me llamo Reel —digo apenada.

—No te preocupes, todo sucedió muy rápido, no nos dió tiempo de presentarnos como se debe —comenta. Se me escapa una maldición cuando pasa una gasa sobre mi herida—. Terminaré pronto.

La delicadeza con la que me cura me hace dar cuenta de que esta mujer es de las que aman su profesión.

—Tus manos son ágiles, estoy segura de que en el hospital me hubiera puesto a llorar —confieso.

—¿Es por eso que no querías ir? —pregunta sin dejar de hacer su trabajo.

—No —me apoyo en el espaldar del sofá—. Simplemente, no me gustan, gran parte de mi niñez y adolescencia la pasaba en ellos.

Detiene los movimientos y me mira curiosa.

—¿Tuviste o tienes alguna enfermedad? —indaga de manera profesional. Niego con la cabeza—. Entonces...

—Por los golpes que recibía en los orfanatos, las casas de familias de acogida o en la calle —cuento casual.

Se escucha un jadeo de sorpresa de su parte, en sus ojos se instala la lástima y solo hasta entonces me doy cuenta de lo que he dicho. Demonios, siempre hablo con Thom sobre esto y la costumbre de soltarlo como algo normal, me tuvo abriendo la boca frente a una desconocida, pero ya es demasiado tarde.

—Es una broma —miento tan espontáneo como sale.

Ella me mira por un largo momento, como si estuviera intentando saber si creerme o no, pero luego asiente con la cabeza y continúa curando mi brazo.

Me quedo observándola un momento cuando una idea cruza por mi mente. A juzgar por su apariencia, no tiene aspecto de ser una mala persona y como siempre digo, es mejor contarle tus problemas a un desconocido que sabrá darte una opinión imparcial, tampoco puedo ir con Thom y hablarle sobre mi debate entre buscar ayuda para él o dejar las cosas como están, el chico se volverá loco.

¿Debería preguntarle a esta mujer? Hago una mueca dudosa.

—Puedes preguntar lo que quieras, cariño.

¿Qué?

—¿Cómo supiste eso? —pregunto sorprendida y asustada.

¿Acaso es una bruja o algo parecido?

—Lo dijiste en voz alta —dice divertida. Mierda, me hundo en el sillón un poco avergonzada—. Iré a buscar algo caliente para beber y luego puedes hablar de lo que desees.

Quiero negarme al instante, pero su sonrisa amigable me hace cerrar la boca. Sof se levanta y se pierde en una habitación que deduzco es la cocina y unos minutos después, regresa con una taza humeante de café.

Se sienta a mi lado sin decir una palabra, esperando que yo dé el primer paso.

—Estoy en un dilema —digo finalmente. Ella se mantiene en silencio, dejándome continuar—. Tengo un amigo que está en... problemas —arrugo la nariz, intentado buscar las palabras correctas—, y yo sé cuáles son sus problemas, pero no puedo decir nada, es decir, no puedo buscar ayuda porque si lo hago, es posible que él y muchas personas, incluyéndome, salgamos lastimados. Por otro lado, su situación no da para más, siento que está en ese punto incierto en el que no tengo idea si dentro de los próximos minutos él estará mejor o peor de lo que está ahora —tomo una bocanada de aire cuando termino de hablar—. ¿Lo entiendes?

Sofía me mira confusa y es comprensible, ya que no es un tema en el cual te puedes meter si no conoces el contexto completo, pero tampoco es que voy a contarle a una desconocida sobre la vida de mi mejor amigo.

—Tal vez un poco —responde. Toma un sorbo de su taza mientras mira a un punto fijo.

Muevo las piernas expectante, esperando que diga algo.

—¿Y bien? —presiono impaciente.

Me inmoviliza con la mirada y contengo la respiración por lo que sea que intenta decir.

—No puedo decirte lo que tienes que hacer o lo que para mí es lo correcto, porque ni tú ni yo podemos decidir sobre la vida de otra persona, a pesar de las buenas intenciones. Solo puedo decirte que la balanza está en el centro. Eres su amiga y por tu mortificado rostro, estoy segura de que lo quieres demasiado —me aprieta las manos sobre mi regazo—. Eres la única que tiene la respuesta a tu pregunta, cariño.

Exhalo cabizbaja.

—No me has ayudado ni un poco —le reprocho con falso enojo.

Ella sonrío entre apenada y divertida.

—Lo siento.

—Por lo menos dime hacia dónde irías tú si estuvieras en mi lugar —intento.

La mujer hace un gesto pensativo.

—Bueno, yo...

El sonido de la puerta principal siendo abierta, nos hace cortar la conversación.

—¡Mamá, ya estoy en casa!

Cierro los ojos de manera automática, recuerdo perfectamente esa voz chillona que me hace sangrar los oídos.

—En la sala, cariño —grita Sofía a mi lado.

Me preparo mentalmente para lo que está por venir. Malditas sean las coincidencias del destino.

—No sabes lo que pas... —se detiene en seco cuando clava sus ojos en mí. Su mochila, ridículamente costosa, cae al suelo y abre la boca como si hubiera visto un fantasma—. ¿Qué haces en mi casa? —grita escandalizada.

La miro con indiferencia, aunque por dentro estoy tan sorprendida como ella. Su cabello ya no es rosa, ahora está tan celeste como el cielo. Su ceño se frunce a causa del enojo.

—No te hagas ilusiones, no vine a verte —anuncio con maldad—. Sof me ayudó en el parque.

La recién nombrada mira de un lado a otro sin entender.

—¿Ustedes se conocen? —pregunta.

—Ella fue la que me rompió el móvil —me acusa sin medidas.

—Ya te dije que no fue mi culpa, niñita —mascullo.

—Lo fue, y ya que estás en mi casa, deberías devolverlo de una vez por todas —me tiende la mano, pidiendo el dinero que no tengo y que si tuviera, no se lo daría.

—Isabella —la reprende su madre—. Nich dijo que fue un accidente.

Sonrío con suficiencia cuando Sof se pone de mi lado y la cara furiosa de la tal Isabella, vale totalmente la pena. Me levanto del sofá porque ya no es agradable estar aquí.

—Me voy —anuncio tomando mi mochila y lo que queda de mi abrigo.

—Espera —dice Sof y luego mira a su hija—. Cariño, préstale un abrigo.

La chica intenta protestar, pero antes de que lo haga, la interrumpo.

—No, gracias. Ni loca me pongo una de sus ridículas ropas —espeto, colgándome la mochila.

—Claro, porque tú te vistes genial —escupe con sarcasmo.

Decido ignorarla por el bien de mi dolor de cabeza. Luego giro el rostro para mirar a la mujer que ha sido mi salvación el día de hoy.

—Gracias, por todo —agradezco honestamente.

—De nada, cariño, y ahora que conoces mi casa, puedes venir cuando quieras —se escucha un jadeo incrédulo desde atrás.

Le sonrío antes de comenzar a caminar hacia la puerta principal y cuando estoy por atravesarla, Sofía me llama.

—¿Sí?

—No puedo darte una respuesta precisa, pero puedo decirte que eres una gran amiga.

La miro agradecida y me marcho.

¿Una gran amiga? Y aun así, no tengo ni la más mínima idea de lo que debería hacer para ayudar a Thom.

Camino unos cuantos pasos y antes de perderme en la siguiente cuadra, volteo a ver la casa donde he estado minutos antes y para mi sorpresa, la niñita está de pie en la entrada, observando. Le hago un saludo militar a lo que responde mostrándome el dedo del medio.

Suelto una carcajada divertida antes de seguir caminando.

Bueno, molestar a Isabella ha hecho mejorar mi día.

Capítulo 29

Thomas

Me pongo la mochila al hombro y salgo de mi habitación. Es temprano por la mañana y estoy llegando tarde a clases, ser puntual no es una cualidad que me caracteriza.

Paso de largo por la habitación de mi padre cuando me percató de que está abierta. Frunzo el ceño con pasmo, ya que no es frecuente que él olvide ponerle seguro, incluso no recuerdo cuándo fue la última vez que entré ahí.

Aprovecho que él todavía no ha regresado de sus sospechosos trabajos nocturnos y juntando un poco de valentía, entro. Es una pésima idea, la voz interna en mi cabeza me lo repite una y otra vez, pero aun así, con toda la renuencia, decido fisgonear un poco.

A simple vista, la habitación está tan vacía como la mía, la única diferencia se marca en la amplia cama que yace en el centro. Camino alrededor de ella, ni siquiera sé que estoy buscando, tal vez algo que me haga poder aferrarme a huir de aquí, algo sólido que me dé el coraje de correr a una estación de policía con una prueba concisa, pero luego de unos minutos de búsqueda, nada parece ser relevante.

Me acerco a una de las mesitas de noche, arriba hay un cenicero con un cigarrillo apagado a medio terminar, abro el pequeño cajón y unas que otras cosas sin sentido aparecen dentro, estoy a punto de cerrarlo cuando una fotografía que no sabía que existe, aparece al final de la superficie de madera.

Es extraño porque en esta casa las fotografías no existían, incluso yo no tengo una de mí mismo, ni siquiera de cuando era pequeño. Saco el maltratado cartón y luego de pasarle los dedos para quitar el polvo, sé quién es la mujer fotografiada con una sonrisa fingida en su delicado rostro.

Mi madre.

Ella se fue cuando yo tenía unos nueve o diez años, no puedo recordarlo con exactitud. Solo sé que estuvo enferma durante mucho tiempo.

Doy un paso atrás por la conmoción y cuando las partes traseras de mis rodillas chocan con la cama, me dejo caer sobre ella. Levanto un dedo para acariciar la fotografía, en el papel puedes ver plasmada a una mujer y a un hombre, parece ser el día de su boda.

Cierro los ojos tratando de recordar algo, pero por más que lo intento, nada aparece. Mi memoria no es buena y nunca lo fue. Por supuesto que me siento mal por no recordar casi nada acerca de la mujer que me dio la vida, pero de cierto modo, lo asocio con eso de que es preferible bloquear los recuerdos dolorosos y trágicos.

La extraño, desde luego que lo hago, aunque es desorientador extrañar a alguien que no

recuerdas y que no puedes asegurar si era una buena mujer o una mierda como tu padre.

En el fondo quiero pensar que era buena madre y que me amaba, quiero decir, mi vida no tuvo que ser tan mala desde un principio, ¿verdad?

Observo la fotografía una vez más, mi padre se ve igual a como luce en el presente, por supuesto que más joven, pero en cuanto a apariencia, transmite un completo terror y mi madre apenas tiene una sonrisa pintada en el rostro, sus facciones son parecidas a las mías, o eso creo.

No queriendo escarbar en el pasado por más tiempo, me levanto de la cama y dejo la fotografía sobre la mesa. Me doy la vuelta listo para marcharme cuando tropiezo con algo que hay debajo de la cama.

Inclino la cabeza al ver la tira de un bolso sobresaliendo debajo del edredón. Me pongo en cuclillas y sin darle tantas vueltas al asunto, jalo la correa del bolso y lo saco. No es demasiado grande, pero sí pesado.

El debate interno comienza a instalarse en mi mente porque una gran parte de mí me dice que debo abrir ese bolso y saber qué contiene, pero luego está la otra parte que me ordena colocarlo en donde estaba y salir disparado del lugar.

—Tal vez solo es ropa —trato de convencerme.

Pero si fuese solo ropa, no estaría debajo de la cama como si estuviera ocultando algo.

Al diablo, decidido a terminar con mi curiosidad, agarro el bolso y tiro de la cremallera hasta abrirlo del todo, lo primero que veo son unos papeles que contienen demasiados números y nombres escritos en varias hojas, no puedo descifrar de qué se trata.

Dejo los papeles en el piso y luego aparto una bolsa que cubre lo que sea que haya debajo de ella. Cuando termino de sacarla, el aire se me atora en la garganta y mis ojos se abren a causa de la impresión.

—Mierda —suelto un jadeo, totalmente impactado.

Dentro del bolso puedes encontrar tanta droga, como para vender durante unos cuantos meses, hay desde pastillas, polvo, gotas, de todo un poco. Me cubro la boca con la mano mientras leo las etiquetas en las pequeñas bolsitas: éxtasis, heroína, crack.

Siempre supe que mi padre estaba metido en este tipo de cosas ilegales, incluso él mismo lo decía todo el tiempo, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo con mis propios ojos.

Luego de que el momento de shock me abandone, comienzo a pensar sobre qué debería hacer a continuación, esta es una oportunidad de oro para mandar a mi padre a la cárcel y aunque parece extremadamente fácil llamar a la policía y entregarlo, no lo es, la policía no se atreve a entrar a este lado de ciudad sin una maldita prueba real.

Con las manos temblorosas, saco el móvil de mi abrigo y empiezo a fotografiar el interior del bolso y luego cada uno de los papeles que hay dentro.

Finalmente, dejo todo en su lugar y me largo de la habitación. No sé qué debería hacer ahora, pero puedo empezar por averiguar qué se hace en una situación como esta, porque las cosas se pueden poner jodidas en un abrir y cerrar de ojos y de alguna manera, siento que antes de actuar, es mi deber saber qué hacer con exactitud y no actuar por impulso.

Pincho el tenedor en la ensalada, el apetito ha desaparecido por completo, mi cabeza se ha quedado en algún lugar de aquella habitación hace unas cuantas horas.

Me la pasé pensando durante toda la mañana, si alguien me pregunta de qué habían ido las clases el día de hoy, no sabría qué mierda responder porque mi atención estuvo puesta en lo que encontré.

—¿Niño? —me llama Jac y yo lo escucho, pero estoy distraído, perdido. Él ladea el rostro y me mira preocupado, estira la mano sobre la mesa hasta tomar la mía—. Oye —me sacude la muñeca.

—Lo siento —digo sobresaltado volviendo al presente.

—Dime lo que sucede —demanda con un gesto de inquietud.

Y es allí donde está una de mis dudas, tal vez Reel tiene razón y debería confiar en él para contarle lo que me está pasando. Su intranquila mirada, que incluso transmite calidez, me hace querer exponer mi mierda y sostenerme de su mano mientras buscamos la solución, pero en lugar de hablar con él, me escucho diciendo otra cosa.

—Nada, solo estoy un poco cansado —lo cual no es del todo una mentira.

Jac arruga el ceño mientras me examina y puedo notar que no me cree ni un poco sobre lo que acabo de decir, pero no dice nada al respecto, entrelaza nuestros dedos y comienza a acariciar mi mano con el pulgar.

—Tienes dos trabajos y estudias, es entendible que estés cansado —comenta con desaprobación.

—Sí, bueno. Necesito el dinero —respondo cortante, quitando la mano.

El señor Hamilton mira confuso el lugar donde nuestras manos habían estado entrelazadas recientemente. Luego me fija con la mirada.

—Solo déjame darte ese dinero que necesitas, niño —ruega exasperado—. Estoy contigo, no tienes que hacerlo solo.

Escupo una risa carente de humor y mi desasosiego junto con el miedo, no están haciendo una buena combinación de reacciones.

—No voy a recibir tu dinero —espeto con desagrado—. Pensé que había sido claro la última vez.

Jac luce sorprendido por mi reacción.

—Estoy tratando de ayudar —masculla desorientado.

—Pues no lo estás haciendo —contraataco solemne.

Su fría mirada vuelve a estar presente y aunque no menciona una palabra, sé que está cabreado por mi mordaz respuesta.

Nos quedamos en silencio durante un largo tiempo. Tiempo que me ayuda a recapacitar sobre lo estúpido que me estoy comportando con este hombre que solo trata de hacer algo bueno por mí. Jac continúa con su comida sin dirigirme la mirada y no puedo evitar preguntarme cómo es que todavía no se ha levantado y marchado lejos de mí, porque seguro como el dulce Jesús, él tiene ganas de hacerlo y, sin embargo, sigue aquí soportando mi lamentable trasero.

Creo que estoy listo para disculparme cuando mi móvil vibra en el bolsillo de mi sudadera, lo ignoro por completo, tengo algo más importante que hacer, me acomodo en la silla hasta ponerme recto y el aparato suena nuevamente.

Bufo molesto y lo tomo para silenciarlo cuando un nombre en particular aparece en la pantalla.

George.

El alma me abandona y se me pone la piel de gallina al leer los dos mensajes.

¿Estuviste en mi habitación?

¿Quién es ese tipo?

Mi respiración comienza a fallar mientras que las manos me tiemblan. Jac mueve los labios como si estuviera hablándome, pero no puedo escucharlo, no puedo escuchar nada.

¿Cómo sabe mi padre que estoy con Jac?

No lo entiendo, comienzo a escanear el lugar, buscando algo que me explique ese último mensaje, y no es hasta que miro a través del ventanal, que lo comprendo.

Mi padre se encuentra parado al lado de un poste al otro lado de la acera, sus calculadores ojos están puestos en mí, tiene una mano en el móvil y la otra escondida detrás de su cinturón, donde sé que descansa su arma.

—¡Thomas! —Jac me sacude por los hombros haciendo que mis ojos vuelvan a enfocarse en él. ¿En qué momento se puso de pie y llegó hasta mí?—. ¿Qué sucede? —pregunta con exasperación—. Dime algo —suplica.

Inclino la cabeza para mirar a mi padre, pero ha desaparecido, y cuando Jac me pasa el pulgar por la mejilla, lo alejo de un manotazo.

—Yo... necesito ir al baño —balbuceo poniéndome de pie y corriendo lejos de él.

Cuando cierro la puerta a mi espalda, el móvil vibra en la palma de mi mano anunciando un nuevo mensaje.

Si no estás en casa en los próximos diez minutos, las cosas se van a poner feas.

Empiezo a caminar de un lado a otro pensando qué debería hacer. Dios mío, estoy tan jodido que el terror se ha instalado en cada fibra de mi cuerpo, mis lágrimas amenazan con caer y el nudo en la garganta me hace respirar con dificultad.

—Estás pálido, dime qué es lo que sucede, niño —espeta Jac, entrando al baño.

—Debo irme —anuncio pasando por su lado, pero me toma del brazo—. Suéltame, me tengo que ir.

—No vas a ir a ningún lado sin antes decirme que mierda pasa contigo —brama.

—Ya te dije que no pasa nada, solo necesito irme —me suelto de un tirón.

La postura de Jac es tan firme que me hace saber que esto no será fácil.

—No te creo.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Resulta que lo que sea que te esté pasando también es mi problema, te metiste en mi vida y estamos teniendo algo, así que empieza a hablar y dime qué mierda está pasando —decreta cabreado.

Esto no irá a ningún lado, mi vida está jodida y la vida de otras personas lo estarán si no me marchó en los próximos segundos. Observo al hombre frente a mí, su hermoso rostro luce disgustado y sus duras facciones destilan aflicción. Mis lágrimas caen en picada cuando comprendo lo que debo decir y hacer por el bienestar de muchas personas.

—T-tenías razón —me mira confuso—. Sobre esto... —nos señalo—, no tiene sentido, lo he pensado y ya no me siento cómodo al respecto —me aclaro la garganta para que mi voz no titubee.

—¿Qué dices? —musita atónito.

—Lo que escuchaste —me quito las lágrimas bruscamente—. Eres más grande que yo y siendo sincero... solo fuiste una manera de pasar el tiempo, quiero decir, era divertido molestarte, pero las cosas se están poniendo serias y no lo quiero de ese modo. Simplemente, quería probar mi punto de que no eres tan inalcanzable como pensé que lo serías.

La expresión en el rostro de Jac es algo que no olvidaré en mi maldita vida. Sus ojos desprenden asombro y desazón, él no puede creer lo que acabo de decirle y yo solo deseo correr y besarlo hasta quitar su tristeza.

—Niño —susurra dando un paso adelante.

Su voz quebrada me rasga el corazón, pero no puedo hacer una maldita mierda. Yo estoy condenado, sin embargo, no voy a dejar que él también lo esté.

—De todos modos, no iba a durar por más tiempo —cito sus palabras y eso es todo para que Jac retroceda un paso como si le hubiera soltado un puñetazo.

No sé cómo, pero cuando me doy cuenta, yo estoy corriendo lejos del lugar, dejando mi corazón junto al hombre del cual me he enamorado.

Capítulo 30

Jac

Tropiezo hasta sostenerme del tocador, echo un vistazo alrededor del lugar. Lugar donde Thomas y yo nos hemos besado por primera vez, un beso que me hizo anhelar más de lo que, alguna vez, quise.

Y ahora estoy aquí, tan confundido como dolido, porque el niño que yo pensé conocer, no es el mismo que había salido por esa puerta hace apenas unos segundos, con mi corazón arrugado en su mano.

Mi vida dio un giro inesperado por su causa y ahora vuelve a girar colocándome en el mismo sitio donde me encontró. Estoy confundido. Ilusamente, pensé que todo marchaba bien entre nosotros, quiero decir, he sido un imbécil en algunas ocasiones, pero pensé que estaba claro. Thomas se veía a gusto cuando estábamos juntos, ¿cierto? Tal vez no, quizás estuve tan hipnotizado con él, que no pude ver más allá de mi bienestar.

Miro mi imagen a través del espejo y cuando la desolación me consume, me odio por completo. Yo no soy esto y nunca lo fui, pero de nuevo, todo se trata de Thomas.

Él es como un huracán, arrastra todo a su paso, te encandila con esa sonrisa que te hace caer rendido a sus pies, pero cuando él pasa, no puedes poner resistencia aunque lo intentes. Te atrapa para consumirte y, eventualmente, destruirte.

¿Y yo? Por supuesto que no iba a ser la excepción.

Capítulo 31

Thomas

Sus fuertes dedos se hunden en mi brazo un segundo después de poner un pie dentro de casa, me arrastra por el pasillo hasta llegar a mi habitación donde me lanza sobre el suelo.

Se sube a horcajadas sobre mi delgado cuerpo mientras me clava las uñas en el rostro.

Mi padre grita, grita tanto que solamente escucho un chillido agudo. Sus ojos están inyectados en sangre a causa del enojo. Muchas veces lo vi furioso, pero no hasta el punto de sentir que iba a matarme.

Yo sabía que una vez que pisara este lugar, solo tendría dos salidas y, lamentable, ninguna de ellas es favorable para mí, pero la migaja de ilusión permanece latente.

—¡Estuviste metiendo tus narices en mi habitación! —grita a todo pulmón mientras el primer puñetazo impacta en mi mejilla—. ¡¿Has sacado algo?!

—N-no —respondo como puedo.

—¡Deja de tartamudear! —un segundo golpe va directo a mi pómulo y fue tan duro que me deja mareado—. ¡Maldita seas!

Levanto las manos en un ingenuo intento de cubrirme el rostro, entonces siento el líquido caliente rodar por mi mejilla.

—Detente, por favor —imploro.

—¿Qué hacías en mi puta habitación? ¿Has llamado a la policía? —vocifera.

Niego con la cabeza, mi voz se ha quedado estancada en algún lugar de mi cuerpo.

—¡Estás mintiendo! —se pone de pie—. ¿Quién era ese tipo? —pregunta refiriéndose a Jac.

Él tiene pase libre para molerme a golpes, pero jamás le diré el nombre de Jac.

—No era nadie —intento enderezarme.

—Mientes, asqueroso de mierda, seguro es uno de esos tipos con los que te acuestas por dinero —escupe con desagrado—. Mírate nada más, quién diría que tú podrías llegar a conseguir algo con ese cuerpo lamentable que tienes —se burla.

Nunca le he respondido a George, siempre he aceptado cada uno de sus insultos, incluso los más dañinos, pero tal parece que hoy existe una pizca de valentía en mí, o estupidez, si vamos al caso.

Lástima que no es el momento adecuado para sacar a relucir ese repentino sentimiento.

—Cállate —mascullo con lágrimas en los ojos.

Cuando las palabras salen de mi boca, me percató de lo estúpido que fui al pronunciarlas en un momento donde no poseo ni la más mínima ventaja de salir ileso.

—¡Hijo de puta! —exclama con aborrecimiento.

Después de eso, caigo en cuenta de que estoy condenado, sentenciado y, posiblemente, este sea mi límite.

Mi padre arremete contra mí, sus puños impactan en mi rostro, logrando que se me escapen aullidos de dolor, y cuando sus manos no son suficientes para darme mi supuesto merecido, su pie impacta de lleno en mi abdomen, me hago un ovillo en el suelo y me ordeno aguantar, porque no deseo morir de esta manera.

No quiero morir a los pies de este ser tan despreciable. No quiero morir en sus manos. No quiero entregarle mi último suspiro.

En realidad, no quiero morir.

No tengo claro cuánto tiempo pasa golpeándome, solo sé que de un momento a otro, mis ojos se cierran y el dolor es tan intenso, que me desvanezco y cuando vuelvo a abrir los ojos nuevamente, la habitación está a oscuras, mis párpados se sienten pesados y me cuesta moverlos, trato de levantar una mano para tocarme el rostro y cuando lo hago, suelto un gemido lastimero.

Hago un gran esfuerzo para poder sentarme sobre la superficie dura y solo hasta entonces, me doy cuenta de que todavía llevo la mochila puesta. Me la quito como puedo antes de arrastrarme hasta la cama donde caigo inconsciente minutos más tarde.

Es la segunda vez que abro los ojos después de la golpiza de mi padre, el cielo está oscuro. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tal vez es la misma noche en la que mi padre me golpeó hasta el cansancio o quizás ha pasado un día completo, no puedo saberlo con claridad.

Pongo un pie en el suelo mientras me agarro el abdomen.

—Dios mío —baluceo, luego de intentar ponerme de pie.

Me sostengo de la pared hasta llegar a la puerta, necesito llegar al baño. Cuando salgo al pasillo, escucho el sonido de muchas voces en la cocina, mi padre está en casa con algunas personas.

Cruzo el pasillo hasta meterme en el baño, hago mis necesidades y luego me detengo frente al viejo espejo incrustado en los manchados azulejos.

Doy rienda suelta a mis lágrimas cuando el reflejo que me devuelve me hace sentirme como el chico más despreciable del mundo. Mis mejillas están rasguñadas, mi pómulo hinchado y mis labios cortados. Tengo manchas de sangre salpicadas en mi cabello blanco y la camiseta gris está rasgada en el hombro izquierdo.

Me sobresalto cuando los hombres comienzan a reírse a carcajadas y ese es mi pase libre para volver a mi habitación. Cuando estoy adentro, busco una camiseta blanca y me la pongo como puedo. Mis costillas están rojas y rezo para que ninguna esté rota.

Me desplomo en la cama y cierro los ojos, necesito algún tipo de distracción que me lleve lejos del fuerte dolor que siento en mi cuerpo. Me quedo un tiempo esperando, hasta que me enfoco en imaginar cómo anhelo que sea mi vida si no estuviera en esta situación.

Desde luego que el señor Hamilton estaría en ella, es lo primero que viene a mi mente.

—Tu media sonrisa me hace ver las estrellas —musito a la nada, con una sonrisa triste y lágrimas acumuladas.

Y es que yo estoy listo para imaginar una vida con él. Eso es lo que hago para transcurrir esta noche agonizante, imaginar que estoy en otro lugar, otra situación, una vida sencilla suena como algo soñado.

Recuerdo a Sam y su cabello perfectamente peinado, extraño molestarlo hasta desordenarlo.

Visualizo a Zac y su hermoso rostro, recuerdo la primera vez que nos conocimos, sus ojos estaban tan perdidos como los míos y, maldita sea, eso me llegó al corazón.

La sonrisa de Nichi es tan radiante, que puedo sentir mis labios elevarse hasta imitarlo, porque la calidez que él emana, es una de las que te tienes que aferrar.

Suelto una risita cuando recuerdo el día en el que Isa me persiguió por todo el campus con la intención de pintarme el cabello de verde, alegando que hacía contraste con el color de mis ojos, y luego llegó Jerry para rescatarme, con sus rizos dorados que te deja encandilado.

Y más allá de la habitación se encuentra Reel, con su faceta de chica ruda, pero con un corazón de pollo. Esa chica que fue mi pilar desde siempre, esa chica a la que le debo mi vida y que, seguramente, nunca terminaré de agradecerle. Esa chica con la que compartimos cosas tan crudas, que no podemos decirlas en voz alta.

Giro el rostro sobre la almohada y lo veo a él, mi señor Hamilton, con su ceño fruncido y esos ojos que te hacen querer perderte en ellos. Él levanta un dedo y lo presiona sobre mi hoyuelo, sé la debilidad que tiene por esa parte de mi cuerpo, aunque él intente demostrar lo contrario. Aprieto con fuerza mis ojos tratando de que la alucinación se haga realidad, pero es imposible.

No sé cuánto tiempo estoy así, doblado de dolor, imaginando y creando escenarios que me

transporten a un lugar mejor.

Los rayos que entran por la pequeña ventana de mi habitación me impiden abrir los ojos con facilidad. Elevo un brazo para cubrirme la cara y me quedo un momento quieto, temiendo hacer un movimiento que ponga en alerta a mi padre.

Cuando estoy seguro de que todo parece bajo control, me siento lentamente sobre el agrietado colchón. Joder, me duele la cabeza como la mierda y mis tripas aclaman algo sólido para comer.

Visualizo mi mochila, sabiendo que siempre tengo alguna que otra golosina y cuando llego hasta ella, comienzo a buscar, pero en lugar de encontrar algo de comida, me encuentro con el móvil en mis manos.

Dios mío, cómo no me di cuenta antes.

Lo tomo con las manos temblorosas y en total alerta por si mi padre me atrapa. Cuando lo desbloqueo, me encuentro con muchas llamadas de mis amigos y de Lily, pero se me estruja el corazón al no ver ninguna de Jac.

¿Y qué esperaba? Si lo dejé, por supuesto que no vendría detrás de mí.

Muevo la cabeza para quitar esos pensamientos porque no es el momento. Entonces busco el número de Reel y presiono "llamar". Al tercer tono, me doy cuenta de que no responderá y yo no tengo más tiempo para seguir intentando, así que envío las fotos que tomé del bolso de mi padre acompañadas de un rápido mensaje que solo ella entenderá.

El ruido de las fuertes pisadas de las botas de George me hace lanzar el móvil por la ventana y esconder la mochila debajo de la cama.

Cuando pone un pie dentro de mi cuarto, la sangre me abandona y rezo para que no me haga nada. Su mirada espeluznante me hace contener el aliento y quedarme tan inmóvil como mi cuerpo me lo permite.

—En diez minutos nos largamos —espeta tajante—. No voy a quedarme aquí sin saber qué mierda hiciste con la información que tienes.

¿Irnos? ¿A dónde?

Pero cuando intento preguntar, él se ha marchado.

Capítulo 32

Reel

Camino de un lado a otro por el centro de la pista vacía del bar. Es demasiado temprano y yo estoy dando vueltas esperando que Claudia llegue.

Mis nervios están de punta y mi ansiedad a punto de hacer estragos en mi maldita cabeza. Levanto la mano para comprobar la hora en el reloj que descansa en mi muñeca.

—Ya debería llegar —trato de tranquilizarme.

El esmalte negro de mis uñas está todo salido y es comprensible, ya que he estado comiéndome las uñas por casi dos días.

Olvidé el móvil en la oficina de Claudia cuando tuvimos una reunión días atrás y después de eso, ella salió de viaje.

No tengo ni la más mínima idea de donde está Thom y a causa de mi dislexia, yo no puedo recordar su maldito número telefónico. Es tan raro que él desaparezca, lo he buscado en su casa un par de veces, pero siempre estaba George y Thomas me prohibió llegar cuando su padre estuviera. También en el campus donde estudia, pero es tan malditamente enorme que yo simplemente no pude dar con él.

Me estrujo la camiseta en el pecho, yo sé que algo le ha pasado y no tengo la más remota idea de qué hacer.

¿Cuál es el número de la policía? Me he preguntado una y otra vez, pero estoy tan asustada que mi inteligencia es escasa y me odio por eso.

—¿Reel? ¿Por qué estás llorando? —Claudia me toma del brazo.

Doy un paso atrás sobresaltada porque no la escuché llegar, su rostro destila preocupación y me observa confundida.

—N-necesito... mi móvil —artículo finalmente—. Está en tu oficina.

Claudia arruga la frente desorientada, pero asiente lentamente.

—Está bien, solo tranquilízate y vamos por él —propone.

Asiento muchas veces hasta que comenzamos a caminar por el largo pasillo que nos lleve a su oficina. Claudia me mira de soslayo.

Cuando estamos dentro, me abalanzo sobre el escritorio y empiezo a palpar por todos lados hasta

dar con mi móvil que ha quedado al lado de una pila de carpetas.

Lo tomo en mis manos, pero cae sobre el escritorio, ya que no tengo el control sobre ellas.

—Reel —me llama Claudia—. Debes calmarte —dice suavemente.

Parpadeo seguido para apartar las lágrimas y asiento.

—¿Puedes llamar a Thom? —suplico nerviosa, dándole el aparato, ella me mira con extrañeza—. Por favor.

—Claro —dice automáticamente mientras me quita el móvil de las manos.

Al mismo tiempo que ella se lleva el móvil al oído, yo elevo una súplica para que Thom responda y me diga que todo está bien, pero en el fondo tengo el presentimiento de que no sucederá y es por eso que mi corazón está a punto de colapsar.

—No responde —anuncia Claudia, repentinamente angustiada.

Cierro los ojos para tratar de calmarme.

—R-revisa si tengo algún mensaje de él —tartamudeo.

Ella indaga durante unos segundos y cuando suelta un jadeo estupefacto, confirmo que las cosas no van a estar bien.

—D-dímelo —demando, lista para lo que sea que vaya a venir. Claudia permanece muda, mientras continúa viendo la pantalla—. ¡Dime algo! —exclamo con desesperación.

Ella vuelve en sí y planta sus ojos en mí.

—Él... envió unas fotos y... un texto al final.

—Léelo.

Y cuando Claudia lee esas tres palabras, mi mundo se viene abajo.

Estoy al límite.

Solo él y yo sabemos lo que es estar al límite y aunque yo ya he estado allí, solo faltaba él y, malditamente, ese día ha llegado.

La vista se me nubla a causa de las lágrimas contenidas, mi cuerpo se siente pesado y cuando me doy cuenta, estoy de rodillas. Claudia me observa, me abraza y me quita las lágrimas que no paran de caer.

Y mi mente viaja al pasado, cuando encontré el primer hematoma en su cuerpo y yo juré protegerlo y cuidarlo por siempre y, ¿ahora? Él está en algún lugar sufriendo y yo estoy aquí, sin poder formular una puta palabra porque mi estupidez es superior a mi promesa de cuidarlo por siempre.

Recuerdo cuando Thomas me enseñó a leer, debíamos tener unos once años, yo estaba escondida en algún lugar del parque donde él hacía sus shows de malabares. Thom se desplomó sobre el césped y puso su desgastada mochila entre nosotros, luego sacó un cuaderno arrugado y con mucha paciencia y cariño, me enseñó a leer mi primera frase.

"Thomas es genial" había escrito.

Y después de ese día, supe que lo era.

No puedo perderlo, él es mi hermano, es mi familia y lo único que tengo en esta vida. Estaría perdida sin él.

—Llama a Jac Hamilton —decreto volviendo a la realidad.

—¿Qué? —balbucea Claudia.

—Llama a Jac Hamilton —repito, tomándola por los hombros—. Dile que Thomas está en peligro.

Capítulo 33

Jac

Mi vida había salido de su zona de confort en unos pocos días, la rutina siguió siendo la misma con la diferencia de que mi cabeza se quedó con Thomas el día que me dejó en el baño del restaurante.

Puedo afirmar con seguridad que siempre fui un hombre enteramente profesional, seguro en lo que hacía y jamás escuché quejas al respecto, hasta que el día anterior Gianni entró a mi oficina quejándose por un trabajo mal hecho.

Joder, eso no es propio de mí. Yo estoy tratando duramente el enfocarme y continuar con mi vida como si nada hubiera pasado, ilusamente, creí que eso sería posible, no contaba con que mi buen sentido común se encuentre en graves problemas.

—Papá —me llama Zac, poniéndose delante de mí.

—Lo siento —sacudo la cabeza intentando recordar si él ha preguntado algo—. ¿Decías algo?

Mi hijo me estudia de cerca, tratando de deducir el motivo de mi distraído comportamiento.

—Te decía que ya estamos listos en la biblioteca —anuncia antes de fruncir el entrecejo—. ¿Suced algo? Has estado distraído.

Decir distraído es un eufemismo.

—Mucho trabajo, eso es todo —me excuso engañosamente.

Zac planta una mano en la barra de la isla y me mira con desconfianza.

—¿Estás seguro? —asiento—. Bien, te dejaré descansar entonces. Samuel y yo podemos terminar el trabajo por nuestra cuenta.

Eso implica otra ronda de pensamientos pesimistas y, al diablo, no los deseo ni un poco.

—Estoy bien —aseguro—. No voy a perderme el dejarlos con la boca abierta —digo fanfarrón.

—Eres un presumido —espeto divertido.

Le paso un brazo por los hombros para guiarlo escaleras arriba, el estruendo de las escandalosas carcajadas de Nicholas me hace fruncir el ceño.

—Subamos antes de que ese loco que tienes por novio termine rompiendo algo —nos apresuro.

Zac sonrío dulcemente y, demonios, se siente tan condenadamente bien verlo contento, que no

me importa tener que soportar al insolente de su novio si lo tendrá tan radiante.

Cuando estamos dentro de la biblioteca de casa, me doy cuenta de que no solo está Nicholas, sino también el resto de sus amigos.

Excepto uno.

Me detengo detrás de un escritorio mientras cruzo los brazos sobre mi pecho, los chicos sonríen desbordando alegría y bienestar. Sus vidas parecen perfectas, y yo me siento ridículamente patético.

No es como si hubiera esperado sentirme tan contento con ellos como cuando estaba con Thomas, no es como si en algún momento hubiera pensado que duraría y que, con suerte, podríamos sacar algo bueno de esa cosa que teníamos, no es como si me hubiera ilusionado ni nada similar.

¡Jodida mierda!

Hice cada una de ellas y nunca me sentí tan idiota y herido. Me siento como un adolescente al que, por primera vez, le han roto el puto corazón. No es la primera vez que me recrimino haber caído bajo los encantos de aquel niño, pero vamos, tampoco digo que me arrepiento, aunque eso no quiere decir que no duela como la mierda haber sido solo un pasatiempo en su vida. Sin embargo, ni siquiera han pasado dos días y yo ya estoy en la miseria. Gianni tenía razón, estoy tan jodido.

—¿Alguien sabe algo de Miller? —pregunta Samuel, llamando mi atención.

—No, lo hemos llamado hasta el cansancio y no responde, eso es tan raro de él —comenta Isabella.

¿Thomas ha desaparecido? ¿Tendrá algo que ver con nuestra pelea? ¿Le habrá pasado algo?

Antes de comenzar a indagar, soy interrumpido.

—Lamento profundamente decir esto, pero te ves fatal, suegrito —se mofa Nicholas, caminando hacia mí.

—Tampoco te ves en mejores condiciones —contraataco fríamente.

—Pues tu hijo no piensa lo mismo —alardea sonriendo con sorna.

Estoy listo para ignorarlo y descubrir qué está pasando con Thomas cuando mi móvil suena en el fondo de mis pantalones vaqueros. Lo tomo pensando que puede ser algo del trabajo, pero cuando un número, al que no tengo en mis contactos, aparece en la pantalla, decido pasarlo por alto.

Nuevamente, intento guardarlo, pero entra otra llamada, Zac me hace una señal para que responda y sin ánimo de hacerlo, le hago caso para terminar cuanto antes con la insistente persona al otro lado de la línea.

—*¡Oh, gracias a Dios! Pensé que no respondería* —exclama una voz que no reconozco—. *¿Hola? ¿Señor Hamilton, está ahí?*

¿Quién carajo llama?

—¿Quién habla? —cuestiono tajante.

Zac y Nicholas me miran curiosos mientras que el resto de los chicos guardan silencio.

—*Soy Claudia* —hago silencio tratando de saber quién mierda es Claudia—. *Estoy en el bar con Reel, ella está muy angustiada y yo no sé qué hacer porque no comprendo, pero me pidió que lo llamara para avisar que Thomas está en... peligro, no lo entiendo...*

Después de que Thomas y la palabra peligro salen de su boca, yo no escucho nada más. El móvil impacta directo en el escritorio cuando me congelo en el lugar. Mi aliento se atora y mi cuerpo queda tan tieso como una piedra.

Estoy desorientado y tan confundido, pero no lo pienso dos veces antes de salir corriendo. Cuando puedo reaccionar, ya estoy bajando las escaleras mientras oigo varias pisadas detrás de mí.

—¡Papá! —Zac me bloquea el paso, su expresión preocupada me hace detenerme en seco—. ¿Qué está pasando?

—Thomas —susurro.

—¿Qué pasa con Thomas? —pregunta una voz que no puedo descifrar de quién se trata.

—Está en peligro y... me tengo que ir —digo de manera automática.

Jadeos de sorpresa se escuchan en la sala, pero sin dar más explicación, salgo por la puerta principal y justo antes de subir al coche, me quedo en blanco.

¿Dónde mierda se supone que debo ir? Mi cabeza comienza a dar vueltas, sintiéndome impotente. Busco el móvil entre mis ropas, pero no está.

—¡Joder! —grito.

No hay tiempo que perder, y justo cuando pienso que me quedaré por un largo tiempo parado como una estatua, recuerdo la conversación telefónica y que fue Claudia la que llamó, entonces debo ir a buscar a la amiga de Thomas.

—No vas a conducir en ese estado —sentencia Zac caminando en dirección a su Jeep.

No digo nada, lo sigo hasta subirme en el asiento del copiloto. Zac pone el vehículo en marcha sin mencionar una palabra.

El cuerpo me tiembla y siento como el control se desvanece, me asusto demasiado. Me tomo el rostro con las manos y me hundo en el asiento. Thomas está en peligro y lo peor de todo es que siempre lo supe y nunca hice nada para ayudarlo, aferrándome a esa estúpida idea de que él hablaría conmigo cuando estuviera listo.

La herida de ser usado y sus duras palabras quedan en el olvido cuando la agonía me invade, no quiero que nada malo le pase, incluso aunque él no desee verme. Yo... simplemente, no lo soportaría.

—Estoy confundido y no sé qué tiene que ver Thomas contigo —habla Zac y, sin poder mirarlo, mantengo la cabeza gacha—. Pero él nos necesita y todo va a estar bien, papá.

Malditamente, quiero creer que lo que dice es real.

Cuando el vehículo se detiene frente al lugar, bajo corriendo y me meto dentro. Disminuyo la velocidad cuando veo la angustia en los ojos de Claudia y Jesús, la desolación en la mirada de la amiga de Thomas es devastadora. Mi pecho se comprime y comprendo que no estoy preparado para lo que está por suceder de ahora en adelante.

Siento la presencia de los chicos a mi espalda y a Zac posicionarse a mi lado.

Cuando la amiga de Thomas me toma de las manos, suplicando que ayude a su amigo, siento el mundo caer porque nunca, ni en un millón de años, hubiera estado listo para escuchar la triste, dura y maldita vida que vivía mi niño. Y con cada palabra que sale de su boca, mi corazón se rompe en mil pedazos.

Cuando el pasmo disminuye, tomo su brazo.

—Llévame con él —mi voz sale tan quebrada, que es un milagro que pueda mantenerme de pie. Enfoco los ojos en Claudia y digo—: llama a la policía.

Y me marcho.

Rogando, rezando y suplicando para que no me lo arrebaten de las manos.

Capítulo 34

Thomas

La puerta principal está abierta mientras mi padre carga bolsos y bolsos en su vieja camioneta. Por supuesto que ninguno de ellos contiene ropa.

Estamos huyendo, en realidad, él está huyendo y me arrastra a su lado porque tiene miedo de que lo delate.

—Entra a la furgoneta —ordena posicionándose frente a mí.

Me sostengo el abdomen a causa de las secuelas que han dejado sus golpes. Doy un paso adelante, resignado, casi convencido de que, de ahora en adelante, mi vida no será más que miserable. No tengo idea hacia dónde me está llevando George, pero sé que está lejos de aquí, lejos de mis amigos y de estas paredes a las que llamé hogar durante muchos años.

Mi vida parece ser un total desperdicio, quiero decir, mi vida le pertenece a este hombre que se hace llamar mi padre mientras me mira con asco y repudio.

Él me está arrebatando los sueños, las ilusiones y alejándose de las personas que son mi verdadera familia. Es en este preciso instante en el que observo como el amor se me escurre entre los dedos y mi libertad se evapora, dónde la minúscula fibra de valentía me aprisiona, y es ese descubrimiento el que me hace querer escapar de una vez por todas.

—No voy a ir a ningún lado contigo —digo desafiante y, por primera vez en mucho tiempo, el temor que solía tenerle a este hombre, desaparece por completo.

—¿Qué acabas de decir? —brama, la furia lo atraviesa.

Estoy preparado para que esto llegue a su fin, le pertenecí durante mucho tiempo, pero ya no más. Esto acabará en este instante y, ¿siendo honesto? No me importa de qué manera, es esa decisión la que me tiene diciendo lo que siempre quise decir.

—No voy a poner un pie fuera de esta casa —aseguro con convicción, la adrenalina fluyendo por mi torrente sanguíneo.

—Cállate —mascula, encuadrando los hombros—. Súbete a la puta camioneta y puede que te perdone la vida.

—¿Callarme? —sonrío con sorna, sintiéndome imparable—. He permanecido callado durante años, pero eso se acaba de terminar, aquí, en este preciso momento. Si quieres que vaya contigo vas a tener que sacarme a rastras —doy un paso adelante, desafiante—. Pero te prometo que voy a luchar.

—¡Cierra la puta boca! —grita histérico dando un paso atrás, estupefacto por mi arrebató. Jamás, en toda mi vida, había enfrentado a George.

—Te odio —confieso, dibujando una sonrisa satisfactoria—. Te detesto, eres el ser más despreciable que conozco, has convertido mi vida en un martirio, sometiéndome a tu voluntad, haciendo que mis acciones giraran alrededor de ti, odio tener que llamarte padre y si hubiese podido elegir, no te habría escogido nunca —planto una sonrisa diabólica, de esas con las que él solía imponerse—. Me das asco, eres repugnante.

Siento que me quito una enorme mochila de encima, una que cargué durante muchos años. Hay tantas cosas que deseo gritarle, pero bien sé que no tengo tiempo porque cuando bajo de la nube de adrenalina, observo a George meter la mano detrás de su cinturón y levantar el arma para apuntarme.

Permanezco en mi lugar, no soy ingenuo y siempre supe que este momento llegaría y, a decir verdad, no tengo miedo. Sus ojos destilan rabia y descontrol, parece fuera de sí, un hombre desquiciado. Sus manos se mantienen firmes en el arma, no titubea ni por un segundo.

Él me odia. El sentimiento es mutuo. Sin embargo, para mi mala suerte, yo poseo las de perder.

—Dispara —lo reto, luego curvo mis labios con la sonrisa más aliviada y genuina que alguna vez pude dar, mientras que mis lágrimas caen—. Pero asegúrate de matarme porque no voy a volver a tu infierno —sus dientes rechinan al mismo tiempo que le quita el seguro a la pistola—. ¿George? No olvides que te odio más que ayer y si me dejas con vida, te odiaré más que hoy.

Escucho un estruendo que me deja en silencio y cuando la bala entra por algún lugar de mi cuerpo, siento mi carne siendo cortada y desgarrada, el impacto del proyectil me hace caer de rodillas.

Mi padre, el hombre que se supone que debe amarme y protegerme, me ha disparado a quemarropa. No obstante, no estoy sorprendido, porque siempre supe que esto terminaría así. Una sonrisa de tristeza se asoma en mis labios mientras mi respiración comienza a fallar.

Bajo la vista a mi cuerpo, viendo como la camiseta blanca se tiñe de rojo, levanto mis manos ensangrentadas mientras lucho por llenar de aire los pulmones.

La vida se me está escapando. Mi propia vida no me pertenecía, nunca lo hizo. Él acaba de firmar mi sentencia, tomando una decisión que no era propia. Cuando me desplomo de espalda, los últimos segundos pasan en cámara lenta. Puedo comprobar que no es cierto eso de que antes de morir miras tu vida pasar en una milésima de segundos, porque yo solo veo el rostro de las personas que se han ganado una parte de mi corazón, rostros que no olvidaré en la siguiente vida.

Mientras la agonía me invade y mis ojos se cierran, mi última imagen es la del hombre que me atrapó el alma.

Nunca quise convertirme en un superhéroe, tampoco quería que alguno viniera a rescatarme,

porque estúpidamente creí que podía solo. En cambio, siempre anhelé ser amado por alguien.

Y lo he conseguido.

Sonrío antes de que la oscuridad me atrape.

Capítulo 35

Jac

Un disparo.

Es lo que escucho cuando el vehículo se detiene frente a la casa de Thomas.

Corro, corro tan malditamente rápido que ni aun así logro llegar a tiempo porque cuando pongo un pie dentro del lugar, veo a un hombre con el arma en alto y con la vista perdida hacia abajo. Sigo en la dirección donde él posa sus ojos y deseo con todo mi ser, que esto sea la peor pesadilla de mi vida y que pronto pueda despertar.

Pero no, mi niño yace tirado en la vieja madera, inconsciente e indefenso, cubierto de su propia sangre. Después de eso, veo todo rojo, la ira, la impotencia, la desolación y el dolor me consume por completo, y mi cuerpo toma el control ante esos sentimientos.

Me abalanzo sobre el tipo que le dio la vida a Thomas, pero que también cree tener el derecho de arrebátarsela. Cuando lanzo el primer puñetazo, sé que le rompí algo de su rostro y cuando caemos al suelo y me subo a horcadas sobre él, lo golpeo tanto, que la sangre salpica en mi camisa.

Quiero matarlo, quiero arruinarlo por lastimar a mi niño, hacerle pagar por el infierno que le hizo pasar. Continúo golpeándolo mientras siento que alguien me tira hacia atrás, pero estoy cegado y enfocado en este despreciable hombre.

—¡Papá! —escucho finalmente, Zac me toma del rostro—. Para, por favor. Thom... Thom —balbucea.

El nombre de mi niño me saca de la bruma de furia y retrocedo. Me pongo de pie y corro hacia donde Thomas está tirado. Caigo de rodillas junto a su inerte cuerpo, su camiseta blanca está empapada en sangre y su cuerpo golpeado. Lo tomo del rostro con las manos temblorosas, pero él simplemente no reacciona.

—Niño —susurro tomándolo en mis brazos y su piel pálida y fría me hacen saber que no responderá—. Despierta, por favor —le paso una mano por el cuerpo, un torpe intento de detener la pérdida de sangre—. Mi niño —beso sus labios—. Abre los ojos, estoy aquí, te tengo. Estoy cumpliendo la promesa de atraparte, sólo quédate conmigo, te lo suplico. Eres fuerte y valiente, solo necesitas aguantar un poco más y te prometo que nadie volverá a lastimarte —beso su rostro una y otra vez, pero no despierta.

Zac me aleja cuando los paramédicos llegan, y por mucho que me niegue a soltarlo, debo hacerlo si es que con eso existe una posibilidad de que él viva.

—Iniciando compresiones...

Me quedo estático, no puedo creer que todo aquello esté sucediendo. Niego con la cabeza una y otra vez, parece irreal. Escaneo la habitación, buscando algo a lo que aferrarme que me haga saber que esto se trata de alguna ilusión desagradable porque así es como se siente.

Samuel yace de rodillas, tomándose la cabeza mientras su novio lo abraza, Isabella se aferra a Nicholas sin poder controlar sus lágrimas. La amiga de Thomas... se ve tan perdida como yo lo estoy. Y Zac llora en silencio viendo la desoladora escena a sus pies.

—¡Desfibrilador! —grita alguien, eso me trae a la realidad que me golpea de lleno y doy un paso atrás como si me hubieran soltado un puñetazo—. Uno... dos.. despejen —el sonido del aparato me lleva a cubrirme la boca con las manos, ahogando un sollozo—. Uno... dos... despejen.

Cierro los ojos y elevo una súplica al cielo. Pido, ruego y exijo que no me lo arrebaten. Las lágrimas me queman, la respiración se hace insoportable y el ardor en mi pecho solo se incrementa. Quiero arrancarme el corazón para dejar de sentir tanto dolor.

—Lo estamos perdiendo...

Y eso es todo lo que puedo soportar, el mundo se me cae a los pies y el corazón se me rompe en mil pedazos.

Lloro, lloro y lloro.

Lo perdí.

Me perdí.

Y no le dije que lo amo.

Capítulo 36

Jac

Flashbacks

Miro la hora en el reloj de mi muñeca y maldigo por lo bajo al comprobar que el niño está llegando tarde, nuevamente.

La puntualidad no es una cualidad que lo caracteriza, he perdido la cuenta de las muchas veces en las que hemos acordado un horario y termina llegando a otro.

Me apoyo sobre la parte frontal del carro mientras cruzo los brazos. Supuestamente, quedamos en encontrarnos para almorzar juntos y sin ánimos de entrar y esperarlo en una mesa, había decidido esperarlo fuera. Gran error.

Estoy a punto de abandonar la espera y entrar, cuando lo veo doblar en la esquina de la cuadra. Thomas camina de manera lenta y despreocupada, como si no estuviera llegando tarde y tuviese todo el tiempo del mundo.

Su cabello blanco brilla con los rayos del sol y eso lo hace ver como un ser mágico, hasta inalcanzable. Mi pecho se aprieta y mi estómago comienza a hacer esa cosa absurda de las hormigas o mariposas bailarinas. Joder, es tan raro tener esas sensaciones ridículamente románticas.

Cuando está cerca, se da cuenta de mi presencia y con una sonrisa en el rostro, camina a mi encuentro.

—Hola —dice dándome un vistazo para nada disimulado.

—Llegas tarde —lo acuso, colocando las palmas hacia atrás.

El chico arruga la frente con indignación, como si estuviera acusándolo de algo sumamente grave.

—Eres un exagerado, señor Hamilton. ¿Cuánto me he tardado...? ¿Cinco minutos? —intenta.

—Fueron veinte —aclaro cortante.

—Cinco, veinte, no veo la diferencia —mueve la mano quitándole importancia, luego se acerca hasta posicionarse entre mis piernas—. Me distraje un poco, lo siento.

Planta un ridículo puchero y, maldita sea, se ve pecaminosamente adorable.

—Siempre terminas distraído con cualquier cosa y, por ende, termino esperándote —bufa cansino.

—Mmm, ¿qué puedo hacer para recibir tu perdón? —pregunta con una sonrisa traviesa mientras arrastra sus dedos por mis brazos hasta cruzarlos detrás de mi nuca.

Como si algún día pudiese enojarme con él, pienso. Pero eso no quiere decir que no pueda utilizar esta situación a mi favor.

—Prueba basándome, tal vez de ese modo intente perdonarte —digo tratando de persuadirlo.

Thomas sonrío de oreja a oreja y acorta la distancia que nos separa para atacar mis labios en un beso volcánico, y cuando introduce la lengua para examinar detalladamente mi cavidad bucal, me hago consciente de que me está volviendo completamente loco.

Loco por él.

—Entonces... ¿He sido liberado de toda culpa? —inquieta sobre mis labios. Arrastra los suyos por mi mejilla.

Lo sostengo de la cintura y finjo sopesar la respuesta.

—No lo sé, todavía no estoy seguro —juego, besándole el hoyuelo, él suelta un suspiro de satisfacción.

—Oh, por favor, no te quedes con la duda y déjame intentarlo de nuevo. No me molesta en absoluto, de hecho, no me perdones nunca —declara entusiasmado antes de besarme.

Y así, puedo pasar mucho tiempo con él y las jodidas mariposas revoltosas.

—Vamos, señor Hamilton, relájate —planta una sonrisa perversa que me pone en total alerta—. Respira hondo y cuando estés listo, empezamos.

Sí, claro. Ojalá pudiera relajarme conociéndolo como lo hago.

—Cambie de opinión, vamos a intercambiar los lugares —hago el intento de salir, pero me agarra la mano—. Niño...

—No seas cobarde, ¿o es que acaso le temes a este pobre e indefenso chico? —pregunta fingiendo inocencia.

—De inocente no tienes una pizca —mascullo y luego suspiro resignado—. No entiendo cómo es que siempre te las arreglas para conseguir que haga lo que deseas. Joder, debo estar mal de la cabeza —me lamento.

Thomas se ríe y luego me besa la palma de la mano con dulzura, un gesto que me hace

cosquillas en la boca del estómago.

—Culpa a mi infernal encanto —es un total presumido.

—Sí, bueno, algún día voy a decirle que no a tu infernal encanto —trato de convencerme más a mí que a él.

—Lástima que ese día no es hoy —se mofa.

Frunzo el ceño, su arrogancia me pone los pelos de punta, pero al diablo, me fascina.

Tiro de nuestras manos entrelazadas y lo acerco para succionar su labio inferior, Thomas suelta un gemido bajo al mismo tiempo que intenta profundizar el beso, no obstante, me separo de golpe y él me regala un puchero.

Dios, es un caso perdido.

—¿Thomas? —pregunto firme al darme cuenta de que él continúa mirándome con deseo.

—¿Sí? —murmura.

Le paso el pulgar sobre los labios húmedos.

—Pon en marcha el maldito coche antes de que me arrepienta —sentencio, señalando el volante.

Thomas asiente antes de acomodarse detrás del volante de mi coche y se ajusta el cinturón de seguridad.

Dulce Jesús. Esto es una locura a la cual he accedido luego de unos cuantos besos que me volaron el puto cerebro.

—Muy bien, señor Hamilton, ponte el cinturón y confía en mi responsabilidad —aconsejo, sonriendo de manera radiante.

Sus ojos están inyectados en adrenalina y su mirada juguetona me hace reafirmar mi mala decisión y su nula consideración.

—Conduce despac... ¡Thomas! —pero ya es demasiado tarde, el maldito desgraciado acelera a fondo mientras deja escapar carcajadas.

Que Jesús se apiade de mí.

El movimiento de los chicos poniéndose de pie, me hace salir de la burbuja de recuerdos. Un poco desorientado, trato de deducir qué es lo que está pasando, luego veo al padre de Samuel y

caigo en cuenta en dónde nos encontramos. El doctor Clarson se acerca a la sala de espera, su atuendo de cirugía y el rostro cansado me hace helar la sangre, ni siquiera tengo el valor para ponerme de pie y escuchar lo que tiene para decir.

Apoyo los codos sobre las rodillas y dejo caer la cabeza fijando la vista al suelo, estoy a un segundo de salir corriendo por temor a recibir malas noticias.

Simplemente, no lo soportaría.

—¿Él está bien? —le pregunta Samuel a su padre, con la voz quebrada y llena de miedo.

El pesado silencio se instala en la habitación y yo no hago más que mover mis rodillas y esperar. Eso es lo que hemos estado haciendo por no sé cuánto tiempo.

—La bala no perforó ninguno de sus órganos —jadeos de alivio llenan la habitación y solo entonces me pongo de pie hasta acercarme a Carlos—. La cirugía para extirpar la bala fue delicada, ya que ha perdido demasiada sangre. Además de tener múltiples golpes en su cuerpo, Thomas tiene desnutrición grado uno, esto se basa en su mala alimentación y es por todo eso que le fue tan duro luchar por su vida.

—¿S-se pondrá bien? —pregunta esperanzada Reel.

—Todo depende de él, está muy débil y es posible que tarde en despertar, necesita recuperar fuerzas para hacerlo.

Los chicos se abrazan y lloran de alivio mientras se aferran a la esperanza.

Suelto el aire que he estado conteniendo. Él se pondrá bien, lo sé, y es todo lo que necesito para volver a respirar con tranquilidad, pero la angustia y el dolor persisten en cada fibra de mi ser, no es algo que pueda sacar en un corto período.

—¿Podemos pasar a verlo? —pregunta Nicholas.

—Pueden verlo a través del vidrio. Él necesita descansar.

Todos asienten. Pero yo no creo estar listo para mirarlo en ese estado. No creo poder soportarlo una vez más. Que sí, que se va a poner bien, pero el shock de casi perderlo, yace latente.

—Sabía que no volverías a casa, así que te traje algo de ropa para que te cambies —anuncia Gianni llegando a mi lado y extendiéndome un bolso.

—No voy a moverme de aquí —respondo.

—Jac —me llama—. Mira tus ropas, tus manos manchadas, ¿quieres estar en esas condiciones cuando Thom despierte? —me señala.

Solo entonces me doy cuenta de la mancha de sangre en mi suéter gris y cuando levanto las manos, la sangre seca me hace volver unas horas atrás y visualizo el cuerpo ensangrentado de mi niño en mis brazos.

—Papá, ve a cambiarte. No creo que a Thomas le guste verte así —agrega Zac a mi lado.

Resignado a hacer lo que me piden, tomo el bolso y me voy al baño para quitarme la evidencia de lo parece ser el castigo de mi vida.

Capítulo 37

Reel

Mi vida ha dado un giro inesperado en unas pocas horas, desde pasar los peores días de mi vida hasta las horas más agonizantes de mi vida.

Ver a mi mejor amigo desplomado bajo su propia sangre es algo que me acompañará por un largo tiempo, incluso puedo imaginar las futuras pesadillas. Tal vez no lo entiendas, pero cuando no tienes a nadie más que a una persona en el mundo y esa persona está a un suspiro de morir, tu vida se vuelve totalmente insignificante.

No me malinterpretes, no estoy hablando de dependencia, estoy hablando de estabilidad, porque todos tenemos esa persona que se convierte en nuestro cable a tierra, nuestra ancla y Thomas, es la mía. Es el hermano que me puso el destino y la única persona que me llevaría una puta flor al cementerio.

Hemos pasado muchos infiernos juntos, y hemos salido de cada uno de ellos, pero cuando vi su cuerpo inerte, temí no salir acompañada de este.

—¿Por qué nunca nos dijo nada? —rompe el silencio Samuel.

Todos estamos en la sala de espera, esperando que nos avisen para pasar a verlo, incluido su señor Hamilton, que no se ha movido más que para cambiarse de ropa.

—No lo sé. Yo tampoco lo comprendo —responde Nich, apoyando la cabeza en el hombro de Zac.

Zac tiene la mirada tan perdida como desolada. Nich toma su mano y la acaricia con el pulgar.

Isabella se sienta a mi lado y me tiende una taza de café, con manos temblorosas la recibo y murmuro un gracias, ella asiente.

Conozco a los amigos de Thomas como si fuesen mis amigos de toda la vida. Thom hablaba todo el tiempo de ellos y la personalidad que muestran ahora, es tal cual él lo dijo, sobre todo la de Sam, que no deja de llorar mientras que su novio le quita las lágrimas. Thomas siempre decía que, aunque Samuel intentara parecer rudo, era el más sensible, pero me pregunto si su devastación se debe a su sensibilidad o al cariño incondicional que le tiene a mi amigo.

—Él siempre se veía feliz y sonriente. ¿Cómo íbamos a imaginar que vivía esa horrible vida? —cuestiona Isabella, confundida.

Ninguno de ellos puede entender lo que había bajo la sonrisa de Thomas, bueno, excepto uno. Jac Hamilton.

Jac conoció todas las facetas de él y es por eso que luce como si estuviera a punto de vomitar sus tripas, se pregunta por qué no lo ayudó antes sabiendo que algo sucedía. Lo sé porque yo me pregunto lo mismo.

—Lo habríamos ayudado sin pensar —agrega Jerry.

—No lo entienden —digo de repente.

Todos me miran.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Isabella.

Me observan expectantes, desesperados por saber por qué Thomas no les dijo nada y tal vez no me corresponde decirlo, pero sé lo mucho que estas personas quieren a mi hermano y me siento en deuda con ellos.

—Thomas creció bajo el mando de ese desgraciado, toda su vida luchó solo para sobrevivir. Nunca se permitió tener amigos hasta que los conoció a ustedes. George lo perseguía todo el puto tiempo, entonces se enteró de ustedes y Thomas creó un escudo protector para recibir cada golpe como si fuera un jodido superhéroe.

—Nos hubiera dicho y nosotros...

—¿Qué? ¿Llamarían a la policía? No tienen idea de lo que es vivir en donde vivimos. Los uniformados no entran allí a menos que tengan las putas pruebas en las manos y las coordenadas exactas. Thomas no tenía nada que presentar en contra de su padre, ni siquiera los golpes, porque hasta que esa investigación tomara su curso, corría el riesgo de encontrar a algunos de ustedes con un tiro en la frente.

Los jadeos se hacen presentes y el entendimiento cruza por sus ojos. Jac me observa y me oprime el pecho al ver el desasosiego en sus ojos.

—¿Él tenía otro trabajo? —pregunta finalmente Zac.

—Sí. Había conseguido ser camarero en el bar donde trabajo.

—¿Necesitaba dinero? —dice Jerry.

—Sí. Él quería juntar una buena cantidad para contratar a un detective o algo de eso para buscar pruebas en contra de su padre. Sin embargo, él encontró pruebas ese mismo día en que su padre se lo llevó, me envió las fotos y todo se descontroló.

Algo parecido al entendimiento cruza por el rostro de Jac.

—Por Dios, todo lo que ha sufrido y nosotros no lo sabíamos, ¿qué clase de amigos somos? —se recrimina Sam.

Jac se pone de pie y lo imito.

—Tienen que saber que cuando una persona crece en un ambiente dañino, se niega a arrastrar a sus seres amados a su infierno. El Thomas que ustedes conocen es tan real como el Thomas dañado.

Jac se aleja de la multitud y lo sigo. Sé que él quiere decir algo, pero no lo dirá delante del resto. Uno: por respeto, y dos: porque ninguno conoce la relación que ellos tienen.

Llegamos al final del pasillo y se gira para enfrentarme.

—Ahora lo entiendo, ese día de nuestra pelea él recibió un mensaje que lo dejó descolocado. Le pregunté qué sucedía, pero se negó a contarme, entonces comenzó a decir que no quería que estemos juntos y...

—Era George. Seguramente lo estaba amenazando, quizá se enteró de su relación.

Jac se pasa la mano por el rostro. La irá haciéndose presente.

—Qué hijo de puta —masculla—. Debí haber insistido, obligarlo a que me dijera la verdad.

—Sabes perfectamente que no puedes hacer eso con Thom.

—Lo sé, pero sabía que algo estaba pasando y fui un imbécil al querer darle tiempo. Podría haber evitado todo esto, él estaría sano y salvo.

Agarro su antebrazo y elevo el rostro para mirarlo a los ojos.

—El "podría" ya no nos sirve, ni a ti, ni a mí. Lo único que podemos hacer es estar ahí para cuando despierte y enseñarle el mundo que él se merece. ¿No lo crees?

Jac asiente con lágrimas en los ojos.

—Es lo que más deseo.

Sí, suena como un buen plan.

Capítulo 38

Jac

Me cuesta encontrar su cuerpo entre tantos cables conectados a él. El pitido de las máquinas es un sonido que detesto con el alma.

La última vez que estuve en esta situación fue hace unos cuantos años, cuando mi hija dejó su vida en el intento y Zac luchaba por ella. Nunca pensé que volvería a estar en una situación remotamente similar, no creí tener tanta desdicha.

Pero tal parece que la vida misma me pone a prueba una vez más, la diferencia con la anterior, es que no estoy seguro si en esta ocasión tendré el valor de seguir adelante. ¿Cuántos golpes puede resistir una persona?

Agudizo la vista en mi niño, repasando cada una de las cosas que han pasado en las últimas horas. Siempre supe que Thomas callaba muchas cosas, pero nunca imaginé que sería algo como lo que había pasado y entre el tiempo que pasó desde que me enteré de su vida hasta ahora, no hago más que pensar en ello.

¿Por cuánto tiempo ha sufrido? ¿Cuántos golpes recibió? ¿Cuántas veces pasó hambre y frío? ¿Tendría que haberlo presionado para que me dijera? Lo único que hago es recriminarme por haber esperado a que él me lo dijera. Si lo hubiese obligado, todo sería distinto. Pero Reel tiene razón. No puedes hacer eso con Thomas.

—Ha pasado un tiempo desde que me sentí como si estuviera en una cuerda floja nuevamente — murmura Zac, sin quitar los ojos de la cama donde yace Thomas—. Pensé que había superado esta mierda y que no volvería a pasar por ella, pero evidentemente no es así.

La desolación en su mirada me comprime el pecho.

—Hijo...

Intento sacarlo de esa oscuridad de sentimientos, Zac ha luchado durante mucho tiempo para salir de allí, y que me arrastren al infierno si permito que entre de nuevo. Yo soy el adulto aquí, y con toda la renuncia del mundo, hago lo posible para poner mi dolor en segundo plano.

—Es un dolor en el trasero, ¿sabes? —señala con la barbilla hacia Thomas—. Un coqueto hijo de puta que todo el tiempo está molestando, es de esos amigos a los que de vez en cuando te dan ganas de estrangularlo, pero en el fondo lo amas con el alma —su voz suena apagada—. Cuando lo conocí, supe que algo pasaba con él, pero nunca volteé a ver de qué se trataba. Siempre estuvo para cada uno de nosotros, ¿qué clase de amigo soy si nunca me di cuenta de que necesitaba ayuda? Dios, lo conozco por años y...

—Basta, no vayas por ahí —lo tomo por los hombros y lo obligo a mirarme—. No podías

saberlo, ya escuchaste a su amiga, pero estoy seguro de que cuando despierte, él se encargará de hablar con ustedes.

—¿Y si no lo hace? —pregunta en un susurro ahogado—. ¿Y si lo perdemos como a mamá y a mi hermanita? —las lágrimas ruedan por sus mejillas.

Zac y yo compartimos el mismo miedo, ambos tememos perder a una persona más.

—Eso no va a pasar —le aseguro, y me encargo de dejarlo en claro para mí mismo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Él está muy débil.

Descanso la frente sobre la suya.

—Porque es un testarudo malicioso y porque nuestra vida no puede ser tan jodidamente trágica.

Zac suelta una risita y eso lo trae de vuelta. Permanecemos un momento en silencio, abrazados, consolándonos mutuamente y dándonos ánimos que nos aseguran que Thomas pronto se pondrá bien.

—Entonces... ¿Ustedes están saliendo? —pregunta con curiosidad, separándose de mí.

Joder, con todo lo que pasó, he olvidado ese detalle, pero supongo que es hora de hablarlo.

—Algo así —digo lento, midiendo su reacción.

Zac me estudia de cerca, su rostro inexpresivo no me dice nada y únicamente me queda rogar para que no esté pensando lo peor.

—Es raro —confiesa. Lo miro expectante—. ¿En qué momento sucedió? Quiero decir, tú y él no son compatibles, no comprendo cómo es que eso pasó.

Bueno. Ya somos dos.

—¿Estás enojado? —me atrevo a preguntar.

—No —niega sin pensarlo—. Como si pudiera enojarme con él en estos momentos, aunque no deja de ser extraño.

¿Extraño? Es una buena palabra en comparación a otras que podría haber utilizado.

—De acuerdo —digo sin saber qué más decir. Las cosas se tornan incómodas.

—Él se pondrá bien —asegura con convicción—. Y va a darme mucha mierda por esta relación que están teniendo, lo sabes ¿no?

Por supuesto que lo hago. Y siendo honesto, prefiero una y mil veces escuchar sus burlas malignas antes que verlo en silencio.

—Claro que lo sé.

—Bien, iré por unos cafés para que me pongas al tanto sobre cómo comenzó su relación. Necesito saber absolutamente todo —pone una mueca de disgusto—. Debo prepararme mentalmente.

Zac se marcha murmurando unas cuantas cosas. Muevo la cabeza aliviado, al menos sé que él no enloquecerá con mi relación con Thomas.

Sí, relación.

Porque no lo dejaré ir.

—Despierta, mi niño —lo observo por última vez, con los sentimientos flotando en el aire y anhelando tenerlo a mi lado.

Y cuando despierte me encargaré de cuidarlo porque aunque él me haya apartado, sé que siente algo por mí.

Sus ojos nunca mintieron.

Capítulo 39

Thomas

Logro escuchar una lejana melodía en algún rincón de mi mente. La cabeza me palpita, mi cuerpo se siente entumecido y mi respiración es dolorosa. Todo lo que puedo ver es oscuridad, mis párpados están pesados y por más que intente abrirlos, me resulta sumamente complicado.

No sé si estoy acostado, de pie o de cabeza, mis músculos están débiles y no tengo idea de dónde proviene esa persistente punzada de dolor.

De un momento a otro, intento pensar en dónde me encuentro, al mismo tiempo que lucho por abrir mis ojos. No sé cuánto tiempo estoy batallando hasta conseguirlo, pero cuando lo hago, la fuerte luz en el techo me deja encandilado.

¿Dónde estoy?

Todo lo que puedo ver es de color blanco, desde la luz hasta las paredes, deseo moverme y tratar de formular alguna palabra, pero cuando lo intento, un fuerte dolor me recorre de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —¿Reel? La chica aparece en mi campo de visión. Su cabello cae sobre mi rostro y sus gritos provocan que el dolor de cabeza incremente—. ¡Enfermera! —de repente ella desaparece.

—¡Por fin despertaste! —exclama Jerry llegando a mi lado.

Un minuto después, una mujer de mediana edad aparece y se inclina sobre mi cuerpo. Me pone una almohada en la nuca y me ayuda a incorporarme un poco. Tengo una vista mucho mejor desde este ángulo. Reel me mira ilusionada al pie de la cama mientras que Jerry la toma del brazo, mis ojos recorren al hombre que entra en la habitación, al que reconozco como el señor Clarson.

—Thomas —me saluda con un gesto cariñoso, posicionándose a mi lado—. ¿Cómo te sientes?

Como la mierda, quiero responder, pero fallo en el intento cuando las palabras quedan atoradas en la garganta, siento como si tuviera un buen poco de arena en ella.

—Te ayudaré a beber un poco de agua, cielo —anuncia la mujer sosteniendo un vaso frente a mí.

Después de haber saciado mi sed, observo a mis amigos, tratando de entender qué está pasando y por qué me encuentro en un hospital.

—Tranquilo, no te esfuerces —dice el padre de Sam, aparentemente leyendo mi pensamiento—. Tómallo con calma, ¿cómo te sientes? —intenta nuevamente.

—Fatal —balbuceo.

—Es normal. Tus signos vitales están estables, solo necesitas descansar para recuperar un poco de fuerza. Dime, Thomas, ¿sabes quienes somos?

Asiento poquito, claro que sé quienes son. Reel se acerca a mi lado y me toma de la mano.

—Bien. Voy a hacerte otra pregunta, pero no necesitas explayarte, solo responde lo necesario, ¿de acuerdo? —asiento una vez más—. ¿Recuerdas por qué estás aquí?

Arrugo la nariz, un movimiento que ocasiona un tirón en mi pómulo, seguramente, lastimado.

Me quedo en silencio un momento, forzando mi mente para poder construir alguna escena que me dé a entender el motivo por el cual acabé aquí. Justo cuando una punzada de dolor me atraviesa en el costado de mis costillas, varias imágenes llegan a mi cabeza, como una lluvia de momentos tormentosos.

Llegando a casa, los golpes de George, las noches sin dormir, los mensajes que le envié a Reel, el enfrentamiento...

El disparo.

La oscuridad.

—Mi padre... —musito, poniéndome en alerta.

—Está en la cárcel... —trata de explicar mi amiga, pero el doctor Clarson la detiene con la mirada—, lo siento.

La conmoción me inunda por completo.

—Creí que iba a morir —susurro.

—Ahora estás con nosotros y nos ocuparemos de tu recuperación —aclara el doctor y luego mira a mis amigos—. No quiero que lo agobien, ya tendrán tiempo para charlas, él necesita descansar —ordena de manera severa a lo que ellos asienten—. Bien, volveré en un rato.

Cuando el señor Clarson se marcha, la enfermera se encarga de revisarme mientras mis pensamientos quedan colgados y atrapados en el último recuerdo que poseo.

¿Mi padre está en la cárcel? ¿Mis amigos están bien? ¿El señor Hamilton? Me pongo a la defensiva mientras mi cuerpo comienza a temblar. La mujer se marcha y aprovecho para pedir información.

—¿Cómo están todos? —digo tartamudeando.

—Estamos bien, deja de preocuparte por nosotros y preocúpate por tu recuperación —dice Jerry, pero nota mi poca conformidad—. Todo se acabó, Thomi.

Parpadeo muchas veces. Es difícil pensar que mi tormento se ha acabado cuando toda mi vida pensé que eso sería algo casi imposible. Contemplo a Reel, quien me mira con los ojos vidriosos y luego asiente a lo que dijo Jerry. Ni siquiera entiendo cómo es que él está al tanto de mi padre.

Eso es todo lo que necesito para derrumbarme y poder soltar las lágrimas contenidas. Parece ser que mi mala vida ha terminado, todos están a salvo, incluyéndome. Me siento condenadamente feliz.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cinco días —responde Jerry.

Es decir, pasaron cinco días desde que conocí la libertad.

—P-parece irreal —murmuro, conmovido.

—Puedo prometer que esto es totalmente real —asegura Reel, besando mi frente.

Me quedo unos minutos procesando la reciente noticia hasta que quiero indagar sobre cómo es que eso llegó a suceder.

—¿Cómo pasó?

—Carlos dijo que debes descansar, Thomi —me recuerda el principito.

—Por favor —suplico.

Ellos se miran, debatiendo si deben decirme o no, y cuando optan por la primera opción, yo ya estoy listo para saber como logré conseguir mi tan deseada libertad.

Cuando Reel llega al final de la historia, mi corazón tiene sentimientos encontrados con respecto a cierto hombre al cual le hice daño y aun así, estuvo para ayudarme.

—Nunca voy a olvidar esa escena, ¿sabes?—divaga mi amiga, mirando un punto perdido—. El señor Hamilton estaba allí, desplomado a tu lado, sosteniendo tu cuerpo como si temiera perderte, aferrado a esa minúscula esperanza de que abrieras los ojos. Te sostenía tan jodidamente fuerte que era doloroso de ver.

Las lágrimas caen en picada al imaginar tal escena y no puedo evitar pensar en que si yo hubiera estado despierto, no habría soportado verlo sufrir por mi causa.

Jerry me seca las lágrimas mientras me acerca un vaso con agua.

—No se ha separado un minuto de ti en estos días —comenta el rizado—. Hace un par de horas tenía una reunión importante, por lo tanto, Reel y yo logramos convencerlo de que se marchara, pero estoy seguro de que en unos minutos él entrará por esa pue...

Las palabras de Jerry quedan flotando en el aire cuando la puerta es abierta de manera abrupta y el hombre más hermoso del mundo pasa por ella.

—Niño... —susurra con un suspiro.

Y como por arte de magia, mi mundo comienza a tener sentido en un puñado de segundos, cuando su presencia es más que suficiente para que me sienta el mismísimo rey del universo.

Puedo ver por el rabillo del ojo a mis amigos abandonar la habitación, dejándonos a solas. Jac se acerca de manera pausada y sin quitarme los ojos de encima, como si temiera desviar la mirada y que yo desapareciera.

—Hola —murmuro cuando llega a mi lado.

Las descontroladas lágrimas no dejan de caer y me siento como si Jac me hubiese bajado la luna a mis pies.

Necesito que se acerque, que me toque, que me abrace y poder explicarle muchas cosas, pero tal parece que no estamos de suerte, ya que somos interrumpidos por un bullicio entrando a la habitación.

Jac frunce el ceño mientras voltea a ver qué sucede y lo primero que veo son globos. Demasiados globos.

—¡El bello durmiente finalmente despertó! Estoy tan feliz —exclama Nichi, lanzándose sobre mí, dejando los globos de lado.

Suelto un gemido de dolor cuando su efusividad me aprieta el costado.

—Ten cuidado —decreta Jac, sosteniendo su brazo hasta apartarlo de mí.

—Oh, alguien se puso posesivo —se burla. Joder, mis mejillas se calientan.

La habitación se llena de un silencio sepulcral y yo únicamente me enfoco en una persona en particular.

Zac.

Según lo que me contó Reel, mi amigo ya sabe de lo que teníamos Jac y yo, pero no estoy seguro de qué tanto. Han pasado muchos días y, seguramente, ellos han hablado, pero su rostro inexpresivo no transmite nada.

Gracias a Dios, Isa llena el silencio pesado.

—Estamos felices de que te encuentres mejor —se acerca para acariciar mi rostro—. Ahora vamos a cuidar de ti.

—Gracias —sonrío conmovido.

La tercera persona en acercarse es Sam, quien luce demasiado cansado como para acomodar su despeinado cabello.

—Tu cabello se ve horrible —confieso, con un nudo en la garganta y queriendo sonar normal, cuando en realidad deseo derrumbarme frente a ellos.

—No eres la persona más adecuada para decir eso —se burla, aunque su sonrisa no le llega a los ojos, luego me pellizca la punta de la nariz y deja caer una solitaria lágrima. Me pregunto si cuántas ha derramado a lo largo de estos días—. Si vuelves a darnos un susto como este, voy a patear tu lamentable trasero, Miller —amenaza, colocando su faceta de chico rudo.

—Promesa —digo con pesadumbre.

El último en acercarse es Zac, que también parece haber tenido días mejores y la mirada preocupada de Nichi, me hace saber que mi amigo no la pasó bien. No puedo evitar reflexionar en qué estará pensando acerca de su padre estando conmigo.

¿Es ese el motivo por el cual se ve afligido?

—Todos aquí saben que siento una especie de disconformidad y abatimiento con el de arriba —dice, refiriéndose a Dios—. Nuestro vínculo no es agradable, me ha quitado más de lo que merecía y lo he maldecido más veces de las que me atrevo a aceptar, pero en estos últimos días, me encontré siendo un cínico total, rezando y pidiendo por ti cada maldita noche, como si nunca le hubiese recriminado un par de cosas —confiesa, revolviendo mi cabello, mis sollozos incrementan—. Creo que nuestra relación va mejorando.

Solo asiento, porque es la única cosa que puedo hacer ante tales palabras. Jac palmea el hombro de su hijo y yo no logro hacer más que agradecer por tener a estas maravillosas personas en mi vida. Personas a las que le estaré eternamente agradecido.

Y mientras los veo charlar y reírse a causa de la felicidad que desprenden, siento que es demasiado para mí. Tal vez sea por el hecho de que nunca tuve nada, pero saber que estuvieron tan preocupados y ahora felices por mi causa, me hace querer ser una mejor persona para merecerlos a cada uno de ellos.

Luego de que el señor Clarson venga a sacarlos a todos, excepto a Jac, los chicos se marchan, asegurando regresar al día siguiente.

Mis ojos están pesados y mi cuerpo cansado, pero he esperado mucho tiempo para estar a solas

con Jac, no voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Déjame acomodarme esto —se inclina sobre mí para mover la almohada y cuando intenta alejarse, lo tomo de la mano.

—Siéntate aquí —le doy palmaditas a la orilla de la cama.

—Necesitas descansar, niño.

—Lo haré, pero antes necesito decirte algo... —Jac parece dubitativo, pero luego de un momento, se sienta y me mira expectante—: yo... lo que dije ese día, mi padre me amenazó...

—Está bien. Ya habrá tiempo para hablar...

—Necesito hacerlo —suplico—. Él me envió unos mensajes y enloquecí, no quería que te lastimara. George estaba al otro lado de la acera y...

—¡Hijo de puta! —exclama, tratando de ponerse de pie, pero lo agarro.

—Sé que Reel estuvo hablando con ustedes y que están al tanto, sin embargo, necesito aclarar esto. Tú no eres insignificante para mí. Al contrario, eres una de las personas más importantes que tengo en este momento.

Jac me estudia un momento, siento mi expresión afligida, sé que hay muchas cosas de las cuales debemos hablar, pero en este momento, lo único que necesito es que él entienda cuán significativo es para mí.

—Supongo que en el fondo lo sabía —responde finalmente. Su expresión de suficiencia me hace esbozar una sonrisa.

—Arrogante.

Jac curva los labios logrando que mi corazón estalle en mil maravillosos pedazos. Luego se acerca hasta inclinarse sobre mi rostro, su aroma adictivo inunda cada parte de mí. Dios, extrañé tanto su olor que no me molestó en ocultarlo, por lo tanto, tomo una respiración profunda y lo inhalo tanto como mis pulmones ceden.

Él levanta una mano y me acaricia el rostro, solo hasta este momento me percaté de las pronunciadas ojeras bajo sus claros orbes, su expresión cansada me hace sentir consternado.

Jac hace lo que tanto esperé desde que abrí los ojos, aprieta sus labios sobre los míos y me regala el beso más dulce y sentimental que alguna vez recibí. Las mariposas en el estómago no hacen más que revolotear como locas.

—Me gustaría contarte muchas cosas sobre mi vida para que puedas entender mi situación.

—Lo harás. Nos sentaremos en mi balcón, mirando el jardín repleto de flores que sé que te gusta y te escucharé mientras sostengo tu mano —promete—. Pero de momento, debes descansar —murmura sobre mis labios, como si no quisiera separarse y, demonios, yo estaré feliz de vivir aquí por el resto de mis días.

—Acuéstate conmigo —pido, agarrando su mano.

—No, no quiero lastimarte.

—Por favor —suplico—. Esta cama es enorme. Te necesito a mi lado.

Él aprieta un beso en mi hoyuelo antes de mirarme con resignación. Se quita la chaqueta y la corbata, sigo cada uno de sus movimientos a la espera de tenerlo cerca. Y cuando se mete en la cama para posteriormente acurrucarse a mi lado, comprendo lo que es sentirse en la gloria.

—Esta habitación es ridículamente grande —elevo la barbilla para mirarlo—. Parece una suite presidencial. Eres un exagerado, ¿lo sabes? —comento divertido.

—Qué puedo decir, quería que estuvieras cómodo.

—Claro, porque me divertí tanto estos días —digo con sarcasmo.

Jac deposita un beso en mi frente y se asegura de abrazarme sin lastimarme.

—Listillo.

Dejo escapar una risita, logrando que una punzada de dolor me moleste el costado.

—Jac —lo llamo.

—¿Mmm?

Existen tantos sentimientos por confesar.

—Soy un chico suertudo.

Jac me mira con cariño.

—No tienes idea de quién tiene mayor suerte —dice con convicción. Apoyo la cabeza en su pecho—. Ahora duerme un rato, mi niño.

¿Mi niño?

Él ha dicho mi niño.

Y esta vez, las benditas mariposas tienen un banquete.

—¿Estarás aquí cuando despierte? —la pregunta sale como una petición sin censura.

—Siempre.

Siempre: mi palabra favorita.

Capítulo 40

Jac

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —me pregunta una vez más.

—Me has preguntado lo mismo unas diez veces en los últimos cinco minutos —le recuerdo, invocando la inexistente paciencia que me caracteriza.

—Simplemente, no quiero que Zac se sienta incómodo al quedarme en su casa —confiesa avergonzado—. Ya sabes que puedo ir a casa de Sam.

Hemos tenido esta conversación desde el día anterior cuando nos dijeron que Thomas podría regresar a casa al día siguiente. En parte entiendo su malestar. Joder, no es como si yo estuviera de lo más relajado.

Supongo que lo peor ya ha pasado, pero eso no significa que de ahora en adelante, las cosas se volverán fáciles para todos, empezando por el hecho de que estoy llevándolo a casa, donde también vive su mejor amigo, mi hijo.

No estoy seguro de cómo tengo que llevar ese pequeño detalle, de lo único que estoy convencido es de que no voy a dejar a Thomas por su cuenta y tampoco planeo incomodar a mi hijo. Me resta crear un balance entre ambas circunstancias. Algo malditamente difícil.

—Zac habló contigo ayer, niño, no tienes que preocuparte por eso.

—Ya, pero no parecía convencido —musita con una mueca.

Me acerco hasta la cama donde se encuentra sentado. El color en las mejillas ha vuelto y las ojeras desaparecieron, pero la vulnerabilidad que transmite su mirada sigue firme.

—Deja de hacerte el prudente, Miller —acusa Zac, entrando a la habitación—. Te dije que no hay inconveniente en que te quedes en casa, lo has hecho ciento de veces y sin ser invitado.

—Lo sé, pero esta vez es diferente —puntualiza dubitativo.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora te estás follando a mi padre? —ataca.

Y a eso me refiero cuando digo que las cosas no van a marchar viento en popa. La habitación se pone terriblemente silenciosa. Zac cruza los brazos a la defensiva y Thomas no parece para nada molesto o intimidado por aquel comentario mordaz.

—Bueno, en teoría, todavía no me lo he follado —aclara de manera despreocupada.

El rostro de Zac se transforma de desafiante a desafiado.

—¡Vete al diablo! —vocifera antes de abandonar el lugar.

Volteo hacia Thomas, quien eleva los hombros inocentemente, como si no hubiera dicho absolutamente nada.

—No me mires así, lo dije sin querer —se excusa con una mirada angelical.

—¿Se supone que debo creerte? —él asiente con la cabeza y luego dobla el dedo índice indicando que me acerque.

Cuando estoy frente a él, deposito un beso en su frente y una vez más, afirmo que no existe situación en la que yo termine enojado con este niño.

—Permiso —interrumpe la enfermera entrando con una silla de ruedas—. Todo está listo para que te marches.

—¡Oh, gracias al cielo! —exclama Thomas.

—Aquí tienen las instrucciones con los medicamentos y los horarios —me tiende los papeles—. Y si todo marcha en orden, te veremos la próxima semana en tu cita con el doctor.

—Gracias —susurra con una sonrisa.

—De nada, cariño, ahora vamos a colocarte sobre la silla —anuncia antes de acomodarla.

—No hace falta, Jac me va a cargar al estilo princesa —sonríe burlón.

—Sí, eso no va a pasar —digo tajante.

—Pero...

Y antes de que pueda protestar y, seguro como el infierno, convencerme, lo callo con un beso y mientras lo cargo hasta la silla, escucho a la enfermera soltar una risita.

Capítulo 41

Thomas

—Esto es increíble —digo estupefacto en cuanto ponemos un pie en lo que sería mi habitación provisionalmente.

No sé si es enorme o pequeña, pero para mí es simplemente perfecta. Y en lo único que enfoco la vista es en el amplio ventanal que me lleva a un pequeño balcón.

—¿Esto está bien para ti? —pregunta Jac a mi lado, sosteniéndome de la cintura.

—¿Bromeas? —digo eufórico—. Nunca en mi vida he tenido una cama tan jodidamente grande. Ni siquiera una habitación remotamente decente y ese ventanal... ¡Por Dios! Es hermoso. Podría pasarme la noche entera mirando las estrellas.

Mi sonrisa es de oreja a oreja y me siento como un niño al que le han obsequiado una paleta por primera vez.

Cuando el silencio se instala en el aire, levanto el mentón para mirar a Jac y cuando noto que sus ojos destilan lástima y compasión, mi sonrisa se desdibuja y la sustituyo por una avergonzada mueca.

—Yo... lo siento —balbuceo.

Hago el intento de zafarme de su agarre, demasiado abochornado para tenerlo cerca, pero se aferra a mis caderas y luego de dejar mi mochila al pie de la cama, me encara.

—No tienes que disculparte, estoy contento de que te haya gustado la habitación porque yo mismo la preparé para ti —un nudo se instala en el fondo de mi garganta—. Puedes quedarte el tiempo que quieras —presiona el dedo índice en mi mentón y susurra sobre mis labios—: puedes pedir lo que sea y te lo daré, incluso puedes pedirme un jodido castillo que yo lo construiré para ti.

Cierro los ojos porque el momento es mágico. Cuando tienes a una persona que está dispuesta a bajar la luna y las estrellas por ti, parece demasiado irreal para ser cierta, pero cuando Jac besa mis labios, sé que soy de esas personas increíblemente afortunadas.

—Vamos, tienes que descansar.

—Estoy bien, pero necesito darme una ducha —hago una mueca, no soporto sentir como si todavía estuviera en el hospital.

—De acuerdo, voy por tus cosas —anuncia Jac, entrando al vestidor.

Oh, no, mis cosas no.

Arrugo la nariz y le ruego al más allá para que encuentre algo más o menos decente porque maldita sea, mis ropas son todo menos presentables y no quiero sentirme avergonzado nuevamente.

—Tengo lo que necesitamos —sale del vestidor con un pijama que no reconozco—. Vamos al baño.

—Eso no es mío —apunto a su mano.

—Lo es, lo compré para ti —dice como si nada.

Abro la boca para decir algo, pero la vuelvo a cerrar. El rostro ilegible de Jac me hace flaquear un momento y cuando comienzo a caminar en dirección al vestidor y él intenta detenerme, levanto la mano para que me deje continuar.

Cuando pongo un pie dentro del lugar, no estoy seguro si debo agradecerle o mandarlo por el camino que lo llevará directo a la mierda porque la cantidad de ropa que ha comprado, es en exceso.

Giro a verlo entre indignado y asombrado, pero su cara de póquer y su expresión de suficiencia, me deja en claro que no le importará un carajo mi protesta y yo no sé si deseo besarlo mucho o patearle el trasero.

—Jac... —comienzo.

—Reel lo escogió. Ella sabe tus gustos —se defiende.

—¿Pretendes que me enoje con ella por algo que hiciste tú? —digo lentamente.

—Sí —contesta sin dudar.

—Jac, no me parece correc...

—No te molestes, niño, no tiene sentido. Las cosas ya fueron compradas y ahora son tuyas, por lo tanto, es en vano armar un problema que no tiene solución alguna, así que mueve tu culo y vamos a darte una ducha —termina rotundamente, dando por finalizado el tema.

Y aunque yo sé que algunas veces puedo persuadirlo, también lo conozco lo suficiente para saber que cuando él se mantiene firme, no existe poder humano para moverlo y, ¿siendo honesto? Se siente bien verlo en su faceta de hombre mandón.

No me gusta que gaste dinero en mí y tampoco quiero que alguien piense que yo busco algo como eso, porque demonios, no es así.

Permanezco en silencio mientras nos metemos al baño. Me apoyo en el tocador a mi espalda y observo como Jac se desplaza ágilmente, sus pantalones vaqueros se amoldan a sus largas piernas y la camiseta negra arremangada que lleva puesta es la perdición para cualquiera que lo vea.

—¿Vas a ducharte conmigo? —más que una pregunta sale como una súplica.

—¿Eso quieres? —pregunta. Asiento al instante—. Bien.

Siempre supe que Jac es un hombre realmente guapo y excesivamente caliente, pero cuando se quita la camiseta y visualizo su torso desnudo por primera vez, esos buenos adjetivos que le había adjudicado se quedan cortos, y no puedo evitar pensar si es que existe alguna palabra para poder describirlo.

Sus anchos hombros, su piel brillante y bronceada, sus pectorales cincelados, sus abdominales marcados y la fuerte V marcada en la ingle, me dejan en claro que será una completa locura tener a este hombre cerca y no poder disfrutarlo como anheló.

—Deja de mirarme así o vas a tener que ducharte solo —advierte entre dientes.

—No es mi culpa que seas excesivamente caliente.

El señor Hamilton mueve la cabeza al mismo tiempo que dibuja una media sonrisa en su apuesto rostro. Luego se acerca para ayudarme a quitar la ropa. Suelto un gemido de dolor cuando levanto los brazos para que él pueda sacarme la camiseta y cuando mi torso queda al descubierto, una oleada de inseguridad me golpea.

Nos mantenemos en silencio, ambos mirando mi maltratado cuerpo. Jac levanta una mano y comienza a acariciar cada hematoma que poseo y cuando su cuerpo se tensa por completo, no sé qué hacer.

Roza el costado de mi herida de bala, eso provoca que mi cuerpo se estremezca por completo. Jac está sumergido en esa lastimadura como si eso fuera algo que él no pudiera superar.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Sabía que las preguntas caerían en algún momento, pero esperaba que no tan pronto y aunque él me ha dado el espacio para hablar, acaba de dejar en claro que su paciencia acabó.

De todos modos, él merece mis respuestas y tal vez, después de esta charla, el tema llegaría a su fin.

—No fue tan fácil. Puede que no lo entiendan, ni tú y tampoco los chicos —hago una pausa, negado a llorar por George una vez más—, pero todos estos años no han sido fáciles y cuando creía que estaba saliendo, él me arrastraba de nuevo. No solo estaba bajo amenaza, sino también me tenía vigilado. Sí, pude haber ido con la policía y apenas hubiera puesto un pie allí, iba a

recibir la noticia de que uno de ustedes tenía una bala en algún lugar de su cuerpo... como esta —digo señalando mi herida.

—No tienes que seguir —me acaricia la mejilla—. Lo lamento, no es el momento para hablar y tampoco quiero que recuerdes nada de eso.

—Lo voy a recordar, Jac, toda la vida voy a recordar el infierno que viví porque es parte de mi historia —digo con impotencia—. Cuando conseguí esas fotos, ilusamente pensé que saldría de ahí, pero no. Llegué a casa aquel día y yo estaba seguro de que iba a morir —confieso con un nudo en la garganta y bajando la cabeza—. Y estaba listo, por primera vez en mucho tiempo, el miedo me había abandonado y no hacía más que pensar en los chicos y en ti...

No puedo continuar porque los brazos de Jac caen al costado de su cuerpo, totalmente inertes y cuando levanto el rostro para mirarlo, él me observa fijamente, con los ojos vidriosos y las mejillas húmedas por las lágrimas. Su expresión de angustia, impotencia y desazón, me contiene la respiración porque desde que lo conozco, jamás lo vi exponer tantos sentimientos vulnerables.

—Niño... —formula antes de quebrarse.

Y eso es todo lo que puedo resistir antes de tomarlo del rostro.

—No, no. No lo hagas, por favor. Puedo aguantar otra bala, pero no puedo soportar verte llorar —suplico besando su rostro y quitándole las lágrimas.

—Creí que también te había perdido. No lo hubiera podido superar, Thomas. Ni siquiera lo entiendo, pero si tú hubieras muerto, iba a estar muy jodido, el solo hecho de pensarlo me hace sentir asfixiado —dice desesperado—, porque te has metido bajo mi piel y cuando te vi tirado en ese charco de sangre, sentí mi mundo caer.

Jac se lanza a mis brazos como si fuese un niño pequeño. No me importa el dolor punzante en el costado, solo me aferro a él, lo sostengo y lo abrazo como lo hizo conmigo.

Siento como me rasgan el corazón porque uno puede estar listo para aguantar cualquier cosa, pero cuando ves sufrir a quien amas, es otra historia y mientras trato de calmar el llanto de Jac y el mío, comprendo que después de tantas palizas, ver a este hombre destruido, es lo que más duele.

Capítulo 42

Jac

Entro corriendo a su habitación y me desplomo en el suelo al lado de la cama.

—Estoy aquí, estoy aquí —susurro luego de sacar a Thomas de una pesadilla esa misma noche que llegamos a casa.

Está temblando, pálido y el sudor corre por su frente. Su respiración es descontrolada y el temblor de su cuerpo no cesa. Él abre los ojos y luce tan asustado e indefenso que me hace querer meterlo en una burbuja donde nadie pueda hacerle daño. Me levanto del piso y me dejo caer a su lado para sostenerlo.

Zac llega apresurado con un vaso de agua y se la tiende. Permanecemos así un tiempo hasta que Thomas se duerme nuevamente. Cierra los ojos y es lo más parecido a un ángel que he visto, sin embargo, está tan dañado que me preguntó si hay margen de reparación, entonces miro a mi hijo que me devuelve la mirada y obtengo la respuesta. Siempre hay margen para salir adelante, aunque sea diminuto.

Y así pasan las primeras noches.

Thomas llorando a mitad de la madrugada.

Yo corriendo a sacarlo de esa jodida pesadilla.

Y Zac llegando a mi lado.

No han sido días y noches fáciles, pero aquí estoy yo, sentado al lado de su cama, cuidando sus sueños y rogando para que pronto pueda volver a ser mi niño desvergonzado.

Capítulo 43

Jac

Compruebo, una vez más, que todo esté listo y me encamino a la biblioteca donde se encuentra Thomas.

Me detengo en el marco de la puerta y lo observo. Está totalmente ensimismado en lo que hace. Sus dedos se mueven ágilmente sobre el teclado del ordenador mientras succiona el labio inferior en completa concentración.

—¿Me estás espiando, señor Hamilton? —pregunta acusadoramente sin mirarme.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me llamó de esa manera, pero es entendible, ya que los últimos días fueron duros para él y su estado anímico decayó notablemente.

Avanzo unos pasos hasta apoyarme en el escritorio a su lado.

—Hola —Thomas levanta la vista y sonrío un poco—. Te estaba buscando, ¿has terminado?

—Acabo de enviar mi último trabajo —comenta cerrando el portátil—. Solo me faltaba ese para estar al día con mis clases.

—Eso está bien.

Thomas asiente antes de ponerse de pie y posicionarse entre mis piernas, deslizo las manos alrededor de su estrecha cintura, evitando rozar su herida.

—Sí, estoy listo para regresar al campus la próxima semana —comenta, deslizando las manos por mis hombros.

—¿Estás seguro? —pregunto algo dudoso, él no parece estar en condiciones para volver, pero no es algo que vaya a decirle.

—Sí, también voy a volver a la cafetería —frunzo el ceño ante la noticia—. He hablado con Claudia y me dijo que puedo regresar al bar cuando esté listo, pero me daré un tiempo fuera por esos lados.

—Niño... —intento objetar, pero antes de empezar a enumerar los motivos por los cuales debería considerar la opción de dejar de trabajar, me muerdo la lengua porque sé que él no lo aceptará, así que con toda la renuencia que me invade, me limito a decir—: de acuerdo, lo que decidas hacer estará bien, pero no quiero que te exijas, llévalo con calma.

Thomas está de acuerdo y se inclina para darme un ligero beso. No es lo que quiero decir, cada parte de mí lucha por pedirle que deje de trabajar, que no tiene que hacerlo cuando lo ha hecho

durante mucho tiempo y desde pequeño, pero no soy yo quien le impedirá tomar sus propias decisiones.

—Entonces, ¿me estabas buscando? —pregunta, cambiando de tema.

Él no es tonto y sabe lo que estoy pensando al respecto.

—Sí. Tengo una sorpresa para ti.

Thomas desvía la mirada hacia abajo, luciendo renuente a mi anuncio, luego levanta la cabeza y me mira apenado.

—¿Tiene que ser en este momento? Ya es un poco tarde y no estoy de ánimos para salir —claro que no está de ánimos, de hecho, no lo está desde hace días.

—No tenemos que salir, la sorpresa está aquí —me incorporo y tomo su mano—. Solo será un momento y después puedes subir a descansar, ¿eso está bien para ti?

Thomas parpadea pesadamente, el cansancio se ve reflejado en su hermoso rostro, ya que hace días que no descansa bien. Tiro de él hasta envolverlo en un caluroso abrazo, Thomas se aferra a mis hombros y descansa la cabeza en el hueco de mi cuello.

Permanecemos así unos minutos, es como si él no quisiera separarse de mí, como si aferrarse a mi cuerpo lo hiciera sentirse protegido y me pregunto: ¿cuándo terminará de entender que ya no está solo?

En toda su vida abundó el maltrato y el desamor, es comprensible que se sienta de esa manera. Thomas está en una especie de rehabilitación emocional, como si su padre fuese una droga que debe expulsar de su herido corazón. Él está en la etapa de desintoxicación, la fase más crucial.

—No tienes que ir si no quieres, podemos ver alguna película y...

—Quiero ir —me interrumpe al separarse—. Quiero ver tu sorpresa, llévame, señor Hamilton.

Lo contemplo para saber si lo está haciendo por obligación, pero el brillo en sus orbes claros me transmiten curiosidad.

Pongo una mano en la parte baja de su espalda y lo guío escaleras abajo hacia el patio trasero. Thomas no salió de casa desde que dejó el hospital, puso un millón de excusas para que los chicos no vinieran a verlo y aunque todos respetaron su decisión, es un buen momento para que deje de esconderse y compruebe con sus propios ojos el cariño que muchas personas sienten por él.

Al momento en que todos los presentes en el patio gritan "sorpresa" y el rostro del niño se torna estoico, me replanteo si fue una buena idea reunirlos a todos.

—¿Fue una mala idea? —murmuro a su espalda, haciendo que dé un brinco—. ¿Niño?

—Eh... sí, quiero decir, no —se retuerce las manos en el abdomen, mostrando nerviosismo—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Si sabes que te estamos escuchando? —evidencia Nicholas, conteniendo la risa.

Cuando Thomas da un paso adelante, con sumo cuidado, todos se las arreglan para abrazarlo de tal manera que no lo lastimen y yo solo espero que esta reunión sirva para que mi niño deje de sentirse triste.

Capítulo 44

Thomas

—Ni siquiera mi chico precioso se hizo de rogar tanto como tú —me acusa Nichi, haciendo un puchero.

—Lo siento —es lo único que se me ocurre decir.

La culpa por haberlos evitado comienza a instalarse.

—¡Ah! Odio no poder molestarte —se queja Sam con enfado—. No me gusta esta lamentable versión de ti.

—Sami —advierte Jerry.

Sam eleva los hombros y el silencio se instala en la ronda que mis amigos han formado alrededor de mí. No digo nada y aunque tengo muchas cosas para decir, nada sale de mi boca. Amo a mis amigos, demasiado, pero no se siente correcto la manera en la que se preocupan por mí aunque yo siga sin poder darles una puta explicación de mi catastrófica vida.

Reel se eleva sobre sus pies y me quita una solitaria lágrima que rueda por mi mejilla, me abraza y todos la imitan.

—En algún momento, cuando mi estado emocional se encuentre un poco estable, prometo hablar con ustedes —digo entre sollozos.

—Está bien, no tienes que hacerlo, solo queremos que sepas lo mucho que te amamos y que estamos aquí, para ti —dice dulcemente Isa.

Los amigos no solo te sacan una sonrisa y están para molestarte. Cuando tus amigos ven que estás entrando en un círculo maligno, te arrastran afuera, te tiran una cuerda y se encargan de sacarte lo más ileso posible. Cuando miro a Zac y él me guiña un ojo, entiendo que fuimos unos putos afortunados por tener unos amigos incondicionales.

Un lloriqueo se escucha entre nosotros y nos separamos de manera automática para buscar al responsable de tal muestra de sensibilidad.

Una sonrisa maliciosa me curva los labios mientras mi lado burlón despierta y, sin poder evitarlo, ya estoy listo para tirarle mierda sobre eso.

—Oh, mírate. Estás llorando por mí, cielito, estoy bien, puedes comprobarlo por ti mismo —alardeo malignamente, poniendo una pose seductora.

Sam se seca las lágrimas bruscamente mientras su rostro se torna furioso.

—¡Vete a la grandísima mierda, Miller! —y se marcha dando pisotones.

Después de eso, todo pasa de triste a divertido como el infierno.

Observo a Jac al otro lado del patio, está hablando con Lily y Alan, los padres de Nichi, se ha quitado la corbata y la chaqueta del traje, quedando solo en camisa y pantalón, todo completamente negro. La camisa le queda tan ajustada, que por un momento creo que sus bíceps saldrán a la luz.

Joder, ¿por qué tiene que ser tan guapo?

—Cierra la boca o te entrarán moscas —se burla Nichi.

—Aún estoy procesando la noticia de que tú y el padre de Zac están saliendo —confiesa Isa, asombrada.

—Hacen una bonita pareja —aprueba Jerry.

—No entiendo cómo hace para aguantar tu miserable trasero —espeta Sam con desdén.

—Mi sexi trasero, querrás decir y créeme, lo soporta más que bien —lo corrijo.

Sam rueda los ojos, mientras que el resto voltea a ver a Zac, quien dibuja una expresión de desagrado.

—No empieces, Miller, estás hablando de mi padre y estoy presente, no quiero tener que imaginar cosas repugnantes.

Suelto una risita divertida mientras vuelvo a buscar a Jac con la mirada.

—Pues yo no le veo nada repugnante —digo con una pizca de lujuria.

—Thomas —advierte entre dientes.

Levanto las manos en señal de paz.

—Seamos sinceros, Zac, tu padre está que se cae de guapo. Santo cielo, Thomi, eres un maldito suertudo —halaga Isa en un tono soñador.

—Lo soy.

Vuelvo a buscar a Jac y cuando lo encuentro mirándome, mi corazón tropieza, mi estómago da un vuelco y cuando me regala una media sonrisa, el aliento se me atasca en la garganta y solo

quiero salir corriendo para besarlo.

—Creo que es la primera vez que lo veo sonreír —susurra Nichi con asombro.

—Entonces, ¿cómo es que terminaste viviendo con Isabella Foster? —cuestiono estupefacto ante la reciente noticia que me da Reel—. Todo este tiempo pensé que te estabas quedando con Nichi.

—Es una larga historia que te la voy a contar mañana cuando vayamos por unos helados, pero la verdad es que no quería volver al barrio y todos han sido muy amables al ofrecirme sus casas, pero conocí a Sof, y me sentía un poco más cómoda con ella y Ash, la otra madre de Isabella, es bastante genial —comenta de manera despreocupada.

Ambas mujeres son increíbles. He compartido unas cuantas tardes en casa de Isa.

—¿Y te estás quedando allí a pesar de tu mala relación con Isa?

—Sí —afirma demostrando poco interés.

—Reel —frunzo los ojos, tratando de leerla—. Te estás quedando en su casa para molestarla.

—Un poco —acepta abiertamente.

Muevo la cabeza divertido, luego decido indagar un poco más sobre el futuro de mi amiga.

—¿No vas a regresar a tu casa? —pregunto dudoso.

—No, desde que te fuiste solo volví a recoger mis cosas y para entregar las llaves al dueño. No tengo intenciones de regresar a ese lugar porque sé que tú tampoco lo harás y solo estaba allí por ti.

Trago en seco, aunque siempre supe que ella estaba por mí, es duro escucharlo.

—Puedo ayudarte a buscar un lugar, incluso podemos mudarnos juntos y...

—Thom —me toma de la mano—. No te preocupes por mí, de momento, me quedaré con Isabella hasta que consiga algo y tú te quedarás aquí, recuperándote.

—Pero...

—Pero nada, aprovecha a tu señor Hamilton, ese hombre te quiere demasiado, Thom —dice con conmoción—. Y tú a él, mereces que te cuiden como lo está haciendo.

Sé que Reel tiene algo de razón, pero aceptar ser cuidado y querido no es algo que yo esté haciendo de maravillas.

Cierro con sumo cuidado la puerta detrás de mí. En la habitación de Jac solo está prendida la luz de una pequeña lámpara al lado de su cama, pero él no se encuentra por ningún lado.

—Seguro está en el despacho.

Sin más que pensar, abro la cama y me acomodo, estiro la mano hasta apagar la lámpara. Hundo la cabeza en la almohada y aspiro el exquisito aroma de mi señor Hamilton, me aferro a su cama como si fuera él mismo y sintiendo toda la paz del mundo, cierro los ojos.

Minutos después, escucho la puerta siendo abierta, posa sus ojos en mí y no dice una palabra, en cambio, comienza a quitarse la camisa y los pantalones, quedando solo en unos ajustados calzoncillos.

La luz de la luna que entra por el ventanal lo hace ver como algo similar a un mismísimo Dios todopoderoso. Jac se mete a la cama y me abraza hasta que coloco el rostro en su pecho.

—¿Estás bien? —pregunta, acariciando mi rostro.

—Sí, no quería dormir solo —murmuro—. No le digas a Zac que me metí en tu habitación o me matará.

El pecho de Jac vibra a causa de la risa.

—Promesa —susurra antes de levantar mi mentón y capturar mis labios.

Aprieto una mano sobre su pecho y me aferro a él. Jac planta su fuerte mano en mi cuello hasta acercarme para poder tener un mejor acceso a mi boca. Cuando introduce la lengua entre mis labios, escupo un gemido, sus labios son demandantes y se mueven con fervor al ritmo de un beso necesitado.

Bajo la mano por sus abdominales hasta acariciar la marcada V. Jac me muerde los labios antes de agarrar mi mano inquieta y apoyar su frente sobre la mía.

—No podemos hacer nada mientras el doctor no te dé el alta completa —balbucea, completamente excitado.

Maldigo por lo bajo porque lo único que quiero hacer en este momento es unirme a este hombre.

—Lo sé —digo enfurruñado.

Me da un beso furtivo y entrelaza nuestras manos sobre su pecho.

—Duerme, has tenido un día movilizado.

Estoy de acuerdo y le doy un beso en el pecho antes de cerrar los ojos en busca del sueño.

—¿Jac?

—Dime.

—Gracias por lo de hoy, me siento más tranquilo —murmuro.

—No tienes que agradecerme nada, y me alegro de que te haya hecho bien ver a tus amigos.

—En realidad, tengo que agradecerte demasiadas cosas y no sé si me alcanzará la vida para hacerlo.

Jac pone un dedo en mi mentón haciéndome elevar el rostro hacia él.

—Dame un beso y la cuenta será saldada —propone.

Estoy seguro de que la sonrisa que se forma en mis labios antes de besarlo, es totalmente enamoradiza.

Este hombre me tiene atrapado de por vida.

Capítulo 45

Thomas

Descanso los antebrazos sobre la isla de la cocina mientras tecleo un rápido texto a los chicos para contarles que hace menos de una hora, mi examen físico salió perfecto y mi alta médica fue dada.

Me siento plenamente contento, es como si después de este día, mi vida estuviese a punto de dar un giro inesperado.

Unas fuertes manos agarran los costados de mis caderas, dejo el móvil en la mesa y me giro para encararlo, de por sí, se vuelve casi imposible estar cerca de este hombre y no poder tocarlo, pero cada vez que se enfunda en un traje con esos malditos chalecos, yo debo correr fuera para evitar hacer el ridículo y suplicarle que me toque.

—Hola —murmuro, pasando las manos por su tonificado pecho.

Jac se sostiene del borde de la isla a mi espalda, dejándome acorralado.

—Ven conmigo —pide, mirando mis labios.

—¿Qué? —pregunto confuso.

—No tienes que saber nada, ni hacia dónde nos dirigimos y tampoco cuando regresamos, solo ven conmigo —añade para luego besar mi hoyuelo.

Mis piernas flaquean y me aferro a su pecho.

—¿Me estás secuestrando, señor Hamilton? —el brillo en sus preciosos ojos son de otro planeta.

—Te estoy secuestrando para llevarte a un lugar donde estaremos solos —me tienta, luego da un paso atrás y me mira como si yo fuera su comida favorita—. Es todo lo que voy a decir, ahora sube por algo de ropa y te espero en el coche.

Cuando está por salir de la cocina, recoge un bolso que, previamente, había dejado en el suelo. Él sabía que no me iba a negar a lo que me pidiera.

La seguridad y la arrogancia que emana, me tiene con la polla completamente dura y sin ánimos de hacerlo esperar, corro por las escaleras para buscar mis cosas.

Una hora después, nos detenemos en una estación de servicios.

—Voy por algunos suministros, ¿necesitas algo? —pregunta mirándome.

—¿Saber hacia dónde vamos? —intento, batiendo las pestañas.

—No seas impaciente, niño —mira la hora en el tablero—, en dos horas podrás comprobarlo por ti mismo.

—¿Dos horas? —abro los ojos de manera exagerada.

Jac pone los ojos en blanco y se inclina hasta tomarme de la barbilla.

—¿Necesitas algo? —repite, ignorando mi pequeño berrinche.

—No, gracias.

Asiente y cuando intenta alejarse para salir del coche, lo tomo por la parte delantera de la camisa hasta capturar sus labios con fervor. Jac desliza su mano por mi nuca para acercarme a él.

—No tardes —suplico al soltar sus labios.

En menos de un segundo, el señor Hamilton está caminando apresuradamente para conseguir lo que sea que vaya a buscar.

La noche ha caído cuando Jac aparca el vehículo en el que será nuestro lugar de escapada por los próximos días.

Bajamos en silencio y nos detenemos en el pequeño camino que nos conduce a la entrada principal. El lugar es extremadamente hermoso, con árboles por doquier y el aire que se respira es puramente placentero. Ni hablar de la hermosa cabaña que yace al final del sendero.

—Voy a bajar las cosas, puedes adelantarte —anuncia, entregándome la llave.

Su tono de voz ha cambiado por completo y cuando quiero preguntarle si ha pasado algo, él ya está sacando las cosas del coche. Planto una mueca confusa, pero sin querer parecer un perseguido, comienzo a caminar por el sendero de madera.

Cuando estoy dentro de la cabaña, mi boca, prácticamente, cae al suelo. Todo en el lugar, está tallado con una fina madera. La planta baja es una habitación abierta donde puedes estar en la sala y ver el área de la cocina sin una pared de por medio y ni hablar de la cálida chimenea con el fuego encendido. Todo el lugar parece estar listo para nosotros, seguramente Jac se ha encargado de que así sea.

Algo llama mi atención, así que dejo la mochila en el sofá y avanzo hacia una pequeña repisa donde descansan varios portarretratos. Contengo la respiración antes de tomar el más llamativo.

La fotografía de una niña pequeña con una sonrisa que te derrite el corazón, yace dentro del

marco. No necesito mirar dos veces para encontrar el parecido con Zac y una presión se aloja en mi pecho cuando caigo en cuenta de donde estamos.

La cabaña a la que solía venir con su familia. El destino al que su mujer y sus hijos viajaban cuando tuvieron aquel fatal accidente.

Pongo la fotografía en su lugar y me quedo mirando las otras. No sé cómo sentirme al respecto y tampoco estoy seguro si quiero quedarme en un lugar donde es doloroso para él.

—Esto es todo —anuncia cerrando la puerta, vuelvo a verlo y cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo, deja las cosas a un lado y sosteniendo su bolso, me mira duramente—. Ven, te mostraré la habitación.

Y se marcha escaleras arriba. ¿Qué tan buena idea es permanecer aquí? No sé qué carajos hacer. Solo me limito a seguirlo.

Jac me espera al lado de la primera puerta en el ancho pasillo. Su mirada está un poco perdida y cuando se percata de mi presencia, abre la puerta y me deja entrar.

Me detengo al lado de la cama, echando un vistazo alrededor, las lámparas encendidas le dan un toque romántico, pero yo solo puedo entender que la habitación es tan bonita como el resto de la casa, mi mente está fija en otro tema.

—¿Por qué me trajiste aquí? —pregunto, enfrentándolo. No pudiendo evitar el tema.

Jac permanece en silencio, como si estuviera sopesando qué infiernos decir. Mi paciencia está llegando al límite y mi preocupación a flor de piel. Estoy a punto de decirle que tal vez no es una buena idea estar aquí, pero él decide hablar.

—Porque quiero construir recuerdos contigo, en cualquier maldito sitio. Aquí, en casa, en mi oficina, en el restaurante en el que nos besamos por primera vez, en la cafetería y en dónde sea —suelta el bolso y se acerca—. Porque si estás a mi lado, puedo soportar cualquier cosa.

En este preciso instante, en esta milésima de segundos, mi corazón estalla en mil pedazos, transformándose en una lluvia de amor, sintiéndome como el mismísimo rey del universo, porque si lo tengo a él, lo tengo todo.

—Te amo —confieso sin temor.

Porque lo amo tan jodidamente tanto, que el amor no me cabe en el cuerpo y el corazón y necesito decírselo.

Jac se ve demasiado conmovido con mis palabras y cuando se abalanza para abrazarme, soy consciente de que no existe la posibilidad de no amarlo.

Me toma del rostro y besa ligeramente mis labios.

—¿Quieres saber algo real? —susurra sobre mis labios. Asiento mientras me aferro a sus antebrazos—. Yo te amo a ti.

Y me besa.

Y lo beso.

Como si no hubiera un mañana, como si mi vida dependiera de esta unión, como si toda mi vida hubiese esperado ser besado de esta manera. Con amor. Con pasión. Con devoción.

Nos separamos por la falta de aire, sus labios están rojos y brillosos y sus ojos, ¡demonios! Sus ojos destellan lujuria pura. Comienza a quitarse la ropa lentamente, sin quitarme la vista de encima y yo me limito a adorar su pecaminoso cuerpo.

—He terminado de esperar —avisa, bajándose la cremallera del pantalón—. No tienes idea de las cosas que quiero hacerte.

Mi polla se pone dura antes de que termine la frase. Jac se baja el pantalón junto con la ropa interior, quedando religiosamente desnudo, como Dios lo trajo al mundo y cuando su erguida polla salta en el aire, yo solo pienso en chupar cada parte de su escultural cuerpo.

Camina hasta quedar a escasos centímetros de mí y luego comienza a quitarme la ropa pausadamente, como si estuviera disfrutando del momento.

Cuando mi torso queda al descubierto, Jac se encarga de acariciar cada parte de él. Sin poder soportarlo, levanto las manos hasta sus hombros y tiro de él hasta tomar su boca.

Suelto un gemido ahogado cuando su lengua barre cada parte de mi boca. Jac me agarra de la cintura y me acerca por completo, haciendo que su erección quede aplastada entre nosotros. Abandona mis labios y se acerca a mi oído.

—Hueles exquisito, no sabes lo mucho que me he esforzado por controlarme —murmura, haciéndome erizar los vellos de la piel.

—Ya no tienes que hacerlo. Puedes tomarme.

Jac deja escapar un sonido gutural y desliza sus dientes por la piel sensible de mi cuello hasta llegar a la clavícula. Cuando cae de rodillas a mis pies, mi cerebro deja de funcionar, porque tener a este hombre mirándome de esta manera, es indescriptible.

Me quita el pantalón de un tirón, dejándome tan desnudo como él y me toma por las caderas hasta acercarme a su boca. Pasa su lengua por mi abdomen mientras me acaricia los costados. Mi respiración se vuelve agitada y lucho por no correrme. He imaginado cientos de veces este encuentro, pero nada se compara a la realidad.

Jac desliza la lengua por el camino del tesoro y agradezco que me esté sosteniendo porque cuando me traga hasta la garganta, mis piernas son gelatinas.

—¡Ah, demonios! —exclamo en total placer, echando la cabeza hacia atrás.

Me chupa, me lame y me succiona como quiere. Estoy a su voluntad. Me deja ir con un sonido obsceno y pasa la lengua por la hendidura de mi polla antes de ponerse de pie.

—Tu sabor es delicioso —halaga, luego apresa mis labios, dándome de probar mi propio sabor —. Acuéstate en la cama y abre las piernas para mí.

Joder, es la puta fantasía echa realidad. No necesita decirlo dos veces. Me tiro sobre la extensa cama y abro las piernas tal como lo había ordenado. Jac se inclina hasta sacar algo del bolso, deja una botella de lubricante y unos preservativos al lado de la cama y sonrío divertido.

—Venías preparado, señor Hamilton —artículo, se sube sobre la cama y se acomoda entre mis piernas. Toma su gran polla y la acaricia mientras me observa—. Maldición —escupo, apretando la punta de mi erección para no correrme.

—Contigo siempre debo estar preparado —abre la botella de lubricante y descarga un poco en sus dedos, luego se inclina sobre mi cuerpo y presiona un dedo en mi agujero, haciéndome sobresaltar—. Ahora me pregunto, ¿cómo es que mi polla puede caber aquí?

El hijo de puta presiona nuevamente, sin introducirlo por completo, acaricia de arriba hacia abajo, tentándome.

—Jac...

—¿Sí? —pasa la lengua sobre mis labios.

—Pon un dedo dentro —suplico necesitado.

Jac sonrío socarrón, pero tal parece que su límite ha llegado junto con el mío porque sin ánimos de hacernos esperar, introduce el primer dedo dentro de mi cuerpo.

Muerdo mis labios y abro un poco más las piernas. Jac toma mi erección y comienza a masturbarme lentamente.

—Otro —pido.

Cuando introduce otro dedo, tiro de él uniendo nuestros labios. Comienza a meterlos y sacarlos para estirarme y cuando inserta un tercer dedo, abro los ojos a causa del placer y todo lo que puedo ver es a él tratando de controlarse.

—Estoy listo —mascullo, no pudiendo soportar.

Jac se echa hacia atrás y toma un preservativo hasta rasgarlo con sus dientes, lo desliza sobre su orgulloso falo y solo hasta entonces me pregunto si eso entrará dentro de mí.

Pone mis piernas sobre la parte delantera de sus tonificados muslos y acerca su miembro viril hasta mi entrada. Aplasta una mano sobre mi abdomen y con la otra se agarra la polla para frotarla en mi agujero. Me retuerzo excitado.

—Por favor...

Jac se sube sobre mí y me muerde los labios.

—¿Qué quieres? —balbucea acalorado. Las palabras me abandonan cuando siento la presión de su cabeza entrar en mi apertura—. Dime.

—A ti... te quiero a ti. Siempre te he querido a ti y ahora mismo necesito que metas tu polla dentro de mí.

Y como si hubiera apretado el botón de descontrol, Jac se eleva, agarra mi erección con una mano y con la otra comienza a presionar su polla para dejarla entrar.

Cierro los ojos y estrujo las sábanas, siento como me abre el cuerpo y el dolor es inevitable debido a su tamaño, la quemazón me inunda, pero cuando Jac me masturba y su erección atraviesa la primera capa de anillos, trato de concentrarme en el placer.

Él está siendo tan cuidadoso, que se toma su tiempo hasta que su miembro descansa adentro. Jac se sube sobre mí, poniendo los antebrazos a cada lado de mi cabeza y me besa las mejillas para quitarme las lágrimas que se me escapan por el reciente dolor.

Acaricia mi cuerpo, dándome tiempo hasta que pueda acostumbrarme a la intromisión y cuando el dolor va desapareciendo y el placer hace acto de presencia, comienzo un vaivén de caderas, indicándole que se mueva.

—Joder, estás demasiado apretado —maldice al moverse.

Le paso las manos por el torso hasta llegar a sus abdominales, abro un poco más las piernas hasta rodearlas en su cintura. Mis gemidos inundan la habitación cuando sus estocadas son duras y rápidas.

Baja una mano entre nosotros y agarra mi polla mientras muerde mi cuello. Me encargo de tener los ojos abiertos para no perderme ninguno de sus gestos.

Sus expresiones son hipnóticas, sus sonidos placenteros y sus gemidos guturales, son melodías que nunca olvidaré. Y mientras me usa a su voluntad, no puedo hacer más que disfrutar de la agonía de placer que planeo gozar por tanto tiempo como me sea permitido.

—No aguanto más —digo entre jadeos.

Jac bombea mi erección a más no poder.

—Córrete para mí, conviértete en un desastre —ordena como la primera vez que me dejó ir en sus manos.

Y sin otra palabra, me dejó ir en una nube de deleite y lujuria, lanzando chorros de liviandad y abriendo los ojos justo a tiempo para ver la cosa más magnífica que vi jamás.

Cuando Jac se corre dentro de mí, entiendo el término de "ver las estrellas" porque yo las estoy malditamente viendo y contemplarlo deshacerse en mi interior, es más que impresionante, con su boca abierta, los músculos tensos y su cuerpo brillante por el sudor, Jac Hamilton se ve fascinante.

Cuando baja de su clímax, se lanza sobre mí y me besa con devoción. Una y otra vez.

—Mi niño... —intenta hablar, pero lo callo con un beso de esos que dicen todo sin necesidad de expresarlo.

Porque aunque no lo dejó hablar, sé lo que quiere decirme, porque yo siento exactamente lo mismo.

Capítulo 46

Jac

El estridente ruido de la lluvia me tiene abriendo los ojos de manera perezosa. Me remuevo entre las sábanas justo a tiempo para agarrar su cálida cintura.

Me pongo de costado hasta apoyarme en mi antebrazo y con la otra mano me dispongo a acariciar su desnuda espalda. Una sonrisa tira de mis labios al recordar lo que pasó la noche anterior.

Estoy enamorado. Es el primer pensamiento que viene a mi cabeza. ¡Joder! Estoy jodidamente enamorado.

Thomas duerme plácidamente boca abajo. Su cabello blanco está esparcido sobre la almohada blanca, logrando un camuflaje, mientras que sus brazos yacen escondidos debajo de ella. Su piel pálida y llena de marcas que dejan en evidencia la muestra de amor de la noche anterior, hacen que mi polla despierte más que interesada ante semejante vista.

El impulso de despertarlo y tomarlo por el resto del día y la noche me atraviesa, quiero hundirme en él y permanecer en su caliente canal por un tiempo indeterminado, pero verlo profundamente dormido, me hace dejar de lado mis pensamientos fogosos para dejarlo descansar porque ver a Thomas dormir, es como ver un mismísimo ángel en el puto cielo.

Me inclino sobre él hasta depositar un beso en la curva de su espalda, luego levanto las sábanas para cubrirlo.

Seguramente, cuando despierte tendrá hambre, por lo tanto, salgo de la cama y me pongo un pantalón de chándal y abandono la habitación sin hacer ruido. Una vez que bajo las escaleras, recojo las bolsas que habíamos dejado en la entrada la noche anterior y me dirijo a la cocina.

Me preparo una rápida taza de café mientras pienso qué infiernos cocinar. La cocina no es lo mío y solo hasta entonces me reprocho el no haber traído comida preparada.

Con una taza de café en las manos y apoyando mi culo en la isla de madera, desvío la atención al ventanal de la cocina, la lluvia cae sin cesar y mis pensamientos se pierden por un momento.

Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve en este lugar. Y a pesar de que habíamos construido muchos recuerdos durante el pasar de los años, el único recuerdo que predomina, es el más trágico.

Pueden pasar semanas, meses, años e incluso décadas, pero el asfixiante dolor de la pérdida nunca será superado. Siempre permanecerá allí, incrustado en lo más profundo de tu alma porque echó raíces en tu corazón y están obligados a convivir. No discutas. No pelees. Solo ríndete ante él porque antes de luchar, ya habrás perdido la batalla.

Y mi pelea había sido perdida incluso antes de prepararme para afrontarla.

Pero cuando unas delicadas manos se deslizan por mi abdomen y unos impresionantes ojos llaman mi atención, acepto que tengo otra batalla en mi vida y que lucharé día a día hasta ganarla.

—Hola —dice con una sonrisa perezosa.

Dejo la taza a un costado para poder sostener sus caderas. Echo un vistazo a su cuerpo, en solo unos calzoncillos y mi camisa abierta, este niño parece el pecado hecho en persona.

—Hola —murmuro sobre sus labios—. ¿Te desperté?

—No, fue el sonido de la lluvia —su piel de porcelana se ha convertido en mi perdición, entonces me inclino para pasarle la lengua por la clavícula y se retuerce en mis brazos—. ¿Y qué hacías?

—Estaba por preparar el desayuno.

Thomas se separa abruptamente y luego suelta una carcajada.

—¿Tú? ¿Cocinando? Oh, quiero ver eso —dice entre risas.

Frunzo el ceño y levanto las manos para bajarle la camisa, dejando sus hombros al descubierto.

—¿Te estás burlando de mí? —mascullo entre dientes.

Sus ojos se tornan juguetones al mismo tiempo que se muerde los labios y para este momento, yo ya la tengo completamente dura.

—Tal vez un poco —dice desafiante—. Deberías hacer algo al respecto.

Un suspiro después, jalo la camisa hasta quitársela por completo. Su pecaminoso cuerpo se ve fantasioso. Thomas juega con el elástico de la cintura de mi pantalón, luego engancha los pulgares a cada lado y tira de él hacia abajo, liberando mi erección.

—Sin ropa interior —comprueba excitado.

—¿Te molesta?

—Infiernos, no —balbucea, mirando mi cuerpo.

Levanta las manos para acariciar mi pecho y traza cada línea de mis abdominales con sus dedos. Thomas se lleva el dedo pulgar hasta sus labios y comienza a chuparlo sin pudor mientras me mira lujurioso y yo estoy a punto de perder la puta cabeza.

Sus gruesos labios se mueven con total sensualidad, entonces decide que el dedo ya está lo suficientemente lubricado, me agarra la polla y pasa el pulgar por la pequeña abertura.

Dejo escapar un gruñido mientras mi cabeza cae hacia atrás.

—Mírame —pide.

Vuelvo mis ojos hacia él, justo a tiempo para ver como se chupa el dedo, pero esta vez, con el líquido preseminal.

—Mierda —exclamo. Mi maldito cerebro deja de funcionar en este instante—. Date la vuelta —ordeno.

He descubierto que a Thomas le gusta cuando me pongo mandón y no me sorprende cuando en menos de un segundo, él me está dando la espalda.

Me posiciono detrás de él y deslizo las manos por su estrecha cintura hasta aferrarme a los huesos de sus caderas. Entierro la nariz en su nuca para inhalar su aroma. Ahora mismo es una mezcla de chocolate y puro sexo y yo me he vuelto adicto a esa combinación.

—No te muevas, ahora regreso —digo.

Él asiente conteniendo la respiración. Prácticamente, corro por las escaleras en busca de preservativo y lubricante y en menos de lo normal, ya estoy regresando a la cocina.

Sonrío de medio lado al darme cuenta de que Thomas se ha quitado la ropa interior quedando deliciosamente desnudo. Al percatarse de mi presencia, voltea a verme y me guiña un ojo.

Avanzo hasta colocarme detrás de él.

—Abre tus piernas y agárrate de la isla porque estás a punto de perder la puta cabeza —prometo. Su cuerpo se tensa.

—Promesas, puras promesas, señor Hamilton —se mofa.

Pero sé que solo lo hace para provocarme y, maldita sea, lo ha conseguido.

Me quito el pantalón por completo, me dejo caer de rodillas detrás de él y puedo escuchar una maldición de su parte. Sonrío con suficiencia.

Acaricio sus costados hasta llegar a cada nalga de su culo y Thomas eleva el trasero. Acerco la boca y me encargo de besar y lamer cada parte de él. En la habitación solo se escuchan sus jadeos de excitación y cuando separo cada mejilla de su culo, dejándolo totalmente abierto, Thomas echa un vistazo hacia atrás, sus ojos emanan lujuria.

Acerco mi rostro hasta su entrada y le paso la lengua por su agujero fruncido. Thomas grita mientras se deja caer sobre la isla.

—¡Ah, maldita sea! Hazlo de nuevo —suplica.

Cuando vuelvo a pasar la lengua por su entrada, se agarra la polla por temor a correrse. Lamo y chupo cada centímetro de su intimidad, follándolo con mi lengua y solo lo dejo ir cuando me aseguro de que está completamente loco.

Para este punto, mi autocontrol ha desaparecido y estoy a nada de correrme sin haberme tocado. Agarro la botella de lubricante y la descargo en mi mano. Busco su agujero con mis dedos y cuando introduzco el primero dentro, el niño se pone rígido de pies a cabeza.

Me muerdo los labios tratando de aguantar el impulso de tomarlo de inmediato, me agarro la polla y presiono el pulgar en la hendidura para frenar el chorro que amenaza con salir.

—Podría correrme con solo verte —murmuro, introduciendo un segundo dedo.

—Jac... —lloriquea, moviendo su culo, follándome los dedos y la lengua.

Me encargo de dilatarlo para no lastimarlo, mis dedos y mi lengua se entretienen con su hueco y cuando ya está listo para recibirme, me pongo de pie para colocarme el preservativo con un poco de lubricante.

Thomas separa las piernas y yo apunto mi erección a su entrada para comenzar a presionar, paso la otra mano por su pecho y lo sostengo hasta apoyar su espalda contra mi pecho. Entonces la primera pared de anillos es invadida y Thomas suelta un grito gutural.

Le giro el rostro y capturo sus labios en un beso desesperado, él se agarra de mi brazo y me deja entrar. Absorbo cada parte de su boca y me trago sus jadeos. Libero sus labios cuando estoy completamente dentro de él. Con mi mano libre, agarro su mojada erección y comienzo a mover mis caderas de manera lenta.

—Eres mi perdición, niño, me tienes... —confieso succionando el lóbulo de su oreja—, me tienes.

Me anclo a él, uniendo nuestros cuerpos y convirtiéndonos en uno. Thomas tira la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en mi hombro.

—Te amo —dice entre jadeos, moviendo las caderas, follando mi mano y mi polla.

—Y yo a ti.

Y me quedo perdido, viéndolo ondular su cuerpo, usando el mío a su disposición, tomándome. Me quedo hipnotizado ante la mezcla de sensaciones y de sentimientos. Me derrito en su cuerpo y su corazón.

Me quedo hechizado. Hechizado por él.

Thomas se deja ir en mi mano y yo en su interior. Puedo ver lo que parecen ser destellos de fuegos artificiales. Y al bajar del cielo, me encuentro con un paraíso propio.

Thomas se desploma y lo sostengo en mis brazos. Lo beso tanto, que por un momento pienso que estoy viviendo una alucinación, pero cuando me sonrío radiante, mostrando su felicidad, sé que esto es un sueño hecho realidad.

Lo cargo en mis brazos y lo llevo al baño donde me encargo de ducharlo y asegurarle lo mucho que lo amo.

Lo único que se escucha en la sala es el sonido de la leña siendo quemada. Me encuentro sentado en el sofá, con la espalda apoyada en el reposabrazos y las piernas extendidas a lo largo.

El niño está acostado de lado entre mis piernas, cubierto con un edredón y, por un momento, creo que se ha quedado dormido.

—Es un poco raro, ¿no crees? —divaga, levantando la vista para mirarme.

—¿Qué es lo raro? —acaricio su cabello.

—Que durante un año no nos hayamos cruzado —dice pensativo—. Quiero decir, he estado en tu casa incontables veces y aun así no nos hemos topado más que una vez que fue cuando te conocí.

—No es raro porque sí nos hemos cruzado —digo casual—. Es solo que tú no me viste.

—¿Cómo? —indaga, levantándose bruscamente—. ¿Cómo es que tú me viste y yo no?

Por Dios, es tan exagerado. Sonrío de medio lado al ver su mueca curiosa.

—En varias ocasiones te vi cuando llegaba a casa, estabas cocinando con suma concentración o estabas perdido en tus tareas o simplemente molestando a los demás —recuerdo—. Pero siempre me metía al despacho o me marchaba a mi habitación y esperaba hasta que te fueras —revelo.

Thomas abre la boca tan grande que es demasiado gracioso. Parece que acabo de confesar algún secreto de estado.

—Pero... yo... no lo entiendo —balbucea.

Y de repente, me siento un poco mal por haberlo evitado.

—Supongo que no me gustó tu primera impresión. Fuiste demasiado insolente y descarado para

mi propio bien, entonces había algo en mí que me decía que debía esquivarte, por mi bienestar. Con un solo encuentro pudiste sacarme de las casillas, no quería caer de nuevo.

Una sonrisa juguetona le curva los labios cuando se recupera de la impresión.

—Y mírate ahora, señor Hamilton, estás loco por mis huesos —sonríe sin poder evitarlo.

—Supongo que no tenía escapatoria. No puedo resistirme a ti —sus ojos brillan.

Thomas me toma del rostro y me da un dulce beso.

—Entonces... me estabas evitando —dice orgulloso.

—No —intento besarlo porque lo conozco lo suficiente para saber que va a tirarme mierda por esto, pero me esquivo el beso.

—Lo acabas de admitir. Dijiste que me habías esquivado, eso es igual a evitar —sentencia, sonriendo de manera descarada.

—¿Podemos simplemente olvidarlo? —intento.

—Oh, por supuesto que no podemos —su mirada se torna maliciosa y pone el rostro de un niño pequeño a punto de hacer una travesura—. Tengo que contárselo a Nichi.

Mierda. No debí abrir la boca.

—No lo harás —intento imponer, pero no funciona.

—Ah, claro que lo haré. Necesito alardear sobre el hecho de que me tenías miedo.

¿En qué momento mencioné la palabra miedo?

—Niño...

—Ni lo intentes, señor Hamilton —advierte levantando una mano.

Frunzo el ceño y tiro de él hasta besar su hoyuelo.

—¿Qué tengo que hacer para que esto quede entre nosotros? —trato de persuadirlo.

Thomas se da golpecitos en la barbilla, como si estuviera sopesando cuál será mi pago para callarlo.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que sea? —pregunta juguetón.

Sus orbes azules me miran expectante y aunque esos ojos pueden confundirte y engatusarte para

hacerte pensar que son los de un ángel, yo más que nadie sé lo maligno que puede llegar a ser y, ¡al diablo! Puede pedirme lo que sea que yo estaré feliz de convertirme en su jodido plebeyo.

—Me tienes —Thoma sonrío alegre.

Él sabe que no solo me tiene en cuanto a este reto, él sabe que me tiene en cuerpo y alma y no puedo hacer más que sonreír porque, finalmente, Thomas sabe que es amado.

Capítulo 47

Jac

Es domingo por la mañana y me encuentro atascado en mi despacho con la organización del evento de beneficencia que la firma realiza cada año.

Cortesía de Bezzechi, estoy cargando con la elección de algunos detalles que, si bien, pueden ser verificados por la organizadora de la fiesta, pero el hijo de puta insiste en que nosotros debemos ocuparnos de ciertas cosas en particular, como la elección de las invitaciones.

Abro el correo electrónico dónde están las tarjetas de invitación, solo debo escoger una y asunto terminado, no parece ser difícil en lo absoluto.

Mis palabras se quedan a medio camino cuando más de cien tarjetas, totalmente distintas, aparecen en la pantalla.

Joder. Esto tiene que ser una broma.

Tengo mejores cosas que hacer, como llevar a Thomas a almorzar y, sin embargo, estoy con el culo aplastado despotricando en contra del maldito Bezzechi y sus desplantes sin sentido.

Estoy listo para elegir una al azar y terminar con esta tortura, entonces una discusión proveniente de la sala de estar llama mi atención.

—¡No lo haré! Así que déjame en paz —vocifera Zac, interrumpiendo en mi despacho.

Su semblante luce mortificado mientras se sostiene la cabeza, como si estuviera a punto de estallar por una causa y, esa causa, sin dudas, se llama Thomas Miller.

—¿Por qué no? —Thomas se desliza dentro del despacho con toda la templanza del mundo—. No tiene nada de malo.

—¿Dices que no tiene nada de malo? ¡Por Dios! Eres un ridículo —escupe sin poder creer lo que Thomas dice.

—Tranquilízate, amorcito, lo hago por tu bien —da un paso adelante para tratar de abrazarlo, pero Zac parece demasiado cabreado.

Una discusión, que no sigo, estalla en el lugar. Miro de un lado a otro tratando de descifrar el motivo de tal espectáculo. Thomas se ve sereno, demostrando lo poco que le importan las quejas de Zac, además, se ve malditamente hermoso con esos vaqueros rasgados y esa chaqueta de jeans, demasiado atractivo para mi buen juicio.

Muevo los ojos y aparto la mirada, no es el momento de desviar mis pensamientos cuando estoy

en presencia de una acalorada discusión. Recuperando mi estabilidad, reflexiono que es un buen momento para intervenir antes de que las cosas se pongan complicadas.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —llamo la atención, me apoyo en el respaldo de la silla mientras voltean a verme.

Thomas me guiña un ojo al mismo tiempo que Zac lo fulmina con la mirada.

—Sucede que este anormal —señala a Thomas—. No hace más que seguirme por todo el maldito campus para obligarme a llamarlo "papi". Es un idiota.

¿Qué?

Giro automáticamente la cabeza en dirección al niño, quien dibuja una sonrisa inocente.

—No me mires así —se cubre—. Este chico necesita mano dura.

Me tomo el puente de la nariz y por mucho que intento enojarme ante sus ocurrencias, no puedo hacerlo y pongo todo de mi parte para no soltar una carcajada.

—¡Oh, no! Tú no, papá —me advierte Zac—. Ni se te ocurra festejar sus estupideces.

—¿Por qué no te calmas, amorcito? Estás haciendo un berrinche. A esto me refería con lo de mano dura —evidencia, dejando en claro su punto.

—Eres insoportable —Zac trata de agarrarlo, pero Thomas es más veloz y corre a mi lado.

—Y tú, un caprichoso —contraataca con escasa madurez.

—Basta los dos —trato de terminar la discusión—. Deja de molestarlo —le pido a Thomas.

Él me sonríe y estoy bastante seguro de que no lo dije tan firme como pretendía.

—Al diablo, tal parece que no puedes decirle que no —se queja mi hijo, totalmente a la defensiva.

—Zac... —adviento, lo conozco lo suficiente para saber que si no termino esta discusión, dirá cosas que no siente.

Compartimos el mismo carácter. Zac parece calmarse un poco hasta que avanza y se desploma en la silla frente a nosotros, por otro lado, Thomas cruza los brazos y no menciona una palabra, dándose cuenta de que lo empujó un poco lejos.

—Voy a mudarme al departamento —anuncia sin rodeos.

Una ola de silencio se instala en la habitación. Frunzo el ceño ante el repentino comunicado.

Tenemos un piso en el centro de la ciudad, Zac siempre se queda allí, pero nunca antes había mencionado sobre querer mudarse.

—¿Qué dijiste? —pregunto atónito.

—Me voy a mudar —repito bufando—. El piso queda más cerca del campus y la verdad es que... —mira entre Thomas y yo—, ustedes necesitan su privacidad y yo la mía.

Cuando termina de declarar esas palabras, caigo en cuenta de la situación en la que nos encontramos.

Verdaderamente, ¿qué tan cómodo se siente Zac en cuanto a mi relación con su amigo? Tal vez he sido un poco egoísta al no indagar más sobre el asunto y un pánico se posiciona en mi pecho cuando varios escenarios cruzan por mi cabeza.

—No tienes que irte —balbucea Thomas, terminando con el silencio pesado, se ve tan serio como pocas veces lo ha estado y la culpabilidad yace en su rostro—. Soy yo el que debe hacerlo. De todos modos, tenía planeado mudarme con Reel esta semana, pero por favor, no te vayas por mi culpa —habla apresuradamente—, es más, prometo no molestarte con mis bromas pesadas e incluso puedo irme ahora mismo así no tienes que...

—Miller —lo interrumpe. Miro a Thomas, parece demasiado incómodo, agarro su mano y tiro de él sobre mi regazo, se deja caer un poco tímido—. No me estoy yendo por tu culpa, lo hago porque quiero hacerlo y la verdad es que... voy a pedirle al chiquillo que se mude conmigo.

Vaya.

—Oh —decimos al unísono.

—No te sientas tan importante para pensar que me iría por tu causa —lo molesta y la sonrisa en el rostro de Thomas vuelve—. Solo causas ese efecto en mi padre.

—Claro que sí —alardea el niño, pasando un brazo por mi cuello y sonriéndome—. Nichi se va a poner muy feliz.

Zac sonrío de medio lado, demostrando la ilusión que le hace dar el siguiente paso. Estiro la mano sobre el escritorio hasta tomar la suya.

—Tienes mi apoyo, pero sabes que esta siempre será tu casa. Estoy muy contento por ti y por Nicholas, aunque es un insolente, sé muy bien lo mucho que te ama —expreso.

—Cuando se entere de que acabas de hablar bien de él, va a hacer un escándalo —me dice y únicamente me resta prepararme para eso—. Gracias, papá, me siento ridículamente feliz —se pone de pie—. Iré a hablar con él.

Asiento y le digo que todo irá bien.

—Amorcito —lo llama Thomas antes de que atravesase las puertas dobles.

—¿Qué? —pregunta aburrido.

—No me quedó claro una cosa, ¿vas a decirme "papi"? —sonríe malicioso.

Zac le muestra el dedo del medio y azota la puerta. El niño se suelta a reír de manera escandalosa, paso mis manos alrededor de su cintura y lo atraigo más cerca.

Me digo mentalmente que tengo que hablar con Zac cuando estemos a solas, sé muy bien que no le gusta exponer sus emociones delante de los demás por muy amigos que sean, pero de momento, me encargaré de este niño problemático.

—Deja de ser un alborotador —demando, besando sus labios.

—No sé de qué hablas —se defiende entre besos—. Por cierto, hola. Te extrañé —deja un camino de besos por mi mandíbula—. ¿Qué haces trabajando un domingo? —pregunta con desaprobación.

Meto la mano por la rodilla, en la rotura de sus vaqueros para acariciar su piel.

—El maldito Bezzechi me envió un correo, según él, necesita que escoja dos invitaciones y como es un dolor en el culo, las necesita para este momento —me quejo, dejando un beso en su frente.

—¿Para la fiesta del próximo mes? —asiento—. Entonces hazlo, elige dos y ya está —baja una mano por mi pecho—. Así puedo tenerte para mí.

Claro, como si fuera tan fácil. Sin embargo, una idea cruza por mi cabeza.

—Escoge dos —pido, acercando el ordenador.

—¿Cómo? —apunto la pantalla—. ¿Confías en mi buen gusto? —asiento sin dudarlo—. Bueno, veamos... esta se ve hermosa —señala con el dedo—. Y esta también.

—Perfecto, eso fue rápido —envío una respuesta adjuntando las tarjetas seleccionadas y luego de terminar, volteo a verlo—. Gracias, has sido mi salvación.

Thomas mueve la cabeza divertido.

—Exagerado.

Me pongo de pie y lo llevo conmigo hasta sentarlo sobre el escritorio y me acomodo entre sus piernas.

—¿Serías mi cita para ese día? —pido, picoteando sus labios.

—No lo sé —finge desinterés agarrando la cintura de mi pantalón—. ¿Te voy a ver en esmoquin?

—Sí.

—¿Y luego te lo voy a quitar? —pregunta seductoramente.

—Por supuesto.

—Entonces acepto —dice antes de tomar mis labios entre los suyos.

Nos fundimos en un beso volcánico, de esos que te dan el pie para algo más, deslizo la mano hacia la curva de su cintura donde la mantengo firme, por otra parte, Thomas se derrite en mis brazos.

—¿Es normal que todo el tiempo quiera estar en tus brazos? —cuestiona irritado—. A veces me siento un poco asustado, esto que siento por ti es demasiado intenso —se expone llevándose una mano al corazón.

Y no es el único que se siente de ese modo. Esto que tenemos me asusta como el infierno.

—Sé que asusta porque también lo siento —lo aparto para mirarlo de cerca—, pero no tienes que preocuparte por tus sentimientos, no pretendo lastimarte.

Una lenta sonrisa le curva los labios al mismo tiempo que me abraza, se acomoda en mi pecho y descansa la cabeza en el hueco de mi cuello.

Cuando el silencio nos atrapa, recuerdo algo que dijo Thomas unos minutos antes y solo entonces, me doy cuenta de lo fuerte y serio que se están poniendo las cosas entre nosotros porque antes de poder replantearme lo que cruza por mi cabeza, las palabras escapan de mi boca.

—Múdate conmigo —propongo. Mi tono es casi suplicante.

Thomas no mueve un músculo, se queda tan quieto que si no fuese por su pesada respiración, hubiera pensado que se quedó dormido.

Tal vez no fue una buena idea soltar la propuesta sin una charla previa, pero es que ni siquiera he planeado pedírselo. Simplemente, la idea de tenerlo lejos se me hace incorrecta. Quiero mencionarle que no tiene que aceptar si no se siente listo, no obstante, él termina por hablar.

—¿Cómo? —formula levantando el rostro.

—No quiero que te vayas —comienzo a decir—. Quiero que vivas aquí, conmigo.

Abre la boca y la vuelve a cerrar, como si fuese un pez fuera del agua.

—Pero... ¿y Zac? —comprendo su preocupación.

Quizá debí hablar con él antes de pedírselo a Thomas, pero de nuevo, las palabras salieron de manera impensada.

—Podemos hablar con él.

—No lo sé, no quiero que se sienta incómodo, creo que para él ya es demasiado raro el hecho de que me esté acostando con su padre —puntualiza con una mueca insegura.

—¿No quieres mudarte conmigo? —pregunto sin vueltas.

—Claro que quiero —dice sin pensarlo.

Me acerco hasta depositar un beso en su frente. Puede que yo esté divagando y alucinando un poco, sin embargo, se siente tan bien estar a su lado, que no me importa la extensa lista con diferencias que recalcan lo opuestos que somos.

Pero la opinión de Zac lo hace, es más que suficiente para caer de mi nube de enamoramiento y si él no está de acuerdo, las cosas cambiarán por completo, pero conozco lo suficiente a mi hijo para saber que solo quiere verme feliz y él sabe que este es mi camino.

—Hablaremos con él esta noche y luego vamos a tomar una decisión, ¿estás de acuerdo? —propongo.

No luce del todo convencido, pero después de un momento, asiente.

—Suenas como un buen plan, señor Hamilton —se baja del escritorio y entrelaza nuestros dedos—. Vamos, te invito a comer, muero de hambre.

Tira de mi mano y camina fuera del despacho y mientras avanza a mi lado, no hago más que permanecer en silencio para escucharlo practicar la conversación que tendremos con Zac.

La siguiente hora se la pasa ensayando su discurso y cada vez que agrega alguna palabra, se encarga de preguntarme si está bien formulada. Se ve tan ilusionado que las jodidas mariposas estallan.

Capítulo 48

Thomas

Maldita sea.

Me siento tan cabreado que estoy cien por ciento seguro de que en este momento soy la persona menos amable del mundo.

Salgo del elevador dando pisotones, ignoro por completo la sonrisa amable que me brinda Mónica y, en lugar de detenerme a charlar un poco como suelo hacerlo cada vez que vengo a ver a Jac, le pregunto al pasar:

—¿Dónde está Jac? —demando.

Mónica arruga la frente y dibuja una cara de preocupación.

—El señor está en una reunión en la sala de conferencias, pero puedes pasar a su oficina y esperar... —antes de que logre terminar, ya me encuentro caminando a toda velocidad—. ¡Thomas!

Lo siento, Mónica.

La furia me nubla mis buenos modales y mi atrevimiento toma el control de mi actuar.

Empujo la puerta de la sala de conferencia, entrando al lugar sin ser invitado. La primera persona que veo es a Gianni, quien se ve horrorizado por mi dramática entrada, al otro extremo de la mesa hay dos hombres con impecables trajes finos y mirándome como si tuviera un tercer ojo.

Cuando mis ojos se conectan con los de Jac, entiendo que no fue una buena idea interrumpir su reunión, a pesar de ello, no es algo que vaya a decirle, menos ahora que estoy indignado, así que sin más preámbulo, tomo una respiración profunda para hacerle frente a la situación.

—Necesito hablar contigo —planteo firme, pero Jac no se inmuta—. Ahora.

Me sostiene la mirada por lo que parecen ser años, sus penetrantes ojos me hacen vacilar un poco, pero su rostro serio y sin expresión, me mantienen firme, aferrado a la manilla de la puerta para darme un poco de estabilidad.

—Si me disculpan... —dice finalmente, se pone de pie y se alisa la parte delantera del impecable traje que le queda pintado. Mira a Gianni y le hace un gesto para que se ocupe de la reunión—, regreso en un momento.

Los integrantes asienten.

Jac llega a mi lado, me pasa un brazo por detrás hasta agarrarme las caderas y me saca fuera de la

sala, no dice una palabra mientras nos conduce hasta su oficina y cuando estamos dentro, me apoya contra la puerta cerrada y planta las manos a cada lado de mi cabeza.

Baja la cabeza unos centímetros para que nuestros labios estén cerca, mi respiración se agita y lo odio un poco por ser malditamente guapo. Su porte sofisticado y sus facciones masculinas me tiene suspirando como un adolescente con las hormonas enloquecidas, pero no voy a dejar que su buena apariencia me haga desviar de mi propósito.

—Acabas de interrumpir una reunión importante —musita entre dientes—. Dime el motivo —¿motivo? ¿De qué motivo está hablando? Demonios, sus labios se ven deliciosos—. Thomas.

—¿Mmm? —levanto las manos para sostenerme de su cintura.

—¿Cuál es la razón por la cual entraste a la sala de conferencias sin una pizca de modales? —cuestiona hostil—. Espero que sea un buen motivo, de lo contrario, necesitarás una buena reprimenda.

¡Oh, mi dulce Jesús!

Me relamo los labios, Jac sigue el movimiento como si estuviera disfrutando tenerme en esta situación, pero con toda la resistencia del mundo, me escabullo lejos de él hasta posicionarme cerca del ventanal para asegurarme que la tentación no esté a mi alcance.

Inhalo profundo para recuperar mi firmeza.

—¿Tienes algo que contarme? —indago, dándole una oportunidad de hablar.

Jac no se inmuta.

—No —declara con convicción, sin pensarlo.

Resoplo más molesto que antes.

—Estás mintiendo —lo acuso.

—No sé de qué hablas, niño.

Muevo la cabeza sin creerlo, él sabe perfectamente de lo que estoy hablando. Avanzo con velocidad y cuando estoy frente a él lo hago retroceder contra la pared y lo apuñalo con el dedo. Jac no menciona una palabra, en cambio, se mantiene estoico.

—Estuve chequeando mi cuenta bancaria, y resulta que en estos últimos meses solo ha entrado dinero, pero no salió un centavo más allá de mis gastos diarios... —Jac frunce el ceño fingiendo no entender—, entonces fui al área administrativa del campus para saber el motivo por el cual mi beca no estaba siendo cobrada de mi cuenta. Creí que tal vez había un problema con ella y, ¿adivina qué me han dicho?

—No tengo idea —dice el maldito.

—Resulta que todo, absolutamente todo, está jodidamente pagado y no solamente lo que resta de este año, sino también del siguiente —finalizo enfadado, respirando entrecortado.

Jac pestaña pesado, sin una gota de arrepentimiento.

—Esa es una buena noticia —levanta los hombros.

Intenta sostenerme la mano, pero doy un paso atrás.

—¿Es en serio? —pregunto sin creerlo, pasándome la mano por el rostro—. ¿Se puede saber por qué has decidido con tanta libertad pagar mis estudios? —exclamo histérico.

Espero ver una pizca de remordimiento en su rostro, no obstante, él parece no conocer el arrepentimiento o la pesadumbre. Su porte sólido y seguro me dejan saber que Jac no está para nada apenado por lo que hizo y que, seguramente, no será la primera vez.

Estira la mano y me envuelve un brazo alrededor de la cintura, inclina la cabeza hasta quedar a escasos centímetros de mi boca y el enojo que me acompañó hasta ahora, titubea.

—Hablaemos de esto en casa, cuando estés calmado —anuncia apaciguado.

—No, quiero hablarlo en este mom...

Enmudezco cuando sus manos bajan hasta mi culo y tira de mí hasta pegarme a su cuerpo. Acaricia mi mandíbula con la punta de la nariz, haciendo que, inconscientemente, lance la cabeza a un lado para darle un mejor acceso.

Riega mi cuello con un camino de besos húmedos y mientras tanto, solo me resta insultarlo mentalmente por ser tan caliente y reprenderme por ser tan débil ante él.

—Oye —me quejo en sus brazos y mi voz sale más excitada de lo que pretendo demostrar.

—Te he extrañado toda la maldita mañana —dice con frustración.

Muele nuestras caderas, ocasionando una deliciosa fricción entre nuestras erecciones. Dejo escapar un jadeo necesitado al mismo tiempo que bajo las manos para comenzar a desprender la cremallera de su pantalón.

Introduzco una mano dentro y una vez aferrado a su miembro, lo libero poniendo mi atención en él. Jac está tan ardiente que sus pupilas se dilatan y parece querer devorarme con la mirada.

Con una mano acaricio la fuerte V en su ingle, mientras que con la otra juego con su polla. Demonios, se ve tan sexy con los pantalones a medio bajar.

Subo y bajo el puño una y otra vez con un giro de muñeca al ritmo que tanto le gusta. Jac no aparta la mirada de mí en ningún momento y me dedico a admirarlo y dar gracias al más allá por haberme sacado la puta lotería.

Disminuyo el ritmo y formo círculos con el pulgar sobre la pequeña grieta de la punta, el líquido preseminal comienza a fluir y aprovecho para jugar con la humedad. Jac incrusta sus dedos en mi cabello.

Estoy listo para dejarme caer sobre mis rodillas y gozar de este imponente hombre que me tiene enamorado y enojado a la vez, cuando una idea cruza por mi cabeza y mi lado vengativo sale a la superficie.

Suelto su pene y doy un paso atrás, levanto el dedo pulgar hasta llevarlo a mi boca y lamer la evidencia de su excitación. Su sabor es tan adictivo que tienta a continuar, pero esta vez el señor Hamilton no se saldrá con la suya.

—Debo irme, acabo de recordar que Lily me necesita —anuncio de la nada.

—¿Qué? —formula estupefacto.

Por primera vez desde que entré a la oficina hace unos minutos, dibuja una expresión en su rostro y, ¡maldición! Estoy dando todo de mí para no reírme en su cara.

—Hablamos en casa —decreto. Me alejo y agarro la manilla de la puerta.

—No puedes dejarme así —demanda, apuntándose la polla libre.

—Oh, claro que puedo —afirmo, con la maldad fluyendo por mi torrente sanguíneo—. Y asegúrate de guardarte bien la polla antes de volver a tu reunión.

—Thomas... —advierte entre dientes, totalmente sorprendido por mi arrebato.

Quiero tomar una buena fotografía de este preciso instante solo para capturar su expresión desenchajada y con el pene saludándome orgulloso, pero también estoy teniendo problemas con el mío, así que abro la puerta listo para marcharme.

—Ah, se me olvidaba... —levanto un dedo—: la próxima vez, no decidas por mí, señor Hamilton.

Y salgo a toda velocidad, cubriendo mi erección con el dobladillo de la sudadera. Suelto una risa satisfecha una vez dentro del elevador.

Dios, necesitaba tanto esa ducha relajante, el día fue demasiado agotador y mis energías están

renovadas luego de una larga ducha caliente.

Me envuelvo la toalla alrededor de la cintura mientras agarro otra más pequeña para secarme el cabello.

A pesar de que, oficialmente, vivimos juntos, nuestras habitaciones se mantienen por separado, aunque no ha pasado una noche en la que no hayamos dormido juntos, ya sea en su cama o en la mía.

Nada más poner un pie fuera del baño, Jac me agarra de la muñeca haciéndome sobresaltar ante su repentina presencia. Tiro la toalla al suelo al mismo tiempo que me arrastra hasta dirigirme al pie de la cama y, a priori, comienza a quitarse la ropa.

—Te ves un poco frustrado, señor Hamilton —digo con sorna.

—Si no me hubieras dejado completamente duro, posiblemente tendría otro aspecto —puntualiza con desdén mientras se quita la última prenda hasta quedar deliciosamente desnudo.

Me quedo embobado mirando su marcado cuerpo, me siento enojado por lo que hizo, pero eso no quiere decir que me vaya a negar el poder disfrutarlo tanto como él lo hará conmigo.

Jac avanza hasta acortar la distancia que nos separa y jala la toalla que envuelve mi cintura hasta dejarme en las mismas condiciones que él.

Mira mi cuerpo como un cazador acechando a su presa. Para este momento, estoy tan duro que prácticamente me lanzo a sus brazos. Jac desliza las manos por mi culo y cuando me acerca hasta alinear nuestras erecciones, pienso que esto es el mismísimo paraíso.

Tomo sus labios con pasión mientras siento cómo mi corazón se acelera más de lo normal. El cosquilleo en el estómago es constante. Su boca experta examina cada parte de mí y luego me succiona los labios para después soltarlos sin una gota de cuidado.

—Ponte sobre tus rodillas y manos —ordena.

Tomo una respiración profunda y obedezco su petición porque quiero entregarme lo antes posible. De por sí, Jac es un hombre demandante y dominante, pero cuando lo hace en el sentido íntimo, me hace volar la maldita cabeza.

Lo rodeo y me subo a la cama para ponerme en cuatro. Jac posa sus grandes manos en mis caderas y me jala hasta acomodarme en el borde de la cama. De este modo, quedo plenamente expuesto y estoy feliz por mostrarle todo de mí.

—¿Te crees un listillo por dejarme duro como una piedra? —acusa, pasando una mano por mi espalda—. ¿Piensas que ha sido fácil concentrarme durante la puta reunión mientras te imaginaba como te tengo justo ahora?

Me estremezco de pies a cabeza y contengo la respiración mientras intento deslizar una mano para agarrar mi necesitada erección, pero antes de poder tomarla, él me aparta la mano.

—Pero...

—No te toques —exige.

Ignorando su orden, vuelvo a bajar la mano y lo siguiente que sé es que me da una palmada en el culo.

—Joder —balbuceo entre jadeos.

Siento sus dedos jugueteando con mi entrada y luego un líquido frío. Me separa un poco más las piernas y lo único que puedo hacer es elevar el trasero y esperar ansioso.

El señor Hamilton se burla de mi agujero hasta que introduce un dedo. Me muerdo los labios y trato de aguantar el impulso de tocarme, para este momento, me convierto en una mezcla de gemidos y lloriqueos.

Jac se inclina sobre mí mientras penetra otro dedo. Me besa la nuca y giro el rostro para capturar sus labios, no obstante, me evade.

—Por favor, necesito que me toques —suplico, follándome sus dedos.

—Eso no va a pasar —sentencia con malicia—. Ni siquiera mereces que te folle, no sabes el puto autocontrol que he tenido que manejar todo el jodido día. Mereces que te deje necesitado, jadeando como un animal en celo mientras me corro con solo verte. Sin embargo, no puedo resistirme a ti —dice con resignación.

Lo siguiente que sé es que me está abriendo sin reparo, dejo caer la cabeza hacia abajo y suelto un grito cuando me embiste hasta el fondo, el placer y el ardor son tan intensos que mis piernas flaquean y me desplomo sobre la cama apoyando los antebrazos y dejando mi culo elevado.

Sus manos se mantienen firmes en mis caderas, las estocadas se vuelven duras, ocasionando el sonido de las pieles chocando. Jac dice unas cuantas maldiciones mientras que yo gimo sin cesar.

El vacío que siento cuando se retira de mi interior es abrumador. Jac se sienta en la cama y me pone a horcajadas sobre él. Captura mis labios sin piedad y se abre camino en mi boca como si no hubiera un mañana.

Lo agarro de la nuca hasta acercarlo tanto como es posible, mi corazón se salta un latido ante la intensidad del momento.

Cuando nos separamos, me elevo sobre las rodillas y Jac alinea su falo en mi entrada y luego de eso me dejo caer sobre él. Se aferra a mi cintura mientras lo cabalgo como un experto jinete.

—Cariño —susurro sin aliento.

—Te amo —responde embelesado.

Jac me agarra el miembro y me masturba a toda velocidad, queriendo sacar cada gota de mí.

Cuando el orgasmo nos anuncia su llegada, me aferro a su cuerpo y reparto besos por su precioso rostro.

—Te amo, te amo, te amo... —murmuro repetidas veces, como si fuera una oración.

Con el corazón a mil por segundo y las emociones a flor de piel, me dejo ir en sus manos, gritando su nombre como si la vida se me fuera en ello.

Su cuerpo se tensa y apoya la cabeza en mi hombro cuando su orgasmo lo atraviesa, un sonido gutural sale de su garganta y yo solo me quedo estático recibiendo todo lo que pueda darme. Mi corazón late a lo loco.

Permanecemos unidos durante unos minutos, dándonos tiempo a bajar de la niebla de sensaciones.

—Sé que estás enfadado, pero mis intenciones no fueron malas —rompe el silencio, acariciando mis muslos—, has trabajado duro por mucho tiempo y, únicamente, quería ayudarte de algún modo, no quiero que vuelvas a preocuparte por el dinero.

Dejo ir un suspiro hastiado.

—Lo entiendo y realmente estoy agradecido, pero no está bien lo que hiciste, no es correcto —digo seriamente—. Pudiste decírmelo en algún momento.

—Supongo que sí —levanto una ceja ante esa respuesta—. Pero aunque esté mal, lo volvería a hacer.

—Jac...

—Estoy siendo honesto —se defiende.

Bufo molesto y me paso la mano por la cara. Realmente no sé cómo sentirme al respecto.

—Está bien, pero voy a devolverte ese din... —y antes de poder terminar la frase, me besa, impidiéndome continuar—. Jac, déjame terminar de... —y me besa de nuevo.

Trato de apartarlo, pero me distrae un buen tiempo y cuando decide soltarme, me agarra el rostro hasta inmovilizarme.

—Vamos a dejar eso atrás. A partir de ahora, voy a hablar contigo antes de actuar, ¿de acuerdo?

—asiento disconforme—. Bien, ahora vamos a ducharte nuevamente.

Se pone de pie llevándome con él. Lo miro enamorado y cautivado, mis labios se curvan en una sonrisa que, seguramente, se ve tonta.

No pensé que se podía amar tanto a una persona.

Capítulo 49

Jac

Camino de un lado a otro, reuniendo la poca perseverancia que poseo. No cabe duda de que llegaremos tarde y, desde luego, no es por mi causa.

—¡Niño! Joder, estamos llegando tarde —grito parado al pie de las escaleras.

Me ajusto la pajarita que acompaña el esmoquin que llevo puesto.

—¡Un momento! —vocifera desde el segundo piso.

—No puedo creer que aun viviendo en el mismo lugar sigas llegando tarde —reprocho incrédulo.

—Deja de quejarte, señor Hamilton, estoy listo —anuncia apareciendo en las escaleras.

Mi aliento se atora mientras que el reclamo queda varado en el aire.

Thomas luce devastador hasta el punto de decir basta. Con un traje de color azul, el pantalón le queda a medida, mientras que la chaqueta realza su esbelta figura, el color de su cabello hace contraste con el traje, pero se acopla a sus ojos. Baja las escaleras acompañado de su característica sonrisa socarrona y mi corazón tropieza mientras olvido como carajo respirar.

Thomas se posiciona al frente y solo hasta entonces puedo notar que no trae una jodida mierda debajo de la chaqueta. Levanto una mano de manera mecánica y toco la piel expuesta. Su pecho sube y baja a causa de la constante respiración.

—Me has enamorado una vez más, señor Hamilton —halaga, pasando las manos por mi pecho y mirándome como si le hubiera colgado la luna—. Te ves impresionante.

—Tú te ves hermoso —susurro embelesado.

Sonríe de manera altiva, el muy presumido es consciente de lo bien que se ve.

Su cabello está perfectamente peinado hacia atrás. Me toma el rostro y deja un casto beso en mis labios.

—Eso quiere decir que si me ves caminando por la calle con este atuendo, ¿voltearías a verme?
—pregunta curioso.

Le doy un beso en la frente y aprovecho el acercamiento para inhalar su aroma.

—Te vería siempre, sin importar lo que lleves puesto —respondo con honestidad.

Thomas curva los labios de oreja a oreja, contento con mi respuesta.

—Apuesto a que sin ropa también —levanta las cejas de manera sugerente.

Sonrío de medio lado y luego entrelazo nuestras manos.

—Si no nos marchamos en los próximos segundos, te llevaré a la habitación para quitarte ese traje antes de lo previsto —adviento.

El niño respira pausadamente y se lame los labios.

Maldición.

—Entonces vámonos, no puedes faltar y cuanto antes termine, mejor, así podré disfrutar de ese cuerpo sensacional que tienes, cariño —jala mi mano y camina.

¿Cómo infierno voy a aguantar hasta poder tenerlo?

Me considero lo suficientemente maduro para aceptar que el lugar que Gianni ha escogido es totalmente perfecto. Finalmente, pudo hacer algo bueno.

—Vaya, esto se ve impresionante —dice Thomas, mirando el salón principal.

Todo en el lugar grita sofisticación y dinero a montones, las personas lucen elegantes y acordes a la ocasión. Por lo general, no es de mi agrado este tipo de sitios donde las personas se la pasan alardeando sobre las riquezas que poseen, pero reunirlos también tiene su lado positivo.

Estoy tan ensimismado observando el lugar que no me doy cuenta de que los presentes nos observan curiosos. Volteo a comprobar a Thomas con temor a que no se sienta cómodo, pero el niño sonríe restándole importancia.

—No te preocupes, solo me miran porque me veo demasiado guapo —agrega sonriendo.

Me inclino y deposito un beso en su frente. Me encantan sus ocurrencias.

—Primero: llegan tarde y segundo: se ven ridículamente enamorados —se queja Bezzechi llegando junto a nosotros—. Ah, qué asco.

—Eso dices ahora, quiero verte cuando alguien te atrape —se mofa Thomas.

—¿Sí? Lástima que eso nunca pasará —se estremece exageradamente—. *Merda* con solo pensarlo me da repelús.

El niño cruza los brazos sobre su pecho al mismo tiempo que esboza una sonrisa altanera.

—¿Sabes? No deberías afirmar algo que es incierto, te sorprenderás cuando descubras que el karma es un hijo de perra.

Bezzechi lo imita, poniendo una postura de sabelotodo.

—Mi querido niño bonito —frunzo el ceño ante semejante atrevimiento, pero Gianni me ignora olímpicamente—. Escúchame atentamente, no existe un ser humano en este planeta que pueda ponerme una correa —sentencia con firmeza.

—¿Acaso eres un perro? —intervengo.

—¿Quieres apostar? —le pregunta Thomas con una sonrisa que te hace estremecer.

—No lo creo, no quiero que vayas llorando a acusarme con tu papi cuando pierdas —me señala—. Porque créeme, vas a perder.

Thomas suelta una carcajada, burlándose en su cara.

—Si estás tan seguro... apuesta —lo reta, tendiéndole la mano.

Gianni arruga la frente algo dubitativo, como si en el fondo supiera que existe una mínima posibilidad de perder y, vamos, Bezzechi odia ser un perdedor. Pero tal parece que Thomas es lo suficientemente convincente.

—*Bene*, estoy adentro —sellan la apuesta con un apretón de manos.

Thomas se ve más que satisfecho y luego de terminar con él, se gira y me guiña un ojo, esa sonrisa maliciosa vale más de lo que puedo imaginar.

—Iré a dar una vuelta por el lugar mientras te ocupas de las relaciones públicas —anuncia.

Quiero pedirle que se quede a mi lado, quiero decirle que mi impulso de vigilarlo toda la noche para que nadie lo haga sentir incómodo, está latente, pero en lugar de sonar tan paranoico solo digo:

—¿Estarás bien?

—Por supuesto que estaré bien. Conoceré el lugar y cuando estés desocupado ven a buscarme.

Algo dudoso, me inclino y le doy un ligero beso mientras escucho el carraspeo de Gianni. Lo dejo ir a regañadientes, pero tampoco quiero que se aburra a mi lado.

Cuando Thomas comienza a caminar, mi amigo lo llama.

—No me has dicho cuál sería tu petición con respecto a la apuesta —dice curioso.

—¿Por qué quieres saber? ¿No eras tú el que hace un momento alardeaba sobre el hecho de no perder? —replica taimado—. Pero ya que estás dudando, déjame decirte que no te preocupes, cuando haya ganado, pasaré por mi premio.

Le sonrío irónico y se marcha. Ese niño es jodidamente impredecible. Mis labios se elevan y mi pecho se llena de orgullo.

—*Maledetta merda* (maldita mierda) ese novio tuyo es un dolor en el culo —reniega comenzando a caminar con enojo.

La noche transcurre bastante llevadera, a pesar de que pensé que sería un poco pesada, pero las recaudaciones que hemos conseguido son todo menos modestas y ni hablar de los nuevos clientes que logramos atrapar.

Pueden llamarme arrogante o soberbio, sin embargo, cuando se trata de trabajo y profesionalismo, sé perfectamente que mi firma es una de las mejores.

También soy astutamente maduro para aceptar que desde que Bezzechi entró a mi vida, se convirtió en un pilar importante y el maldito es jodidamente bueno en lo que hace, aunque no es algo que vaya a decírselo en voz alta.

Me escabullo entre las personas hasta la barra para tomar un descanso, cabe resaltar que la parte de ser anfitrión me sienta de maravillas, no obstante, no es algo que me encanta hacer.

—Un Gin Tonic, por favor —le pido al camarero.

La copa es depositada en un abrir y cerrar de ojos y cuando el líquido caliente baja por mi garganta, tarareo con aprobación.

Fijo la vista al frente y me limito a buscar a cierto niño que perdí de vista hace un tiempo.

Inclino la cabeza al visualizar una cabellera blanca perfectamente peinada. Thomas charla animadamente junto a un grupo de personas que, si bien, son mucho más grandes que él, eso parece no ser un problema.

Ese atuendo que se puso lo hace lucir inalcanzable.

Avanzo en su dirección. Se ve tremendamente seguro de sí mismo, como si él perteneciera a donde sea que yo esté.

—Buenas noches —saludo al llegar a su lado, los presentes responden—. Si me disculpan, me lo llevo un momento —digo tomando su mano.

Thomas se ruboriza haciendo que se vea adorable. Lo llevo a la pista de baile donde un grupo de

personas ya se encuentran bailando pegados al compás de la suave melodía.

—Hola —susurra pasando los brazos detrás de mi nuca—. Te eché de menos.

—Intenté escaparme antes, pero no pude. Siento dejarte solo —digo besando su mejilla.

—Ah, no te preocupes, la estaba pasando bien, no creí que pudiera divertirme en una fiesta de este tipo, pero me alegro de haberme equivocado.

—¿De verdad?

—Sí, señor Hamilton.

Muevo la cabeza divertido ante aquel mote que sigue intacto. Me acerco hasta su oído y lo siento temblar.

—¿Ya te he dicho lo malditamente hermoso que te ves?

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Sí, pero puedes decírmelo tanto como quieras, no me escucharás quejarme.

Le levanto el rostro con el dedo índice y susurro sobre sus labios:

—Eres el chico más precioso que he visto alguna vez —confieso para posteriormente tomar sus labios en un beso dulce, lleno de todos los sentimientos que tengo guardado para él.

—Llévame a casa —balbucea con los ojos vidriosos y las pupilas dilatadas.

Capítulo Final

Thomas

La luz de la luna entra por el ventanal, haciendo que la habitación quede iluminada, el cuerpo desnudo de Jac yace sobre las arrugadas sábanas, dejando al descubierto su espectacular musculatura.

Está boca abajo, aplastando la mejilla contra la almohada y pasando los brazos debajo de ella.

Me pongo de costado para contemplarlo mejor, estiro el brazo y acaricio su bronceada espalda. Cuando Jac duerme es algo mágico de ver, no sé exactamente cuánto tiempo estoy mirándolo, solo sé que nunca será suficiente.

Jac no lo sabe, pero debo confesarle que no existe noche en la que no me quede contemplando sus sueños, aferrado al despertar por temor a dormirme y darme cuenta de que quizás esto se trate de un sueño.

Mis miedos siguen y seguirán presentes, a pesar de ello, tener a este hombre a mi lado, hace que el resto de las cosas sean hasta insignificantes.

Me inclino y dejo un beso en su hombro y hago el mayor esfuerzo para levantarme sin despertarlo. Cojo del suelo su camisa y me la pongo antes de salir al balcón. La fiesta de beneficencia estuvo perfecta, no pensé que podía divertirme en un ámbito desconocido, pero fue increíble, aunque el sueño haya decidido desaparecer.

El frío de la noche me hace estremecer, apoyo los antebrazos en el barandal y me dedico a contemplar las estrellas como tantas veces he soñado.

Mi vida ha cambiado drásticamente en menos de lo que pude comprender, pasé de ser un chico que vivía en un barrio donde predominaba la ilegalidad, hasta vivir en esta casa que, a mi parecer, se asemeja a un palacio.

Pasé de preocuparme por la comida, la vestimenta e incluso el toque de queda, para ser una persona totalmente libre. La libertad puede ser tan breve como eterna, tan necesitada como independiente. Yo soy libre y aunque mi corazón le pertenece a Jac Hamilton, también me pertenece.

Al fin y al cabo, puedo elegir sobre mi vida y, sin dudarlo, lo elijo una y otra vez.

—¿No puedes dormir? —pregunta posicionándose detrás de mí. No lo sentí levantarse.

—No tengo sueño —me acomodo en su pecho, Jac desliza las manos sobre mi abdomen hasta entrelazarlas con las mías.

—Um, estás pensando mucho ahí —comenta besando mi cien.

—Solo un poco —levanto una de sus manos y la llevo a mi rostro, cierro los ojos disfrutando del tacto.

Nos mantenemos en silencio durante unos minutos, disfrutando la cercanía del otro. Me giro en sus brazos para enfrentarlo, Jac es tremendamente guapo en cualquier aspecto.

—Estoy malditamente agradecido contigo, ¿lo sabes? —menciono, exponiendo mi corazón—. Has hecho tanto por mí y te juro que si alguien hubiera venido unos meses atrás para decirme que iba a terminar aquí contigo, me habría reído en su cara.

—Conozco el sentimiento —dice sonriendo de medio lado—. Ni en mis más descabellados sueños pensé que estaríamos así. Joder, cuando te conocí fuiste puramente intolerante, no puedo creer hasta donde hemos llegado.

Suelto una risita.

—Por supuesto, porque tú eras una blanca paloma —digo con sarcasmo.

—No seas maleducado, niño —me reprende fingiendo enojo.

Arrugo la nariz y luego me pongo de puntas para dejar un beso en sus labios y susurrar sobre ellos:

—Mereces ser feliz, Jac, y llámame egocéntrico, pero estoy cien por ciento seguro de que puedo amarte como te mereces —prometo con seguridad.

—Lo sé y es por eso que me haces querer ser mejor cada día. Soy yo quien está jodidamente agradecido por tenerte.

Lo abrazo con amor. Mis inseguridades continúan presentes en algún rincón de mi mente, pero estamos hechos el uno para el otro y tengo planeado amarlo toda la vida.

Un ruido vergonzoso interrumpe nuestra muestra de cursilería, Jac se ríe divertido al separarse.

—¿Tienes hambre? —Mis tripas me delatan, así que no me queda más que asentir—. Iré a preparar algo.

Cuando intenta darse la vuelta para dirigirse a la habitación, le agarro el brazo y lo detengo.

—Oh, no, yo mismo me voy a encargar de preparar algo, no quiero tener que llamar a los bomberos a las dos de la madrugada —digo divertido.

—¿Estás llamándome inútil? —frunce el ceño, enfurruñado.

—Solo estoy tratando de cuidarte porque te amo demasiado, cariño —expreso con dulzura, el rostro de Jac se desdibuja al mismo tiempo que se me queda viendo con una expresión que nunca antes ha puesto. Sus ojos lucen desencajados mientras que su cuerpo está inerte, lo miro sin entender—. ¿Sucedé algo? —no responde, es como si su mente estuviera en otro lugar—. ¿Jac? —insisto.

—¿Decías algo? —contesta al volver en sí, dando un paso atrás.

—Te preguntaba si pasa algo, de repente te has puesto raro.

—Estoy bien —balbucea, comenzando a caminar de un lado a otro.

—Bien, ahora regreso —digo dubitativo.

Le doy un vistazo antes de comenzar a caminar, si algo le pasa, seguramente me lo dirá en algún momento, tampoco quiero verme cargoso o intenso, es normal tener nuestras preocupaciones por separado.

—Niño —me llama antes de que pueda atravesar el ventanal.

Me giro automáticamente, sus ojos desprenden inseguridad, miedo, amor, temor, alegría, descubrimiento y tantos otros sentimientos que verlos a todos juntos en una persona como Jac, es demasiado abrumador.

—¿Sí? —murmuro, sorprendentemente cauteloso.

Jac cambia el rostro en menos de un segundo, sustituyéndolo por una mirada llena de decisión, determinación y anhelo.

—Cásate conmigo —pide.

—¿Qué? —susurro.

Mi pulso deja de funcionar, mi corazón tropieza y mi respiración comienza a fallar.

Cásate conmigo.

Mi cuerpo empieza a temblar mientras veo como Jac avanza y deja caer una rodilla al suelo.

¿Esto está pasando realmente?

—No tengo un anillo para darte en este preciso instante, porque esto es lo más real que puedo ser —me sujeta una mano mientras sus ojos están fijos en mí—. Escucharte decir que me amas es algo que me llena de plenitud, has convertido mi vida en un mar de emociones y sentimientos que ni siquiera sabía que existían. No puedo y no quiero imaginar una vida en la que tú no estés a

mi lado, porque hoy me parece hasta desacertado pensar algo como eso. Te amo tanto que el amor no me cabe en el corazón y muchas veces quiero gritarle al mundo lo maravilloso que eres y lo afortunado que soy de poder amarte. Mi insolente, mi niño malicioso y ocurrente, ¿te casarías conmigo?

Cuando la última pregunta sale de su boca, yo soy un mar de lágrimas. No puedo creer que Jac esté pidiéndome que me case con él. Siento que el corazón me va a estallar mientras lo observo de rodillas, mirándome como si yo fuera lo máspreciado en su vida.

Trato de buscar las palabras para darle la respuesta que, sin saberlo, he anhelado.

—¿Prometes dejar una buena propina? —pregunto entre llanto.

Los ojos de Jac se iluminan al mismo tiempo que sus mejillas se humedecen, él sabe que no me refiero al valor monetario.

—Siempre —promete, llevándose mi mano hasta los labios para besar mis nudillos.

Con una sonrisa radiante y rendido por completo ante él, respondo:

—Me tienes, señor Hamilton, siempre me has tenido, no hay lugar en el universo en el que desee estar más que a tu lado. Te amo —me lanzo a sus brazos.

Lo beso tanto, repartiendo besos por todo su precioso rostro, repitiéndole cuanto lo amo y cuan feliz me hace.

¡Voy a casarme, voy a casarme!

Mis lágrimas no cesan, mi corazón desborda alegría y no logro hacer más que sonreír sin dejar de abrazarlo. Sus labios se elevan mientras lo miro con amor. Con adoración. Como si me hubiera bajado el cielo a mis pies.

Amar se siente de otro mundo y tú eres el mío.

Fin

Primer Extra

Jac

Pensé que al ser domingo podríamos quedarnos en la cama todo el día, pero mis planes se esfuman cuando estiro el brazo para buscar su cálido cuerpo y en lugar de atraerlo hacia el mío, no consigo nada.

Thomas tiene la manía de desaparecer de vez en cuando, trato de no asfixiarlo porque sé muy bien que cuando se escabulle, es porque necesita tiempo para procesar su nueva vida.

Supongo que no es fácil tener un cambio tan drástico. Sea para bien o para mal.

Busco mi boxer en el piso y bajo las escaleras al encuentro del niño. Al entrar en la cocina, me empapo con una imagen suprema y es que con Thomas casi todo es surrealista.

Con unos pantalones de pijama y el torso desnudo, se mueve con agilidad por el lugar, el ruido de la batidora no me deja escuchar la canción que está tarareando. Su cabello se encuentra desordenado y sus manos repletas de harina.

Se ve como un ángel insolente y alborotador. Cuando da un giro para abrir el refrigerador, se encuentra con mis ojos y me regala una de esas sonrisas que paraliza mi corazón y entonces reafirmo lo que siempre supe, con Thomas Miller no tengo escapatoria.

—¿Me estás espiando, señor Hamilton? —pregunta poniendo una mano en la cadera.

—Solo un poco —admito antes de acercarme hasta rodear su desnuda cintura con mis brazos, Thomas sonríe—. Vuelve a la cama, aún es temprano.

Deposito un beso en su frente y él se aferra a mis brazos.

—Se me ocurrieron unas ideas de postres para nuestra boda y estaba tan ansioso por hacerlos que no pude esperar hasta más tarde —levanta sus manos hasta mi rostro y me da un suave beso—. Lo siento si te desperté —susurra sobre mis labios.

Niego con la cabeza antes de profundizar el beso, su sabor es a fresas, tan adictivo que no hay manera de entrar a rehabilitación, sus labios se mueven en sincronía con los míos, como si ya nos conociéramos de tal manera que no hay margen de error. Succiono su labio inferior hasta soltarlo con un sonido húmedo.

—No lo hiciste —echo un vistazo a la isla donde se encuentran diferentes tipos de postres—. Dime qué has estado preparando.

Thomas sonríe con emoción. Además de que la cocina es su pasión, ha estado tan entusiasmado

con los preparativos de la boda, que su rostro se llena de ilusión cuando hablamos de ello.

—He estado pensando que podríamos tener diferentes tipos de postres en lugar de uno, algo así como una mesa de dulces, sobre todo quiero que sean frutales, entre helados y tibios —comienza a parlotear y yo no hago más que contemplarlo—. Oh, y estos que están aquí son los rellenos para el pastel, creo que con dos es suficiente, de lo contrario, su sabor sería muy empalagoso. En cuanto a la cobertura, estuve pensando que puede ser de buttercream y... —se queda callado abruptamente cuando me mira—. Lo siento, te estoy aburriendo.

Frunzo el ceño, no me gusta cuando Thomas se siente inseguro.

—Nada de lo que hagas o digas podría llegar a aburrirme, ¿lo entiendes? —pregunto firmemente a lo que él asiente con una sonrisa altiva—. ¿Puedo probar? —señalo la isla.

—Adelante —autoriza.

Thomas intenta agarrar un postre, pero detengo su mano en el camino, me mira sin entender y le hago una señal para que se apoye en la isla y se quede quieto.

Agarro el primer postre que está a mi alcance, al parecer es de chocolate. Sumerjo un dedo en la fría crema y luego dejo el cuenco sobre la mesa, en lugar de llevarlo directo a mi boca para probar, deslizo el dedo por el pecho de Thomas, quien se sobresalta por el frío.

—Oye —se queja.

—Esta es la manera correcta de probarlos —digo.

Thomas comienza a sonreír de manera socarrona y me hace una señal para que continúe. Sin perder el tiempo, comienzo a decorar su torso con las preparaciones que él mismo realizó y cuando termino de untarlo, empiezo el juego.

—Esto está delicioso —digo después de lamer su pezón.

Thomas se agarra del borde de la isla al mismo tiempo que suelta gemidos.

—¿La crema o yo? —pregunta juguetón.

—No estoy seguro —miento, deslizando los labios por su pecho.

—Prueba un poco más abajo, puede que te quites la duda —dice entre jadeos.

Sonrío victorioso al ver cómo está perdiendo el control.

Bajo lentamente por su abdomen y me encargo de lamer cada crema que puse en su pálido pecho, el desastre que hice desde su cintura para arriba no es nada comparado a lo que será cuando acabe con él.

Cuando su torso está libre de comida, me pongo de rodillas y le bajo los pantalones de un tirón, no lleva ropa interior y su polla se encuentra lista para ser usada.

—Eres un perverso, solo estaba probando tu comida y mira lo duro que te has puesto —me burlo sin pesar.

Thomas me mira desde arriba, sus ojos brillantes me hacen saber que no podrá aguantar mucho.

—Jac...

—Dime —agarro la única crema que no probé.

—¿Q-qué haces? —pregunta abriendo los ojos con asombro y lujuria.

Suelto una risa cargada de suficiencia.

—Comerte —adviento antes de untar la crema sobre su pene.

Thomas suelta un grito lastimero mientras sus piernas tambalean.

Me elevo un poco para estar a la altura de su erección y sin más vueltas, lo trago hasta el fondo, sus manos vuelan hasta mi cabello y me sostiene duramente. El sabor a cereza mezclado con el líquido preseminal inunda mis papilas gustativas, logrando una mezcla enfermiza.

Comienzo a succionar su falo, Thomas me sostiene la cabeza y se encarga de meter y sacar su polla sin piedad. Follándome la garganta como si no hubiese un mañana.

Lo suelto con un sonido obsceno y al agarrarlo con la mano, le paso el pulgar por la pequeña hendidura, impidiendo su liberación.

—¡Maldición! Necesito correrme —ordena lloriqueando.

Me limpio la boca con el dorso de la mano libre y lo miro con maldad.

—No lo sé, no lo estás pidiendo de manera amable —digo con sorna.

Thomas me fulmina con la mirada.

—Jac —adviento moviendo sus caderas.

—¿Qué? —pregunto con inocencia, luego me acerco hasta pasar la lengua por la cabeza de su falo—. Pídelo como corresponde.

Thomas continúa moviendo sus caderas para buscar la liberación y justo cuando parece que no puede soportar un segundo más, me encara suplicando.

—Métete la polla en la boca y hazme ver las malditas estrellas como solo tú sabes hacerlo, señor Hamilton.

Y antes de que pueda terminar, yo ya lo tengo en la boca, chupando y tragando tanto como puedo, mi mandíbula está adolorida y mi polla a punto de estallar, deslizo una mano para liberarme y mientras me masturbo a toda velocidad, me encargo de mi prometido y su exquisito sabor.

Thomas estalla y descarga su liberación en mi boca, tomo todo lo que puedo sin derramar una gota al mismo tiempo que mi mano se convierte en un desastre con la llegada de mi orgasmo.

Segundos después, él cae desplomado en mis brazos.

Cuando vuelvo a la realidad, lo abrazo fuertemente mientras beso el dorso de su mano. Thomas me mira embobado y satisfecho.

—Te amo —murmura mostrándome un hoyuelo.

—Y yo a ti, mi niño —limpio el sudor de su frente—. ¿Una ducha?

Thomas asiente sonriendo y yo lo miro embelesado.

Thomas

—¿Por qué me estás mirando de ese modo? —pregunto al meterme en la cama.

Jac estira un brazo y no necesito pensarlo dos veces antes de acurrucarme a su lado. Apoyo la mejilla en sus pectorales y levanto la barbilla para mirar su cara. Su mirada escrutadora sigue mis movimientos.

Busca mi mano para entrelazar nuestros dedos y luego las apoya sobre su pecho.

—Te ves cansado —comenta fingiendo despreocupación.

Tengo en claro de que trata de darme mi espacio y cuando siente preocupación por algo, comienza a tantear de a poco.

—Estoy en época de exámenes, sumándole los preparativos para la boda, es normal verme agotado —sonrío para tranquilizarlo—. No te preocupes, cariño.

Jac me mira dubitativo. Su expresión fría y calculadora me hacen saber que nada de lo que le pueda decir hará que deje la preocupación de lado.

Permanece en silencio un momento, parece estar teniendo un debate mental.

—¿Quieres posponer la boda? —pregunta finalmente.

Ni que estuviera loco.

—Claro que no —respondo al instante.

—No me gusta verte así —declara tajante.

Respiro profundo y luego suelto el aire. Me levanto hasta acomodarme entre sus piernas de tal manera que mi cuerpo queda arriba del suyo, me elevo sobre los brazos y lo miro firmemente.

—No voy a posponer la boda a menos que tú lo quieras —trata de hablar, pero lo callo con un beso fugaz—. Solamente necesito descansar unos días y me verás como nuevo, ¿de acuerdo?

Jac frunce el ceño, desde luego que no está convencido, pero finalmente asiente.

—Bien.

Me toma el rostro con sus fuertes manos hasta presionar un dulce beso en mi hoyuelo. Sonrío encantado y en seguida me recuesto sobre su pecho.

Jac jala las mantas hasta cubrirme, puedo escuchar los latidos de su corazón y mientras el silencio nos envuelve, agradezco lo inmensamente feliz que me hace este magnífico hombre.

Voy a casarme, voy a malditamente casarme y todavía no lo puedo creer. Cuesta mucho hacerme a la idea de que esto es real, jamás imaginé vivir algo así. Infiernos, mi vida era tan miserable que ni siquiera se me ocurrió soñar con tener una persona como él.

—Jac —murmuro con un nudo en la garganta.

Su respiración se acelera mientras me aprieta.

—Dime, niño.

Él puede sentir mi angustia. Puede sentir mi incredulidad, mi gratitud, mi felicidad, mi amor. Y ¡puta madre! Eso es asombroso.

—Soy feliz —confieso con la voz rota—. Tú me haces feliz.

Jac me levanta el mentón con su dedo índice y deposita un beso en mis labios. Un beso cargado de sentimientos que comparto.

—¿Quieres oír un secreto? —musita.

—Sí.

—Con solo pensarte soy feliz y cada mañana al despertar, agradezco tenerte a mi lado —mi corazón estalla—. No puedo esperar para llamarte mi esposo —sonríe de medio lado.

Las mariposas dan volteretas en mi estómago y sonrío ampliamente antes de besarle la mandíbula.

—Tu esposo, me encanta como suena —digo saboreando las palabras.

—Thomas Hamilton —prueba las palabras de manera satisfactoria.

—Nada mal, ¿no?

—No, mi niño —besa mi nariz—. Ahora duérmete.

—¡Ah! No puedes estar sin dar órdenes —me quejo enfurruñado.

El pecho de Jac vibra a causa de la risa.

—Duérmete —repite.

Lo abrazo lo más que puedo y me acomodo para dormir. Esta es mi vida ahora y aunque hay cosas que no se pueden olvidar, me esfuerzo día a día para superarlas.

Y este hombre, al cual amo con todo mi ser, es mi motor.

—Bien —acepto cuando una idea cruza por mi cabeza, sonrío malicioso y me alisto para molestarlo un poco, es que verlo enfadado es mi pasión, entonces musito—: buenas noches, osito gruñon.

La habitación se queda en silencio y mi sonrisa perversa se ensancha.

—¿Qué acabas de decir? —espeta horrorizado.

—Nada —me defiendo al instante tratando de contener las carcajadas. El señor Hamilton deja pasar el mote cariñoso que tanto odia y justo cuando baja la guardia nuevamente, vuelvo a repetir en un susurro—: osito gruñon.

—¡Thomas!

Segundo Extra

Thomas

Cuelgo el móvil y lo coloco en el bolsillo de mi sudadera. Mi vista está fija en algún punto de la cocina, como si estuviera aquí, pero mi conciencia está en otro lado, un lugar que desconozco porque me siento tan perdido como ausente.

El punto fijo al que estoy mirando parece mucho más interesante que la noticia que acabo de recibir, noticia que no me genera ningún tipo de emoción y reacción, pero que a la vez me deja en el limbo.

¿Qué tan entendible es eso?

Pestaño pausadamente antes de mover mis ojos hacia Jac. Él luce extraño, entre preocupado y ansioso, una mezcla interesante para un hombre tan impermeable si de emociones se trata. Jac mueve los labios, seguramente intentando saber la causa de mi reacción y aunque no puedo formular una palabra, intento buscar el hilo de la realidad.

Él toca mi rostro mientras que yo comienzo a negar con la cabeza, un estúpido intento para hacer desaparecer de mi mente las últimas palabras que he oído. Escucho su voz lejana y a pesar de que quiero volver, también deseo permanecer en este trance porque sé que lo que viene de ahora en adelante no será fácil y, maldición, estoy cansado de que la palabra "complicado" permanezca en mi vida.

Supongo que esta reacción es un escudo para cubrirme de esta inevitable etapa. Pero cuando su voz comienza a oírse cercana, entiendo que no puedo ocultarme por más tiempo. Listo o no, debo afrontarlo.

Como siempre.

Como todo.

—¿Puedes oírme, niño? —intenta mientras agita los dedos frente a mis ojos.

El nudo de su corbata se encuentra a medio hacer, algo insólito, ya que Jac tiene la manía de permanecer siempre impoluto. Sonrío de medio lado y comienzo a levantar mis manos para ajustarla, pero lo único que consigo es que mis manos comienzan a temblar como una gelatina.

No. No. No. ¡Es jodidamente injusto!

Y es en este momento en el que me doy cuenta de que el círculo que creí haber cerrado, continúa malditamente abierto.

—Mi padre ha muerto —musito.

Mi padre ha muerto y aunque deseo e intento que ese hecho no me afecte, termino perdiendo antes de haberlo intentado.

Jac me mira sin emoción, como si no le acabara de dar una noticia que, para mí, es reveladora. Deseo ser como él, deseo no sentir o esconder mis emociones, quiero permanecer intacto cuando un balde de agua fría caiga sobre mí, quiero poner una expresión de "dime algo que me importe". Tampoco puedo culparlo, no cuando ha perdido más de lo soportable.

Él intenta tocarme, pero doy un paso atrás. Tal vez sea por el hecho de envidiar su frialdad o por mi maldito problema de no querer compasión.

—Niño...

—No tienes que decir nada —lo interrumpo.

No hay algo que desee escuchar para calmar este malestar.

Comienzo a caminar en reversa hasta voltearme y salir disparado escaleras arriba. Una vez en mi habitación, me quedo inmóvil, observando un punto perdido.

La puerta es abierta de manera precipitada y por ella entra Jac con una expresión de disconformidad.

—No hagas eso —advierte.

—¿Hacer qué exactamente? —contraataco.

—Aislarte como lo estás haciendo —da un paso adelante—. Creí que ya habíamos pasado esa etapa.

—Pues ya ves que no —replico enojado.

—Thomas —su tono me hace saber que le está costando ser paciente, pero luego de frotarse la cara con las manos, me mira de manera conciliadora—. Ven y habla conmigo, juntos podemos...

—Déjame solo, por favor —termino cortando su intento de charla motivadora.

Él me observa con desaprobación, pero resulta que no es eso lo que me interesa en este instante. Jac puede mirarme como mejor le parezca porque no va a cambiar en nada lo que estoy sintiendo.

—No considero conveniente dejarte solo, niño. —Me toma las manos y si no estuviera tan enojado con la vida, me lanzaría a sus brazos—. Vámonos —intenta sacarnos de la habitación, pero me quedo estancado en el lugar.

—Quiero estar solo —repito.

—No voy a dejarte.

Esta vez puedo notar su angustia.

—No te lo estoy preguntando, no soy un niño al que puedes someter bajo tus órdenes.

Su entrecejo se frunce y aunque sé que no le gusta mi actitud, no refuta una palabra.

—De acuerdo —dice finalmente y cuando intenta voltearse para salir de la habitación, me escucho diciendo con sorna:

—He estado solo toda mi vida, Jac, por lo que puedo estar sin ti un momento —él toma una respiración profunda y termina bajando la cabeza y cuando caigo en cuenta de que la he cagado, mis lágrimas comienzan a fluir.

Y en lugar de disculparme por actuar como un idiota con la persona equivocada, salgo disparado del lugar, siendo demasiado cobarde para mirar a los ojos al hombre que ha hecho tanto por mi miserable culo.

Estos días que he estado viviendo en mi antiguo hogar, han sido unos de los peores de mi vida, quiero decir, nada comparado a cuando mi padre solía golpearme y someterme, pero el sentimiento es similar.

Me acurruco en una de las sillas del comedor con una taza humeante de café. Mi móvil comienza a vibrar para anunciar una llamada, lo tomo en mis manos y cuando el nombre de Sam aparece en la pantalla, decido ignorarlo. Ellos saben de mi situación y han sido respetuosos, pero con el pasar de los días, el "necesito espacio" que les he dicho, se está yendo por el retrete.

Observo alrededor, la casa permanece igual que siempre; pequeña, fría y solitaria. Sé que estar aquí es lo más estúpido que puedo hacer, aunque no lo pensé de ese modo días atrás cuando salí de casa sin mirar atrás.

Ni siquiera a Jac.

Pero, demonios, estoy lidiando con mi desastre por mi cuenta. No pretendo involucrar a nadie más en mi patético presente.

Enterarme de que mi padre ha muerto fue tan devastador que ha dejado un hueco en mi pecho y no puedo evitar pensar en lo malditamente solo que estoy en este mundo. Porque sí, tengo a Jac y a los chicos, ¿pero de mi sangre? Nadie.

Ha sido demasiado impactante saber que si no hubiera conocido al señor Hamilton y a mis amigos, yo sería la nada misma en este mundo.

Mi padre ha dejado muchos miedos en mi cabeza y el recuerdo de la vida inhumana que llevaba a su lado, permanece estable y siempre lo hará. Es algo que debo aprender a sobrellevar y todo este tiempo no hice más que evadir esa parte de mi vida.

Las cicatrices también duelen.

No puedo saber cuándo voy a estar listo para pararme frente al hombre que amo y suplicarle que me sostenga una vez más, no me parece justo tener que hacer tal cosa, por eso es que permanezco aquí.

Suspiro hastiado, mis ojos comienzan a sentirse cansados a causa de la falta de sueño.

El golpe seco detrás de la puerta principal me hace dar un salto en el lugar. ¿Qué mierda? No es como si tuviera visitas a menudo en este lugar. Un segundo golpe me hace levantarme de la silla, seguramente deben ser algunos de los chicos del barrio. Dejo la taza sobre la mesa y avanzo hasta abrir la puerta.

Diablos.

—¡Joder! Ahora entiendo lo que sentías cuando no te atendía el puto móvil —exclama Zac con desagrado.

Me quedo inmóvil con la mano en la manilla. De todas las personas que pensé que podrían llegar a venir, el último en la lista era Zac, no porque no se preocupe por mí, sino más bien por su falta de expresividad y lo cansador que soy con él.

—Amorcito... —murmuro.

Él me observa de pies a cabeza, como si me estuviera verificando, luego frunce el ceño al estilo de los Hamilton.

—Cierra la puerta que me estoy congelando.

Se frota las manos y solo hasta entonces me doy cuenta de lo exagerado que me estoy comportando. Cierro la puerta y debo admitirlo, con la poca vergüenza que poseo, le indico que se siente en mi ultrajada silla.

Zac se deja caer de manera despreocupada mientras que hago un repaso mental sobre lo que tengo en el refrigerador para ofrecerle.

—¿Quieres agua, café? —le ofrezco.

Él eleva una de sus perfectas cejas y me mira de manera cómica.

—¿Por qué estás actuando decente?

Una mínima sonrisa me curva los labios. Demonios. Es Zac, no sé por qué actuó como si fuera un desconocido.

—No lo sé, últimamente me comporto de manera patética —digo con desagrado.

—Lo haces —me confirma.

Estoy seguro de que lo dice por mi comportamiento con su padre.

—Lo lamento.

—Miller —su voz sale firme—, deja de hacer eso, ¿quieres? Ya he pasado por lo mismo y sé que piensas que eres la peor escoria del mundo. Si quieres pensar eso de ti, hazlo, pero no intentes arrastrar a los demás al mismo pensamiento —espeta cabreado. Me encojo en mi lugar—. Ahora dime, ¿por qué no estás en casa?

Estoy a punto de decir algo poco positivo hacia mi persona, cuando recuerdo lo que acaba de decir.

—Mi padre ha muerto y...

—Eso ya lo sé, pero no entiendo qué infiernos haces en este sitio. ¿Eres masoquista? Porque es la única explicación a la que puedo llegar.

Suelto una risa con lágrimas en el camino.

—No lo entiendes, Zac —niego enojado. Él eleva una ceja de manera inquisidora—. George está muerto y yo simplemente enlopecí, segundos después de escuchar esas palabras me sentí inmensamente vacío y es estúpido porque no lo estoy, los tengo a ustedes, pero tal parece que soy un desagradecido de mierda que solo puede sufrir por la pérdida de un monstruo y no ver el lado bueno de mi vida —me quito las lágrimas frustrado.

Zac se quita el abrigo y lo pone sobre mis hombros, solo hasta entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

—Eres estúpido, pero no en esta ocasión —me consuela—. Has perdido a la única persona de tu sangre, tienes derecho a sentirte como quieras, Thom, porque eres humano y está bien tener sentimientos espontáneos aunque sean inexplicables. Yo solo tengo a mi padre y si algún día le sucede algo, estaría tan perdido como tú —el simple hecho de imaginarlo me revuelve las tripas—, lo que quiero decir es que nadie te ha juzgado, mucho menos mi padre.

Mis sollozos se hacen presente y Zac tira de mí hasta que mi cabeza queda apoyada en su hombro.

¿Cuál es la diferencia cuando muere alguien que amas y alguien que te ha destruido? El primero te rompe el corazón en millones de pedazos que jamás serán unidos. Con el segundo tienes una posibilidad.

—L-la he cagado con Jac.

—Simplemente, ponle una sonrisa y te va a perdonar —dice bufando.

—No lo merezco —me muerdo el labio inferior para controlar el llanto.

Zac levanta mi rostro, sus ojos están vidriosos.

—Tal vez no. Pero ¿sabes algo? —lo miro invitándolo a continuar—. Yo tampoco creo merecer a Nicholas y, sin embargo, soy lo suficientemente egoísta para permanecer a su lado y tratar de ser un poco mejor, por él. Por mí —me quita una lágrima—. Inténtalo.

Sonrío agradecido mientras asiento con la cabeza.

Con el corazón aliviado y el deseo de estar en paz conmigo mismo, intento juntar las fuerzas para retomar mi vida. Seguramente no será fácil, pero cuando tienes a tantas personas que te aman, todo se vuelve más ameno.

Observo a Zac y con una sonrisa burlona le digo:

—Bésame ahora.

—Imbécil —me empuja el rostro con una mueca de asco.

Rompo a reír.

Mónica no se encuentra en su puesto por lo que dudo un momento en avanzar o no. Es ridículo sentirme tan nervioso, incluso más que la primera vez que estuve en este lugar.

Pero teniendo en cuenta la cantidad de veces que la he cagado, es factible sentirme así. Si yo estuviera en lugar del señor Hamilton, me daría una patada en el trasero.

Aunque deseo con todo mi ser que eso no suceda.

Miro alrededor y juntando valentía decido avanzar. La puerta de la oficina de Jac se encuentra entreabierta y dejando mis modales de lado, entro.

—El trabajo estaba *perfetto*, incluso tan impecable como mis bíceps —puntualiza el italiano—, y eso ya es mucho para decir, no entiendo cuál es el problema.

—El problema es que te follaste a la clienta —espetea Jac.

Dios, extrañaba tanto su voz, tanto que un atisbo de miedo me atraviesa. Ellos están tan enfrascados en su discusión que no se percatan de mi presencia.

—Tú te follas al mejor amigo de tu hijo y nadie ha mencionado nada al respecto —escupe con picardía.

Punto para Gianni y es imposible no soltar una risa. Cuando ambos hombres voltean a verme, me enfoco en uno en especial, mi sonrisa se borra y comienzo a succionar el interior de mi mejilla. Mi corazón se acelera cuando Jac me estudia detenidamente. No luce sorprendido, pero puedo notar un destello de vacilación.

—Um, lo siento, la puerta estaba abierta —comento torpemente.

Jac no me quita los ojos de encima, mientras que Gianni parece percatarse del incómodo momento.

—¡Grazie al cielo! Por fin has vuelto —exagera elevando las manos hacia arriba, luego se acerca hasta apretujarme en un abrazo dramático—. No sé qué más hacer con este tipo, está más insostenible de lo usual —se queja señalando a Jac, quien lo mira con furia—. Sea lo que sea que haya hecho, solo perdónalo.

De hecho, soy yo quien debe ser perdonado, pero no es algo que vaya a decirle a Gianni.

—Lo pensaré —trato de sonar casual y cómico, pero termino fracasando.

El italiano se acerca hasta revolver mi cabello.

—Es bueno volver a verte —confiesa con una sonrisa amigable.

Le devuelvo el gesto y luego él se marcha, dejándonos a solas y mi pobre corazón no hace más que latir frenéticamente.

Jac me contempla, y tal parece que no tiene ni la más mínima intención de comenzar con esta charla. No puedo saber cuánto tiempo estuvimos en silencio, pero en ese plazo, intento formular alguna frase y cuando nada llega a mi cabeza, hago lo que he deseado hacer desde la última vez que lo vi. Me lanzo a sus brazos, dejando de lado el miedo al rechazo porque si Jac quiere alejarme, no lo permitiré.

—Lo siento tanto —balbuceo sobre su cuello, él no dice nada y lo tomo como algo negativo—. E-entiendo si estás enfadado, pero déjame estar así un momento, por favor.

Mis lágrimas caen en picada cuando, previamente, me ordené no llorar, no quiero que sienta lástima, pero es inevitable contenerse cuando lo siento distante. Me aferro a sus hombros,

tratando de demostrarle con mi cuerpo lo mucho que lo amo.

—Thomas —me llama, pero su voz suena gélida. No quiero que me hable en ese tono—. Mírame —niego con la cabeza, temiendo encontrar algún sentimiento que podría llegar a destruirme—. Thomas.

—Lo siento por lo que pasó —intento justificarme—, no quise decir eso y yo...

—Niño —me toma el rostro con sus grandes manos y cierro los ojos para no mirar los suyos—. Mírame.

Niego nuevamente y mientras me sumerjo en la oscuridad, me cuestiono un par de cosas.

El amor que siento por Jac no es dependiente, tampoco quiero que lo sea, al contrario, es tan libre que no me reconozco actuando de esta manera. Desesperado por su amor.

Cuando siento que sus labios presionan los míos, abro los ojos de inmediato. Él me acaricia las mejillas con sus pulgares mientras picotea mis labios.

—No estoy enojado contigo —aclara mirándome fijo.

—¿De verdad? —pregunto esperanzado.

Jac suaviza sus facciones y deja un beso en mi frente.

—¿Qué clase de persona crees que soy para enojarme contigo cuando estás pasando por un momento tan duro? —cuestiona.

Bajo la cabeza sintiéndome avergonzado, pero él presiona el dedo índice bajo mi barbilla para elevar mi rostro.

—Yo... no lo sé, he actuado como un imbécil y sólo pude deducir que estabas enfadado.

—Deja de insultarte, Thomas, acaba con eso —ordena tajante, sonando firme.

Asiento captando su petición. Deslizo mis manos por su mandíbula mientras lo observo con admiración.

—¿Qué haría sin ti? —divago. Él posa sus manos sobre las mías—. Sobre lo que dije ese día...

—Sobre lo que dijiste ese día está bien, niño —me interrumpe y cuando trato de replicar, presiona un dedo sobre mis labios—. Has pasado por mucho y yo no estaba a tu lado, eso demuestra lo jodidamente valiente que eres —demonios, me regala una sonrisa—, tú no tienes ni puta idea de lo orgulloso que estoy de ti por ser tan fuerte. No muchas personas tienen la valentía que tú posees para superar tanta mierda por tu cuenta.

Maldición. Sus palabras me conmueven. Ni en un millón de años lo hubiera pensado de esa forma. Esto demuestra lo increíble que es este hombre.

—Demonios, soy tan suertudo —digo hipando con una enorme sonrisa.

—Lo eres —dice con soberbia, estando de acuerdo. Luego tira de mí y me abraza—. Hablaremos en casa.

—En casa —estoy de acuerdo enfatizando esas dos palabras—. Te amo, señor Hamilton.

—Y yo a ti, mi niño, y yo a ti.

Casa: lugar donde te sientes amado.

Ahora lo entiendo.

Tercer Extra

Thomas

Meses después

Nunca pensé en casarme. Maldición, mientras estaba siendo sometido por mi padre y creyendo que viviría por siempre bajo su infierno, era imposible imaginar la idea de encontrar a una persona que pudiera aceptar un felices para siempre al lado de mi lamentable trasero. Ni siquiera me había permitido ver una de esas películas de Disney dónde el príncipe azul llega en su corcel blanco para rescatar a la princesa del malvado tormento en el que vive, por Dios, en aquel entonces, sonaba hasta desquiciado.

Hoy en día comprendo un poco más mi falta de interés por las películas sobre los cuentos de hadas, y es que no quería permitirme tal descabellado e inalcanzable sueño infantil. Quiero decir, cuando eres niño, te aferras a algo o alguien, ya sea un personaje ficticio o un objeto de valor, y con el pasar de los años, proyectas tus sueños de acuerdo a tus comienzos anhelados. En mi caso, nunca me he aferrado a nada, tampoco es que haya tenido la posibilidad de hacerlo. Mi madre no había puesto un tonto muñeco en mis brazos para poder acurrucarme por las noches.

Es por ello que mi falta de sueños fue afectada y es por eso que es mi séptima vez pellizcándome el brazo para saber si lo que estoy viviendo es real o si mi mente ha empezado a alucinar.

El reflejo que me devuelve el espejo es de una persona jodidamente asustada, lo que no puedo entender es cual es el temor. ¿Quizás a qué Jac se arrepienta y salga corriendo? No, él no me haría eso. ¿Tal vez esa parte sufrida que todavía poseo está intentando sabotearme? ¿Haciéndome dudar en cuanto a creer que no soy suficiente para él?

¿Jac seguirá eligiéndome cuando pasen los años y me encuentre a su lado día tras día? Suspiro hastiado frotándome la cara con las manos. Pensar de esta manera momentos antes de dar el sí, no es algo inteligente para hacer.

—¿Cuánto tiempo piensan que seguirá parado frente al espejo luciendo como si estuviera a un segundo de vomitar sus tripas? —La voz de Isa me saca de mi trance.

—No luce como alguien que está a punto de casarse, más bien parece que está a punto de ir a un funeral —murmura Nich.

—El que está a punto de cavar su tumba es el señor Hamilton —se burla Sam—. ¿Quién no lo haría teniendo a Miller al lado en el altar?

—Ya basta, déjenlo en paz. No están ayudando —Jerry llega a mi lado y me toma el brazo suavemente para voltearme—. ¿Thomi?

—¿Mmm?

Dios, no soy capaz de encontrar mi voz. Nunca me había sentido así antes.

—¿Estás bien? —sus ojos preocupados me dan a entender que no luzco mejor de lo que me encuentro.

Intento forzar una sonrisa, pero la nariz arrugada de Nichi y la sonrisa socarrona de Sam me dicen que lo intente de nuevo.

Solo hasta ahora me doy cuenta de lo espectaculares que se ven todos y yo aun luciendo como un vagabundo en lugar de un novio.

Si bien, la ceremonia no será nada extravagante, la inquietud y el nerviosismo se sienten a flor de piel, como si estuviese a punto de caminar frente a miles de personas en tacones y vestido blanco con corte de sirena.

En su lugar, nuestra unión se llevará a cabo en el patio de nuestra casa, por elección propia. Jac prefería algo más sofisticado y en algún sitio elegante, pero había sido sorprendentemente comprensivo cuando le sugerí mi renuencia a los eventos extravagantes. Solo necesito a las personas que amo, un pastel hecho por mis manos y al hombre maravilloso que tengo a mi lado para que esta boda sea la de mis NO sueños.

Podrías pensar que según mi personalidad enloquecedora hubiera escogido una fiesta a tal nivel, pero también existe esa parte egoísta en mí que prefiere compartir este momento con las pocas personas que me rodean. Y sí, tal vez podríamos echarle la culpa a vivir atrapado la mayor parte de mi vida y aunque hoy no me siento para nada enjaulado, las secuelas aparecen de vez en cuando.

Incluso una parte de mí quiere salir corriendo, agarrar a Jac junto a los papeles y firmarlos en privado, por el solo hecho de tener algo que sea solo mío.

Sé que sueno ridículo y que no es momento para la inseguridad. Resoplando molesto, me dejo caer en la cama, sosteniendo mi abdomen.

—Ni un poco. Me duele el estómago.

—¿Quieres hacer lo segundo? No me parece un buen momento —musita Nichi en desacuerdo.

Zac entra a la habitación tirando de las solapas de su traje y verlo solo aumenta mi nerviosismo. ¿Jac se sentirá igual de ansioso?

Nichi se acerca a su lado con una sonrisa tonta mientras le arregla el cuello de su camisa. Zac lo toma por la cintura y esboza la más mínima de las sonrisas. Hace unos cuantos meses que se mudaron juntos, así que aún están en la etapa celestial, aunque tengo el presentimiento de que

siempre lo estarán.

—Joder, Miller, te ves como el culo —dice con desagrado.

—Gracias, eso me hace sentir mucho mejor —espeto, y como no puedo evitarlo, agrego—: estoy a punto de casarme con tu padre, ya deberías comenzar a tener un poco de respeto por tu futuro papi.

Una lenta sonrisa malvada se extiende por mi rostro, maldición, un alivio me atraviesa al ver como los ojos de Zac comienzan a lanzar dagas.

—Sabes, podría persuadir a papá para que te deje plantado en el altar si no cierras la boca.

—Quiero verte intentarlo —lo reto con seguridad, aunque sus palabras son como un plomo en mi estómago, pero lo disimulo rápidamente.

Sé que Jac no haría tal cosa. Me repito.

Parece que no puedo encubrir mi fachada porque los ojos de Zac se suavizan cuando me miran fijamente.

—Mi padre está insoportable, lo único que hace es caminar de un lado a otro en la habitación —comenta en general, pero entiendo lo que está haciendo, tratando de decirme que no soy el único cagado en las patas.

Suelto un poco de aire al saber que no soy el único enloqueciendo.

La puerta se abre una vez más cuando Reel se desliza en la habitación, luciendo tan hermosa como de costumbre, con un vestido negro que hace juego con su cabello y dejando al descubierto sus brazos tatuados. Encuentra mi mirada y hace una mueca de disgusto.

—Todos afuera, necesito traer su trasero a la realidad —ordena, señalando la puerta abierta.

Los chicos no ponen resistencia, saben perfectamente que si hay alguien que puede sacarme de esta habitación, es ella. Reel puede ver a través de mí, saber exactamente lo que pienso y siento. Eso se debe a la cantidad de situaciones que hemos pasado hombro a hombro, hechos que ni siquiera Jac podría imaginar y tampoco tendría el corazón para contarle.

Mi amiga se deja caer de rodillas frente a mí, sin importarle arruinar su vestido.

—Dime qué sucede —dice suavemente, colocando sus manos en mis rodillas—. ¿Quieres hacer de novio fugitivo? Apuesto a que sería divertido.

—No lo creo, Jac me encontraría solo para ordenarme que regrese —bueno, no es que me importe recibir unas cuantas órdenes, él se pone realmente caliente cuando lo hace—, pensándolo bien...

—Ni lo sueñes —me advierte sonriendo.

Mis labios se curvan ante la imaginación de mi señor Hamilton todo enfadado por hacer una de mis travesuras.

Puedo meter la pata una y otra vez y Jac simplemente respira y soluciona mi mierda.

—¿Crees que lo merezco? —la miro, dejando salir toda la vulnerabilidad retenida—. Me he puesto a pensar en las muchas cosas que ha hecho Jac por mí, en las veces que me salvó y en lo mucho que me ama. Tal vez no lo merezco, no creo devolverle ni la mitad de lo que recibo.

—Por Dios, Thomi, no tienes ni puta idea de nada —me dice con ternura, es raro verla así—. Sí, Jac te salvó más veces de las que una persona debería ser rescatada y sí, te ama jodidamente tanto que da envidia. Pero no estás viendo las dos caras de la moneda.

—¿Cómo? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Tú lo salvaste primero, lo has rescatado de esa mierda de caparazón en la que vivía. Puedo apostar a qué te lo ha dicho incontables veces, lo has sacado de la oscuridad y le mostraste lo que es amar una vez más, apuesto a que el señor Hamilton estuvo un par de años sin sonreír hasta que vio tus espectaculares y seductores huesitos —suelto una carcajada repleta de mocos—. Ese hombre adora el suelo por el que caminas.

Joder, no tanto como lo amo a él.

Reel seca mis lágrimas y luego deposita un beso en mi frente.

—Gracias, preciosa. Estuve a punto de tirarme por el balcón hasta que llegaste. Los otros infelices no ayudaron en nada.

Un brillo malicioso atraviesa su mirada antes de sonreír.

—No digas que te dije, pero Zac está emocionado por la boda, lo oí decírselo a Nich y Sam ha estado lloriqueando en el pasillo por lo feliz que estás.

Oh, maldición. Melodía para mis oídos.

—Carajo, mi cabeza ya está planeando toda la mierda que les voy a tirar —me pongo de pie sonriendo—, de momento, ayúdame a vestir. Tengo un hombre hermoso, caliente y mandón al que darle el sí.

Jac está en el mini altar charlando con Gianni, a simple vista no parece nervioso, pero si miras de cerca, sus manos se retuercen sin parar.

No es una novedad lo agraciado que es en cuanto a belleza, pero no puedo evitar contener la respiración, Jac es tan hermoso que me cuesta imaginar que es real.

Timothy Poarch, la actual pareja de Gianni y el mejor diseñador de moda que conozco, murmura algo mientras me alisa el traje con sus manos, pero no puedo escuchar, no puedo dejar de mirar a Jac.

—¿Thomi? Es momento de salir —dice. Lo miro y puedo entender por qué el italiano perdió nuestra apuesta, pero esa historia es demasiado divertida para contarla en este momento. Solo puedo decir que Gianni babea por Tim y toda su prole—. Luces encantador.

—Eso es gracias a ti, esto es realmente increíble —le digo señalando mi atuendo de dos piezas color champagne.

—Estoy feliz de que te guste —dice sonrojándose—. Iré afuera, así puedes salir. Mucha suerte y disfruta. Te lo mereces más que nadie.

Le sonrío en agradecimiento y siento como un delicado brazo se desliza sobre el mío. Lily se ve espectacular con su vestido azul Francia.

—Cariño, estás tan guapo, dejarás a ese hombre sin palabras.

—Tú tampoco te ves mal —ella mueve la mano restándole importancia.

—¿Estás listo? —pregunta justo antes de que la música comience a sonar.

—Como si hubiese esperado este momento toda mi vida.

El nerviosismo abandona mi cuerpo en el momento justo en el que Lily y yo avanzamos por el corto pasillo hacia el altar. Los ojos de Jac me encuentran automáticamente y sus hombros se relajan, como si hubiera estado conteniendo el aire. Su mirada me recorre con tanto amor que mis entrañas se retuercen. Mierda, verlo con ese esmoquin negro y con esa pajarita, es más de lo que un corazón normal puede soportar.

Mis ojos arden y el corazón me estalla. Verlo ahí, de pie, esperando. Esperando un juntos para siempre, como en un cuento de hadas, es demasiado. Él no podría entender nunca lo mucho que mi corazón le pertenece.

Quiero lanzarme sobre él, besar sus ojos claros, su mandíbula afilada y sus labios fruncidos. Agarrar sus manos y llevar sus dedos a mis labios. Es devastador, incomprensiblemente apuesto.

Cuando llegamos a su lado, Lily le susurra algo que no logro escuchar a causa de mi aturdimiento, pero Jac asiente sin quitarme los ojos de encima. Cuando ella se aleja, él me toma de las manos y me deslizo para quedar frente a frente.

Roza los pulgares sobre mis nudillos y se inclina un poco, inundándome con su exquisita colonia mezclada con el aroma de su piel. Sus ojos brillan con un fuego intenso, como si estuviera resistiendo para no ser consumido por las llamas del amor que ambos desprendemos.

—Jesús, eres magnífico —balbucea estupefacto.

—Tú lo eres.

Jac niega con la cabeza, como si yo estuviera diciendo algo ilógico.

El juez comienza la ceremonia, pero si tengo que ser sincero, no me preguntes qué infierno está diciendo porque no tengo ni puta idea. Mi atención está en el hermoso hombre que tengo al frente, uno que no ha dejado de mirarme y regalarme sonrisas que derriten mi corazón y mis calzoncillos.

Jac puede ser fácilmente confundido con un ángel caído del cielo, no solo por su belleza, sino también por su personalidad, porque mientras me demuestra lo flexible que puede ser conmigo, también tiene una parte feroz que amo tanto como la primera. Siempre he pensado que hay facetas que las muestra únicamente conmigo, tal vez estoy divagando o quizá quiero suponer que me pertenece.

Por muchos años he odiado cuando escuchaba a las personas decir "soy tuyo y eres mío". Infiernos, hoy, parado frente al altar, quiero ser enteramente de su pertenencia, quiero entregarme y que me consuma tanto como sea posible, porque al final del día sé que volveré a ser yo, volveré a pertenecerme y que él no me romperá.

—Este es el momento para pronunciar sus votos —expone el hombre al otro lado del altar.

Mis manos comienzan a sudar y todas las palabras que he memorizado se esfuman como vapor en la nieve.

—¿Quieres que vaya primero? —pregunta dulcemente.

—Dios, sí.

Escucho un murmullo de risas y puedo apostar quienes son.

Jac se aclara la garganta, haciendo que mis amigos se callen repentinamente.

—Cada día que pasa, haces que cometa una locura diferente. Ni siquiera puedo creer dónde estoy parado ahora mismo —si lo quiso hacer sonar como un reclamo, no funciona porque el amor en sus ojos lo delatan—, pero si no hubieses sido tú, no lo habría hecho porque cuando te pedí que te casaras conmigo, esperaba que dijeras que sí tanto como mi próximo aliento. Niño, creo que no tienes idea de cuánto te amo —mi visión se pone borrosa y Jac me acuna la mejilla, secando mis lágrimas—. Me devolviste las ganas de vivir, de sentir. Pusiste sobre la mesa un amor tan puro e incondicional que no estoy seguro de merecerlo, pero incluso si no lo hago, me importa

una mierda porque planeo luchar cada día para estar a la altura de semejante ofrenda. Soy feliz porque tú lo eres y realmente no tengo la más mínima idea de lo que sería mi vida sin ti a mi lado, solo te pido que dejes de meterte en problemas porque vas a volverme loco.

Una risa estúpida se me escapa de los labios junto con la de los invitados.

Ellos y yo sabemos las locuras que este hombre puede soportar y he puesto a prueba su paciencia más de una vez.

Sus palabras se asientan en mi alma y trato de memorizarlas para atesorar este momento tanto como mi mente me lo permita.

Jac toma uno de los anillos que están sobre la mesa y lo desliza por mi dedo, luego levanta mi mano y me besa en el lugar, ese gesto me retuerce las tripas y necesito tanto besarlo. Sus ojos se tornan brillosos cuando observa mi mano.

—Bueno, aquí voy... —tomo una respiración profunda y dejo que mi corazón hable—, dices que no mereces mi amor y es justo eso lo que he pensado hasta este momento, pero quiero dejar eso atrás, Jac, quiero amarte sin retención y que aceptemos de una vez por todas lo felices que somos. Desde que te conocí, no hago otra cosa que agradecerte por salvarme el culo y seguramente lo seguiré haciendo en esta vida y en la próxima. Nunca pensé que se podía amar tanto como te amo a ti. Siento tanto amor y anhelo que me desborda, no lo puedo contener y tengo la necesidad de que lo sepas por el resto de nuestras vidas. Tienes mi corazón en tus manos, señor Hamilton, y no me importa porque sé que lo vas a cuidar como si fuera lo máspreciado. Eres maravilloso y un poco gruñón, pero te amo.

Un par de lágrimas caen por sus mejillas cuando deslizo el anillo en su dedo. Hay algo gratificante al ver la emoción en un hombre como Jac, quizá sea porque parece tan duro e inflexible que cualquiera pensaría que no tiene corazón, pero cuando lo veo vulnerable y a corazón abierto, mi pecho se hincha de orgullo propio al saber que no le importa demostrar el amor que siente por mí, un amor que nunca antes me habían obsequiado y pienso encadenarlo bajo mil llaves.

El juez nos pide firmar los papeles y con manos temblorosas agarro el bolígrafo y luego se lo doy a Jac.

—Con sus votos recitados y sus firmas en su lugar, es momento de sellar la unión matrimonial con un beso.

El hombre levanta las manos dándonos permiso y ni medio segundo después, Jac me sostiene las mejillas con sus manos.

No soportando la distancia, aplasto sus labios con los míos, un sonido de alivio sale de mi garganta mientras me aferro a sus antebrazos. La emoción vibrando en mi pecho, como si me estuviesen insertando una buena dosis de adrenalina, llenando mi sistema con un cariño profundo. Quiero quedarme aquí, perdurar en su toque, en sus labios, en sus brazos. Exijo

aferrarme a él como si la vida se me escapara al segundo de soltarlo. Quiero fusionarme en su cuerpo y tomar sus alientos. Necesito consumirlo para seguir flotando en esta nube de dicha y felicidad.

Él siente lo mismo. No puedo explicarlo, pero es como si pudiera leer su alma.

¿Alguna vez has sentido que una parte de ti no te pertenece? Porque juraría que una de mis partes es completamente suya.

Los aplausos y silbidos se escuchan a lo lejos cuando Jac abandona mis labios.

—Ya no hay marcha atrás, señor Hamilton, estás condenado a mi lado —balbuceo sobre sus labios.

—Una condena gratificante y escandalosa si me lo preguntas —dice con diversión.

—¿Crees que puedas manejarlo?

—Con mi dedo meñique —la soberbia se extiende por su rostro y maldición si no tiene razón.

—Yo en tu lugar no cantarí victoria antes de lo previsto, aún no he puesto al borde tu escasa tolerancia, he sido bueno en lo que a mí respecta —digo para provocarlo.

Jac deja un beso en mis labios antes de inclinarse a mi oído.

—Desde que te vi en este espectacular traje con ese torso malditamente delicioso al descubierto, lo único que hago es fantasear con las muchas cosas que quiero hacerte, así que sí. Toma eso como mi primera demostración de autocontrol y deja de ser un provocador porque nada bueno saldrá de ello.

¡Put a mierda! Mi respiración se atasca y los vellos de mi piel se erizan con sus palabras acompañadas de su respiración en mi cuello.

Jac curva sus labios y se aleja, dejando una mano en mi espalda baja para guiarme hacia los invitados.

Mierda, solo me queda rezar para que la recepción acabe lo suficientemente rápido para poder llevarlo a nuestra luna de miel.

Jac deja un beso debajo de mi oído antes de alejarse para recibir el saludo de Zac y yo me quedo aquí, parado como una estatua, tratando de controlar la respiración.

—Quítate la baba, me estás avergonzado —exclama con horror Reel.

—Como si pudiera evitarlo.

¿Quién podría con este hombre sexi como el infierno? Definitivamente nadie en su sano juicio.

Sobre la aurora

Lu es una escritora soñadora, romántica y fanática de las historias con un toque de comedia. Hacer reír a las personas es una de sus cosas favoritas. Durante muchos años pensó que no era buena haciendo algo, pero un día, cuando los sentimientos la ahogaron, descubrió la escritura y, finalmente, encontró su lugar en el mundo. Solo quiere dejar huellas en tu corazón.

Próximo libro

"Sonríe para enamorarme" es el siguiente libro de la serie #Sonríe, dónde tendremos como protagonista a un carismático italiano con aires de sabelotodo, pero con corazón de pollo y escaso nivel de madurez.